



ABRE LA
PUERTA Y
DEJA QUE EL
TIEMPO
PASE

PATRICIA SANTACRUZ



Patricia Santacruz

**ABRE LA PUERTA Y DEJA
QUE EL TIEMPO PASE**



¿De qué trata esta configuración de letras?

¡Hola!, es difícil explicar la temática de estas historias hermanas, porque las tres entre sí son muy diferentes, pero a rasgos grandes, te diré lector que son acerca de las dimensiones paralelas entre vivos, muertos y dormidos, quiero decir que todos convivimos sin darnos cuenta. Estos relatos existen en la fantasía de suponer que somos las mismas almas en cuerpos y tiempos diferentes, es un tributo al Samsara, un consuelo a los atribulados corazones que temen no volver a ver a sus seres queridos al llegar la despedida final.

El primer tiempo: “Un dulce Psicópata: relato no apto para Tiernos”, trata de la relación que el hombre ha tenido con las divinidades y como éstas también son capaces de impartir justicia en la actualidad, el hecho es que no sólo Jesús es justo, el personaje principal que es un astuto anciano, lo demuestra al solicitar a tres de los dioses de la antigüedad —Isis, Odín y Tláloc—, la revancha anhelada debido a haber sido ofendido y engañado por un familiar, no obstante, los castigos divinos son más que una penitencia, una afrenta a la

dignidad y honor del victimario. “Nunca hagas enojar a un anciano, detrás de nuestra tierna careta se esconde el monstruo de la sabiduría” dice el protagonista con coraje y plena convicción de que los dioses están de su lado.

El segundo tiempo: “Éranse tres Veces”, relata la reencarnación de una pareja de almas compañeras que se encuentran en diferentes épocas, desde la Nueva España, pasando por los fabulosos años treinta del siglo XX, hasta la actualidad.

Posteriormente, nos permiten entrar al panorama de un lugar llamado AASC (Asilo de Almas sin Cuerpo), donde estos enamorados personajes se encuentran por última vez siendo libres de ataduras mundanas. Esta fantasía, se convierte en hechos reales cuando nos recuerda aquellos momentos donde sentimos que un desconocido nos es familiar, lugares en los cuales creemos haber estado antes y situaciones que tenemos la sensación de haber vivido ya con anterioridad.

El tercer tiempo: “Punto y Coma: La Vida sigue”, trata sobre la cotidiana y extraordinaria condición que cada noche vivimos: los sueños, el acto de dormir. ¿Cómo puedes saber si un sueño no se transforma en

una segunda realidad?, ¿Cómo podemos estar tan seguros de que despertaremos? La lunática protagonista de esta historia, narra el extraño caso de su adinerado tío, quien ama tanto a su familia, que decide llevarla consigo hasta el fin de sus días, buscando la posibilidad de vivir para siempre, evitando la muerte en los sueños donde todas las fantasías se vuelven posibilidades concretas y absolutamente realizables. Ella debe tomar la difícil decisión de permanecer en la soledad de la vigilia o acompañar al tío en su espectacular viaje por la etérea zona onírica.

Espero que disfrutes esta obra hecha con la mezcla de realidades punzantes en la imaginación y de irrealidades rutinarias vividas en el día a día.

Palabras al tiempo

(honrando a Cronos)

Estoy perdiendo el tiempo, pero al tiempo no le importa perderme, porque en su inmensidad ni siquiera alcanza a verme. Yo sí lo veo. Lo veo en las viejas manecillas, en los saltos de minuto que da un número tras otro. Lo veo en el claroscuro del día. Lo veo en lamentos internos, en mi piel que pierde lisura, en mis ojos cayendo por párpados de plomo. Lo veo en mi lejana sonrisa de simplezas, para dar lugar a un guiño de entrecejo apático y aburrido. Lo veo y no lo veo tras esta fría prótesis de cristal cubriendo la cansada vista. El tiempo se va y no le importo yo, no le importamos nadie.

Estoy perdiendo el tiempo, ese paquete de Cronos que, al nacer, se nos otorga cerrado, limpio y fácil de usar. Pero, ahora que lo pienso, no lo estoy perdiendo en realidad, porque lo perdido tal vez se recupere y el tiempo no se encuentra como si fuera el reloj olvidado en un cajón de absurdas cosas inservibles. Luego entonces, ¿lo estoy matando?... tampoco; porque el tiempo no está vivo, y quien está vivo deja de existir.

¿Qué le estoy haciendo al tiempo?... lo estoy imaginando.

Imaginando que existe en la rotación de la tierra, en la molesta alarma que puntual suena por la mañana, en mis recién estrenadas enfermedades de humano avejentado. El tiempo es pues, una historia imaginada por mentes ancestrales, un pretexto organizador de pequeñas vidas, que creen haber aprovechado su tiempo por ser graduados, casados, empleados y cristianos. Si crees que pierdes el tiempo como yo, búscalo, pero la ecuación dice que: al buscarlo lo sigues perdiendo. ¡Suerte!

Primer tiempo

Un dulce psicópata

Relato no apto para tiernos

*Basada en hechos irreales que suceden
todos los días y todas las noches.*

Hola amable lector, decidí compartir esta historia porque es increíble, entretenida, extravagante e injusta. Puedes quedarte si te intriga y tienes tiempo, pero he de advertirte que, si eres muy católico, asustadizo o de dulce carácter, mejor será que sigas tu camino en busca de letras más gentiles y afines a ti. Segunda oportunidad, cierra el libro. ¿Sigues ahí?, ¿insistes?, es tu responsabilidad entonces. Ahora prepara tus cinco sentidos, puedes regresarte en cualquier parte del camino si no lo toleras, hay puertas de salida por todos lados. Qué dios te bendiga lector, aquí vamos.

Nunca he sido rencoroso, definitivamente nunca. Tampoco soy lo que podría decirse “amoroso” o blandengue, pero el rencor y el odio no explotan en mí fácilmente, sin embargo, son energía en potencia. Ahora que soy tan viejo y por fin he perdido la inocencia, estoy listo para narrar lo que interpreto como un permiso de

los dioses: mi venganza. He de ponerlos en antecedente de mi común y nada corriente persona; no hay mucho qué decir, soy un hombre de edad que avanza a pasos agigantados, setenta años de experiencia me sustentan como ser humano, alguna vez me vi tan bien como cualquier héroe del cine monocromático, de hecho, luzco como un viejecito clásico, mediana estatura, piel blanca, azules ojos cansados y por supuesto grisáceo cabello, pertenezco a la alocada generación del rock and roll, soy amante del jazz, me gusta el buen café, la altanería de los gatos y tuve una hermosa hija con ojos felinos.

Desde que me convertí en abuelo, he solicitado a las autoridades divinas y celestiales, justicia por lo que alguna vez me hiciera sentir tan ofendido. Corría el futurista año de mil novecientos noventa y seis, cuando un desdichado tuvo la buena fortuna de toparse en mi camino y asimismo el de mi familia, le “tendimos la mano”, el pie y todo lo que se le pudiera tender para hacerle su miserable vida digna de vivirse, sin embargo no entraré en detalles aún del perverso comportamiento de este ser recogido por la caridad de mi apellido, lo que sí felizmente he de comenzar a contar, es que una vez concedida mi rencorosa petición

a los dioses, decidí buscar a mi enemigo a cual llamaré irónicamente “Sabelotodo” pues no ventilaré su inmundito nombre para evitar a otros el privilegio de odiarlo, cada quien debe odiar a su propio “Sabelotodo”, —imaginen mi sonrisa de satisfacción—.

Aquel esperado momento del permiso divino, se dio cuando estando en el parque observando las estrellas, llegó a mi banca un papel movido por el viento, un viento olor a vino tinto y sonido de hojarascas, tomé el papiro entre mis manos y lo abrí, decía: “sí, ve por él”; de inmediato entendí que era la respuesta de los dioses. Vestido elegantemente —como acostumbro— en impecable traje beige de finísimo casimir inglés, camisa azul claro y corbata azul marino, me dirigí al único lugar donde podría encontrar a Sabelotodo, la cantina “Teporochos del montón”.

Decidido ingresé al etílico lugar y claro de inmediato lo encontré gozando de la vida, su treintañera flaquilla y debilucha figura era inconfundible, vestía como siempre, un deslavado suéter rojo de oficina barata y sus económicos pantaloncitos negros que escondían la mugre del uso diario; me acerqué y comencé la conversación buscando sus pequeñísimos rasgados ojos marcianos:

—¿Qué tal Sabelotodo?, ¿Me recuerdas?

—¡Don Epifanio, qué alegría verlo!, venga acompañeme con una cerveza, yo invito.

—Claro que te la acepto, ¡por los viejos tiempos!

—Así es don Epifanio, sin rencores ni malentendidos ¿verdad?

—¡Pero hombre, Sabelotodo, si eres mi amigazo, nada de rencores, echa acá esa cerveza!

Hice creer a Sabelotodo que seguíamos siendo amigos, conversé con él de trivialidades y le conté nuevamente los chistes que tanto lo hicieron reír alguna vez, bebí mi cerveza a sorbos para no perder el control y una vez que lo vi tan confiado y tan perdido por el alcohol, le propuse que saliéramos del teporocho lugar para ir a cenar algo. Sabelotodo, aceptó contento, pagó la cuenta y se sostuvo de mí para caminar ya que su borrachera lo hacía zigzaguear. Una vez afuera, caminamos en medio de la natural obscuridad de la calle y bajo el resguardo de moribundos postes de luz urbana, realmente yo no sabía qué hacer para dirigirme ante el palacio de los dioses quienes seguramente emprenderían un juicio en contra de mi examigo.

Llegamos hasta las vías del tren, la obscuridad nos alcanzó casi por completo, sólo la Luna nos hacía el

favor de dirigirnos, llegamos hasta una extraña puerta de oxidado metal en la que destacaba un polvoriento letrero en el que se podía leer la siguiente inscripción: RESTAURANTE “COMA HASTA MORIR” abierto aunque esté cerrado, favor de timbrar. Apenas alcé mi mano para tocar el timbre, cuando la entrada se abrió en un tenebroso rechinar de bisagras, una imperativa voz nos dijo: pasen la mesa está servida, deben quitarse los zapatos antes de entrar y colgarlos por las agujetas en su cuello.

—No me parece un buen lugar para cenar don Epifanio, esto más que restaurante parece ser una bodega abandonada. —dijo asustado Sabelotodo.

—Vamos, yo tengo hambre, quítate los zapatos y cuélgalos a tu cuello como nos lo indicó la voz, probablemente sirvan comida japonesa y por eso debemos descalzarnos.

Sabelotodo obedeció y yo también acaté la extraña orden. El viento retumbaba con fuerza y no quedó más remedio que adentrarnos al que yo sospechaba era ya territorio de dioses. De pronto vi a Sabelotodo intentando quitarse de encima sus zapatos, pero sólo conseguía enredarlos más a su cuello, entonces le pregunté:

—¿Por qué te los quieres quitar?, no debes hacerlo, ¿no ves que te estás enredando más las agujetas al cuello?

—¡Me pesan como dos bloques de hierro! ¿Por qué usted sí los aguanta?, ¿a dónde me ha traído?, ¡yo me voy!

El borracho enemigo, dio un paso hacia atrás y entonces, pisó la nada, de inmediato regresó el paso y la voz de ultratumba gritó enérgica unas palabras en idioma desconocido al mismo tiempo que el viento gélido y con olor a vino tinto lo aventaron hacia el camino que debíamos seguir. La puerta desapareció y tuvimos que andar a través del lugar. Al avanzar las cosas mejoraban, los colores del ambiente se tornaban como un hermoso amanecer, el suelo se volvía pasto fresco que pisaban las plantas de mis pies descalzos, un sutil olor a gardenia se desprendía de las flores del camino y todas mis enfermedades de viejo iban desapareciendo, aquella necia gripa de hace quince días, mis reumas perennes y la anciana fatiga me abandonaban para dar paso a una salud entera y renovada. Brinqué e hice marometas en el pasto, canté las más locas canciones de mi época rocanrolera, me sentía extasiado en aquel bello lugar hasta que me di

cuenta de que Sabelotodo iba sufriendo un tormento absurdo en el camino, brincaba de pierna a pierna, vomitaba y gritaba desesperado:

—¡Aaaayyyy!, ¡ay!, ¡ay!, ¡qué dolor!, ¡ayuda!

—¿Qué te pasa? ¿Por qué vomitas y gritas en un lugar tan bello?

—¿Bello?, ¿acaso no ve el piso?, debo brincar porque está hecho de una piedra ardiente y otra helada y ese olor a basura es insoportable, por más que intento cambiarme hacia su lado, no puedo, parece que estoy pegado a este empedrado piso.

Entonces comprendí que había dos caminos paralelos, el del culpable y el del ofendido, yo estaba en este último y Sabelotodo comenzaba a pagar su falta. A pocos metros de nosotros pude observar una salida donde vagamente alcancé a ver personas en movimiento, conforme nos acercábamos también logré escuchar una melodía que parecía muy antigua, —lo supe porque recuerden que soy amante de la música, ahora imaginen mi cara de curiosidad y de molestia por los gritos del nefasto— también vi que era de noche en tal escena a la que nos aproximábamos; Sabelotodo hecho un guiñapo exclamó:

—¿Qué quiere de mí?, ¿estoy verdaderamente enojado! ¿Me ha traído a una obra de teatro del antiguo Egipto? o ¿es usted miembro de alguna hermandad rosacruz don Epifanio?

—No Sabelotodo, observa ¡parece que estamos en el antiguo Egipto!, ponte los zapatos que vamos a cruzar.

Un sorprendente palacio se abría ante nosotros, altísimas columnas blancas entintadas de cálidos pigmentos que describían escenas varias e inexplicables del ser humano, sostenían sendos techos azul eléctrico y una ancha escalinata que daba marco a la fastuosa construcción aluzada por vivas antorchas, así lucía el paisaje al cual arribamos luego de cruzar el umbral del polémico camino dejado atrás. Subimos la escalinata asombrados y temerosos, pero al momento de pisar el tercer escalón fuimos separados por unos hombres que evidentemente lucían como antiguos egipcios, tal como ilustraciones de aquellos libros donde los maestros enseñaban historia. No sé a dónde llevaron a Sabelotodo, pero a mí me acercaron nada más y nada menos que hasta los pies de la hermosa ISIS, quien me impactó de manera infinita con sus alados brazos y sus ojos magos, era la diosa reina de los dioses, la más

respetada, la más poderosa. Entonces ella se dignó a hablarme y decir en lenta voz:

Los dioses de todos los tiempos y espacios hemos recibido tu petición de justicia anciano. También debes saber que eres el primer hombre del futuro que requiere de nuestros juicios, la bien llamada “justicia divina” te ha escuchado. Has de saber que los actos de maldad repercuten y trascienden hacia cualquier dirección, sea presente, pasado o futuro, la maldad y la justicia quebrantan fronteras, pero a los hombres buenos e insignificantes como tú se les otorga la bondad de pedir su justa retribución cuando son ofendidos por otro insignificante.

Me incliné en señal de profundo respeto y agradecimiento ante la imponente Isis, que sin exagerar calculo su estatura en tres metros y diez centímetros, en ningún

momento le miré a los ojos, pero me tomé el atrevimiento de responder:

—Me siento altamente agradecido por concederme la venganza anhelada.

—¿Venganza?, ¡nunca!, no rebajes la justicia divina a una vulgar y mundana venganza, nuestros juicios son necesarios y perfectos no vengativos; el

castigo es el lavatorio del alma y el castigado es el principal beneficiado, ya verás como Sabelotodo recuperará su esencia pura y original después de recibir nuestras sentencias y tú te sentirás satisfecho ante el ajeno sufrimiento del enemigo, a cada quien se le dará lo que le corresponde ni más ni menos.

Después de aclarar tal concepto, la hermosa Isis y sus tres metros diez centímetros de estatura, mandaron llamar a dos esclavos a quienes les ordenó que trajeran a Sabelotodo ante nosotros, de tal manera que los hombres obedientes sacaron al culpable a empujones de una obscura habitación, mi enemigo sólo vestía una especie de faldilla verde que le cubría las partes medias de su cuerpo traidor. Luego la encumbrada diosa, alzó potente su voz, para dar paso a las siguientes sorprendentes palabras:

¡Sabelotodo!, por la naturaleza de tu falta hacia este anciano, se me ha otorgado el permiso de enjuiciarte y te encuentro culpable, ahora serás merecedor de un castigo que por lo menos en este tiempo y espacio te limpiará del vergonzoso agravio que hiciste a Epifanio. Alégrate, después de recibir tu castigo en esta área del universo, ya no serás más un culpable, sólo aquí y ahora,

en el entendido de que otras civilizaciones aún te consideran un delincuente.

Los dos hombres colocaron al recién enjuiciado en una pequeña plataforma y acto seguido cada esclavo tomó un tarro del cual extraían una especie de brea que le untaban en todo el cuerpo a Sabelotodo. —ahora imaginen mi cara de intriga— Dada mi ignorancia de tan espeso ritual, decidí preguntar a la magnificente dadora del castigo:

—Mi diosa, ¿en qué consiste el castigo impuesto al nefasto?

—Los esclavos untan a Sabelotodo con miel para que los insectos no nos molesten y en cambio sean atraídos y pegados a la humanidad del castigado quien deberá permanecer inmóvil por tres días, si la miel se desvanece o endurece, se le untarán tantas capas como sean necesarias para mantenernos a mí y a ti fuera del alcance de los insectos voladores. La miel atrae a los insectos como la tentación y la maldad llamó a tu enemigo. Ahora anciano recuéstate, come, bebe y disfruta del liberador sufrimiento de tu agresor — imaginen mi sonrisa de satisfacción.

Me recosté en un comodísimo y suave sillón cubierto con rojas telas satinadas, Sabelotodo parecía

un caramelo gigante, tenía miel hasta en las pestañas, se encontraba de pie en una plataforma cerca de una entrada y su dulce apariencia atraía toda clase de mosquitos que le picaban y se quedaban a morir en su mar de brea, creando con ello una escultura humana tapizada de mosquitos. Mientras tanto, yo con mi salud de adolescente, degustaba exóticos frutos, vino y dormía plácidamente en una cálida noche sin zancudos junto al Nilo.

Pasados los tres días, el cínico Sabelotodo me fue devuelto limpio y con su ropita de oficina ochentera nuevamente, entonces me dijo iracundo:

—Bien, ya estará satisfecho. Mientras usted comía uvas y bebía vino, yo espanté los mosquitos de todos en este palacio, me llevaban en la tarima de un lugar a otro para dormir tranquilos, tengo restos de miel hasta en las orejas y además muero de hambre, dígame a su amiga la diosa Piscis que me sirva un plato de carne.

—No se llama Piscis, es Isis —contesté divertido— y eso no puede ser porque ya es hora de irnos, los egipcios me indicaron que debemos regresar por la misma puerta donde salimos, de verdad lo lamento Sabelotodo, pero quizá después de este castigo

entiendas el valor de ser leal. Vayamos al camino y regresemos a nuestras casas.

Regresamos al camino bipolar donde empezó el hilo de mi venganza, por supuesto yo disfrutando de lo que parecía el edén y mi castigado compañero instalado en un ridículo papel de “saltimbanqui” por el frío y ardor de las piedras que descalzo pisaba.

—Soy muy feliz —exclamé para mí mismo.

—¿Por verme sufrir anciano?, ¿por qué me hace esto?

—¿No recuerdas cínico?

—Pues no.

—Me ofendes doblemente entonces. Deseo que la bien llamada “Justicia Divina” se siga haciendo cargo de ti y tu desmemoriada conducta.

—A partir de hoy lo desconozco como amigo y espere la demanda que le haré llegar en cuanto regresemos, esto no se quedará así.

Así pues, seguimos transitando a través del camino y una vez más pudimos vislumbrar una salida que en esta ocasión parecía inofensiva, ya que nos ofrecía un soleado y fresco día. Traspasamos la campirana salida, llegamos a un mundo que parecía muy normal, campo verde, frondosos árboles y aire

puro. Sabelotodo se dejó caer harto de cansancio bajo la sombra de un enorme árbol, casi al instante lo

escuché roncar; decidí descansar en el árbol de enfrente y esperar una nueva aventura que efectivamente no tardó en llegar. Observé como tres extraños hombres sin cabeza se aproximaban a Sabelotodo, le tocaron el hombro para que despertara y sobresaltado brincó como una araña hacia atrás, pero los hombres lo tomaron por los brazos y lo levantaron bruscamente. Me aproximé y mayúscula fue mi sorpresa al ver que esos descabezados tenían la cara en el pecho y parte del estómago — ¡imaginen mi cara de horror! — ¡sí! Tenían una gran cara en el pecho, ojos, nariz y boca descomunales. Al percatarse de mi presencia el más viejo me aclaró:

—Somos “Blemias” y hemos recibido una petición de justicia para Epifanio que eres tú, un hombre con la carga de su humanidad en los hombros.

—¿Se refiere a mi cabeza?

—Sí. Veo tu horrible cabeza que gira sobre ese desgastado eje en los hombros. Nos llevaremos a Sabelotodo a petición de los dioses grandilocuentes a quienes has invocado, tú debes venir a ver cómo

hacemos justicia por la gran ofensa que este guiñapo ha hecho en contra tuya, síguenos.

Caminamos hasta la plaza de un rudimentario pueblo, donde ya tenían dispuesta una tarima de madera para exponer a Sabelotodo. Cientos de Blemias estaban reunidos alrededor del escenario, yo sentí mucho temor y pena por el traidor que gritaba y pataleaba intentando quedar libre de tan terribles seres quienes, al subir al astillado estrado, lo ataron a un grueso madero vertical que seguramente había sido utilizado de igual manera para ajusticiar a otros acusados.

La ronca voz del jefe acéfalo, hizo callar a la alborotada multitud que clamaba justicia para mí aunque no me conociera, a decir verdad, parecían estar más indignados que yo. Cuando los seres hubieron callado, el jefe inquirió con autoridad:

—este hombre en la plataforma, ha ofendido gravemente al anciano Epifanio y está dispuesto a limpiar su culpa pagando a su vez por las culpas de ustedes, por lo tanto...

Sabelotodo interrumpió horrorizado desde su tarima:

—¡No es verdad! Yo no he dicho que limpiaré las culpas de nadie, es cierto que ofendí a don Epifanio, lo confieso, pero no...

El jefe furioso, se impuso: ¡silencio! Tú no conoces nuestras costumbres, no tienes derecho a hablar. En señal de amenaza, el jefe acercó una antorcha al cuerpo atado de Sabelotodo y prosiguió con su discurso masivo: quien se sienta culpable de alguna falla cometida, pasará y colocará una piedra junto al acusado hasta cubrirlo de pies a cabeza, ya saben lo que deben hacer, ¡que comience la expiación!

Acto seguido, los extraños seres cayeron en una ordenada procesión de silencio, formando una larga fila para pasar a la plataforma y colocar una piedra junto a Sabelotodo.

Abstracto como me encontraba observando el empedrado sarcófago de mi enemigo, un grito terrible hizo que saltara del lugar que ocupaba, era el jefe que salvaje me ordenaba:

—¡Vamos Epifanio!, ven a celebrar con nosotros, hay vino y comida hasta saciar, no te quedes aquí solo, lo lobos podrían devorarte, ¡muévete hombre!

Entonces Sabelotodo suplicó:

—Espere, no se vaya, sáqueme de aquí no puedo moverme, estoy atado y tengo estas piedras a mi alrededor, ¿por qué me odia tanto?, yo no le debo nada.

—¿Qué? —Me indigné al escuchar su supuesta ignorancia acerca de la ofensa que una vez me hubiera hecho— ¿no recuerdas tu inmundito comportamiento?

—Claro que no. Ya le dije que no hice nada, yo todo lo hago bien, soy casi perfecto, usted es un viejo loco que ha contratado una secta maléfica para divertirse conmigo, envidia mi gran inteligencia, ahora le ordeno que me saque de este lugar, de lo contrario acudiré a mis influencias en el gobierno y juro por san Petersburgo que le destrozaré la vida.

—¿San Petersburgo?, eres un ignorante, como siempre repitiendo como un loro las cosas que dicen los demás o que escuchas en la televisión.

Un sentimiento de rabia me embargó al oír sus cínicas palabras, de tal manera que me alejé para unirme a la celebración de los Blemias.

Estando integrado en la acéfala fiesta, me di cuenta de que estos seres eran herbívoros, su comida consistía en hojas, raíces y cortezas de árbol, me sirvieron dentro de un rústico plato de madera, una mezcla colorida de pétalos de girasol, hojas de laurel y

eucalipto, todo ello salpicado de pequeños trozos de cáscaras de naranja, en realidad no fue tan malo sentir que comía el propio jardín de mi casa, aseguro que llegó a ser una experiencia casi vacuna. Poco más de una hora después, los Blemias estaban completamente embriagados y repartidos en el suelo, pensé en Sabelotodo y a pesar de mi rencor, no me perdonaría que perdiera la vida, después de todo sólo era un castigo no una pena de muerte. Así que aprovechando que los increíbles herbívoros estaban hasta el tope alcoholizados, caminé cuidadosamente entre sus caídos cuerpos para que no me notaran, una vez retirado del terreno de aquel bacanal plantígrado, corrí hasta el estrado astilloso del enemigo en cuestión, tan rápido como podía, retiraba las piedras que tenía apiladas alrededor, no obstante, el muy ingrato alegaba:

—Veo que se ha arrepentido de sus atrocidades, que comprende mi superioridad y le atemoriza la idea de que vuelque todo mi poder político sobre usted y su familia, en cambio yo no le perdonaré lo que me ha hecho pasar.

—No contesto como lo mereces infeliz porque tenemos prisa, los Blemias pueden despertar y atraparnos a los dos. Si te libero es porque no soy un

desalmado y alguna vez alguien de mi familia te amó. Ahora vamos, ya estás libre, huyamos de este bizarro lugar, debemos buscar el portal del camino por el que llegamos aquí.

Caminamos apresuradamente bajo el negro manto de la noche, el piso era lodoso y eso dificultaba nuestro andar; recorrimos varios metros cuando comenzamos a escuchar un escándalo y vislumbrar antorchas no muy lejanas, por supuesto eran los Blemias furiosos y sobrios.

—¡Corre, corre Sabelotodo! —grité desesperado.

—¡Jesucristo me muero de miedo! —dijo horrorizado para sí mismo.

Sabelotodo me puso el pie y tropecé abruptamente, luego de su mal intencionada acción, cacareaba fuertemente:

—Ganaré tiempo mientras se lo comen a usted — soltó una burlesca carcajada, dejando ver sus incompletos y amarillos dientes cigarreros.

Pero de inmediato me levanté e incorporé a la carrera, los Blemias ya estaban rodeándonos y vi horrorizado como uno de ellos jaló al cínico por la parte trasera de su suéter, mientras éste gritaba agudamente: ¡ayúdeme don Epifanio!, ¡auxilio! Regresé mis pasos y di

al espantoso ser un puntapié en su deforme ojo, entonces continuamos corriendo sin mirar atrás, hasta que entramos nuevamente a nuestro portal del tiempo que sin duda nos ofrecía el refugio y la seguridad requerida.

Una vez a salvo, alentamos el paso y cada quien caminaba nuevamente sobre su sendero primario; agradablemente me esperaba un verdadero banquete de jugosas viandas y vino tinto, mientras que a Sabelotodo sólo se le ofrecía la frugalidad de un pan con leche, sin embargo, me percaté de que el piso del castigado ya no era de piedras frías y ardientes, por lo que podía caminar con normalidad, creo que su cuenta conmigo iba disminuyendo debido a los tormentos recibidos.

Después de la casi dionisíaca cena, me recosté sobre el pasto cálido y bajo la tenue luz de una gentil Luna cuadrada, dormí como un bebé por algunas horas, era natural que el ajeteo de la aventura sin cabeza me tumbara de cansancio. En cambio, Sabelotodo, ya librado del piso bipolar, se dio a la tarea de buscar una manera de escapar, por lo que cuando regresaba de mi reparador sueño lo escuché como gritaba emocionado y altanero:

—¡Bingo!, su juego se acabó don Epifanio, he encontrado la forma de salir de aquí... encontré una salida, me he pasado el día caminando y lo logré, usted debería venir, pero le advierto que de inmediato me dirigiré con mis amigos del gobierno para que sea usted arrestado.

—¿Y qué les vas a decir?, ¿acaso que estuviste sirviendo como repelente de mosquitos?, ¿Qué hombres sin cabeza te empedraron?, anda, pues quiero que ese momento llegue para asimismo exponer mis quejas en contra tuya.

—No, pero algo se me ocurrirá para hundirlo, que dios los bendiga.

—¿Qué dios me bendiga?, ¿quién eres tú para bendecir en nombre de un dios?,

¿sabes?, eres peor que los mosquitos que te picaron y mucho peor que la fealdad de los Blemias, que los dioses te maldigan Sabelotodo... no me gustaría ser como tú.

Burlándose con su psicópata risa de patético ganador, se alejó hasta donde la vista me dio para percibir su odiosa figura, desapareció al cruzar una puerta que claramente alcancé a leer, decía: SALIDA.

Me di cuenta de que el viaje había terminado y que tristemente Sabelotodo no reconocía su culpa, seguía incapaz de sentir remordimiento alguno, al contrario, ahora yo me había convertido en el perverso que lo acosaba, una lágrima de impotencia y coraje sentí caer por la mejilla izquierda. Ese hombre dañó a mi familia y su consciencia brillaba de limpia. Imaginen mi cara de tristeza y decepción. Resulta que al regresar a nuestro injusto mundo, yo sería el loco, el acusado y él despóticamente abrazaría el papel de víctima, “pobrecito” dirán los estúpidos mientras le dan una tibia palmadita en la espalda. Sabelotodo es el tipo de persona que se dedica a limpiar su nombre usando a los demás, no posee el saludable valor de decir: “me equivoqué”, mucho menos cree que los afectados merezcamos una disculpa de su parte. El mundo está lleno de “sabelotodos”, debemos tener buen cuidado de identificarlos y huirles a tiempo, de lo contrario te pueden dejar con el corazón hecho polvo.

Así pues, con la pesadez del coraje aun no desahogado, comencé a caminar hacia la salida, cabizbajo, cejijunto y meditabundo. Me acercaba a la dichosa puerta de regreso, cuando grande fue mi sorpresa al ver entrar por la supuesta salida a un

hombre barbado, altísimo, cabellos largos y dorados, ojos celeste, extraña vestimenta elaborada en piel y metal, y sosteniendo a mi odioso enemigo por el cuello de su mediocre suéter con una sola mano, como quien agarra un trapo sucio. El casi gigante lo aventó con desprecio, me miró y preguntó:

—¿Es tuyo?

Respondí como un tartamudo, o como el hombre sorprendido que era.

—Bu, bu, bueno, mire señor gigante...

Dejó salir una imponente carcajada, como si le hubiera contado uno de mis mejores chistes, volvió a tomar a Sabelotodo como un mono de tela, nuevamente se dirigió a mí:

—Mira, tú debes ser Epifanio, el anciano que clama justicia y este debe ser tu acusado. Ven, sígueme, ¡ah! Ponte esto, afuera hace frío.

El hombre dejó caer una frazada de piel de animal, la cual eché a mi espalda, al salir me sorprendió un níveo paisaje enmarcado por milenarias montañas de alturas imponentes y delgadas cascadas que caían obligadamente recorriendo aquellas sorprendentes elevaciones de la naturaleza. La nieve se extendía por el suelo como finísima alfombra, hasta que nuestras

pisadas irrumpían bruscamente en aquel blando equilibrio de liso absoluto. Entonces el rubio gigante inquirió:

—Ustedes lucen muy mal anciano —sonaba burlesco— se ven débiles y enanos, sobre todo esto que llamas tu enemigo, ¿cómo permitiste que alguien así de oscuro e insignificantes te dañara? Eso es estúpido, harás perder el tiempo a Odín con tu pequeña venganza, nosotros tenemos asuntos realmente importantes por resolver.

El gigante alegaba mientras caminaba con facilidad por la nieve arrastrando a Sabelotodo por una pierna, este a su vez, intentaba inútilmente liberar su pierna de la mano del que parecía claramente un guerrero de la antigüedad. Yo por mi parte, averiguaba en dónde estábamos y cuestioné:

—¿Odín?, entonces eres un vikingo... ¡es maravilloso!, ustedes fabricaron barcos de alta ingeniería, invadieron Francia, Rusia y...

—¿Qué dices anciano?, no sé qué es toda esa palabrería, de lo que sí estoy seguro, es que tus dioses no han hecho nada por ti y por eso estás aquí.

—Bueno en realidad... en realidad...no. A decir verdad, no sé cómo ha estado sucediendo todo esto, tal

vez estoy soñando, tal vez sólo lo estoy imaginando, únicamente me pregunté si la justicia divina existe y el camino se abrió para mí a lugares lejanos y antiguos.

—Eres gracioso y un poco inocente, seguramente tú crees en Odín y por tal motivo él supo de ti donde quiera que estuvieras.

—Sí, me confieso atraído por el politeísmo, he leído mucho acerca de civilizaciones antiguas.

—Tú adoras a nuestros dioses, eso “leído” no sé qué sea, pero estás aquí por órdenes de Odín y seguramente esta tarde tendrás el privilegio de verlo, precisamente esperaremos aquí en este árbol, ten paciencia.

Entonces Sabelotodo por fin dejó de hacer sonidos extraños de quejidos y habló:

—¿Qué me van a hacer? Ustedes son conocidos como bárbaros, este anciano está loco, no es gracioso como tú lo piensas, quiere acabar conmigo señor gigante, me ha traído de tormento en tormento.

El guerrero respondió burlonamente:

—Yo haría lo mismo, pero te torturaría personalmente, eres detestable, tienes algo odioso en tu persona, pareces mentiroso, tienes cara de traidor, además no soy gigante, tú eres un enano.

Un viento helado y graznidos de cuervos interrumpieron la conversación, mirando al cielo pude ver a un par de negras aves que planeaban en torno a la figura de un hombre delgado, alto y de taciturna actitud, vestía túnica negra y extraño sombrero, acompañaba su andar por un cayado que imprimía fuerza y respeto a su presencia, se hacía rodear también por dos impresionantes lobos que lo custodiaban como fieles guardianes. Se detuvo frente a nosotros impresionante y pacífico, su silencio lo decía todo, él era Odín, el sagrado y gran Odín que dio su ojo a cambio de sabiduría, su séquito de animales amenazantes lo obedecían sin chistar, sin desorden alguno. El dios vikingo concentraba la fuerza de mil miradas en un solo ojo, un hueco profundo, oscuro y aterrador se apoderaba del lugar donde alguna vez estuviera el ojo izquierdo.

Después de pesados minutos, sus delgados labios rompieron el mutis que causó su divina e imponente presencia entre nosotros los simples mortales, entonces dijo: escucha berserker, este anciano ha venido por justicia y yo se la he concedido porque ese hombre que has arrastrado hasta aquí, cometió una imperdonable falta de lealtad, una falta que ni el peor de nosotros sería

capaz de cometer, este traidor presume de saberlo todo y por ello lo condeno a perder la cabeza que está tan hueca como su corazón; tú ya sabes qué hacer. Anciano, eres digno de la gracia de los dioses, siéntete acogido en esta mi tierra.

Terminada su sentencia, lentamente Odín dio la media vuelta y en su caminar desapareció a través del camino blanquecino por el cual había llegado, los graznidos se escuchaban ya a lo lejos y los lobos se veían correr vigorosos tras la pista de la menguante figura.

Nosotros tardamos unos minutos en salir de un extraño trance donde sólo fuimos espectadores de las acciones de Odín, no podíamos hablar, éramos presas de un soporífero silencio, parecíamos estatuas parpadeantes. Puedo asegurar que, aunque los seres conocidos con anterioridad eran impresionantes, para mí Odín era superior y magistral debido a su soledad y la increíble fuerza de la historia que lo antecedía, Odín era una autoridad mental, física y espiritual.

Salidos del trance religioso, me di cuenta de que Sabelotodo estaba desmayado, me apresuré a reanimarlo, pero no reaccionó ni al moverlo ni al hablarle, entonces se me ocurrió echarle nieve en la

cara, ante lo cual recobró la consciencia y asustado suplicaba:

—¡Don Epifanio sálveme, piensan decapitarme!,
¡corramos!

Reflexioné de inmediato dando la razón al nefasto gritón, pero no dimos ni un paso cuando el vikingo nos sujetó por el cuello y furioso me advirtió: anciano, ya has escuchado las órdenes de Odín, tú has venido ante nosotros por justicia y así será, no hay escapatoria, ¡ahora caminen! Echó bruscamente nuestra vulnerable humanidad a la nieve y a manera de amenaza jugueteó con una pequeña hacha simulando que nos degollaba, así que no quedó más remedio que obedecer.

Me sentía muy preocupado por Sabelotodo, sin lugar a dudas su muerte se acercaba, su castigo era definitivo, no se diga el interfecto, estaba totalmente inundado de pánico y como era su costumbre lloraba y lloraba. Casi una hora más tarde, llegamos a una pintoresca aldea, conforme se adentraba la noche, el frío arreciaba, empezaba a nevar y nosotros seguíamos al gigante que se detuvo frente a un corral de enormes rejas donde había siete gansos y tres gallinas, encerró a Sabelotodo en dicho lugar, aseguró bien la puerta y con negro humor dijo: Qué descanses cabeza hueca, espero

que los gansos no arruinen la diversión y te coman antes de que nosotros lo hagamos. Después girando lentamente sobre su propio eje, me miró fijamente y gritó como un desquiciado, realmente me intimidé como un pequeño ratón frente a la escoba asesina del ama de casa, di uno pasos hacia atrás y el vikingo hablando entre risas me dijo:

—Anciano de mundos lejanos, eres mi invitado, ¿tienes hambre?, ¿tienes sed?... ¡responde! deja de mirarme como tonto.

—Sí, sí señor gigante, con gusto lo acompañaré.

—Entonces sígueme y deja de llamarme “gigante” tu deforme estatura me ve como un gigante, pero no lo soy, mi nombre es Egil.

—yo me llamo...

—No me importa, tú te llamas “anciano”

Así fue como recién bautizado por el casi gigante, llegamos a un lugar donde parecía celebrarse una gran fiesta, pude quitarme la cobija de piel de animal porque un agradable fuego calentaba el ambiente. El lugar era una construcción rectangular de madera, por lo que prevalecía el color marrón en los muros y techos, al centro del salón, se situaba una larga mesa que sostenía charolas vastas de comida que nos quitarían el hambre.

Mujeres y hombres convivían por igual y bebían en cuernos de animal, un delicioso líquido muy cercano al sabor de la cerveza, pero mucho mejor en sapidez y textura. Risas, baile, música y absurdos juegos de aventarse cuchillos unos a otros, presencié durante varias horas.

El casi gigante, ya un poco perdido por la bebida, me cuestionó curioso acerca de la vergonzosa y lamentable situación que vivía con Sabelotodo:

—¿Qué te ha hecho ese debilucho que aventé al corral?, ¿por qué lo has traído hasta aquí?

Yo también un poco mareado por las bebidas y los pequeños trozos de vegetales crudos que me ofrecieron, vi la oportunidad de sincerarme y tal vez buscar que le perdonaran la vida al miserable que llevaba por acompañante, entonces desde el dolor más profundo que albergaba en mis entrañas, respondí:

—Bueno señor gigante...

—Anciano, ¿acaso eres estúpido? Te dije que no soy un gigante, mi nombre es Egil, ¿entiendes?, ¡Egil!

—Claro señor gigante Egil; mire usted, yo soy un simple maestro pensionado, no le hago daño a nadie, bueno al menos eso he creído hasta ahora.

—¿Eres un qué?

—Un maestro, una persona que enseña a los demás, por eso sé cosas de ustedes como antigua civilización.

—¡Me provocas tanta risa! viejo tú no tienes nada que enseñar a nadie, mírate, débil, miedoso y enano.

—Te equivocas. Todo cuanto sé, no lo llevo en mi estatura, sino en una vida de experiencias y preparación académica, conozco el origen de los dioses y sus significados, casi puedo decirte que me considero politeísta... pero tú no sabes de lo que estoy hablando. Admiro a Odín, nadie de donde yo vengo está dispuesto a perder nada por conocimiento, ni siquiera su tiempo, ustedes respetan a su dios, lo aman y le temen al mismo tiempo, él es claro y sencillo, no los ama, pero los protege, no los amenaza pero les da lecciones, no le rezan pero lo necesitan y él acude sin más, no es bueno, no es malo, sólo es magnífico y grande.

—Es verdad que estás cierto de nuestra forma de vida, ¿de dónde vienes hombre?

—De un biodiverso país llamado México, es un lugar al...

—¿Mexi qué cosa?, ¡Me has hecho reír mucho desde que te vi, mejor dime que te hizo ese quebradizo que encerré con mis animales, Odín dijo que había

hecho algo que ni el peor de nosotros haría, ¿qué te hizo?

—Ese miserable, abandonó a sus hijos, tal como si se hubiera desprendido de gatos callejeros, sus dos hijos son mis nietos, han estado bajo mi cuidado, pero han sufrido carencias, cometió su absurdo abandono cuando los niños tenían dos meses de nacidos, es un cobarde, es un cínico que defiende su indefendible culpa, vive como si su responsabilidad no existiera, justifica su malvada obra y encima busca el máximo gozo de la vida como si mereciera una compensación por su nefasto comportamiento. Despojó a mi hija de los pocos bienes que tenían, la echó a la calle cortes y patéticamente, desde entonces he visto en mi princesa la nada deseable mezcla de la tristeza y el rencor, humilló a mi gente, pisoteó mi confianza y mi apellido. Se acercó a nosotros como una serpiente, engañó a mi hija con promesas al viento, palabrerías cursis y todas esas cosas que las mujeres creen a pie juntillas, el hombre ha vivido bien, ha hecho dinero ha gozado su vida tal como su vacío y enfermo pensamiento la trazó; precisamente lo encontré en una cantina disfrutando de su mal habida libertad, mientras mi hija se esfuerza cada día por la manutención de los niños, sus hijos.

—Si ese quebradizo tuvo hijos y luego los despreció, entonces su corazón está marchito, veo que te sientes dolido por tu familia, Odín habló con sabiduría, nosotros amamos a nuestros hijos, tal vez a la madres alguna vez las despreciemos y ellas a nosotros, pero nuestra descendencia es sagrada. Ese tal Sabelotodo como tú le nombras es un asco, compadezco a mis gansos que pasarán la noche con él. Verás viejo, en esta tierra su castigo será ejemplar, nosotros estamos en tu causa. Dime, ¿qué aspecto tiene tu hija?

—Mi hija es muy bella, mira te mostraré una imagen

Saqué de la bolsa trasera de mi pantalón, una foto de mi hija y mis nietos, el vikingo la tomó con temor y abriendo al máximo sus celestes ojos, exclamó asombrado:

—¿Qué clase de magia es? ¡La gente parece real, sólo les falta moverse!

—No es magia, se llama fotografía, es una técnica que atrapa la imagen de las personas, pero no a las personas en sí. No tengas miedo, obsérvala.

El hombre, la veía y manipulaba buscando algo en el reverso de la fotografía, luego agregó:

—Este dibujo puede ser muy valioso, te daré un trozo de oro a cambio de él.

—¡Oh no! Esta foto es muy querida para mí, como verás ella es mi hija y los niños son mis nietos, ¿verdad que son hermosos?

—Tu hija es realmente bella, parece uno de nosotros, yo no podría despreciarla.

—Me honras con la afortunada comparación... ahora deseo pedirte un favor.

—Claro viejo, después de lo que me has platicado, puedes pedir un favor.

—Realmente no es mi intención que Sabelotodo sea degollado, creo que con los sustos que ha pasado y el frío que le espera esta noche es suficiente, no me creo capaz de hacerlo sufrir a tales grados a pesar de su bajeza de alma.

—¡No!, ¡no!, ¡no!, ese favor de disculpar a ese quebradizo es imposible, el castigo sigue en pie. Yo soy instrumento de Odín y no voy a desobedecer. ¿Qué te pasa anciano? Te ha humillado, ha lastimado a tu familia y sólo piensas en misericordia, eres un debilucho, tienes corazón de gallina. Mejor ve a dormir, acomódate donde puedas, a los primeros rayos del Sol, vendré a buscarte.

El casi gigante, se alejó del bullicio y sin más remedio extendí mi piel de animal en un rincón poco transitado, recuerdo haber dormido como un lirón a pesar del escándalo de fiesta que prevalecía en el bárbaro lugar.

Me encontraba perdido en manos del somnífero estado, cuando me despertaron bruscos aventones que sentí en mi vieja y dolorida espalda; el gigante Egil me pisoteaba con su enorme pie mientras gritaba y reía alborotado: vamos anciano, es tiempo de divertirse, ¡levántate! Otros tres grandulones que lo acompañaban, un castaño, un pelirrojo y un rubio, me pusieron en pie a la fuerza y nos dirigimos a sacar a Sabelotodo del corral. Al llegar, vi como el miserable condenado a muerte, temblaba de frío o miedo, ¡qué sé yo!, pero no dejaba de amenazarme.

—Ya verá cuando regresemos don Epifanio, será usted encarcelado.

—Eso espero Sabelotodo, que regresemos y puedas emprender tu ridículo juicio.

“¡Silencio!”, gritó el gigante de castaño cabello y ojos zarcos. Llegamos a un lugar de campo abierto y a la orilla del mar, Egil me indicó que me hiciera a un lado pero que no me alejara mucho, los cuatro hombres

rodearon a Sabelotodo quien desesperado se mordía las uñas y chillaba como una rata acorralada; Egil empuñó un hacha plateada, entrecerró un ojo para calcular la distancia, levantó su enorme brazo y decidido, furioso y certero, brincó en un gran salto casi volador hasta la cabeza de Sabelotodo que después de perfecto corte transversal, rodó como pelota pateada, ¡lo había decapitado!. Sentí una fría brisa en el rostro, pasé la mano para limpiarme y aterrorizado me di cuenta de que era sangre, sangre maldita de mi enemigo. Los vikingos, reían desquiciados y orgullosos observando sus caras también salpicadas de sangre. Después aterrado, observé lo increíble, lo inexplicable, lo inconcebible... el cuerpecillo del recién descabezado, buscaba torpemente su cabeza a la vez que esta gritaba desesperada: ¡acá estoy junto al árbol!, ¡ven por mí! Imaginen mi cara de terror. Cuerpo y cabeza desunidos buscándose uno a otro y los gigantes disfrutando locuazmente la patética escena. Por fin el cuerpecillo del decapitado halló la cabeza y una vez más sucedió lo imposible: los brazos de Sabelotodo tomaron ansiosamente su cabeza y la colocaron en el cuello como quien coloca una tuerca en tornillo, le dieron vuelta de cuerda y la ensangrentada testa volvió a su lugar. No

obstante, el esfuerzo del recién armado, el guerrero pelirrojo corrió veloz como un leopardo hasta la castigada humanidad de Sabelotodo y lo descabezó de un preciso y eficaz hachazo, los bárbaros compañeros agitaban brazos y manos en señal de felicitación por tan buena puntería, la solitaria cabeza gritaba desconsolada: ¡nooooooo!, ¡nooooooo! Mientras rodaba hasta mis pies, entonces el gigante de ojos zarcos me ordenó: ¿qué esperas?, ¡dale un puntapié anciano! Espantado al límite vi como el cuerpo acéfalo de Sabelotodo se aproximaba a mí para recoger la cabeza, el terror me invadió, aventé la cabeza con el pie y corrí hacia al lado contrario, me detuve unos metros después porque mi jadeante respiración no me permitió continuar escapando de tal atrocidad, sólo alcancé a escuchar los gritos agudos del degollado que intentaba dirigir al cuerpo hasta su infortunada sesera, una vez más observé el incomprensible acto de la colocación de tuerca y tornillo, o sea operación de unión, cabeza—cuerpo, los brazos enroscaban el cráneo asqueroso, yo desorbitado, exclamé:

—¡Dioses! ¿Cómo logra colocarse la cabeza?,
¡basta ya bárbaros!

—¿Quieres intentar viejo? —respondió Egil divertido en medio de pronunciadas carcajadas.

—¡No!

Ya entero y bien reconstruido Sabelotodo, corrió como una joven gacela, intentando huir del espantoso castigo, pero los guerreros lo alcanzaron y lo rodearon una vez más, el gigante rubio, propinó una vez más el certero hachazo en el cuello del indefenso hombrecillo, una vez más su cabeza rodó a mis pies, el cuerpo se apresuró a moverse, pero el pelirrojo y el castaño lo detuvieron, lo inmovilizaron, entonces Egil alzó la voz, imponente e imperativo:

—¡Pide perdón al anciano o no recuperarás tu asqueroso cuerpo! Y tú viejo, quédate donde estás, no corras.

Los ojos horrendos de la cabeza me miraron lloriqueando y la boca de dientes ensangrentados pronunció las siguientes falsas y fingidas palabras de aquel que sólo busca salvarse a sí mismo: Perdóneme don Epifanio, me burlé de su familia, abandoné a mis hijos y causé grave sufrimiento a su hija, ¡perdón!, ahora dejen mi cuerpo en libertad.

—¿Qué dices anciano?, podemos tirar su cuerpo al mar y podrás llevarte la cabeza, ¿qué quieres hacer?

La testa con las venas colgando gritaba locamente: ¡nooo! ¡nooo!, ya pedí perdón, le daré todo mi dinero a sus nietos, ¡ayúdeme viejo desalmado! Suspiré fatigado, ahora yo tenía “el sartén por el mango”, podía destrozar a Sabelotodo en un chasquear de dedos, su inútil destino estaba en mis manos, era mi oportunidad, la dulce música de la venganza consumada se escuchaba en mi herido corazón de padre y abuelo, sin embargo, mis valores primarios me impedían ser un desalmado tal como el traidor me llamó, no, yo no era una criatura obscura e indolente y definitivamente me negaba a cargar con la espesa culpa de la desgracia de otro, no, al final era más conveniente ser el ofendido que el victimario, es en conclusión el papel ideal para una vejez tranquila, entonces, decidí valientemente:

—Decido que le devuelvan su cuerpo a la cabeza y nos dejen partir, ya la voluntad de Odín se ha cumplido, es suficiente.

Las carcajadas de los guerreros no se hicieron esperar, se doblaban de la risa y casi sin poder hablar por las risotadas, Egil en cínica postura me dijo:

—Claro viejo, pero ahora las reglas cambiarán. Pueden irse, sólo que tienen que decidir si se van sus

cabezas o sus enanos cuerpos, pues tú también ¡perderás la cabeza!

—¡Basta por favor! Quédense con el anciano, él será más útil que yo, es maestro y puede enseñarles cosas —lloriqueó angustiado Sabelotodo. El traidor.

—¡No!, ya saben qué hacer, decidan si se van sus cabezas o sus ridículos cuerpecillos.

—Espera Egil, tengo una propuesta para ti —agregué intentando ser un rescatador.

El casi gigante, frunció el ceño, acercó sus largos pasos hasta mí, se encorvó para estar a mi altura y me advirtió:

—Más vale que sea algo que me interese, no me hagas perder el tiempo que mis gansos tienen hambre y estoy viendo a su alimento. ¿Cuál es el trato?

—¿Recuerdas la imagen que te enseñé de mi hija y mis nietos? Me ofrecías oro por ella, te la ofrezco a cambio de nuestra libertad.

—Absolutamente, tonto anciano, eso te lo puedo quitar a la fuerza en este momento, no tiene sentido.

—¡Entonces mi dios te castigará!

—¿Quién es tu dios?, no temo a lo que no conozco y si ese dios se parece a ti, entonces estás perdido.

Aquello era un desastre, la cabeza llorona de Sabelotodo seguía tirada a mis pies, su cuerpo secuestrado por dos despiadados vikingos, Egil no estaba interesado en mi débil propuesta y por si fuera poco, también planeaba decapitarme. Entonces éste decidió por mí:

—Nos quedaremos con sus cuerpos, servirán para causar terror a nuestros enemigos en el próximo saqueo, las cabezas las tiraremos al mar, servirán de alimento a los peces.

Luego, al oír “saqueo” una idea vino a mi experto cerebro, se me ocurrió algo que sería jugoso para los vikingos, de tal forma que propuse a Egil:

—Espera, tengo algo que ofrecerte por nuestra libertad, haré para ti el mapa de una ruta en la cual encontrarás un lugar lleno de tesoros, se llama Inglaterra.

—Anciano, ya no me hagas reír más, dejemos de perder el tiempo, tú no sabes nada de navegación.

—Claro que sí gigante, recuerda que soy maestro, es decir, “el que enseña” y poseo suficientes conocimientos de geografía, pero necesito de mi cabeza para pensar y de mis manos para dibujar, no podría hacerlo si me partes en dos.

El burlesco vikingo, parecía estar tomando en serio mi proposición, se tomó la barbilla pensativo, caminó lentamente hasta sus compañeros que detenían el cuerpo de Sabelotodo, hablaba quedamente con ellos, mientras la necia cabeza tirada a mis pies vociferaba:

—Don Epifanio, es usted un genio, si me logra salvar, me lo llevaré a trabajar conmigo al gobierno y daré a usted y a sus nietos una buena pensión.

—¡Cállate idiota! Son tus hijos, yo no quiero ningún mediocre puesto junto a ti, lo único que yo deseaba sigo sin lograrlo, veo que a pesar de estas tremendas lecciones, tú sigues igual, sin sentir ni pizca de remordimiento ni de amor por tus hijos, pensándolo bien, dejaré que los bárbaros tiren tu cabeza al mar y que te lleven de espantapájaros descabezado a los saqueos.

—¡No!, por favor no haga eso, me quedaré callado y me sentiré la más culpable de las cabezas si usted así lo quiere.

—¡Ssssht! ¡Cállate! Ahí viene Egil, veamos que decidieron, de esto depende que podamos salir de este lugar.

El casi gigante, se acercó con sobriedad y me dijo intimidante:

—Bien enano, harás la ruta, pero si fallas o nos engañas, iremos por ti a donde quiera que te encuentres, además deberás dejar en mis manos esa imagen de tu bella hija, pues he de pedir a Odín que recompense mi labor con ella como esposa.

—¡Oh no! —Repliqué atemorizado por mi hija— eso no puede ser, además mi hija vive en el futuro, es imposible.

—si es imposible, ¿cómo te explicas que tu estés aquí?, la misma distancia hay de tu mundo al mío como del mío al tuyo, si me mientes anciano, despídete de ella y si no también. ¿No me digas que prefieres esa estúpida cabeza como padre de tus nietos?

—¡Ni hablar! Si esta cabeza por sí sola es deleznable, unida a su quebradizo cuerpo es repugnante. Bueno gigante amigo, manos a la obra.

Me quité el saco para usarlo de lienzo ya que era de color beige, saqué de la bolsa del mismo una pluma de tinta china que me había obsequiado el sindicato en reconocimiento por mis cincuenta años de maestro. Entonces comencé a dibujar el plano sobre mi finísimo saco de casimir inglés. Eché mano de la más extensa capacidad mnemotécnica para recordar cómo era la forma del mapamundi y así detallarlo lo más exacto

posible; recordé todas las veces que hube de ilustrarlo en el pizarrón intentando explicar los husos horarios a mis alumnos. Los vikingos observaban el dibujo con extrema curiosidad, parecían niños y uno de ellos, el más joven, el pelirrojo, preguntó:

—¿Cómo haces eso viejo? ¿Cómo es que logras que salga agua negra de ese pequeño tubo que tienes en la mano?

—Es una pluma, por dentro lleva un cartucho de tinta.

—Queremos que también nos dejes ese objeto, ¡es maravilloso!

El joven vikingo, me arrebató la pluma, la tomó en su mano izquierda e hizo un garabato en una manga del saco, que estaba convertido ya en un mapa por el lado de la espalda. Los otros intentaron también garabatear y reían nerviosos ante la salida de la tinta, soltaron el cuerpo de Sabelotodo para seguir rayando con el bolígrafo, de tal manera que como era de esperarse, el castigado aprovechó para unir su vacía cabeza con el cuerpo antes secuestrado. Luego interrumpí la diversión de los guerreros para dar paso a la explicación del mapa:

—¡Basta! Les dejaré la pluma, pero ahora escuchen, les daré a conocer el mundo entero en este pedazo de tela.

—Más te vale, que esto sea real enano —dijo el jovencuelo de rojo cabello picando mis costillas con su espada.

—Claro que lo es, lo podrán comprobar satisfactoriamente, vengan colóquense alrededor del mapa —tomé una piedrita para señalar el lugar donde nos encontrábamos y proseguí— Aquí donde estoy colocando la roca es Noruega que es el lugar donde nos encontramos en este momento, nos rodea el Océano Glacial Ártico, somos vecinos de Suecia y Finlandia, si navegan un poco al sur, encontrarán este territorio conocido como Inglaterra, allí obtendrán riquezas atesoradas por reyes y cristianos, más hacia el sur llegarán a esta pequeña península conocida como España que también es territorio de importantes monarquías y opulencia cristiana, pero si desean mayores aventuras pueden cruzar el Océano Atlántico y llegar a América que es el lugar de donde venimos, con esos barcos que ustedes fabrican, podrían llegar al fin del mundo...

—Tu mapa es muy interesante, pero parece una fantasía, es difícil creer que nosotros estemos situados en este mínimo trozo de tierra y que tú provengas de un enorme lugar y seas un debilucho —agregó incrédulo Egil.

—Quizá sea porque nuestro clima nos permite sobrevivir fácilmente, nosotros no tenemos que padecer gélidos inviernos como ustedes, ni cazar nuestro alimento, tenemos árboles frutales de gran variedad, animales de múltiples especies, así como agua cálida en ríos y lagos, podría decirse que tenemos las mejores condiciones para la vida.

—Tienes razón, por eso son perezosos y confiados, en cambio nosotros hemos aprendido a ser fuertes, a luchar y ganarnos el alimento y la protección, no somos unos sentimentales como ustedes, tu raza es refugiada del buen clima, por ello no requieren mayores atributos físicos en su persona, la tostada piel de ese guiñapo que nos trajiste, su estatura y quebradiza complexión, son muestra indudable de que ese lugar existe, te creo... por cierto veo que se ha colocado ya la cabeza, su inutilidad me irrita y nos estorba, lo mejor es que se vaya, pero por tus grandes conocimientos, quiero que te quedes y seas uno de nosotros anciano,

¿qué dices?, ¿te gustaría navegar en un drakar?

Nos serías de mucha ayuda.

Me sentí plenamente honrado ante la propuesta, imaginen mi cara de emoción. Sin embargo, mi deber era regresar con mi familia, yo no sería un vil abandonador como lo era Sabelotodo, así que respondí al guerrero:

—Es una gran propuesta, sería un honor que me consideraran uno de ustedes, pero no puedo aceptar gigante, mi familia me espera y yo me siento deseoso de verlos.

—Entiendo viejo, ve y cuida de esa hermosa hija tuya... tú guiñapo, quebradizo, carcajada de hombre —Egil tomó a Sabelotodo por el cuello y lo amenazó— espero haberte hecho sufrir lo suficiente para que aprendas a tratar a tus hijos, el anciano podrá traerte aquí cuantas veces lo necesite para cortarte la cabeza, pero la próxima vez, te será más difícil reconstruirte, cortaremos tu cabeza, brazos y piernas por separado.

Todos los vikingos reían a carcajada suelta con la ocurrencia del bárbaro, luego el pelirrojo agregó divertido:

—Imagínenlo diciendo: ¡hey brazo recoge la pierna y pégala al tronco! ¡Brazos, peguen la cabeza al

cuello! ... sí que vuelva ese quebradizo nos hemos divertido mucho con él.

Yo sabía que era una broma cruel, pero no pude evitar tremendas risotadas. Sin lugar a dudas, disfruté Noruega a pesar de su despiadado y brutal castigo, el carácter vikingo me proveyó de valor, fortaleza y adrenalina vivificante, lamento en verdad no haber tenido la posibilidad de quedarme, pero como ya dije no soy un asqueroso abandonador. Acto seguido, Egil nos indicó el camino de regreso al portal.

—Escucha viejo, deben caminar hacia el mar, el barquero los espera, para llevarlos a su camino, ya del otro lado, encontrarás la misma puerta por donde me viste entrar. Que los dioses te acompañen.

Así fue como dejamos atrás la mítica tierra de Odín y ya una vez regresados a nuestro camino primario, el desdichado Sabelotodo me preguntó:

—¿Por qué no me dejó morir?, ¿por qué me salvó si tanto me odia?

—¡Ja!, de Sabelotodo tú no tienes nada, sería muy cómodo morir e irse de este mundo sin pagar tus cuentas, ¿qué sentido tendría evitarte el sufrimiento? No sería justo librarte de pagar cada lágrima que he visto en los ojos inocentes de mis nietos al saberse

abandonados por ti. Además, a ello agrega que no soy un indolente como tú. Con tristeza observo que no te arrepientes y sólo pides perdón para salvar tu pellejo. De ninguna manera te dejaré morir, te necesito fuerte y vivo.

En esa discusión nos encontrábamos, cuando un hombre acercaba sus pasos hacia nosotros, lo observamos sorprendidos puesto que parecía sacado de una película de la época de oro del cine mexicano, el ser se veía en blanco y negro, era joven no sobrepasaba los treinta y cinco años tal vez, un poco pasado de peso, bajo de estatura, bien vestido y portaba un blanco lito o paño en el antebrazo izquierdo. Con fina educación, nos informó:

—La comida está servida en el restaurante, por favor pido a ustedes que me acompañen.

—¿Este horrendo camino tiene un restaurante? ¡Haberlo dicho antes! —agregó el maltratado Sabelotodo.

Seguimos al monocromático personaje hasta lo que más que un restaurante, parecía un elegante cabaret de los años cuarenta, había una gran ambiente, mesas con una pequeña lamparita que daba luz a personas también en blanco y negro que degustaban

suculentos platillos, descorchadas botellas añejos vinos, pista de baile circular y una extraordinaria banda de jazz que tocaba Sing, Sing, Sing de Louis Prima, el mesero nos acomodó en una mesa junto a la lustrosa pista de baile. Ya estaban dispuestos dos servicios de comida aun con sus respectivas tapaderas en los platos.

—¿Qué desea tomar el señor? —me dijo amable el mesero. —sugiero un champagne de cosecha especial.

—¡Claro, eso traiga!, ¡ah tengo tantos deseos de un buen trago!, ¡me vendrá tan bien! —interrumpió Sabelotodo emocionado.

Entonces, el regordete mesero, chasqueó los dedos y dos camareros más acudieron a la mesa rápidamente con una cubeta donde mantenían fresco el champagne, extrajeron dos botellas, uno de ellos sirvió mi copa de la espumeante bebida y el otro llenó la copa de Sabelotodo, quien de inmediato renegó:

—¿Leche?, ¿por qué?, ¡yo quiero champagne igual que don Epifanio!

Luego el infeliz destapó su plato para comenzar a cenar por lo menos y grande fue su asombro al encontrar sólo una concha de chocolate en el enorme plato. En cambio, cuando yo retiré la tapa de mi cena, me

encontré con un delicioso sirloin asado, guarnición de verduras y puré de papa con mantequilla.

—Lo siento señor, tenemos la orden de ofrecer a usted únicamente pan y leche,

¡ah! pero si a usted le apetece, podemos cambiar el sabor de la concha, también la hay de vainilla. — aclaró el mesero.

—¡Claro que no! Yo quiero vino y comida como don Epifanio, ya se los dije.

Enojado, Sabelotodo tomó mi copa arbitrariamente y se la bebió de un sorbo, pero el muy mal educado escupió lo bebido, luego exclamó:

—¡Esto también es leche!, ¿cómo es posible? Yo vi que le sirvieron champagne. Posteriormente, con su mano tomó abruptamente un trozo de carne de mi plato y al llevarlo a su boca, el alimento se transformó en un pedazo de pan, así que reclamó nuevamente:

—¿Por qué esto es un pan?, todos vieron claramente que tomé la carne del plato de don Epifanio. ¿Qué clase de servicio es este?, ¡obviamente no esperen propina!

—Lo lamento señor —se disculpó el mesero — pero como ya le dije, tenemos instrucciones de que su cena sea ligera, así que todo lo que arrebate al señor, se

transformará en pan y leche... ¡ah! lo olvidaba, es también permitido agregar dos cucharadas de chocolate en polvo a su leche si usted así lo quiere don Sabelotodo.

—¿Acaso no me han escuchado tontos?, quiero carne y vino, si no lo hacen, veré la forma de que les cierren su establecimiento, tengo amigos en el gobierno.

El infeliz castigado, vociferaba, mientras los empleados lo escuchaban pacientemente, en tanto que yo corría con mejor suerte, pues una mujer bellísima me invitó a bailar la mencionada pieza musical... ¡qué diversión!, acepté encantado y me deslicé en la pista como en mis mejores tiempos, por el contrario, el pobre hambriento de mi acompañante, se dedicaba a robar mi cena y bebida sin resultados favorables, todo seguía siendo pan y leche.

Cuando regresé a mi lugar, después del gran baile, me percaté de que Sabelotodo había devorado hasta la última migaja de su concha de chocolate y roncaba escandalosamente doblado sobre la mesa encima de su plato, dormía profundamente a pesar de la música y el bullicio, de tal manera que, sin remordimiento alguno, saboree mi platillo, seguido de un llamativo postre de manzana y exquisito café. El

amable mesero, se acercó delicado y en voz baja me dio las siguientes instrucciones:

—Señor, tendrá que despertar a don Sabelotodo, pues afuera los espera el carro que habrá de llevarlos a su destino final

—¿Iremos de regreso a nuestras casas?

—Lamento no tener la respuesta, lo desconozco.

—Dígame gentil hombre, ¿en dónde estamos?
¿Qué año corre?

—¿Perdón?, es una extraña pregunta, pero le informo que estamos en la ciudad de México, año 1938, el presidente Cárdenas ha salvado el petróleo del país y si quiere encontrarlo por aquí podrá venir mañana. Espero haberlo ubicado señor.

—¡México!, entonces hemos regresado, seguramente ese carro nos conducirá a nuestra época.

—Sigo sin comprender señor, pero deseo que así sea, fue un placer atenderle. Buen viaje.

Moví a Sabelotodo para que despertara y podernos dirigir al mencionado vehículo. Éste, quejándose de hambre, se levantó pesado y despeinado, ya estando afuera del cabaret, nos esperaba un lujoso Hudson y un hombre de oscurísima piel, gran estatura y vestido como un chofer, nos abrió la puerta atentamente

y subimos, me di cuenta que al igual que la gente del restaurante, el chofer también era un ser monocromático, entonces le pregunté:

—Buenas noches señor chofer, me han dicho que usted ha de llevarnos a nuestro destino final, ¿es eso cierto?

—Cierto será hasta que llegue usted caballero, por lo pronto es una mentira.

—Pero... ¿a dónde nos dirigimos?

—No hay más dirección que su destino, carezco de cualquier otra orden, si usted es don Epifanio y el roncadador es el señor don Sabelotodo, entonces soy el chofer correcto, ustedes son los pasajeros precisos y no hay más camino que el indicado.

No tuve más remedio que dejarme llevar, el carro iba en marcha y nosotros tan perdidos ya en el tiempo y el espacio, sólo nos quedaba la esperanza de que la aventura terminara por algún extravagante portal. Ingresamos a una obscura carretera donde lo único familiar era la hermosa Luna platinada, leal a su salida nocturna. El parco chofer, encendió el radio y pude reconocer la inconfundible voz de Louis Armstrong, acompañado como siempre de su fiel trompeta y golpes precisos de batería. Sabelotodo que, al subir al carro, se

había dormido nuevamente, despertó ante la interrupción artística de la música, se frotó los ojos y grosero como siempre, me reclamó:

—¿Ahora a dónde me lleva?, ¿ya terminó la misión de su orden Rosacruz para que sea aceptado? Si no me mata de un susto, me matará de hambre, escuche los vacíos sonidos de mi estómago, desde el Antiguo Egipto, no he comido más que dos conchas de chocolate y dos vados de leche, en cambio usted se ha dado la gran vida...

—¡Ay Sabelotodo, sigues insolente e indolente! De verdad que tu cabeza no funciona bien, continúas pensando que eres la víctima de las circunstancias, si no hubieras cometido tu cobardía no estaríamos aquí, la gente se desvía por caminos desagradables cuando no hace lo correcto, aprende la siguiente lección: nunca hagas enojar a un anciano, debajo de nuestra tierna careta se aloja el monstruo de la sabiduría y la excelente condición de no tener nada que perder. Los ancianos tenemos la ventaja de ser libres de lo que ustedes los jóvenes temen. Así es que teme, teme a un hombre libre Sabelotodo. Pero mira lo que guardé para ti —saqué del bolsillo de mi camisa, un trozo de carne envuelto en una servilleta, así como un fino cigarro que conseguí en el

cabaret. —come, sabía que tendrías hambre y que la nicotina calmaría tus nervios.

El quebradizo hombrecillo, tomó desesperado la carne que no duró mucho en sus manos ni en su boca, la engulló como un caníbal y posteriormente le encendió el tabaco, cuyo humo se disipaba por la ventanilla abierta, tal como se esfumaba mi esperanza de que este asqueroso calavera comprendiera y reparara el mal que le había hecho a mi familia, sobre todo a los pequeños que inocente e inútilmente preguntaban por él y su paradero.

El cadavérico chofer, detuvo el carro y la música también paró.

—Hemos llegado —nos dijo neutro y formal— ¿es este su hogar señores? Sabelotodo respondió intrigado:

—No lo sé, no se ve nada. Espero que sí, porque en la mañana muy temprano acusaré a don Epifanio, seguramente mis amigos vendrán a recibirme, ellos me ayudarán a elaborar la demanda, lo primero que pediré será una orden de restricción seré protegido por la justicia.

El chofer sonrió siniestramente y me indicó:

—Baje señor don Epifanio, ayude al hombre a ubicarse donde estamos.

—Dígame usted chofer, yo tampoco veo bien, es un lugar muy oscuro... el clima es cálido, se escuchan los grillos, pero no hay alumbrado público, ¿acaso hubo un apagón?

—¿Por qué no intentan mirar hacia arriba?, tal vez reconozcan el territorio. Paulatinamente mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y podía distinguir con mayor claridad las siluetas en la penumbra; me di cuenta que definitivamente no era mi vecindario, entonces reconocí el misterioso lugar y exclamé a todo pulmón:

—¡Dioses! ¡Estamos en Teotihuacán!

—Así es señor —asintió el chofer —ahora sí han llegado a su destino.

—Le exijo que me lleve a mi casa o también a usted lo demandaré por privación ilegal de la libertad —renegó el absurdo enemigo.

—No señor don Sabelotodo, usted no ha sido secuestrado, tiene todo este campo para huir de mí y de don Epifanio, ande, corra y sea libre hombrecillo.

El enemigo se subió al carro en el asiento del chofer, dando tremendo portazo para expresar su ira, luego solicitó imperativo:

—Chofer, deme las llaves del auto, ¡yo me voy!

—Oh claro mi señor don Sabelotodo, las llaves están pegadas, puede usted arrancar sin problemas.

Ni tiempo me dio de abordar también el vehículo, cuando el iracundo hombre había arrancado retirándose del lugar.

—¿Qué haremos ahora? Se ha llevado el automóvil, ¡estamos en medio de la nada!

—Se equivoca don Epifanio, nos cubren siglos de civilización azteca, los dioses nos observan y acogen en su casa, esto no es la nada, es el todo, estamos en medio del todo. Venga, sígame, sentémonos a los pies de la pirámide del Sol, allí esperaremos a lo que llegue primero.

—¿Lo que llegue primero?

—Sí, su amigo o el amanecer, cualquiera que llegue primero lo salvará.

Escalofríos recorrieron mis gastados músculos al ver aquellos enormes monumentos bañados por la plateada luminaria, las pirámides eran imponentes, majestuosas y descomunales, nos ofrecían refugio con

absoluta humildad, imaginé las fastuosas ceremonias realizadas en aquel inusitado lugar y ahora el monocromático chofer y yo, dos simples mortales, estábamos sentados cínicamente en territorio de dioses.

Se sentía un viento olor a lluvia, la situación era por demás alucinante, me encontraba perdido una vez más, irónicamente en un lugar que tanto disfruté en mis excursiones escolares a plena luz del Sol, no en esa estremecedora negrura nocturna ni con un completo extraño que además lucía un lúgubre aspecto monocromático de película antigua, ¡¿qué más me podía suceder?! Estaba a expensas de que el tiempo corriera e intenté ser amable y lancé una tonta pregunta:

—Dígame señor chofer, ¿por qué usted es...? vaya no sé cómo decirlo, ¿por qué usted es como un personaje de la antigua televisión de blanco y negro? No sé si se note a sí mismo, disculpe mi pregunta, por supuesto que está en todo el derecho de no contestar a tal atrevimiento.

—Las almas no tenemos color don Epifanio.

—¡Por Tláloc! ¿Es usted un fantasma? —Salté de mi lugar conmocionado —

¿entonces todas esas personas monocromáticas del restaurante, también eran fantasmas?

—¡Ay, no señor! ¿Por qué nos rebaja usted de categoría? Ya le dije que soy un alma no un fantasma.

—Claro un alma en pena.

—No don Epifanio, usted, usted sí es un alma en pena dentro de ese cuerpo, yo no tengo penas, de hecho las almas no tenemos ningún pesar. Hay grandes diferencias entre fantasmas y almas, ¿por qué cree que la gente del cabaret estaba tan feliz?

—No, no entiendo.

—Porque las almas gozamos de absoluta felicidad, ya dejamos atrás esa vergonzosa condición de “fantasmas”, las “almas en pena” no existen.

—¿Pero, como sucede tal cosa? No puede negar que fantasmas y almas son personas muertas.

—Sigue usted equivocado amigo, los fantasmas son semi humanos, ¿acaso no ha visto como mueven objetos?, ellos son capaces de hacer sonidos, a veces hasta se aparecen a todo color descaradamente, siguen rencorosos y nostálgicos de lo que dejaron en el mundo terrenal, les aterroriza que sus familiares los olviden, difícilmente superan su condición mortuoria; en cambio las almas nos hemos liberado de toda materia y apegos, eso sí, guardamos en nuestra memoria aquellos recuerdos que nos hicieran felices en vida, de tal forma

que visitamos en sueños a los que amamos y siguen vivos, pero nunca les hacemos daño tal como algunos fantasmas intentan hacerlo para llamar la atención.

—Mi espeluznante compañero, parecía tan sereno, natural e inofensivo, que mi pavor se disipaba, luego prosiguió:

—Me parece que usted realmente sí sufre una pena, ¿qué necesidad tiene de venir cargando a ese nefasto amigo suyo?, deshágase de él, siga su camino sin mirar atrás, todos tenemos razones para no mirar atrás, se lo aconsejo porque es usted una buena persona y no me gustaría verlo convertido en fantasma, es mejor que llegue a ser un alma; hágase merecedor de la condición almática no fantasmagórica, yo sé lo que le digo, para ello debe superar su rencor don Epifanio.

Unos gritos desquiciados interrumpieron la interesante plática, por supuesto era Sabelotodo que venía jadeante y sin aliento.

—¡Oiga señor don chofer! Su carro se descompuso, usted dijo que arrancaría sin problemas, ¡mentiroso!

—Claro, dije que arrancaría no que circularía por todo Teotihuacán en él, yo no mentí, el carro arrancó señor. Bien amigo Epifanio, iré a buscar mi carro, de

cualquier forma, he cumplido la misión de traerlos hasta aquí, piense lo que le he dicho, pues calculo que un unos diez años de su dimensión temporal, nos podremos encontrar nuevamente en el cabaret. Quédense aquí, no se muevan, alguien vendrá por ustedes.

—Fue un placer conocerle etéreo personaje y mucho le agradezco el bien intencionado consejo, en cuanto al cabaret, tenga por seguro que en el tiempo calculado estaré invitando a usted una exquisita cena, un añejo vino y claro una buena plática.

El alma se alejó dejando en mi viejo corazón, la esperanza de llegar a ser un espíritu libre de tristezas y resentimientos. Muchos años me vi sufriendo por la humillación que ese mequetrefe de Sabelotodo hiciera a mis pequeños nietos, echarlos de su casa siendo unos recién nacidos y haber engañado cobardemente a mi amada ojos felinos. Así que con seguridad le dije al mencionado “Sabelonada”:

—¿Sabes una cosa?

—No, Y no quiero saberla, no lo perdono si eso me va a decir, usted será llevado a juicio, vaya haciendo su ahorro para que contrate un buen abogado.

—No tengo nada de qué pedirte perdón, sólo quería que supieras que ya me cansé de verte, de oír tus

roedores gritos, respirar tu mal aliento y que el castigado he sido yo, por haberte tenido de acompañante en estos maravillosos lugares.

Di la media vuelta y decidido comencé a caminar en un intento sincero de dejar ese estorbo atrás.

Transitar por la Calzada de los Muertos en la obscuridad, realmente me causó pánico, aun lo recuerdo y se me eriza la piel, no sé cómo tuve el valor de hacerlo, pero iba realmente concentrado en encontrar nuevamente una puerta o algún indicio de regreso al hogar, había empezado a comprender que el verdadero logro de una venganza, era sentirse hartos del sentimiento negativo así como la indiferencia y aburrimiento por el enemigo. Después de varios pasos caminados, me di cuenta de que dos hombres me seguían, así que me detuve y aunque la luz era escasa, logré ver que lucían como antiguos mexicanos pues utilizaban el típico maxtlatl y una tilma que cubría sólo uno de sus hombros, los hombres eran de estatura media, delgados, morena piel y cabello anudado con cintas de colores a la altura de la nuca. Supuse que sería la quinta aventura vengativa, uno de ellos me cuestionó bruscamente:

—¿Eres Doné?

—¿Doné? No, no soy Doné, ¿a quién buscan? —
respondí extrañado.

—a Doné Pifanio, tú parecer ser el hombre al cual
nos enviaron para localizar, ¿estás seguro de que no
eres Doné?

—Sí soy yo, pero se dice “don Epifanio” no “Doné
Pifanio”

—Debes venir con nosotros

—¿Y Sabelotodo?, es mi acompañante, ¿lo han
visto?

—De Sabe Lotodo ya nos hemos encargado, sólo
faltas tú Pifanio.

Caminamos hasta una construcción que se
encontraba en un pequeño conjunto habitacional a los
pies de las pirámides. Los hombres eran muy serios, no
nos dirigimos ni una palabra durante el trayecto, tan
sólo uno de ellos me indicó señalando un oscuro y
húmedo túnel:

—Entra.

—¿Qué es aquí? —pregunté algo quisquilloso.

—Sólo obedece

Ingresé y al momento vino a mi olfato un olor a
tierra húmeda, el piso era lodoso, no se podía distinguir
casi nada, por lo que me fui sosteniendo a través de mi

mano recargándome en la pared, de pronto sentí un desagradable aleteo en la cara, moví los brazos para defenderme y pude adivinar que se trataba de un murciélago, el cual logré evadir, pensé que los teotihuacanos estaban acostumbrados a encontrar tales animales y por eso a ellos no les causó la menor conmoción. Intenté seguir caminando, pero mi pie izquierdo se enredó en unas raíces y caí de bruces al lodo, mis gastadas rodillas lo resintieron de tal manera que no me fue posible levantarme de inmediato, entonces pedí ayuda a los acompañantes: auxilio por favor, me he lastimado, no puedo seguir adelante. Mi voz se escuchaba hueca en aquella silenciosa cámara. Volví a solicitar el apoyo de los hombres, pero nadie respondió. Busqué en mi pantalón el encendedor con el cual prendí el cigarrillo de Sabelotodo en el carro, afortunadamente lo encontré y al obtener un poco de luz, me percaté de que estaba solo, los hombres me habían encerrado en ese lugar y habían cancelado la salida. Con esfuerzo sobrehumano, logré ponerme en pie de aquel casi pantanoso lodazal y a duras penas apoyándome en el muro, regresé mis pasos para buscar la forma de escapar del lugar, pero fue imposible. Me sentí atemorizado y sospechaba que las únicas formas

vivientes ahí, éramos los murciélagos y yo. Decidí esperar a que fueran por mí, a final de cuentas toda aquella aventura me ofrecía eventos sorprendentes. Me senté donde mejor pude y di un leve masaje a mis resentidas rodillas, cerré los ojos he intenté relajarme en espera de un nuevo personaje. A pesar del incómodo lugar, pude dormir profundamente, recuerdo haber tenido un sueño casi vivido en el cual felizmente retornaba a mi hogar, donde me esperaba mi esposa, quien ha tenido la valentía de aguantarme por cuarenta y cinco años, asimismo, mis adorados nietos que corrieron a colgarse de mi cuello haciendo la pregunta obligada: ¿qué nos trajiste abuelo?, ¿jugamos al karate? Mi corazón se llenó de gozo al ver nuevamente esas gemelas caritas infantiles. Luego encontré a “ojos felinos” sentada en su cama escuchando una triste canción; me recibió con desánimo:

—Hola papá.

—Hija, ¿por qué oír esa canción? Sabes que existen cantidades de melodías que podemos disfrutar, tú y yo lo sabemos porque amamos la música.

—A veces me siento fatal por mis hijos papá, hoy me preguntaron por centésima vez el nombre de su padre y por supuesto el motivo de su ausencia, que yo

también desconozco por completo. Entonces me pregunto ¿cómo ese hombre no siente ni la más mínima curiosidad por saber si están bien?, ¿por qué se atreve a ejercer la violenta actitud de indiferencia con sus propios hijos?, ¿de dónde toma ese valor papá?

En un abrazo sentido, ofrecí consuelo a mi hija quien discretamente secaba sus escondidas y acumuladas lágrimas. Mi pequeña sufría, había visto toda clase de lágrimas en sus claros ojos, lágrimas de dolor, de odio, de impotencia y las más raras: lágrimas secas. Sus ojos no tenían qué producir llanto para darme cuenta de que la tristeza asfixiaba su vida mientras fingía estar bien. ¿Qué podía yo hacer? Me sentía muy mal de saber que aquella actitud despreocupada que mostraba ante todos, era sólo una ilusión, mi hija no era feliz, los amigos con buenas intenciones le aconsejaban lo imposible: “olvídalo, no vale la pena”, pero ¿cómo olvidar que un miserable volvió tu existencia una confusión?, olvidas las llaves, una fecha, un libro tal vez, pero a las personas de tu vida nunca, nunca las olvidas y más cuando éstas te han fallado. Sabía que su dulce y joven corazón estaba herido, tardaría en reponerse y la cicatriz sería grande. Por ello en mi desesperación y coraje, solicité ayuda divina, quizá saber todo lo que

estaba sufriendo Sabelotodo consolaría a mi “ojos felinos”.

Sobresaltado desperté al escuchar el estruendoso ruido del quitar de rocas en la entrada; observé como con trabajos penosos los teotihuacanos retiraban el bloqueo para dar paso a un ridículo hombrecillo enfundado en económicos pantaloncitos negros y desgastado suetercillo rojo, por supuesto era el nefasto Sabelotodo que además de todo, portaba un pequeño penacho que parecía comprado en cualquier puesto de tianguis. No pude evitar reír ante tal visión, entonces le pregunté:

—Oye ¿por qué usas ese mini penacho?

—Porque soy un hombre respetado en este lugar y usted es un acusado, un reo.

—¿Qué dices infeliz?

—¿Se le acabó la risa?

—Pero sí tú eres quien cometió el infame acto de abandono en contra de mi hija y los niños.

—Pues... ¿cómo le diré? Mi concepto de abandono es distinto al suyo, yo no abandoné a nadie, me fui porque sabía que con su hija a los niños no les faltaría nada, que podía irme tranquilo. A veces pienso que, si hubieran sido niñas, me hubiera quedado, pues

las bebés son más débiles y en verdad necesitan a su padre, pero siendo varones lo superarán y hasta serán más fuertes, ¿no lo cree así don Epifanio?, recuerde que usted hizo lo mismo con su hija, la abandonó siendo ella una niña y regresó arrepentido cuando era una mujer. Usted y yo sabemos que no es tan grave, no debemos sentirnos culpables de eso, pues las madres cuidan bien de los críos y de paso los hacemos más resistentes a los embates de la vida.

—¡Estúpido!, tú lo has dicho, estoy profundamente arrepentido de mi nefasto acto de abandono, pero esa es precisamente la gran diferencia entre tú y yo, la vida no me alcanzará para suplicar el perdón de mi esposa y mi hija, sabes bien que, aunque sea por carta estuve presente en su vida y que el dinero de mi parte nunca le faltó, en cambio mis nietos no han visto ni un centavo de tu miserable cartera barata. ¿Sabes cuál es su juguete preferido?, ¿la película que pueden ver una y mil veces?, ¿conoces sus ilusiones y aspiraciones?, ¿acaso has intentado imaginar sus caras ahora que tienen diez años? Nunca supimos por qué te fuiste, no tuviste el valor de ofrecer una explicación coherente, echaste a los pequeños de su casa al mes y medio de nacidos, los despojaste de sus derechos

elementales y no contento con ello hablaste horribles mentiras de mi hija, por eso estás aquí pagando tus cuentas con la vida.

—¡No me diga!, pues con la novedad de que ahora es su turno. Cuando me fui en el carro del chofer, pedí ayuda a los nativos para que lo detuvieran, les relaté todo lo que me ha hecho, la envidia que me tiene y todas las veces que he tenido que ir al psicólogo por la maldad de usted y su hija, así que ahora usted será el castigado, su anciana sangre servirá de alimento al dios del Sol, yo perdí la cabeza en la tierra de los vikingos, pero usted perderá el corazón. Qué dios lo bendiga.

Después de sus dolorosas palabras, se hizo presente su macabra sonrisa psicópata; los hombres que lo acompañaban me ataron de manos y me hicieron caminar hasta una pirámide que subí a duras penas con mis inservibles rodillas y sin el equilibrio de mis manos. Llegamos a la cima donde claramente reconocí la presencia de un sacerdote Teotihuacano y un altar de sacrificio. Sentí miedo, pero durante la caminata reflexioné que era lo justo, yo también algún día abandoné a mi niña y estaba dispuesto a pagar mi culpa. De tal forma que acepté tal destino y me alegré de tener la oportunidad de saldar mi cobarde acto, sólo

lamentaba no poderme despedir de la familia y pedirles el último de los diez mil perdones que les he solicitado. Por causa de mi ausencia mi hija fue engañada por ese nefasto borracho, cuántas veces me he recriminado el no haber estado ahí para protegerla, aconsejarla y hasta prohibirle que pusiera sus hermosos ojos en tal vulgar personaje; mi hija se fue por soledad, por tener la esperanza de encontrar la dicha, por pensar que alguien la amaría. Los padres no medimos las consecuencias de nuestra ausencia, nos parece fácil dejar a los inocentes que no tienen la capacidad ni los argumentos para detenernos, pero tarde o temprano las repercusiones nos toman por el cuello y se cobran la factura.

Los hombres antes mencionados, me colocaron hábilmente en el altar de sacrificios, donde sólo se podía recargar la espalda, el resto del cuerpo quedaba al aire. Sabelotodo alzó la voz autoritario cual Tlatoani de pacotilla:

—¡Atenlo también!, que no tenga la posibilidad de escapar.

—No pienso escapar —agregué con seguridad absoluta.

Entonces, altanero como acostumbraba a ser e intentando fallidamente arquear la ceja izquierda, se me acercó con su ridículo penachito y susurró:

—¿No le interesa liberarse? Nuestro dios estará complacido de beber su erudita sangre; en verdad perderá el corazón y con ello su vida, aquí no es como en la tierra de los vikingos donde yo me podía reconstruir, a usted le extraerán el vital músculo y ya no habrá oportunidad de que se lo vuelva a colocar, ¿entiende Doné Pífanio? Ahora rece, rece por su alma, está a punto de pagar todo lo que me ha hecho.

—Te equivocas hombrecillo, no te debo nada, acepto pagar, pero pagar por el dolor que le causé a mi familia, luego a quien le debo es a los míos no a ti.

—Pues, que dios lo bendiga y los perdone a usted y a su hija.

—¿Cuál dios? ¿El que se beberá mi sangre o el que invocas para tus huecas y absurdas bendiciones?, ¡decídetes hombre!

—¡Cállese tonto!, está solo en esto, nadie lo salvará.

—Eres un psicópata ¿lo sabías?, no conoces el remordimiento y la culpa. Esos psicólogos con los que has ido te han estado tomando el pelo, lo tuyo es

incurable, sólo te aguantan porque quieren cobrar sus honorarios para llevar la cenita a sus casas. Tus falsos y torcidos argumentos se convierten en eso, en la cena de los psicólogos.

—¡Silencio! Ahora dice que estoy loco pero mire quien es el que está en esa horrible piedra. Despídase de su gran corazón.

Se comenzaron a escuchar percusiones solemnes y logré alcanzar a ver que a los pies de la pirámide se reunía una impresionante muchedumbre que sin duda aclamaba el espectáculo que estaba a punto de presenciar. En unos momentos mi humanidad se apagaría para siempre, por lo que recordé lo que el alma monocromática tan sabiamente me aconsejó, debía morir sin rencor. De tal manera que me dirigí una vez más a Sabelotodo, pero esta vez pacíficamente.

—Te perdono. Ya la justicia divina ha enjuiciado tu vergonzosa culpa y te impuso un castigo. Me voy de esta dimensión deseando que rectifiques y hagas lo correcto, deseo que mi sangre sirva también para limpiar tu consciencia. No te veas en este espejo Sabelotodo, es dolorosa la reflexión de los actos equivocados. Tus pequeños siguen aguardando por ti, búscalos, ahora que ya no voy a estar, necesitarán de ti

más que nunca, repón el tiempo perdido, compénsalos. En el ocaso de mi vida te suplico que seas un padre para mis nietos, tus hijos.

—Demasiado tarde, ya me ofendió lo suficiente, además ya le he dicho que me siento tranquilo porque sé que su hija cuida bien de ellos. Deje de intentar salvarse con chantajes. Hasta nunca jamás, ¡qué dios lo bendiga!

Sabelotodo se alejó de mí para dar paso al sacerdote que lucía impresionante con un verdadero penacho angosto y de azules plumas, túnica y capa en color marrón, collares de extrañas cuentas que tenían todo el aspecto de ser dientes humanos, rostro pintado con gruesas líneas negras, en una mano sostenía un bastón de mando y en la otra un afiladísimo cuchillo de obsidiana. Un hombre me sostenía las piernas y otros dos la cabeza y los brazos, mi cuerpo se arqueaba en aquella piedra de tal forma que mis debilitadas costillas quedaban al descubierto total. Las percusiones ya se hacían acompañar de flautas y cantos desafinados, un denso incienso de copal hurgaba mi nariz provocándome fuertes estornudos. El ambiente era cada vez más vivaz y enloquecido. Sabelotodo se arrodilló junto a mi cabeza y dijo quedamente:

—¿Sabía usted que después de ser sacrificado, un guerrero se comerá su corazón aun palpitante y que arrojarán su cuerpo por la escalera para que lo destacen y hagan caldo con sus huesos y carne? Ahora usted es la cena de esta gente, ¿ya ve quien cena a quien don Epifanio? Nuestra divinidad llegará en unos instantes y el sacerdote procederá al ritual de sangre.

—Claro que lo sé, soy maestro, no un Sabelotodo cualquiera. Lo que tu desconoces es que para cuando ellos me estén cenando, ni cuenta me voy a dar porque estaré de regreso en el cabaret siendo un alma libre y cenando también, pero un exquisito lomo adobado. Qué disfrutes comerme.

Acto seguido, vi salir de un salón que se encontraba frente a la piedra de sacrificio, a un enorme nativo con máscara de jade, soberbio penacho multicolor, túnica verde, que por su diseño parecía ser propia de un noble, sus manos y pies estaban pintados de rojo, tres mujeres lo custodiaban y ayudaban a caminar, pues parecía que la máscara le impedía ver bien. Lo acercaron hasta el sacerdote que portaba el cuchillo ya listo para el inminente descorazonamiento. Cerré los ojos para elevar una sentida oración pidiendo perdón y protección para mi familia, intenté recordar

las caras de cada uno de estos amados e inolvidables seres. El sacerdote soltó el bastón para hundir su mano en la piel de mi tórax y localizar el corazón o tal vez el punto más frágil por el cual podría cortar. Después de la rápida auscultación, alzó sus brazos y con ambas manos sostuvo el cuchillo, liberó unas extrañas palabras cantadas y dejó caer toda su fiereza sobre mi vulnerable humanidad. Apenas sentí la punta del cuchillo en la piel cuando el noble le sostuvo vigorosamente los brazos:

¡no! Exclamó el patriarca horrorizado, se quitó la máscara y atónito vi que el noble era el vikingo pelirrojo que había conocido en Noruega, igualmente él me miró estupefacto; arrojó la máscara al suelo y ordenó a las mujeres que me ayudaran a levantarme de la piedra y tomaran a Sabelotodo para el sacrificio, enseguida me llevaron hasta el salón donde seguramente albergaba todo su poderío.

El vikingo desconcertado desalojó por completo el lugar y se dejó caer en su fastuoso trono, entonces me preguntó preocupado:

—¿Qué haces aquí viejo? Esto no es una ilusión como Odín hacía creer a tu enemigo con su cabeza, ¡en realidad te iban a matar!

—Llegamos nuevamente por el portal, estoy muy confundido, ya no sé cómo regresar a mi hogar. ¿Y tú pelirrojo? ¿Cómo fue que llegaste hasta aquí?

—Recuerda que nos dejaste el mapa con las rutas trazadas y yo decidí aventurarme a este lugar, Egil es un hombre rico ahora, te estamos agradecidos, los saqueos en los monasterios han sido venturosos y productivos, obtuvimos riquezas y esclavos para vender. Tu tierra es maravillosa, tenías razón, en este lugar hay gran cantidad de alimentos y el clima es cálido, no he tenido que esforzarme por conseguir comida, tu gente me considera un dios encarnado y piensan que mis ojos azules son piedras preciosas. Todo está muy bien, pero me temo que sus deidades exigen demasiada sangre, sé que los dioses la necesitan, también Odín la requiere, pero los tuyos son más sedientos.

—¡Oh no, hablando de sangre, olvidé a Sabelotodo! Rescátalo por favor gigante, es el padre de mis nietos, no quiero que muera.

—Anciano deja de preocuparte por ese quebradizo, me va a ser difícil salvarlo, estoy en vías de prohibir este ritual de matanzas y canibalismo, debo convencerlos de que el Sol seguirá brillando con o sin sangre. Tú ya debes irte, estás en grave peligro aquí, hoy

te salvé, pero seguramente te pondrán en engorda para que seas un más succulento manjar en la próxima celebración.

—Preferiría que me regresaras a la piedra de los sacrificios, deseo intercambiar mi lugar con Sabelotodo, yo debo expiar mis culpas, por favor gigante salva al hombrecillo, te lo pido en nombre de Odín.

—De ninguna manera viejo, eres un amigo, no dejaría que te sacaran el corazón, lo mejor que puedo hacer por ti es ponerte de vuelta en tu portal para que llegues a tu casa, además si yo te ofrezco en sacrificio otra vez y eximo a Sabelotodo, perderé autoridad e igualmente podría terminar descorazonado, lo siento Doné, ahora debes retornar a tu hogar.

—Pero Sabelotodo es el padre de mis nietos, no puedo permitir que muera.

—Sabe Lotodo, vino aquí a ser enjuiciado y cumplir las penitencias, eso ya no es cosa tuya. Vamos hombre, deja de perder el tiempo, entra a ese túnel a tu izquierda, es el portal, déjame ir, pues la ceremonia no debe realizarse sin mí. Si te quedas tus nietos te perderán a ti también viejo, no creo que quieras eso.

No muy convencido, ingresé al túnel por donde tuve que reptar por varios metros, ya que sólo cabía

acostado, lenta, lodosamente y con mi fina ropa desgarrada, me fui acercando al paradisiaco camino olor a gardenia, pero en esta ocasión lo hacía solo, al parecer la muerte de Sabelotodo era definitiva, no obstante, tenía la esperanza de que el pelirrojo le salvara la vida, así que decidí no avanzar más con el propósito de esperar a mi enemigo y regresarlo al mundo del cual salimos en el principio de esta extravagante aventura.

 Mi cena estaba ya dispuesta una vez más, un succulento pollo rostizado y vino blanco encontré sobre la adornada mesa blanca de jardín, de tal forma que no me quedó más remedio que ahogar mis penas en los alimentos. Sabelotodo tenía razón, dios me bendijo. Me senté a la sombra de un nogal, dispuesto a dormir un poco, pero aquel reino del silencio me invitaba irremediabilmente a reflexionar lo sucedido. Si Sabelotodo moría me sentiría fatal, además eso me convertiría en un ser igual de inmundo que él y asesino del padre de mis nietos, por otro lado, consideré que mi culpa, mi vergonzosa falla seguía aún sin ser pagada, yo debía estar descorazonado en ese momento y no haciendo la digestión de un pollo rostizado. No pude resistir y comencé a llorar amargamente, había llevado al matadero al padre de mis pequeños y había escapado

de mi merecido castigo. ¡Oh dioses, me había equivocado otra vez!, lloré con todo el dolor de un confundido, de un torpe que se había dejado llevar por la ira silvestre del ser humano, en lugar de haber modelado a mi hija y mis nietos una conducta de nobleza y dignidad, regresaría como un agresivo perdedor asesino.

¡Dioses! —suplicué en voz alta— si pudiera convertir todo mi dolor en dinero, sería ahora más rico que el rey Midas, pido misericordia para Sabelotodo y una buena dirección a mis acciones, no quiero herir más a mi familia. Entre lágrimas me encontraba y pude distinguir una amable figura que se acercaba, un caminar pacífico y despreocupado caracterizaba a este nuevo personaje que vestía blanca túnica y sandalias de dedos descubiertos. Se detuvo frente a mí con dulce mirada, mirada de quien se enternece al ver u viejo llorar.

—¿Quién eres? —le cuestioné.

—Vaya no me reconoces —sonrió divertido.

—No. ¿Eres el dueño de este lugar?

—Sólo de una parte, es imposible que el universo pertenezca a un solo ser. Sin embargo, muchos individuos tienen la equivocada creencia de que soy el

accionista mayoritario del mundo o más bien el capitalista absoluto, como lo pudiera expresar mi ingenioso enemigo Karl Marx.

—¡Basta hombre! ¿Qué no ves que me encuentro sufriendo?, no estoy para acertijos, dime tu nombre.

—Qué mal Doné Pifanio, Epifanio, anciano, viejo, abuelo, padre y maestro, yo me sé todos tus nominativos y tú que cada domingo estás en misa no puedes recordar mi corto nombre.

—¿Jesús?, ¡no, no es verdad!, ¡esto es una cruel broma!

—Pues así me llaman en tu tierra y así me visten tal como ahora vengo ante ti para que me reconozcas y ni así lo haces. En mi forma original no acostumbro ni usar esta túnica, ni me llamo Jesús, pero ya que es lo más conveniente para ti así me presento. Si me vieras en mi nata forma extraterrenal quizá te asombrarías hasta el punto paro cardíaco.

—No mi señor, quédate así y por favor ¡perdóname! —me arrodillé ante Jesús y hablé como un desesperado— me encuentro en la más oscura de mis horas, he fallado, mis acciones son incorrectas, regresa el tiempo poderoso Jesús, dame la oportunidad de quedarme con mi hija cuando era una niña, dime si este

humilde insignificante puede ofrecerte algo para que retournes el tiempo.

—Me pides algo casi imposible Epifanio, aquella niña que dejaste ya no existe más y ese hombre a quien le confié una pequeña vida humana, lo tengo aquí frente a mí siendo un anciano que se le acaba el tiempo.

Suspiré desalentado, Jesús tenía razón, tener hijos no es un juego de matatena en el que tienes dos oportunidades, este es el juego de la vida donde la oportunidad asoma su fresca sonrisa sólo una vez. Luego continué:

—Entonces quiero pedirte un favor para Sabelotodo.

—Los favores no existen, sólo existe lo que puede ser, no más. De tal forma que no te prometo nada.

—Entiendo —bajé la cabeza meditabundo —el hombre morirá descorazonado en Teotihuacán y yo no he pagado todavía mi cobarde acto de abandono. ¿Podrías ayudarme a intercambiar el lugar con Sabelotodo?

—Respóndeme antes lo siguiente: ¿Qué significa para ti sentir esa ira Epifanio?

¿Cuánto tiempo has vivido así?

—Amado Jesús, tú no sabes de estos deleznable sentimientos humanos, sentir ira es muy doloroso, es el fuego que hace cenizas la razón y el hielo que endurece el corazón. Llevo diez años en este lamentable estado.

—He ahí tu purgatorio, lo que alguna vez hicieras a tu hija, irónicamente lo has experimentado ahora con tus nietos. Ese dolor crónico que la ira causa, ha sido tu penitencia. Ahora te has liberado de esa atadura y puedes conservar la temperatura adecuada en tus sentimientos. Eres libre hombre. Se te ha concedido la gracia de ser abuelo, los nietos son una pequeña segunda oportunidad para los malos padres, la primera gran oportunidad son los hijos, tú estás siendo un buen abuelo y ello te salvará muy probablemente. En cuanto a Sabelotodo, no es necesario que seas tú quien busque su castigo, ya Isis, los Blemias y Odín se han encargado de hacerlo pagar, sólo faltó yo, que plantaré en él la siempre fecunda semilla del remordimiento, esta penitencia será por el resto de su vida y tal vez hasta la fantasmagórica condición que algún día lo alcance y créeme, Epifanio, es preferible perder la cabeza en manos de los vikingos, que tenerla bien puesta cargando un arrepentimiento.

—Entonces, ¿por eso no deseo ya la venganza?, a decir verdad, mi señor, sólo quiero que ese hombrecillo se salve y rectifique su error.

—En efecto, no pidas más que sufra y se retuerza, en cambio pide que ame, que ame a su propia sangre y haga lo justo. Caro te ha costado entenderlo y aprenderlo, pero lo lograste.

—Ayúdame Jesús, regresemos a la pirámide y salvémoslo, no siento más rencor por él.

—Me temo que sientes algo peor por él: lástima. Bien, podemos regresar en un abrir y cerrar de ojos, la física de mi poder es inmediata, pero te advierto que ese lugar y tiempo del universo no es de mi jurisdicción, si Tláloc ha dispuesto ya su muerte, no hay nada que podamos hacer. Cierra los ojos, viajaremos etéreamente hasta lo alto de la pirámide donde se encuentra Sabelotodo, primero nuestras almas se irán y posteriormente los cuerpos nos alcanzarán.

Cerré los ojos llorosos y en segundos volví a escuchar las percusiones, flautas y desquiciadas voces de cantos sacrílegos, al abrir los ojos observé horrorizado como el sacerdote azteca clavaba el cuchillo en la cavidad torácica y extraía el corazón de Sabelotodo, que palpitante sostenía en su mano para

mostrarlo a la muchedumbre sedienta de espectáculo y sacrificio, luego vaciaron su sangre en un cuenco de donde un guerrero y el mismo sacerdote bebieron como quien degusta un vino generoso; pude distinguir al pelirrojo que se encontraba desmayado a los pies de la piedra, y en un santiamén, arrojaron el cuerpillito inerte de mi enemigo a rodar por las escaleras para ser cocinado y comido por la desquiciada multitud. Me sentí profundamente desesperado y arrepentido, las cosas estaban hechas...

Bip, bip, bip, bip, el molesto pero oportuno zumbido del reloj me sacó de tan larga y espeluznante pesadilla. Di un golpe certero al aparato y me incorporé asustado en mi cama. Noté extrema secreción de sudor en mi cara, aquella horrenda venganza había sido un mal sueño, una reveladora visión, una epifanía. Me levanté tembloroso, buscando mi pantalón negro y suéter rojo dispuesto a salir inmediatamente en busca de mis hijos, aquellos pequeños que eché de mi casa un 17 de agosto. Esto amable lector es lo que deseaba compartir contigo, de lo que en un principio te advertí, sería difícil de entender, haber soñado como mi antiguo suegro, llevaba a cabo una terrible venganza en contra mía. Sin embargo, ahora continuaré narrando lo que

despierto me sucedió y tú juzgarás según tu honorable criterio, lo cual espero sea a favor mío por supuesto.

Una vez salido del somnífero trance, decidí finalmente, no usar ese gastado atuendo del suéter rojo y mis cómodos pantalones negros, pensé que sería mejor sacar mis mejores galas como se dice comúnmente, claro, necesitaba que mis hijos me vieran todo un triunfador en la vida, de tal manera que eché mano de un elegante traje azul marino que guardaba para ocasiones muy especiales, me bañé y perfumé exageradamente por si en el recorrido iba perdiendo algo de buen olor. Pero antes, decidí prender la veladora a San Petersburgo, que según me dijo mi pitonisa de cabecera, era tan milagroso y mágico que podría concederme casi cualquier gracia que yo pidiera. Así que pedí gustarle a mis hijos, que me admiraran por lo bien que me había ido en la vida y que Ojos Felinos siguiera libre, para que me admitiera nuevamente.

En ese tenor, salí de mi casa aliviado por completo de saber que aquella exótica aventura vengativa con don Epifanio, había sido sólo una pesadilla. Una gran sonrisa y renovados bríos se dibujaban en mi rostro, lo sabía, lo sentía. Quería lucir

todo un ganador de imagen y actitud, mi ex familia se impactaría de verme, estaba seguro.

Minutos después, tomé un taxi que me condujera hasta la casa donde posiblemente seguían viviendo mis seres ahora nuevamente queridos. Así pues, se me ocurrió no llegar con las manos vacías para asegurar el éxito del recibimiento y le dije al chofer que antes me llevara a una juguetería para escoger el regalo de mis gemelos. Entré en un serio conflicto al ingresar a la infantil tienda, pues había una variedad tremenda de juguetes y yo no sabía por cuál decidirme, no tenía la certeza de los juegos de los pequeños, desconocía por completo sus preferencias lúdicas, así que pensé que el fútbol era universal a todos los niños y con eso quedaría bien; por supuesto compré los balones más caros, los más vistosos y hasta con garantía. Entonces pedí un favor al joven que me atendió:

—ponga un gran moño en cada uno por favor, el moño más grande que tenga y en una tarjeta, escriba; *para mis amados hijos.*

Entonces el entrometido empleado me contestó:

—Claro señor, he de decirle que estos balones llevan una playera de su equipo favorito de regalo, ¿me

podría indicar la talla de sus hijos y el equipo favorito para incluirla en su compra?

—Oh bueno joven, ¿cómo qué talla serán unos niños de diez años?, ¿qué equipo es el más popular en este momento?

—Pues no lo sé muy bien pero seguramente el internet nos puede responder tales preguntas.

Regresé al taxi, seguimos en marcha y mientras yo fantaseaba acerca del recibimiento que me darían los niños con tan grata sorpresa futbolera y al decirles quién soy yo, el taxista realizaba peligrosas maniobras en el automóvil y sintonizaba una rumbosa melodía popular en su radio, mascaba un chicle con fuerte olor a fresa que temía arruinara el caro aroma de mi loción; rebasaba a los autos contiguos como un corredor de pista, al parecer tenía buen dominio de la unidad, pero yo deseaba llegar con bien a mi destino, así que leí su nombre en la credencial de identificación y le pedí amablemente como es la costumbre de mi exquisita educación:

—Disculpa Rolando, ¿serías tan gentil de conducir más lento y cuidadoso, además de bajar el volumen de tu radio?

—¡Ah caray!, claro jefe —exclamó jovial el hombre, entonces proseguí, pues se me había ocurrido otra idea genial.

—Veo que te gusta la música Rolando, ¿serías tan amable de llevarme a una tienda de discos para comprar otro regalo?

—Sí jefecito, como no, lo voy a llevar a la más chida de todas, nada más que quede claro que el taxímetro no se detiene patroncito.

—Ya lo sé Rolando, te pagaré lo que resulte despreocúpate.

Llegamos a una gran tienda de música, la tienda era muy grande, un divertido blues sonaba y me hizo mover un poco los pies. En esta ocasión me sentía seguro de lo que iba a comprar, pues conocía los “rockeros” ruidosos gustos de Ojos Felinos. Me acerqué al mostrador y pregunté a la empleada, que según su gafete se llamaba “Yessenia”.

—Disculpa Yessenia, ¿me puedes vender un disco de rock y otro de jazz por favor?

—Claro señor, pero necesito el nombre del cantante o grupo que busca.

—Es ese grupo inglés que en sus portadas siempre tienen dibujada una gran lengua, no recuerdo

su nombre y de jazz, el que sea pero de preferencia antiguo no contemporáneo. ¡Ah! Y otro de rancheras por favor.

—Enseguida le traigo sus discos.

Me sentía eufórico por los excelentes regalos, estaba cierto de que a la madre mis hijos le fascinaría su disco de los melendos de la lengua, a don Epifanio mi amigazo su buen jazz y a mi exsuegra sus rancheritas muy sencillas. Ingresé nuevamente al taxi y seguimos la travesía.

—Rolando, por favor llévame ahora a una tienda de teléfonos celulares, compraré un regalo más.

Una vez en el electrónico establecimiento, elegí el teléfono más caro y de última generación, pensaba obsequiarle a Ojos Felinos el aparato para no volver a perder el contacto y compensarla por todos los años que había cuidado tan bien de mis niños. Pedí que me envolvieran el regalo en una vistosa bolsa rosa con listones dorados, luego regresé al taxi e indiqué a Rolando:

—Antes de ir a nuestro destino, llévame a una taquería muro de hambre y de paso te invito a desayunar.

—¡Uy jefe! Eso ni me dice dos veces, yo conozco un restaurante que se llama “coma hasta morir”, preparan unos tacos deliciosos.

—Pues no me gusta el nombrecito, pero no seré supersticioso, vamos.

Llegamos hasta la mencionada taquería, literalmente yo moría de hambre, me sentía muy mal, pues desde la noche anterior sólo tuve tiempo de comer una miserable concha de chocolate y un vaso de leche. De tal forma que pedimos comida hasta no dejar ni un hueco en nuestra famélica humanidad. Rolando resultó ser de muy buen diente, pero yo no me quise quedar atrás y aunque ya no tuviera hambre pedí dos tacos más que los once de él, así demostraba quien era el más resistente. En fin, rezan los añejos dichos de los ancestros que “barriga llena, corazón contento”. Así fue, como felices y encebollados de olor, salimos del lugar para definitivamente dirigirnos al último de los destinos.

Quince minutos después, doblamos la esquina de la calle que tantos recuerdos agradables me traía, pues viví los días más felices entre aquella familia y sobre todo con aquella hermosa mujer de la que me enamoré.

—Llegamos jefe, esta es la dirección. —me dijo Rolando seguido de un asqueroso eructo olor a adobo.

—Gracias Rolando, ten este billete, quédate con el cambio y ayúdame a bajar mis regalos de la cajuela.

Fue así como me vi nuevamente frente a la casa de don Epifanio. No me animaba a tocar. Los nervios me comenzaban a traicionar, hacía ya diez largos años que no veía a esa gente. Pero recordé mi absurdo sueño y tomé valor. Me acerqué a la puerta y sin pensarlo más toqué el timbre. Respiré profundo y esperé. Nada pasó. Timbré por segunda vez y esperé. Nada pasó. Mi corazón, casi quería escapar, de aquella tensión, latía fuertemente. Timbré por tercera vez. Distinguí pasos de tacones femeninos y detrás de la puerta una vocecilla que preguntaba trémula:

¿quién es?

—Bu, bu, bu, bu... —mi voz no paraba de tartajear.

—¿Cuál “bu—bu”? —dijo la voz femenina.

—Bu, bu, buenas tardes, ¿se encuentra don Epifanio?

—No señor, ¿Quién lo busca?

—U, u, u, u...

—No le comprendo, permítame le voy a abrir.

Mis ojos se abrieron como platos, mis manos temblorinas se escondieron en las bolsas del saco y a mis piernas no les quedó más remedio que mantenerme en pie. La puerta se abrió y detrás de ella descubrí la dulce cara de mi exsuegra, quien ajustó sus lentes para poder confirmar lo que veía, entonces sorprendida exclamó:

—¡Por Santa Catarina!, ¿eres tú Sabelotodo?

—Sí señora, soy yo. El mismo que viste y calza, según los antiguos dichos de los...

- ¡No tienes vergüenza! ¿Qué haces aquí?, mejor será que regreses por donde viniste.

—No señora, vine a recuperar a mis hijos. ¿Dónde están?

—Hace diez años que los corriste de tu casa cínico.

—¡Vámonos respetando señora! —reclamé muy indignado.

De pronto, la melodía de su amada voz resaltó en medio de ese mar de palabras desagradables, ¡era Ojos Felinos!

—¿Quién llegó mamá?

—Acércate tú misma hija para que veas el tremendo atrevimiento de nuestro visitante,

Mi amada, se acercó incrédula y bellísima, abrió al máximo sus hermosos ojos claros y emocionada preguntó llevándose las manos a la boca:

—¿Eres tú Sabelotodo? —entonces rompió en llanto silencioso.

Un poco rebelde como es mi costumbre, traspasé el pórtico de la casa y la abracé, con la fuerza de los diez mil abrazos que le debía. Entonces me pregunté: ¿Jesús, en qué estaba pensando?, ¿por qué abandoné a esta mujer? Luego lloré junto con ella, no sabíamos ni qué decir, sólo nos mirábamos con las lágrimas más sentidas que en nuestras vidas hubiéramos experimentado. En ese momento, me prometí protegerla y dedicarme a cuidar a mis hijos, no volvería a perderlos. Ese abrazo recíproco, me confirmó que Ojos Felinos me seguía amando. Por supuesto que mi gran imagen de triunfador con la que me presenté ayudó mucho. Pasada nuestra mutua impresión, hablé con alegría:

—Tra, tra, traje regalos para todos.

—¿Dónde estuviste Sabelotodo?, diez años sin dar señales de vida. Nos debes una gran disculpa —me dijo tristemente.

—Bueno, yo tuve que irme, pero sabía que los niños estarían bien contigo, por eso me fui tranquilo.

—No entiendo.

—No hay nada que entender ¡lo importante es que ya estoy aquí! es maravilloso,

¿no te parece?, ¿dónde están los niños? Quiero conocerlos.

—Pídeme una gran disculpa.

—Ya te dije, que pensé que los niños estarían mejor contigo, yo tuve que irme para encontrarme a mí mismo, tengo muchas cosas que platicarte de todas las aventuras que viví.

—Pídeme una gran disculpa.

—¿Sabes? Me enfermé gravemente, pensé que moriría, pero gracias a dios estoy bien, ahora me dedicaré a cuidarlos a ustedes.

—¡Pídeme una gran disculpa!

—A veces pensaba en los niños, sentía angustia, pero sabía que te convertirías en una gran mamá.

—¡Pídeme una gran disculpa!

—Hice dinero, tuve cargos muy importantes en el gobierno, los niños se sentirán orgullosos de mí.

—¡Pídeme una gran disculpa! ¿Estás sordo Sabelotodo?,

—¡Oh, oh!, claro discúlpame. He llegado para quedarme no volverá a pasar.

De pronto un alboroto de niños se escuchó en el segundo piso de la casa, los escalones retumbaban con el estruendo de pisotones infantiles. Claro eran mis amados hijos que peleaban en las escaleras y al unísono gritaron:

—Mamá ¿este es Sabelotodo?

—Sí hijos soy yo su padre —me apresuré a contestar lleno de lágrimas.

—No nos gustas —dijo uno de ellos con la expresión inequívoca de Ojos Felinos — eres raro, te imaginábamos diferente.

—No hijo, poco a poco nos iremos conociendo, yo los amo a los dos y siempre me los imaginé así de guapos como se ven, miren les traje unos balones de futbol y les compré también una playeras carísimas, ya verán cuanto nos vamos a divertir.

—Odiamos el futbol, mucho menos nos pondríamos esas ridículas playeras, nos gusta el rock igual que al abuelo, nos gusta la ciencia igual que a mamá, pero tú no nos gustas.

—Bueno hijo, los balones los podemos regalar a los niños pobres y compramos playeras de rock, lo importante es que estamos juntos otra vez.

—No nos caes bien Sabelotodo. Heriste a mamá. La hemos visto llorar muchas veces por tu culpa.

—Bien, parece que no soy bienvenido, dejaré aquí los regalos y mi tarjeta para que me llamen por teléfono, volveré mañana para que vayamos a comer, díganle a su abuelo que he vuelto y se prepare para una gran comida.

De pronto, risas masculinas se escucharon en la puerta que se abrió dando lugar a dos personas, por supuesto, mi suegro y alguien más...

—¿Qué significa esto? —exclamó mi suegro en tono grosero y molesto injustamente.

—¡Don Epifanio!, ¡suegrazo! Soy yo, Sabelotodo... pe, pero... tú... te conozco...

—Es Eduardo, mi yerno, el esposo de Ojos Felinos y tú no eres bienvenido Sabelotodo. Te has desentendido de los niños durante años y ahora te apareces como si nada.

—¡No!, ¡no!, es el gigante Egil, don Epifanio, este es el gigante Egil que me cortó la cabeza.

—¡Así que este quebradizo es el padre de los niños don Epifanio! lo describió a la perfección. Dice que soy un gigante y que le corté la cabeza, qué poético amigo, pero ya te dijo mi suegro, ¡fuera!, ¡fuera!

—¡Exijo respeto! Yo he venido de buena fe a conocer a mis hijos y a traerles regalos, pero ustedes son unos trogloditas y tú, claro que eres el gigante Egil, prometiste venir por mi esposa, Odín te concedió tu absurda petición, pero no permitiré que estés cerca de mis hijos, mañana todos ustedes recibirán una gran demanda, el juez es mi amigo y me dará la razón, prepárate, Ojos Felinos, serás enjuiciada.

El gigante Egil que ahora se hacía llamar Eduardo, me tomó por el saco y me echó de su casa como si yo fuera un perro. Los regalos se quedaron ahí, seguramente todos disfrutarían a expensas de mi buena voluntad. Me arrepentí de haberle comprado ese teléfono tan caro a la traidora madre de mis hijos, por lo que, saliendo de aquella desagradable casa, me dirigí inmediatamente a la tienda de teléfonos. Pregunté por el gerente y le expuse mi caso:

—Buenas tardes, señor don gerente, mi nombre es Sabelotodo servidor y amigo de usted.

—¿Qué tal don Sabelotodo?, sabemos que ha comprado un teléfono de mucho valor en nuestra tienda y nos sentimos complacidos con su visita nuevamente,
¿en qué le podemos auxiliar?

—Mire señor, quiero reportar dicho teléfono como robado.

—¡Vaya amigo! De verdad eso es mala suerte, por supuesto, en este momento lo reportaremos.

—Afortunadamente, traigo el nombre de la persona que me lo ha robado y hasta su dirección.

—Claro aquí haremos lo conducente, pero le sugiero que levante un acta ante las autoridades judiciales y vea si lo puede recuperar.

—Bien se lo agradezco señor gerente.

—Estamos para servirle don Sabelotodo.

Al salir de la tienda de teléfonos, recibí una llamada de la traidora —me refiero a Ojos Felinos claro está— quien me pedía habláramos acerca de los niños y me invitaba nuevamente a que intentara acercarme a esos groseros muchachos, llamados mis hijos. Colgué, pero inmediatamente le respondí con el siguiente mensaje determinante:

“te pido que no me molestes más, yo estaba muy tranquilo, por tu culpa tendré que asistir nuevamente a terapias psicológicas, por lo pronto si me vuelves a llamar, enviaré unas patrullas a tu casa e interpondré una orden de restricción para que no se te ocurra acercarte a dañarme, que dios te bendiga”.

Regresé a mi casa totalmente desilusionado, mis hijos eran unos impertinentes y mal agradecidos, la traidora madre de los mismos, se había quedado con los regalos y seguramente al humillarme había buscado vengarse de mí igual que su padre en mis sueños y para colmo el gigante Egil, ahora Eduardo, había tenido el atrevimiento de echarme burlona y agresivamente. Me sentí decepcionado de la felina traidora, quien tenía diez años sin verme y lo único que se le ocurría era expresar reproches, en cambio yo sólo tuve atenciones y regalos hacia ella y su familia. Asimismo, me sentía impresionado por la mala educación que dio a los niños, fueron groseros, yo era su padre y lo mínimo que me debían era respeto, pero sólo obtuve un fatal recibimiento. Fue grande mi desencanto, me encontraba profundamente indignado, afortunadamente había tenido la buena idea de acusarla de robo para que ni se le ocurriera utilizar el teléfono que de tan buena fe le había comprado en compensación por haber cuidado a los niños estos años —cosa que hizo muy mal—.

Descorché una botella de vino tinto para aminorar el mal rato que esa gente mal agradecida me hizo pasar y dar por perdido todo lo que gasté aquella tarde en ellos. Encargué una pizza por teléfono pues tan

desagradable momento me abrió el apetito y decidí revisar mis negocios en la computadora. Las malas noticias seguían, ya que recibí un mensaje de mi socio, me avisaba que se tomaría unas vacaciones con su familia en París, ¡vaya otro malagradecido!, yo trabajando tanto en los proyectos y él divirtiéndose en el extranjero. Me sentía realmente desdichado y traicionado por todos, me di cuenta de que nadie valoraba mi gran inteligencia y noble corazón, lágrimas secas rodaron por mi alma. Me consolaba pensar que yo era muy fuerte y resistía con valor los golpes de la vida, los cuales llegaba a superar tarde o temprano. Recuerdo cuando emigré de aquella ciudad hacía diez años, llevaba el corazón roto porque Ojos Felinos no era lo que yo esperaba, ella cambió mucho cuando tuvo a los niños, era posesiva y quería atar mi exitosa vida al papel de un mediocre padre de familia. Así que tomé la durísima decisión de sacrificarme por mis gemelos y retirarme para que no presenciaran agresivas escenas de pleitos maritales, como ya lo dije, sabía que los dejaba en buenas manos y por ello, aunque triste, partí tranquilamente. Durante ese tiempo conocí mujeres bellísimas de las que me enamoré y apoyé en sus problemas pues es la naturaleza de mi limpieza de

corazón, me gusta ayudar a las personas, no soporto ver el sufrimiento cuando sé que tengo la posibilidad de apoyar.

Reflexionar, aquellas cosas me tranquilizó porque por un momento me sentí el “malo de la película”, no, yo había hecho lo correcto, fue una buena decisión dejar que mis hijos y la felina traidora vivieran sus vidas tranquilamente, y de igual manera, yo haberme encontrado conmigo mismo lejos de ellos y desarrollando todo mi potencial intelectual en trabajos tan importantes como los tuve.

Fue así que básicamente “lamí mis heridas como un gato”, el dolor fue disminuyendo e hice planes para programar una cita en la semana con mi psicólogo, me haría mucho bien, platicarle lo perversa que es Ojos Felinos y lo desdichado que soy porque no supo educar a mis hijos. Yo confié en ella, por eso se los dejé. Me dirigí a mi recámara donde me aguardaba la comodidad de mi camita.

En plácido sueño me sumergí, con mi consciencia limpia y en armonía, cuando escuché unos bruscos golpes en la puerta, sin pensarlo me levanté *ipso facto*, pues a las once de la noche no era común que alguien llamara a mi hogar. Mayúscula sorpresa me llevé al ver

que eran los gemelos, seguramente estaban arrepentidos de haber sido tan groseros con su padre y venían a pedir la disculpa que merecidamente me había ganado. Abrí la puerta fingiendo una actitud de enojo, en el fondo me alegraba que me fueran a pedir perdón, aunque no pensaba otorgárselos inmediatamente, sería provechoso decirles que lo pensaría. Entonces, los cuestioné:

—¿Vienen solos?, ¿qué desean?

No supe el nombre del que me contestó porque aún no los distinguía muy bien.

—Venimos solos y deseamos que le pida una disculpa a nuestra madre, la ha hecho llorar otra vez — me dijo el muy malcriado

Entonces el otro prosiguió altanero:

—Hemos leído en el teléfono el mensaje que usted le mandó don Sabelotodo. Además, queremos saber ¿por qué se fue?, mi mamá y nosotros hemos pasado serios problemas para sobrevivir, mis abuelos no siempre nos han podido ayudar, nuestra mamá ha trabajado muy duro.

—Hasta que llegó Eduardo a casarse con mamá en la escuela nos han dejado de hacer burla, nos decían huérfanos y el día del padre siempre pasamos

vergüenzas, bailando como tontos para nadie, o para otros papás. El abuelo va a vernos, pero no es lo mismo, pues todos los papás son jóvenes.

—Pero eso ya no nos importa, ahora sólo queremos que vaya a la casa y pida perdón a mamá, ella pensó que usted estaba arrepentido y había regresado a ser un buen padre.

—De cualquier manera, no se preocupe, nosotros estamos muy a gusto con Eduardo, es un buen padre, nos está enseñando como nos rasuraremos en unos años, nos da consejos acerca de las chicas y nos ha comprado un perro.

—Ahora que ya sabe, que nosotros sabemos que envió ese tonto mensaje a mamá, vaya y cámbiese la pijama para que nos acompañe y pida una disculpa por ser malvado. Aproveche que el abuelo está dormido. Él no quiere que usted regrese a nuestra casa.

—¡Bueno basta mocosos! —exploté ante tal atrevimiento de aquellos groseros muchachos que injustamente me reclamaban los absurdos llantos de su madre.

—Le damos hasta cinco para que se cambie de ropa y vaya a pedir perdón. Nuestra mamá no tiene la culpa de que usted no nos guste.

—Uno, dos, tres...

—No, no lo haré, ustedes tienen merecido lo que les pasa y tu madre también.

—¿No lo haré? —dijeron al unísono.

—No. —contesté seguro de mí mismo.

—Entonces lo golpearemos.

Los maleducados se pusieron en posición de karate y yo molesto con justa razón, también me puse a la defensiva en posición de boxeador, claro estaba que debía defenderme si me atacaban. Entonces uno de ellos, me lanzó una patada de tae—kwon—do a las piernas y caí al suelo. Me incorporé de inmediato y lancé mi golpe tipo gancho, pero el muy escurridizo lo supo evadir. Enseguida uno de ellos me torció un brazo mientras que el otro lanzó otro puntapié sobre mis piernas. Caí nuevamente y comencé a gritar en señal de auxilio; los infelices mocosos reían como lo hiciera el gigante Egil en su espantosa tierra helada. Entonces llegó un amable vecino a rescatarme y enérgico me los quitó de encima.

—Gracias vecino, son mis hijos —le dije con abundantes lágrimas y retorciéndome en el piso.

—¡No les da vergüenza!, váyanse o llamaré a la policía. —les ordenó.

—Llame a quien quiera, ese señor es el que debería estar en la cárcel y usted también por defenderlo —gritaba uno de los agresivos chiquillos.

De pronto el gigante Egil, digo Eduardo, llegó repentino y se metió sin permiso a mi casa. Los tomó por la mano y me insultó injustamente:

—Estos niños, sólo están desahogando la ira que sienten por tu cobarde abandono y cinismo de instalarte en el papel de enojado y ofendido. Si yo fuera tú, me sentiría dichoso de que me golpearan, con tal de que me perdonaran. Eres una mariquita chillona, un quebradizo y jamás serás digno de ser padre de nadie. Sé que mi esposa llora por tus perturbadores actos y tu asquerosa persona, pero no me interesa porque la amo junto con estos maravillosos pequeños que ni siquiera conoces. Procura alejarte de mi familia, pues de lo contrario me convertiré en el molesto inquilino de tu consciencia para recordarte que eres un patético abandonador y no un triunfador como tu mentecilla enferma lo piensa. Y ustedes niños, como se vuelvan a escapar, los dejaremos sin video juegos por lo que resta del año.

—¡Lárguense de mi casa! —Les exigí llorando de coraje —controla esos niños o los demandaré mal agradecidos, los odio, entienden, ¡los odio!

La verdadera pesadilla: el remordimiento.

Han pasado ya veinticinco años de aquel lamentable hecho, mi corazón ha vivido atormentado por lo que fue, no fue, pudo ser y ahora no es. Lastimosamente sólo la vejez ha traído claridad a mi nublada “sin razón”, don Epifanio estaba en lo cierto cuando pronunció ese sermón en la inolvidable pesadilla: “detrás de la tierna careta de la ancianidad, se esconde el monstruo de la sabiduría”, pero en mi caso la sabiduría duele, pues he llegado a darme cuenta de lo que mi descontrolada persona hizo en contra de los seres que amaba y es peor que la extracción de corazón del sacrificio a los dioses. Mi suegro, intentó en aquella onírica trayectoria, regresarme al camino correcto, pero su buena voluntad, consejos e indignación, fueron dinamita pura en mi enferma mentecilla de necio ególatra. Ahora que soy un psicópata retirado y controlado, he de confesar que aquella familia que una vez formara con Ojos Felinos, me estorbaba para vivir plenamente, conocer los excesos y experimentar la savia de la falsa libertad. Estoy arrepentido, pero lo que es peor, estoy avergonzado. He levantado muros

determinantes a mi penosa libertad, constantes y justos remordimientos vagan en mi mente como burlescos custodios. Abandoné a mis hijos, lastimé a su madre a quien, para castigo mayor, no he dejado de amar y por si fuera poco, humillé el buen nombre de don Epifanio. Soy una vergüenza, un arrepentido sin tiempo y sin oportunidad.

Ahora tengo el descaro de vivir en un apacible lugar rodeado por cuidados jardines, comida a tiempo, teatro semanal y una enfermera que puntual me administra felices medicamentos cada ocho horas. “señorita”, le digo, “¿tiene algo para los corazones rotos?” Los familiares de mis compañeros, me miran con lástima, soy el olvidado solitario, a veces me regalan una caja de chocolates que guardo para cuando algún bello día mis hijos decidieran buscarme, no los recibiría con las manos vacías.

Así pues, he de seguir narrando, que un lluvioso día en donde mis agotadas extremidades se encontraban en agudos dolores por la humedad del ambiente, sucedió lo impensable, improbable y milagroso; la amable portavoz de una sorprendente noticia era la enfermera dadora de píldoras, quien animada me anunció:

—¿Don Sabelotodo al fin tiene visita!

—¿Qué? ¿Yo? ¿Está bromeando enfermera?

—No señor, alguien lo espera en la sala, ¿le indico que pase o usted va para allá?

—¿Quién es? —contesté sobresaltado.

—¿Cómo saberlo don Sabelotodo?, en todo el tiempo que ha estado aquí nadie ha venido a verlo, póngase guapo y salga.

Reparé hasta donde pude mi desventurada humanidad y salí de la recámara intrigado, temía que fueran abogados de la Secretaría de Hacienda o tal vez algún reportero que me quisiera entrevistar por mi noble y cínica labor de repartir juguetes a niños pobres cuando estuve en el gobierno siendo popular, mientras mis propios hijos sufrían carencias. En fin, lo que fuera, lo enfrentaría, ya no tenía nada que perder. Erguí mi jorobada postura para verme fuerte y no causar lástimas al visitante. Pero al momento de entrar a la sala, mi soberbia espigada postura me abandonó, las piernas entraron en caos y el corazón quería correr hacia el corazón de mi visitante. Era Ojos Felinos. Ella sí era impresionante, seguía tierna, rockera y hermosa, el paso de la edad dibujó en su rostro un dulce semblante. Vestía un abrigo verde que combinaba a la perfección

con sus gatunos ojos y un peinado elegante enmarcaba su cara.

—¡Sabelotodo! —Exclamó con alegría— ¿puedes recibirme?

—¡Dioses! Déjame verte, quiero estar seguro de que eres tú, tú a quien pienso al despertar como un rito obligado de fe.

El llanto me impidió seguir hablando, ella me permitió abrazarla. Las palabras hicieron acto de desaparición para dar paso a la mirada del perdón, de la nobleza y tal vez del amor. Supe entonces, que esa era la verdadera libertad, el sentido exacto de la vida, ya casi era un hombre libre.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo con ternura.

—¿Sólo un momento? Quédate toda la vida, me siento dichoso de verte, apenas puedo superar la emoción, disculpa si me escuchas algo tartamudo.

—Sí, es grato volver a vernos, yo también estoy nerviosa a pesar de tanto tiempo de conocernos.

—¿Cómo están mis hijos? ¿Vienen contigo? —pregunté bajando la cabeza de vergüenza.

—¡Perfectos y exitosos! Uno es ingeniero y el otro es empresario, no vienen conmigo porque viven en

el extranjero, tienen lindas familias, ¡mis nietos son guapísimos!

—¿So—soy abuelo? ¿Tienen tus ojos?

—Así es, somos abuelos, una de las niñas tiene en efecto los ojos claros. Mis papás viven con ellos.

—¿Cómo? ¿Don Epifanio y tu mamá?

—Sí, siguen vivos, parece que han tomado el elixir de larga vida de los alquimistas, ¡eso es magnífico!, los muchachos nos han dado tantas satisfacciones, creo que eso los ha mantenido en excelente estado. De hecho, he venido porque te han mandado regalos.

—¿Mis hijos se han acordado de mí a pesar de lo que les hice?

—Los muchachos son buenos y han superado exitosamente sus pesares de infancia, Eduardo ha contribuido en gran medida a su bienestar.

—Eduardo... claro el gigante Egil. ¿Sigues con él?

—Eduardo no es un gigante, es un padre y abuelo maravilloso, los muchachos lo aman y lo respetan.

—Claro. Era de esperarse, sin ningún compromiso tuvo la sensibilidad y buena voluntad de cuidar de mis hijos mientras yo me dedicaba a mi propia vida, le estoy agradecido y me siento muy mal de haber evadido mi responsabilidad, no sé ni cómo tengo cara

para estar aquí hablando contigo. Antes de que sigas adelante tengo que decirte las palabras que te debo, las palabras que hubieran solucionado la soledad de mi existencia.

Con grandes esfuerzos me arrodillé ante Ojos Felinos quien miraba compasiva y en vano trató de levantarme porque no quise, yo no podía hablarle de otra forma más que de rodillas.

—Perdóname. Si te es posible perdóname y si no, por lo menos otórgame la gracia de recordar que hoy suplico tu perdón. Te lastimé, te fallé, fui un criminal con mis hijos, los desamparé. Me siento totalmente arrepentido. —tomé sus manos temblando.

—Sí entiendo —se quedó pensativa, su mirada era dura y herida— la verdad repruebo que mis hijos hayan ido a agredirte a tu casa aquella noche, pero también me es necesario decir que cuando ellos nacieron la pasamos muy mal, después te presentaste ante ellos y los despreciaste por segunda vez, finalmente me mandas un mensaje por teléfono para insultarme y humillarme una vez más. Me heriste demasiado. Los niños en su inocencia y coraje, querían hacer justicia por su propia mano, sólo tenían la

intención de defenderme, hacerte saber que yo no estaba sola.

—Me lo merecía, ¿sabes? Fui un estúpido con ustedes. Pido perdón honestamente, créeme que el tiempo me ha estado cobrando la factura he sido profundamente infeliz, todo breve destello de felicidad y altanería que ves en mí, es sólo una máscara.

—Después de aquella noche, decidimos dejarte atrás. Pensamos que estabas bien, pero ahora los muchachos te encontraron en internet, la página de este lugar está en las redes sociales, tu nombre aparece en las etiquetas de las fotos de la publicidad. Bueno mira, ya no hay nada que hacer por el pasado, ni siquiera deseo removerlo, he tenido una buena vida, viajé a todos los lugares que siempre quise conocer y lo que pasó entre nosotros me trajo finalmente a los máximos amores que son mis hijos, eso Sabelotodo te lo agradeceré hasta que mi vida se agote, te perdono, por eso estoy aquí, porque no hay más rencores, no los hay. Los muchachos te han enviado esta cobija, este reproductor de música y dinero. Yo de mi parte te he comprado esta bolsa de exquisito café para hacer tus mañanas agradables.

Tomé los regalos entre mis manos y los abracé con profundo amor, alegría y respeto, mis hijos habían escogido esas cosas para mí, ellos habían tocado esa cobija y ese aparato de música. ¡Dioses querido lector! ¡Qué dolor!, ¡qué dolor tan profundo! Si estás en mi lugar de abandonador, dimitte de tal actitud, sálvate del infierno en vida, sálvate y si no lo estás te felicito por quedarte con los tuyos, por tener el valor de permanecer. Ojos Felinos pensaba que mis mañanas las haría agradables un café —el cual agradecía mucho, debido al mal café de aquel lugar— pero de ese instante hasta ahora lo que hace agradables mis despertares es el recuerdo de aquel día arcoíris, en que los colores del mundo salieron para mí en un día nublado.

—Espero que disfrutes tus regalos, te los compramos con cariño.

—¿Crees que puedas darme el número de teléfono de mis hijos? ¡Quiero hablarles, les daré las gracias!

—Lo siento Sabelotodo, me apena en verdad, pero ellos no lo desean, tan sólo querían arroparte un poco en este invierno. Te han abierto una cuenta de banco para que no te falte nada.

—Qué tristeza... —lloré silenciosamente y ella secó mis lágrimas como si lo mereciera— ¿seguirás viniendo a verme verdad?

—Claro que sí, pero esta temporada, viajaré a China, ¡conoceré la gran Muralla!, es el regalo que mis hijos me han dado. Te prometo que en cuanto regrese, vendré y te traeré un lindo suvenir. Ahora debo irme, te daré un gran abrazo, no dejes de tomar tus medicamentos y escucha la música que los muchachos pusieron en tu aparato.

—No te vayas Ojos Felinos, por favor no te vayas, no viajes a esa Muralla, trae a Eduardo contigo si quieres, pero no te vayas, moriré si no te veo.

—Basta de dramas don Sabelotodo, regresaré a traerle una pequeña muralla china e intentaré convencer a los muchachos de que te llamen.

Me dio el gran abrazo prometido y se alejó, habiendo sembrado en mí la esperanza de una vida al lado de todos ellos, deseaba agradecer al gigante Eduardo por haber cuidado y amado a mis hijos y por supuesto esperaba que ella convenciera a mis niños —ahora hombres— de que me llamaran o me dieran su número telefónico. Ni hablar de mis nietos, mi nueva ilusión era conocerlos y tomar una segunda

oportunidad de la vida para ser un buen protector de familia. Pediría perdón a don Epifanio y a su esposa, él me apreciaba, estaba seguro de que me abriría las puertas de su casa si le demostraba mi arrepentimiento humildemente.

Conté con ansias los días que faltaban para que Ojos Felinos regresara de su extravagante viaje a China, tenía un calendario en el cual iba tachando los días, las horas, los minutos, todo lo que faltara para volver a verla. Por fin el día anhelado llegó y una vez más la portadora de buenas noticias me anunció:

—Don Sabelotodo, tiene una muy agradable visita, póngase guapo.

—Señorita enfermera, me alegro no verla con la charola del coctel de medicinas,
¡gracias iré enseguida!

Arreglé mi cabello, me vestí con mi mejor traje, tomé un carísimo perfume que había comprado a Ojos Felinos y una corbata para Eduardo, de quien en el fondo sentía unos celos tremendos, pero yo ya debía ser otro, debía dejar mis negativos sentimientos atrás. Me dirigí feliz a la sala de espera con los regalos en la mano y al entrar adiviné sin conocerlos que eran mis amados hijos, lo adiviné porque eran la cara de su madre. ¡Qué

alegría! ¡Cuánta dicha! Mis oraciones a San Petersburgo habían sido escuchadas, ella había logrado convencerlos, sin embargo, también los acompañaba el gigante Egil ahora Eduardo, en fin, él era parte ya de todo esto y estaba dispuesto a aceptarlo.

—¡Hijos! ¡Qué alegría! —los abracé con júbilo absoluto.

—Detente, detente —me dijo uno de ellos —no estamos aquí por gusto pero, aun así, si necesitas algo, dilo y te lo abasteceremos de inmediato, no queremos que la pases mal viejo.

—No hijo, yo sólo quiero verlos y... pedirles perdón, a ti Eduardo, reconocer y agradecerte que hayas sido tan bueno con mis hijos.

—No me lo digas como si fuéramos viejos amigos y te hubiera hecho un favor Sabelotodo, estos muchachos son mis hijos también. —contestó Eduardo parco y seguro de sí mismo.

—Mira viejo, estamos aquí por otro motivo. Más vale que tomes valor, mamá ha muerto.

Mi hijo me envió al abismo negro de la razón, mis piernas fallaron y tuve que sentarme, los regalos cayeron de mis manos, ni siquiera pude llorar, me quedé helado con la horrible noticia, mi Ojos Felinos muerta,

es sin temor a equivocarme lo más duro que he enfrentado en mi vida.

—¿Qué dices muchacho? Estás mintiendo. Quieres herirme por lo que les hice. Y tú gigante has venido a vengarte de mí, me detestas. Dejen de mentir, ¿dónde está su madre?

—Nuestra madre, murió un día después de regresar de China, tenía tiempo con problemas cardiacos, su corazón se detuvo. Te hemos venido a avisar y a traerte esta pequeña muralla que te compró en su viaje. Bien, antes de morir, nos indicó que no te abandonáramos y así se hará, te compramos este teléfono para que nos llames cuando lo necesites, no te faltará nada. Suerte viejo, feliz año nuevo.

El más infeliz de los hombres, ese soy yo, un “Sabelonada”, sigo en la prisión de mis remordimientos, el teléfono nunca suena, mis hijos no me aman, me depositan dinero puntualmente y me imagino las caras de mis nietos, quienes seguramente dirán abuelo a Eduardo. La enfermera sigue administrando medicamentos, pero yo la engaño y no tomo nada, sólo deseo encontrarme con Ojos Felinos en la siguiente dimensión. Por las noches no me siento tan solo, se escuchan extraños ruidos en mi recámara, sé que es ella,

sé que se quedó aquí conmigo, sé que me ama, sé que me ha perdonado, sé que me está esperando, está soportando esa horrible condición fantasmagórica por no dejarme solo. Sigo tachando mi calendario, cuento los días, horas y minutos para merecer la honrosa condición almática junto a mi querida Ojos Felinos, allí no fallaré.

Gracias por tu amable atención lector y disculpa si fui tan gráfico en la descripción de mi horrible sueño. Ahora dime, ¿Cuál ha sido tu peor pesadilla?,
¿crees en la justicia divina? Que dios te bendiga.

Segundo tiempo

Éranse tres veces

Ahora que el tiempo ni me sobra ni me falta porque donde estoy no existe, quiero compartir contigo amable lector, las tres oportunidades de vida que mi alma tuvo a bien ganar en épocas diferentes de la humanidad. Mientras espero a un entrañable amigo en el AASC, te narraré algunos sucesos que marcaron mis tres oportunidades. ¿Alguna vez has tenido esa sensación regresiva de que ya habías estado en un lugar determinado?, ¿has conocido gente que a primera vista te parece familiar?, si tu respuesta es positiva tal vez estos relatos te aclaren algunas inquietudes al respecto. Acerca café y galletas, el objetivo es que pases un momento agradable. ¿Comenzamos?

Érase una vez

Corría el año de 1810 en la ciudad de México, recién se estrenaba un futurista y prometedor siglo. Fui afortunada porque pertenecía a la clasificación totalmente racista de los “criollos”, sin embargo, formar parte de este selecto grupo también me hizo desdichada. “Criollo” era la etiqueta que se utilizaba para distinguir

a las personas hijas de españoles que nacieron en la Nueva España, en tierras americanas. Mis ojos eran tan claros, que dejaban ver todos mis pensamientos, por ello mi mamá solía decirme: cuando veas a las personas, entrecierra los ojos, así ellos no sabrán lo que estás ideando. Por lo demás no hay mucho que describir de mi fisonomía, piel acanelada, cabello castaño y mediana estatura. Logré venir al mundo un 17 de enero de 1793. Me críe entre sirvientas y cocineras cuyo único pago era el alojamiento y la comida. Yo era la menor de dos hermanas, lo que en cierta forma me otorgaba la preferencia de mis padres, ellos eran ya mayores, pues tan sólo mi madre rebasaba los cuarenta para cuando yo iba a cumplir los diecisiete años.

Un domingo de tantos, mi padre don Antonio y mi madre doña Rosa, se ataviaron elegantemente para llevarnos a dar un paseo; mi madre pedía siempre mi ayuda para acomodar su faja, lo cual era algo muy cómico, ¡pues al tratar de cerrarla salía por encima de la tela como medio kilo de piel por cada lado!, pero yo que era muy hábil la doblaba como una tortilla caliente y la escondía dentro de la misma prenda; después de tanto rito, ella lucía un hermoso vestido rojo oscuro que tenía el ancho de una mesita redonda, al moverse el

vestido hacía ruido y a veces tiraba cosas con su pequeña carpa roja.

Mi padre nos obsequiaba costosas joyas a todas, yo portaba desde muy niña un dorado crucifijo que pesaba como una manzana pendiendo del cuello. Esa tarde de domingo además de pasear el propósito era elegir mi regalo de cumpleaños en una joyería, mi padre estaba dispuesto a pagar una pequeña fortuna en la joyería para festejarme.

—Oye niña, Rosarito, ¿cuál juguete de oro querrás?, mi niña, mi más pequeña y valiosa joya de tres, ¡toda la tienda entera te compraría si así lo quisieras!

—No padre, las joyas son pesadas y dan comezón, déjeme que corra libre, permítame cruzar palabra con otras gentes, mire, aquellos muchachos, ¡qué felices son!, ¿ha visto como relucen sus dientes detrás de los labios? Brillan tanto que con una sola de sus muelas podría aluzar mi obscura habitación.

—¡Bah! estás tan enferma de juventud hija querida que no eres capaz de distinguir entre un perro y un caballo.

—Padre es lo que yo más deseo, ¡reír!, que los demás conozcan mis dientes si no ¿para qué más

pueden servir? Me siento aburrída, no hablo con nadie, mis hermanas todo el día rezan y cosen.

—Bueno, bueno, te compraré entonces una mascota... ¡claro! eso será tu regalo,

¡cómo no lo había pensado!

El paseo dominical resultó como siempre ser monótono, yo me dediqué a pensar y fantasear acerca del animal que mi padre elegiría por regalo para mí, confiaba en su buen juicio, pues él era experto en animales, tal vez pensaría en un león para peinarlo cada día con moños, flores y peinetón español.

Mucho podría detenerme a narrar acerca de la vida cotidiana de mi familia, pero no es el caso en este relato abrumar a los amables lectores con cuestiones de baja importancia, por el contrario, quiero contar algo que a algunos puede gustar; ese 17 de enero de 1810, mi padre tuvo a bien sorprenderme con un grandioso y desafortunado regalo de cumpleaños, que llegó a nosotros cuando como de costumbre, las mujeres nos encontrábamos cosiendo, en una pequeña salita a la entrada de la casa. Pues bien, sin más preámbulos más o menos como a las once veintitrés de la mañana, llegó una caja de madera como del tamaño de un ropero no muy grande, el Chato y el Chito la venían cargando con

gran dificultad, mi madre dejó su costura de lado para gritarles con suma molestia: ¡inútiles, qué no ven que la pueden matar!, ¡pisen con cuidado!, no se detengan y antes de entrar se quitan esos horribles huaraches bañados de lodo, ¡vamos no me miren!

Chito y Chato eran dos criados jóvenes que le habían sido dados a mi padre en pago por una deuda de maíz o algo así, no sé bien, pero eran nuestros. Muy obedientes se detuvieron en el zaguán, soltaron la caja y antes de entrar se descalzaron quedando al descubierto sus oscuros y cenizos pies. Acomodaron sus huaraches junto a un arbolito y con pañuelo en mano tomaron nuevamente la caja para llevarla hasta nosotras, mis hermanas y yo, estábamos ansiosas al límite, ellas se veían emocionadas por la sorpresa, pero yo me empecé a sentir muy nerviosa, mi corazón parecía bajar y subir por una escalera del pecho a los pies, el sentimiento era realmente extraño. Los criados dejaron la caja cuidadosamente ante mí y pude ver que Chito se secó una lágrima con la mano, tal vez le tomaron aprecio a mi mascota y les dolía deshacerse de ella, así que le pregunté:

—¿Qué pasa por qué lloras?

—Nada niña, discúlpeme por favor esta torpeza, cuide bien su mercancía, el Chato y yo le hemos tomado aprecio.

—Claro pierde cuidado, conmigo estará bien cuidada, le daré de comer a sus horas y la asearé, ¡vamos hombre no llores es sólo un animal!

El Chato y el Chito salieron de la casa respetuosamente, jorobados y descalzos mientras mis hermanas gritaban ¡ábrela! ¡Ábrela ya, queremos ver al animal!

La caja era peculiar, como ya dije era grande, pero además de color obscuro entre negra y chocolatosa, tenía unos agujeritos —seguramente para que la mascota respirara— no obstante, lo más curioso era la nota que los criados dejaron arriba de ella, yo no sabía leer ni escribir así que lo hizo mi madre en voz alta:

—Vamos a ver qué dice esta nota, dejen de hablar para que pueda leerles, escuchen:

“Al sacar la mercancía debe ser aseada de manera urgente y necesaria, pues los piojos que pudiera portar son contagiosos. La criatura es rejega y por tal motivo no se recomienda tratarla con blandura, por último, no permitir que sus ojos se crucen con los tuyos, es mejor

mantener a la criatura cabeza abajo, dejarla correr libremente de vez en cuando eso la tranquiliza”

—¡Jesús! —dijo mi madre al tiempo que se persignaba angustiadamente.

—¿Madre qué sucede? ¿Por qué tanta recomendación? Si ha de ser sólo un gato — le dije algo asustada—

Mis hermanas ya en el límite de la ansiedad gritaron al unísono: ¡ábranla ya, morimos de curiosidad! Así que me acerqué, busqué el lado más débil de la tapa y jalé de él con fuerza, pero la mascota en su desesperado intento por salir, también ayudó empujando y soltando golpes certeros, hasta que por fin la pesada tapa saltó abruptamente...¡oh gran susto el que todas nos llevamos!, ¡oh gran sorpresa!, ¡oh criatura rara, desconocida e inesperada!, de la famosa caja se desdoblaba una criatura extraña, desconocida e inesperada ¡mi mascota resultó ser un muchacho!, mi madre, hermanas y servidumbre salieron corriendo y gritando como quien hubiera visto al mismísimo Satanás, yo permanecí inmóvil viendo aquel alto muchacho de piel morena, delgado, pequeños y altaneros ojos oscuros, labios gruesos, cabello rizado como un borrego negro, vestía un pantaloncillo de

manta a media pierna y una especie de saco también de manta abotonado al frente; con gran dignidad se encontraba ente mí con los brazos cruzados y me dijo rompiendo todo protocolo entre patrones y servidumbre:

—Y usted niña, ¿por qué no corre y grita como las demás?

—Porque yo esperaba una mascota salvaje, a ti no te tengo miedo, no hay motivo para correr. ¿Quién eres muchacho?

—Soy un mulato, soy una casta, el bagazo de la raza humana.

—No sé qué tipo de criatura sea una “casta” tendrás que explicármelo.

—Es una molienda de razas, en cambio usted está hecha de una sola masa y por eso y nada más tendré que estar a sus órdenes, a ver, ¿qué quiere que limpie?, sus zapatos, su mesita de té, ¿lavo sus delicados guantes? o desea que lleve su sombrilla mientras camina bajo el Sol, aproveche porque esto durará poco, ¿sabe?, pronto seré libre, usted y los suyos serán expulsados de la Nueva España de regreso a su vieja España.

De pronto mi padre irrumpió furioso en una nube de maledicencias que brotaban de su boca:

—¡Pero qué burla es esta!, yo pedí una muchacha y un gato que sirviera de compañía a mi Rosario, ¡vaya timo! ¿Y tú mulato de dónde has salido?

—De la caja señor —respondió ufano el muchacho—

—¡Claro! ¡que te ha parido la caja!, eres el hijo de una caja, ustedes los esclavos ni a una madre más o menos decente pueden aspirar, pero ya que estás aquí y he pagado por ti más de lo debido, servirás en mis establos y en honor a tu madre la caja, te llamaremos “Cajetillo”.

—Gracias es un buen nombre amo —dijo burlesco el recién bautizado “Cajetillo”—

—¡Chito y Chato! llévense a este muchacho de la casa y asegúrense de que no vuelva a poner una pata en esta casa... ¡ah! y saquen esta caja parturienta de aquí para que duerma en ella; en cuanto a ti hija querida juro recompensarte y te pido una disculpa por tan atroz visión.

Acto seguido vi a Cajetillo salir de mi casa, sosteniendo su mirada en la mía. Comprendí entonces, que había conocido el lado izquierdo de mi alma y que

el cambio de convertirse de niña a mujer no lo era el día de un cumpleaños, sino el día y momento en que sabe una que se ha enamorado para siempre.

Cajetillo estaba en mi pensamiento y nada hay más obsesivo en el comportamiento de una persona que la curiosidad misma. Así que un día de tantos decidí preparar un caballo para montar como de costumbre y de paso tener la oportunidad de encontrarlo. Al minuto veintiocho de mi cabalgata, lo encontré a la sombra de un granado escribiendo en la tierra con una vara estos desconocidos signos: “R o s a r i o”.

—¡Cajetillo! —Le grité al mismo tiempo que bajaba de mi caballo.

—¡Niña! oh lo siento, yo sólo recordaba mi alfabeto —me contestó asustado y algo tembloroso.

—¿Tu alfabeto?, ¿quién es él?, ¿acaso es tu abuelo o tu padre?

—No niña, yo no conocí ni abuelo ni padre alguno

—Entonces, ¿cómo es que logras recordar su nombre?

—Niña, el alfabeto es un conjunto de signo llamados letras y con ellas podemos escribir y expresar un pensamiento.

—Sí ya he comprendido, dime ¿qué dice ahí? ¿Qué cosa escribiste?, oh ¡espera, espera! déjame adivinar... ¡claro! ahí debe decir Ca—je—ti—llo ¡tu nombre!

—¿Pero, cómo? ¿Es qué no sabe leer? ¿Es eso cierto en alguien como usted?, ¿de verdad no entiende lo que dice aquí en la tierra?

—Así es Cajetillo, no entiendo nada de lo que has escrito, no sé leer ni escribir, mi padre me lo ha prohibido.

—¿Por qué niña?

—Mis hermanas aprendieron a leer, escribir y contar desde niñas y a causa de ello siguen solteras, ni buen ni mal partido se ha interesado en desposarlas así que mi padre no quiere que eso me ocurra también, dice que por mi bien es mejor no aprender esas cosas. — Suspiré hondamente y proseguí bajo su piadosa mirada— ¿y a ti quién te ha enseñado Cajetillo?

—Un monje jesuita que vive escondido en una modesta choza, él cuidó de mí hasta los diez años, de mi origen me avergüenza no poder darte razón niña, ese monje es lo único que he conocido por familia, después unos señores hacendados que hablaban un idioma desconocido diferente al castilla, me arrebataron de su

lado y me vendieron junto a otros mulatos y negros, estuve siete años sirviendo a un tal señor don Fernando de Ibarra, mire en mi hombro fui marcado con una carimba para que no me escapara.

Cajetillo se descubrió el hombro izquierdo para mostrarme una horrible marca de letras, entonces con temerosa voz le cuestioné:

—¿Qué es una carimba?

—La carimba es un hierro candente con el cual nos marcan para indicar que somos propiedad de alguien; fue muy tormentoso, a veces vuelvo a sentir el mismo dolor en mis pesadillas; recuerdo que le hicieron lo mismo a un pequeño mulato de dos años de edad y al tercer día murió —bajó la cabeza entristecido por el recuerdo y prosiguió tomando aire nuevo— después el tal señor don Fernando necesitaba monedas y me puso en venta, fue entonces cuando conocí a Chito y Chato que me compraron para su padre niña, ellos fueron muy buenos conmigo, me tomaron afecto porque les narré algunos cuentos.

—¡Dios mío! ¡Cuánto lamento tu triste destino Cajetillo!, ¡cuánto sufrimiento y penas has tenido que soportar en tu joven vida! ¿Ya no supiste nada de tu protector, el monje?

—No, nunca más he sabido nada. Él había renegado de su santo oficio y fue expulsado de la hermandad, pero me enseñó a usar las letras, calcular con los números y persignarme al despertar y al disponerme a descansar, me decía “hijo” como si en verdad yo fuera un familiar suyo; cada semana nos dedicábamos a las enseñanzas del catecismo, pero además me mostró cosas increíbles en sus libros, me di cuenta a través de ellos que existe un mundo al revés si logras salir de la Nueva España.

—¿Un mundo al revés?, ¡cuéntame!

—Se llama Grecia. Yo deseo estar ahí, en la República de Platón donde los hombres son guerreros, no esclavos además son padres de todos los niños, por lo tanto no hay un solo pequeño huérfano; las mujeres como usted saben todas leer, escribir y contar, además pueden llegar a ser gobernantes si dominan el oficio del filósofo —bajó la mirada pensativo y siguió hablando en un tono de sutil coraje— en cambio aquí los de mi raza, si se le puede llamar raza, somos tratados peor que una bestia de carga, pues a la bestia le ofrecen agua y comida para que rinda, pero nosotros nos morimos de hambre, de sed y de frío. En fin, Platón ya murió, pero estoy

seguro de que su República existe y yo iré para allá algún día niña, ¿le gustaría acompañarme?

Quedé asombrada. Cajetillo era un ser de otro mundo, era peligroso y fascinante. Después de lo que me dijo mi celibato ganó importancia y sólo deseaba aprender a leer y escribir, aunque me quedara para toda la vida en la banca de las solteronas. Entonces contesté a su atrevida pregunta:

—Cajetillo, quiero conocer ese mundo y el lugar que ese señor describe en su libro, así que enséñame a leer y escribir.

—¡No! —dijo con firmeza y autoridad— si hago eso, los españoles invadirán Grecia y los ciudadanos de la República terminarán como yo, hambrientos, mugrosos, harapientos y vendidos a no sé qué señores en España y todo, todo será por mi culpa, por haberle enseñado su mundo, usted irá a contarle a su gente y ellos querrán hacer una “Más Nueva España” en Grecia, lo siento mucho niña he hablado de más y yo no le enseñaré, mejor será que siga el consejo de su padre y practique la santa obediencia.

—¡Eso no sucederá Cajetillo!, te lo prometo, no diré nada, además todos seguirán pensando que no se leer ni escribir cuando vea letras haré como que no

entiendo nada, será un secreto, por favor quiero conocer el lugar que ese señor ha visto y escrito, mira Cajetillo tal vez yo te pueda llevarte ahí.

—No es señor, se llama Platón y no entiendo como una señorita tan bien cuidada y querida se interesaría en esas cosas.

—Yo sólo sé que prefiero estar aquí bajo este árbol en tu compañía que, bordando florecillas en el salón, ¡no lo sé!, tú, que sabes tanto dímelo.

—Niña Rosario, yo sabía que la encontraría otra vez, pero no pensé que me pidiera algo tan grande y peligroso. —Bajó su cabeza y tocó su barbilla pensativo— está bien, acepto enseñarle si promete no delatarme y no hablar a los españoles de Grecia.

—¡Lo prometo Cajetillo!, mi palabra será tan real como que me estás viendo ahora. La República de Platón seguirá siendo un secreto, los españoles nunca la encontrarán.

—Gracias niña, nunca olvidaré esta inesperada visita.

—Tú me has impresionado con la plática, eres de un mundo extraño Cajetillo, estar aquí contigo es muy arriesgado, si mi padre se entera corres peligro y yo sería castigada, tal vez no nos veamos a menudo, así que

por favor indícame qué debo hacer para empezar a conocer las letras y poderlas leer.

—No lo sé, pero inventaré una manera de hacerle entender el armonioso sonido del alfabeto, ya verá.

—Gracias Cajetillo, ahora debo irme, seguramente estarán ya preguntando por mí en la casa grande, escucho ya la primer campanada del llamado a misa.

—Vaya con Dios niña, vaya.

De esta forma fue como él tuvo a bien aceptar enseñarme a leer y escribir, hubiera querido contar a mis hermanas lo sucedido, pero era imposible ya que había hecho una promesa inquebrantable a Cajetillo. Fue así como las clases de escritura iniciaron una tarde de septiembre, dando lugar asimismo a la eterna unión entre Cajetillo y yo. Sin duda un día marcado en mi memoria con sello de infinidad. Parecía una tarde común, bajé al comedor a esperar a mis padres y hermanas para comer, regularmente yo era la primera en llegar porque me estaba asignada la tarea de revisar que la mesa estuviera bien puesta, después mi madre supervisaba que cada plato estuviera alineado con las rayas decorativas del mantel; pero en esa ocasión, noté a Manuela la cocinera muy nerviosa, ella intentaba

decirme algo a señas mientras servía la sopa en los platos, Entonces le cuestioné intrigada:

—¿Qué sucede Manuela? Habla, no te entiendo nada.

—Busque lo que hay en su sopa niña Rosario, hágalo antes de que lleguen los demás, ¡de prisa y sea cuidadosa! —me dijo quedamente pero muy nerviosa.

Desconcertada por tan extraña instrucción, introduje la cuchara en la sopa, la moví un poco y topé con un extraño objeto, lo saqué inmediatamente y... ¡oh sorpresa!,

¡qué asco!, era un pedazo de madera cuadrado como de cinco por cinco centímetros, estaba tan remojado de sopa que tuve que secarlo con la servilleta, al secarlo pude distinguir este símbolo: “A” y el dibujo tallado de un ave; ¡claro!,

Cajetillo me había enviado mi primera lección y aquello debía ser una letra “A” de “ave”, ¡su método era fabuloso, por demás succulento y con sabor a pollo!, lo más admirable de esto, era el singular material que Cajetillo había utilizado para instruirme, pues me di cuenta de que el pedazo de madera era parte de la tapa de su caja—madre, ya que me lo mandó con todo y agujero respiratorio.

—Pero, ¿por qué no me das este material en la mano Manuela? ¿Por qué tienes que echarlo en mi sopa?
—pregunté divertida.

—Niña yo no quiero traer eso en mi delantal, usted sabe que si me descubren seré castigada, tampoco se lo puedo poner bajo el plato porque la patrona siempre revisa que los platos estén derechos en la mesa, así si la descubren, usted no podrá decir que yo se lo di porque sería una mentira, simplemente lo encontré en la sopa, yo no tengo nada que ver.

—Claro, te entiendo. Me parece bien, buscaré mis mensajes en la sopa.

Así pasaron veintiocho días en los cuales discretamente rescataba mis grafos de la sopa, la cual debía tomar, aunque su sabor fuera “maderoso” y a cada sorbo tuviera que masticar una que otra astilla para no levantar sospechas entre mi familia. Junté religiosamente todos los cuadritos de madera y les elaboré con gran cariño un morralito dorado con tela de mi vestido. Entre mis letras preferidas estaban la “M” de “mariposa”, la “L” de “Luna”, la “P” de “péndulo” y la más importante, la “K” de “Kajetillo”, posteriormente uní sonidos para formar palabras; *amor, árbol, república, kabayo, cavello, granada, gayo, ijos*, en fin, una serie de

sonidos que poco a poco iban tomando significado sonoro.

Una fría mañana, decidí buscar a Cajetillo para darle la buena noticia de los resultados de mi aprendizaje, así que tomé mi caballo y a escondidas me dirigí hasta el granado donde sabía que él acostumbraba a leer después de su primer jornada de cuatro a seis de la mañana. Efectivamente, ahí estaba, sentado bajo el abrigo del árbol, sumergido en la dimensión de su libro; luego el galopar del caballo lo hizo reaccionar cual pájaro espantado:

—¡Cajetillo! —grité emocionada.

—¡Niña Rosario es usted! —reaccionó alegre.

—claro que soy yo, he venido a mostrarte los resultados de tu trabajo, ¡vamos, dame una vara que escribiré para ti!

Tembloroso y apresurado se agachó para buscar una vara entre la tierra y me dijo tartajeando como un niño regañado:

—Aquí, a—a aquí ti, ti, tiene ni, ni, niña.

—¿Qué te pasa Cajetillo, acaso estás enfermo?

—No, es que no esperaba su vi—visita, creo que me he puesto algo nervioso, disculpe mi ridícula torpeza

al hablar, pero ¡vamos! muéstreme su escritura que yo le calificaré con sinceridad.

—Muy bien, estate atento pues y observa.

Acto seguido, escribí lo siguiente en la tierra con la vara: *Kajetiyo, la amistad es misteriosa y el amor inevitable, gracias por todo el bien que me has echo.* Cajetillo se hincó ante mi mal hecho escrito de tierra, extendió sus manos sobre él y lo leyó en voz alta. Después, con temblorosa voz se llevó las manos a la cara y sollozó.

—¿He cometido un error? ¡Claro! me equivoqué, no lo hice bien ya lo esperaba, seguro estás decepcionado de mí —le dije avergonzada por la incipiente letra.

Se levantó y ante mí tenía sus ojos llorosos y amada expresión compasiva, entonces me dijo:

—No niña Rosario, tu escritura se entiende bien, soy yo quien ha buscado sufrir con tu “misteriosa amistad e inevitable amor”

—No te entiendo Cajetillo.

—Niña, toma mi libro, léelo, llévalo al cuarto más oscuro de tu enorme corazón y alumbrá la penumbra de tu pensamiento cuando así lo necesites, sábelo que

ahí donde el calor falte en tu vida, estaré contigo, aunque mis ojos no puedan verte.

La emoción me invadió, comprendí de inmediato, que aquello que tensaba el ambiente entre nosotros, se llamaba primer amor. Una declaración sin las palabras usuales, sin flores y pedimento de mano. Verdadero y eterno cariño. Luego respondí conmovida:

—Tu presencia en mis días y en mi sopa de pollo ha sido el calor de mi vida.

—Niña Rosario... perdone si este insignificante mulato ha tenido el atrevimiento de sentir lo mismo por usted, nunca nadie lo sabrá, sólo sus oídos lo escucharán este día, pero créame que, en mi corazón, este momento será la inspiración de mi vida, espere lo que me espere. Volvería a pasar por todos los pesares de mi vida si ello me asegurara conocerla. Lamento en verdad la miserable condición de mi persona, sé que siquiera mirar su sombra será imposible, lo lamento niña amada, lo lamento. Pero ahora sé que existe y que me fue concedida por el creador, la oportunidad única de cruzar palabra con usted, ya no pido más, con este dichoso momento se me ha dado todo cuanto pudiera pedir de la vida.

Después de sus palabras, no pude evitar llorar, quise abrazarlo, pero sabía que era arriesgado y no deseaba que nadie lo lastimara, así que tomé su mano en un breve instante para despedirme.

—Adiós Cajetillo, el peligro me niega tu compañía. Las cosas a veces comienzan con una despedida, el pensamiento divaga hasta donde no pudo ser.

Me alejé, siendo otra Rosario, ya no era más aquella niña mimada y despreocupada, mi corazón había experimentado el claroscuro de la vida, tener una mascota, un crucifijo, un lindo vestido o el cariño de mis padres, ya no sería suficiente. Aquello que todo ser humano anhela, se me había negado, me sentí confundida, las emociones se agolpaban unas con otras y mis ojos, producían lágrimas al por mayor.

Los días transcurrieron lentos y aburridos después de aquel encuentro con Cajetillo; me dediqué a leer cada tarde y a escondidas los argumentos que Sócrates proponía en “La República” de Platón; mi refugio era el confesionario de una pequeña iglesia que se encontraba dentro de la hacienda, este reducido lugar receptor de pecados, olía a madera y eso me recordaba a la astillada caja donde Cajetillo llegó a mí como regalo

de cumpleaños. Aunque no lograba entender algunos conceptos, me sentía fascinada con el libro, las circunstancias en Grecia y en la Nueva España eran muy diferentes, por ejemplo, allá las clases sociales no ofendían a las personas con sus nominativos, pues en lugar de zambos, prietos, mulatos, saltapatrás, cambujos y coyotes entre otros, estaban divididos en personas de bronce, plata y oro según las actividades que desempeñaran; las mujeres podían aspirar a ser gobernantes no importando el metal al cual pertenecieran siempre y cuando tuvieran la inteligencia para hacerlo, en cambio aquí a lo más que podíamos ambicionar era a un buen partido para casarnos y hacer las mejores costuras para adornar nuestro hogar, de tal manera que estar leyendo un libro como “La República”, era algo altamente reprobable. En la Nueva España, los niños sin padre eran humillados y puestos en evidencia, mientras que en la República eso no tendría la menor posibilidad de suceder puesto que todos los hombres y todas las mujeres hacían el papel de padres y madres, cosa que asegura a cada niño la existencia de una familia.

Sócrates hablaba de justicia cuando aquí se fraguaban castigos y crueles escarmientos para quienes

no se sometían al duro trabajo que exigía la comunidad criolla y española; la libertad era un concepto devaluado que significaba pérdidas para los hacendados y no se diga para los dueños de las minas —estos eran los peores—, la libertad era un lujo reservado a los extranjeros.

En estas reflexiones me encontraba dentro del confesionario, cuando de pronto escuché unos gritos horribles, mi sobresalto fue inevitable; escondí el libro en la bolsa de costura, coloqué el chal en mi cabeza, me persigné y salí de la capilla. Al momento, observé una terrible escena de mi padre azotando a la cocinera con crueldad y no pude ser indiferente ante tanto dolor, así que intervine:

—¡Padre basta!, ¡basta! ¿Qué le ha hecho esta pobre criada para que la azote?

—¡Cállate Rosario!, vuelve a la capilla y sigue rezando, esto no te incumbe —dijo mi padre con aire de animal salvaje.

—¡Niña, niña ayúdeme por favor! ¡Usted sabe que no es culpa mía! —Suplicaba la cocinera desesperada.

Mi madre salió corriendo de la casa llevando nerviosamente sus pequeñas manos a la cara y preguntó acaloradamente:

—¡Antonio! ¿Qué haces?, ¿Por qué azotas a Manuela?, ¿te has vuelto loco? ¡La vas a matar ingrato!

Mi madre compasiva se interpuso entre la cocinera y mi padre, la ayudó a levantarse y limpió sus heridas con un pañuelo azul, mi padre enfurecido refirió:

—Escucha, esta mujer me ha puesto un trozo de madera en la sopa y en él me ha declarado su amor, míralo tú misma.

Entonces mi madre leyó en voz alta la siguiente inscripción en la madera: “es inevitable, te amaré sin tiempo ni lugar”

Desconcertada mi madre, miró a Manuela muda de asombro, después en claro tono de enojo y parpadeando a gran velocidad, cuestionó a la criada:

—Pe—pero ¿Qué estabas pensando Manuela? —
Dijo con voz temblorosa mi progenitora—¿Declaras tu amor a mi esposo sinvergüenza?, ¿sabes escribir además? ¿A qué hora aprendiste tal cosa traicionera?

Manuela se levantó lentamente al tiempo que intentaba sobar su lastimada espalda, después respondió con humildad a los insultos proferidos:

—No mi señora, ¡no!, la sopa no era para don Antonio, era para la niña Rosario

—Pero, ¿Qué dices abominable?, ¡primero ofendes a mi esposo y ahora a mi hija! Mi padre furioso frente a tan aberrante declaración, azotó con fuerza y coraje a la cocinera, pero yo ante la injusticia me interpose e intenté protegerla.

—¡No padre, ella no es culpable de nada! Yo le puedo explicar todo

Mi madre asustada se desmayó cayendo sobre un gatito blanco, el animal maulló quejosamente. Chito y Chato que asustados observaban la escena, se apresuraron a arrastrarla de los brazos hasta la casa. Entretanto Manuela tomaba aire, agarró gran impulso y señaló con valor y coraje:

—Fue Cajetillo mi señor, ese tal Cajetillo el hijo de la caja mugrienta, él me dio las tablas para ponerlas cada día en la sopa de la señorita Rosario y pos´n, pos

´n, yo serví la sopa como de costumbre, quién iba a saber que la niña se había entretenido rezando y que usted llegaría más temprano y tan hambriento que

hasta lo sopa de la niña se comió, yo sólo obedezco órdenes, ora verás, ¡cómo cree que yo le faltaría al respeto declarándole mi amor en una tabla enchinchada!

—¿Cajetillo? —Dijo enardecido mi padre, dirigiendo su enorme humanidad hacia mí, me zarandé por los hombros gritando como un desquiciado—: ¿Pero qué rayos tienes en la cabeza? ¿Por qué has hablado con esos indios? ¡Dice que se ha enamorado de ti!, ¡vaya descaro Rosario!

Me sacudió tan fuerte que mi bolsa de costura cayó con todo y libro.

—¿Qué es esto? —Tristemente mi padre se agachó a recoger la obra, la tomó curioso entre sus manos y gritó mirando al cielo—: ¡Pero qué castigo más grande!,

¡tendré tres amargadas solteronas en casa!, ¡tres solteronas, tres solteronas!, ¡no seré jamás merecedor de nietos que lleven mi digna sangre española!, ¡y todo por culpa de estas malditas letras! ¿Te das cuenta de lo que has hecho Rosario?,

¡ahora igual que tus hermanas ningún cristiano te pedirá en matrimonio!

En este depresivo cuadro nos encontrábamos, cuando Cajetillo enterado del escándalo, irrumpió con toda su altura, guapura y altanería:

—Mi señor don Antonio, pido humildes disculpas por este atrevimiento, sólo ruego que a Rosario no se le castigue, pues yo he sido el culpable de todo y si le preocupa su soltería, quiero pedirle su mano, yo más la quiero por esas letras que ahora ella conoce.

Mi padre se volvió furioso hacia él y a toda voz respondió:

—¡Eres una criatura lasciva y por naturaleza un animal sin valor alguno!, no debí haber pagado ni una moneda por ti, has traído la desgracia a mi casa, los demás pensarán que mi hija es una mujer que no conviene porque un indio mugroso se fijó en ella y para colmo la enseñó a leer.

—¡No soy un indio! Le pido honestamente la mano de Rosario amo. Yo sabré ver por ella, aunque no tenga las riquezas que usted le da.

—¿Qué dices infeliz?, ¿Acaso tú no sabes que tu esclavitud te rebaja al grado de animal?, ¡los animales no se casan con las personas!, eres un burro y los burros no hablan ¡cállate! Tu Manuela, ¿cómo has hecho tratos con esta bestia? Ahora tú asearás las caballerizas y

alimentarás a los animales, ellos serán tus amos, realizarás las funciones de este hijo de caja. En cuanto a ti mulato de Satanás, ser sin madre, no te mataré para tener la posibilidad de hacerte sufrir más, empeoraré la miserable vida que te tocó, estoy pensando venderte al peor de los mercenarios para que tu oscura sangre no perjudique a nadie más, le pediré al comprador que te encierre en una mina para que trabajes sin sueldo a pan y agua hasta que el último de tus molestos suspiros se agote o tu piel se aclare por falta de sol, en el infierno seguirás pagando la ofensa que me has hecho. ¡Chito y Chato, átenlo y regrésenlo a su horrible caja para venderlo esta misma tarde!

Luego Chito, se acercó tímidamente a mi padre, quitándose el sombrero le informó:

—Amo, la caja ya no tiene tapa, el acusado hizo cachitos a su propia madre.

—Pues consigan más madera, colóquenla y súbanlo a la carreta para llevarlo a Tobías el negociante de esclavos, además si hacen un buen trabajo, la ganancia de la venta será para ustedes, ¡para que se emborrachen a gusto!

Los criados obedientes intentaron dominar a Cajetillo, pero éste indignado se liberó fácilmente de los

torpes brazos de Chito y luego refutó mirando retador a mi padre:

—¡Un momento! No necesita atarme yo mismo subiré a la carreta porque no puedo ni quiero vivir entre salvajes y abusivos como usted señor don Antonio, véndame y oféndame todo lo que quiera, que eso en nada cambiará lo que yo pienso de usted y su raza. Ustedes son impostores de las buenas costumbres, nosotros les llamamos “amos” por miedo a sus primitivos castigos no porque pensemos que son superiores o dueños de nuestra persona.

—¿Me has llamado salvaje?

—¡Sí señor!, pues sólo un agreste como usted lo es, es capaz de pensar y suponer que mi madre es una caja, ¿Cuándo se ha visto a una caja encinta?, ¡vaya tontería!, ¡vaya burla a mi humanidad!, Soporté sus burlas por Rosario que me ha sido asignada caprichosamente por el destino como mi alma compañera, por ella aguanté ese absurdo y ridículo nombre de “Ca—je—ti—llo”, ¿sabe?, me llamo Héctor; así que amada Rosario, no me recuerdes por ese trágico nombre y créelo que allá donde yo esté tu recuerdo será el primero y el último pensamiento del día —tomó aire, se volvió hacia mí y dijo—: adiós Rosario, lamento

mucho tener que abandonarte en este purgatorio... sigue leyendo, porque en esas líneas nos encontraremos y uniremos estas ausencias que serán la lluvia de nuestros días.

Héctor antes “Cajetillo” me miraba con aquellos ojos compasivos y retadores, mientras todos, incluyendo mi asombrado padre, seguíamos en silencio ante el inminente final de su discurso hipnótico:

—todos ustedes, “criados” libérense, únanse y enfrenten a estos hombres que cometen el verdadero pecado llamado esclavitud, ustedes son más fuertes que ellos, busquen a los grupos libertadores que se están levantando en contra de estos abusivos, acudan a Hidalgo y a Morelos, esta tierra les pertenece ¡reclamen su derecho!

—Además de aislarte y torturarte serás excomulgado, hablas de ese par de herejes como si hicieras una gracia muchacho insolente, le daré una buena limosna al padre Enrique para que te niegue la comunión, las puertas del cielo te rechazarán. Te veré desde la gloria del señor en el rincón de infierno donde estarás, me reiré de ti y vigilaré que no salgas del averno.

Las palabras de mi padre me asustaron y sin importar nada más, corrí para abrazar a Héctor y suplicarle:

—¡No te vayas! ¡O yo iré contigo!, buscaremos Grecia en un mapa, llévame contigo.

Con gran decisión, mi padre me separó de Héctor y yo rebelde por vez primera, le repliqué:

—¡Suélteme, padre! No me detenga, ¡me hará infeliz! ¡Déjeme ir!

—Obedece a tu padre Rosario, él tiene razón, conmigo no hay un futuro ni señal de progreso, soy un ser humano a la deriva —exclamó mi amado, quien me miraba con ternura y resignación.

Mi madre ya repuesta de su desmayo, tomo amorosamente mi brazo en señal de cordura, mientras los sirvientes sometían a Héctor mediante golpes y azotes; fue entonces que lo vi alejarse a través de la pena y una gélida tormenta. Jamás lo volví a ver.

Meses después, mi padre me obligó a fingir que no sabía leer ni escribir para poder darme en matrimonio a un borracho accionista de una mina de plata en Zacatecas. Satisfactoriamente di a mi progenitor tres nietos, dos varones y una bella niña a la cual enseñé las letras a escondidas y utilizando las

tablitas que Cajetillo hiciera para mí en aquella dorada época de nuestra juventud. Con el tiempo supe que “La República” de Platón, era una utopía, pero que tal lugar debía tener cabida en el pensamiento justo y liberal de una nación. Nos mostraba el respeto entre razas y clases sociales; al respecto años después, los españoles fueron expulsados de territorio mexicano, pero los conflictos de una u otra forma continuaron.

Nunca dejé de recordar a Héctor, lo cual me hizo infeliz como lo supuse aquella tarde que lo vi bajo el granado, sin embargo, amaba aquel momento en que orgulloso salió de su caja, pues había tenido la oportunidad que no todos tienen: conocer el lado izquierdo de mi alma.

Primer fin.

Éranse dos veces

No pastel, no regalos, no abrazos, mucho menos la esperada fiesta sorpresa que iba fantaseando en el camino, simplemente entré a mi casa y observé la ordinaria escena de silencio y soledad. Una mesa sosteniendo los mismos platos sucios del desayuno, un sillón con ropa revuelta, una planta secándose en la fría

esquina privada de la luz solar, una escoba esquelética y abandonada en la puerta de la ajetreada cocina, más lo peor de aquel casi desértico paisaje, lo eran las adustas paredes blancas sin recuerdos fotográficos felices, ni por casualidad daban muestra de calor de hogar. Ese era mi cumpleaños número diecinueve, un diecisiete de enero de 1938 a las cinco de la tarde. Nunca fui tan amada por mi madre, quien había quedado viuda hacía un lustro, por lo que la familia sólo la integrábamos ella, mi hermana menor que era una niña de doce años y yo. Esa señora asignada como “mamá” de mi persona, siempre olvidaba el día de mi cumpleaños, no así el de Sirena —mi hermana— a quien se le celebraba casi de manera lujosa. Dicha persona progenitora, amaba profundamente a su pequeña, pues los conocidos opinaban que ambas eran como dos gotas de agua, mientras que mi aspecto de ojos zarcos y pálida piel, era casi opuesto al de las cuasi gemelas.

Vivíamos una época de modernidad absoluta pero rumores de una lejana guerra, empañaban nuestro pacífico paraíso, estábamos angustiados ante las notas periodísticas que frescas llegaban desde Europa mencionando a un poderoso ejército alemán que se hacían llamar “Nazis”, no obstante la ciudad de México

nos ofrecía a los capitalinos, nuevas oportunidades, el fenómeno industrial iba en aumento, la moda del jazz nos abrazaba a algunos amantes de la música y los salones de baile estaban a la orden de los alegres corazones en cada esquina. Yo no era muy alegre, pero por mera curiosidad, deseaba conocer uno de esos escandalosos lugares de los que alguna vez escuché tocaban alegremente el incesante swing. En retrospectiva me definiría como una muchacha tímida y apocada, esa era la sensación de mi persona, no sé si era mi condición económica poco favorecida o la falta de cariño que en esa escasa vida familiar prevalecía, para muestra un botón, pues recuerdo aquella hiriente plática que alguna vez tuve a mal comenzar durante la cena:

—Mamá, ¿Por qué le nombraste “Sirena” a mi hermana?, me parece un nombre extraño

—¿Extraño? ¡Claro que no!, la sirena es mi ser mitológico favorito, por eso ella es “Sirena”, mi Sirenita.

—¿Y yo, por qué Rosario?

—¡Ah! bueno, es que, bueno... así se llamaba la abuela de la tatarabuela de tu padre, digamos que es un nombre con tradición, debes sentirte orgullosa.

—¿Y cuál es tu otro ser mitológico favorito?

—Las gárgolas, no sé si sean mitológicas, pero me gustan, son misteriosas.

—¡tienes razón!, me debo sentir si no orgullosa, por lo menos si aliviada de llamarme “Rosario”, pues “gárgola” hubiera sido un nombre muy feo, ¡imagínate; “Gárgola González”.

—Te hubiéramos dicho de cariño “Gargui”, pero es mejor Chayo.

—Sí claro, te lo agradezco mamá, “Chayo” es perfecto.

Desde ese día he valorado llamarme “Rosario” después de todo considero que llamarse “Sirena González” es algo ridículo, en fin, lo cierto es que mi madre hacía muy evidentes sus preferencias, Sirena siempre gozó de lindas fiestas, hermosa ropa buenas comidas y delicados cuidados maternos; mientras que yo debía conformarme con lo que alcanzara después de ella.

Ante la indiferencia familiar y necesidades materiales no satisfechas, decidí buscar un trabajo, por lo que, a la mañana siguiente del polvoriento y olvidado cumpleaños, comencé mi búsqueda en tacones negros, vestido rojo de corte medio circular y manga larga, cabello recogido en elegante chongo, pequeño

sombrero en rojo y negro, guantes que hacían juego con los zapatos y algunas moneditas en el gastado bolso de mano. Me dirigí al maravilloso centro de la ciudad de México, mi plan era trabajar como secretaria ya que acababa de terminar tales estudios. En algunos lugares me hicieron una prueba de taquimecanografía, en otros sólo me entrevistaron y en algunos más ni siquiera me recibieron. Estaba cansada y me senté en la banca de una pequeña plaza colonial, estiré los pies que me dolían un poco por la altura de los tacones, saqué un pequeño espejo y retoqué el lápiz labial, tenía sed, pero sólo me alcanzaba para el pasaje de regreso, sentía que había perdido el tiempo caminando tanto, me faltaba experiencia y había candidatas más astutas que yo. De cualquier manera, quise seguir en el intento, así que me puse en pie, crucé la calle fingiendo caminar despreocupada y sin dolor, ya una vez sobre la banqueta y habiendo caminado unos cuantos metros, encontré el siguiente anuncio colgado en una ventana “SE SOLICITA ARREGLADOR DE LETRAS”, tomé el inusual cartel e ingresé al lugar que no era ni muy grande ni muy pequeño, los muros estaban pintados de un suave amarillo, había una maceta con una planta que por el enorme tamaño de sus hojas parecía carnívora y como

oasis en el desierto, había también un despachador de agua con conitos de papel, de tal manera que antes de que notaran mi presencia, me apresuré a servirme el vital líquido en por lo menos tres ocasiones, entonces la recepcionista que desde su escritorio mascaba hábilmente un chicle, se dirigió a mí:

—buenas tardes, señorita, ¿en qué le podemos servir?

—¡oh disculpe he tomado el agua sin permiso!, pues vengo por el empleo de...

—¿arreglador de letras? claro, espere su turno para la entrevista, mire faltan esas dos damas haga fila detrás de ellas.

Me uní a la fila mansamente y a pocos minutos se abrió la puerta de un privado de donde alcancé a escuchar una distinguida voz masculina que indicaba melodiosa:

—¡Pase la siguiente pretendiente!, ¿cuál es su nombre?

—Rosa María señor —dijo la señorita.

—¿Rosa María?, no lo siento su nombre no es adecuado, quizá usted sea mejor maestra que arregladora de letras, gracias por venir. ¡Siguiente!

Pasó la segunda aspirante al puesto y la voz le ordenó:

—Nombre y lumbre por favor.

—Me llamo Martha y no traigo cerillos, aunque me gusta fumar.

—Martha, Martha, salga por la puerta, gracias por venir queda usted descontratada. La última será la óptima, ¡pase quien quiera que sea!

—Pero cómo me “descontrata” usted si aún no me conoce, además ¿qué es eso de “descontratada”? esa palabra no existe.

—¿lo ve Martha? Usted no ha sido capaz de arreglar la palabra “descontratada”, además su nombre no es una melodía, lo siento en verdad, pero en recompensa puede tomar del escritorio de la recepción, uno de mis famosos poemarios, se lo regalo y dedico si le interesa.

La señorita Martha salió muy indignada y obviamente no tomó el poemario que el hombre le había obsequiado. Me di cuenta de que mi nombre era tan común como Rosa María y Martha, por lo que tal vez no me darían el empleo. Luego la voz masculina me indicó que ingresara al privado, entré algo tímida y encogida de hombros, pero intrigada a la vez; miré aquel joven

empleador, ¡vaya! me parecía familiar, sentí como si ya nos conociéramos de años, parecía tener unos veintidós años, era alto, moreno claro, delgado y con grandes ojos profundos; él me miró también extrañado y se acomodó los lentes sin perderme de vista, entonces me preguntó:

—¿cuál es tu nombre?... por favor, por favor, dime que no te llamas Dolores o Leticia, porque me pareces conocida, ¿dónde te he visto a ti?

—Me llamo... me llamo... ¡Sirena!, sí señor ese es mi nombre, no soy ni Rosario ni Leticia, soy Sirena González.

—Sirena, melena de espuma, por tu nombre celestial yo te contrato de inmediato.

—¡Gracias, señor!

—¿Señor? ¿Yo?, pero si no aparento la edad que tengo

—Disculpe, se lo digo por respeto; bueno acaso tendrá unos veintidós años

—No señorita. Tengo ciento veintiocho años, pero claro me veo de veintidós. Me llamó Héctor Reyes Laveaga, pero me puedes decir sólo Héctor, no es necesario que repitas todo mi nombre como lo hacen los que me conocen, por ejemplo, el peluquero me dice: ¿cómo va a querer su corte estimado licenciado don

Héctor Reyes Laveaga?, la recepcionista me dice: Licenciado Héctor Reyes Laveaga, lo buscan, no tu no lo hagas, sólo llámame Héctor, tampoco ese mote de licenciado, eso es vanidad.

—No entiendo, ¿cómo puede usted tener ciento veintiocho años señor licenciado Héctor Reyes Laveaga?

—¡Ay Sirena!, deja esos nervios, te he dicho que no me llames Héctor Leyes, digo Reyes Laveaga y menos licenciado; sólo dime Héctor, eso soy yo un Héctor más en este mundo. Respecto a mi edad, no creerás que tú eres una chiquilla de diecinueve años como aparentas, todos somos almas recicladas, yo vengo de la época colonial, sí de la lucha de independencia, de la guerra de castas, seguro fui un hacendado porque soy algo elitista. Tú en cambio, me pareces más antigua, eres como de la era de Jesucristo, fuiste contemporánea de Herodes seguramente. Bueno basta de cordiales presentaciones, enséñame tus manos, ponlas sobre el escritorio. Acto seguido, extendí mis manos sobre el escritorio desde el cual el joven reencarnado me entrevistaba, sacó una lupa y comenzó a analizar mis manos con ella:

—Bien, bien tienes muñecas delgadas, muy delgadas eso es bueno en un escritor, sus manos deben

estar en forma para el movimiento de escritura con pluma y a máquina.

—Soy buena en la taquimecanografía.

—Usarás la máquina de escribir, pero también deberás enseñarte a arreglar las letras, debes conocer la métrica, los tropos, los sonetos, las sinalefas, en fin una serie de conceptos para componer los poemas fallidos que la gente nos trae, mira este por ejemplo nos lo trajo un despechado, Alejandra la recepcionista ha intentado arreglarlo, pero aún me parece roto:

“Amanda amada mía,
¿Por qué me has abandonado?
Yo que tanto te venero,
¿Por qué me has dejado
Vestido y alborotado?”

Lo hemos intentado arreglar así:

“Amanda traicionera mía,
espero que malo sea tu día,
mira que el amor yo confundía
que en tus ojos estaría.
Amanda agradezco tu plantón,
como novia del montón
ahí te mando un pisotón.

—¿Y le pagan por hacer eso?

—¡Claro!, muy poco, pero pagan, es sólo un tiempo—pasa, digo, digo un pasatiempo, yo soy abogado de profesión y por mis múltiples tareas como tal, no tengo mucha oportunidad de arreglar los poemas, por eso te contrato, ¿aceptas?

—¡Sí acepto!, este será un trabajo nada aburrido.

—Oye insisto, yo te he visto antes, ¿dónde?, en fin, me pareces conocida y hasta simpática, te espero mañana a partir de las nueve, trabajarás cinco horas diarias y para ir entrenando tu buena escritura, deberás hacer planas de las palabras en donde tengas dudas ortográficas, pues los clientes también me traen sus tareas escolares para revisión tanto de que las palabras estén bien escritas como de que la redacción sea correcta. Si nosotros cometemos un error con sus tareas, ellos reprueban por nuestra culpa y si no tenemos la capacidad de arreglar o componer un poema, seguramente estaremos rezagando una buena declaración de amor.

—Claro licenciado Héctor Reyes, entiendo.

—Bien, que tengas buen día Rosario, nos vemos mañana, ahora debo ir a los juzgados.

—¿Rosario?, ¿por qué me llama así?

—¡Disculpa! No lo sé... espera, ¡ah sí ya recuerdo!, Sirena, es que tienes cara de Rosario.

Al día siguiente, estuve puntual y bien presentada al nuevo empleo, recuerdo que al llegar, Héctor mi jefe, había asignado para mí un escritorio verde oscuro, sobre el cual había una máquina de escribir marca “Remington” de teclas igualmente verdes, muchas hojas en blanco y un lapicero con varias graduaciones de lápices, asimismo una placa con mi supuesto nombre: “Sirena González, arregladora de letras”; encontré un recado de él que decía así:

Arregla este poema se ha vuelto un conflicto para los estudiantes de bachillerato, deben hacer su respectivo análisis para la clase de literatura y me han pedido que lo tenga para hoy a las doce del mediodía, pon en práctica tus muñequitas, estaré en el juzgado, hasta luego y atentamente Héctor.

Tomé el poema y me di cuenta de que era de Gustavo Adolfo Bécquer, claro porque así decía ahí:

Como un libro abierto
leo tus pupilas en el fondo
¿A qué fingir el labio risas
que se desmienten con los ojos?
Llora no te avergüences

de confesar que me quisiste un poco
¡llora! Nadie nos mira
ya ves yo soy un hombre
y también lloro.

RIMA XLIV

Gustavo Adolfo Bécquer.

Cuando el licenciado Héctor Reyes Laveaga, llegó
y leyó mi incipiente trabajo, señaló:

—¡Ay no sé!, está un poco mal hecho, da risa eso
que escribiste, has puesto en vergüenza a Bécquer, pero
me sigue dando risa, sí déjalo, yo nutriré el análisis, no
está mal para ser tu primer trabajo.

—Lamento no ser muy experta licenciado
Héctor. —me sentí avergonzada.

—¡Por Baco! Sigues diciéndome licenciado,
¿cómo me llamo?

—Héctor señor, usted se llama Héctor, pero yo le
debo respeto.

—Pues me faltas al respeto si no me obedeces, mi
nombre es Héctor no licenciado.

—Claro, señor, le llamaré Héctor.

—Ya vamos mejorando, ahora resta la palabra
“señor” ni siquiera sabes mi edad.

—¿Don Héctor?

—¡Ay no mujer! Ahora sí me mandaste a la época de las cavernas, no me digas “don”, bueno pues ¿quién te educó a ti? Sólo llámame “Héctor”

—¡Héctor!

—¡Ese soy yo!, sólo un Héctor más en el tejido colectivo, sólo un Héctor más.

Aquella oficina se transformó en un hogar para mi solitaria humanidad, pasaba la mayor parte del día allí y me divertía mucho escribiendo disparates, lo curioso es que la gente pagaba por ello, sin embargo, aprendí mucho con aquellos análisis literarios y además intentaba inspirarme para la composición de poemas que declaraban tiernamente el cariño de los enamorados. De nuestra gran habilidad, llegamos a ser invitados a algunas bodas, pues nuestros clientes tenían un éxito total con las difíciles novias a quienes presentaban nuestros versos como si ellos los hubieran escrito.

De verdad parecía que Héctor y yo nos hubiésemos conocido en otro lugar, en otro tiempo, era realmente fácil convivir las cinco horas que pasábamos juntos de lunes a viernes, él se interesaba por lo que yo leía, pues decía que debía estar bien informada y adquirir un gran número de palabras a fin de mejorar

cada día mi redacción. Un día señaló acerca de mi lectura en turno:

—¿La República de Platón?, ¿por qué estás leyendo eso?

—Bueno, tomé el libro de tu biblioteca, me pareció interesante, he visto que los estudiantes lo utilizan en sus tareas y quise investigar de qué trataba.

—No lo sé, esa república es tan utópica como tu nombre, las sirenas no existen, bueno existen en las ambulancias o en las patrullas; pero además no estoy de acuerdo con que los niños sean hijos de todo el pueblo y los padres dueños de todos los hijos ¡qué falta de identidad!, por otro lado su división de razas en metales me recuerda un poco a las castas del virreinato español, eso me da tristeza, pobre gente ¡imagínate que yo fuera un saltapatrás y tu una loba!; no Sirenita tu deberías estar leyendo “La Cenicienta”. Además, eso es sólo la imaginación extendida de Platón, ¿sabías que Sócrates no dejó nada escrito? Mejor vamos al centro, te compraré algunos cuentos de princesas, eso te gustará más.

—Me subestimas jefe. Pero, realmente si me gustaría leer cuentos de princesas —esboqué una divertida sonrisa ante su ocurrencia y para hacerme la

interesante le pregunté —¿Sabes si esa espantosa guerra será una realidad?

—Claro que sí, la guerra es un negocio redondo, ¿por qué la pregunta? ¿Acaso tienes pensado viajar a Europa?

—No sólo pregunto, me da miedo que llegue a México

Entonces, se echó a reír, cómodamente desde su ejecutiva silla y cuando hubo acabado su alegre expresión me contestó con una enorme sonrisa y sus manos entrelazadas en la nuca:

—Prometo protegerte si eso sucede, no te preocupes más. Lo que sí he de decirte, es que aquí en México, peleamos nuestras propias batallas, yo estoy impresionado con la manifestación de ayer en el centro de la ciudad, ¿no te diste cuenta?

—Sí, había mucha gente, fue muy difícil regresar a mi casa, ¿por qué había esa multitud?

—Hubo una manifestación en apoyo al presidente Cárdenas por la reciente expropiación del petróleo. Según escuché había más de ochenta mil personas, el Tata ha tomado una decisión delicada y valiente con este hecho sin precedentes, espero que las generaciones futuras valoren este logro y el petróleo no

sea criminalmente entregado a los extranjeros nuevamente.

—Es un tema difícil de tratar, yo soy inexperta, mejor me voy que se hace tarde nos vemos mañana — me despedí alegremente de él y de Alejandra quien gozaba también del buen humor del jefe.

—No espera Sirena, sabes que hoy es viernes, a unas cuabras de aquí han abierto un nuevo salón de baile, es el cumpleaños de Alejandra y me gustaría invitarla a ella, a su esposo y a ti por supuesto a comer y bailar al lugar, ¿vienes?

Era la oportunidad de mi vida, siempre quise conocer un lugar de esos, pero mi madre... ¡bah! Mi madre ni se acordaba de mí, pero aun así no era mi intención faltar al respeto a mi casa. Entré en una confusión. Luego Alejandra, interrumpió alborotada:

—¡Vamos Sirena! Son las cinco de la tarde, es temprano, podremos acompañarte a tu casa de regreso para que no te regañen.

Héctor me miraba con ojos suplicantes y yo simplemente... ¡acepté!

Me sentía muy emocionada, era mi primera salida en plan de fiesta. El lugar al que llegamos era fastuoso, elegante y una gran banda interpretaba la

canción “Sing, Sing, Sing” de Louis Prima; en la pista de baile se encontraba un tierno y distinguido anciano bailando como un jovenzuelo con una mujer alta y joven, el ambiente estaba por demás animado. Nuestra mesa nos recibía con una hermosa loza en color azul claro, copas largas para un merecido brindis y dos ceniceros para nuestros fumadores acompañantes, pude escuchar que en la mesa contigua un hombre renegaba de su comida, mientras dos amables meseros le escuchaban con absoluta paciencia, entonces Héctor indicó:

—Amigos pidan lo que quieran, ustedes son los festejados y además mis invitados. Señorita Sirena, ¿me hace el honor de bailar unas cuantas piezas conmigo?

—Pero, pero, no sé bailar Héctor, nunca lo he hecho.

—Tampoco sabía usted arreglar poemas y yo la he adiestrado. ¡Vamos a la pista te enseñaré!

Inmediatamente me dio sencillas instrucciones del movimiento e intenté imitar a las personas que ya se encontraban en la pista. Mi vestido verde volaba en vueltas rápidas guiadas por mi pareja de baile, no tardé mucho en dominar los pasos, la música era como mantequilla derretida, nos llevaba sabia y amable por la pista. Nunca me había sentido tan feliz, ¡Fue demasiado

divertido!, bailamos y bailamos hasta que el rítmico y apresurado swing cedió el paso a una romántica y tranquila melodía que obligadamente tendríamos que bailar mano con mano. Intenté seguir el lento y romántico paso, pero no lo creía correcto y le pedí a Héctor que regresáramos a la mesa. Luego caballeroso respondió:

—Por supuesto Sirena, entiendo que estés cansada, hemos bailado mucho, pero antes de regresar, recuerda estas palabras para siempre: volvería a vivir lo que fuera necesario para encontrarte. Yo te conozco, no sé de dónde, pero contigo me siento en casa.

Sus palabras me intimidaron y solté su mano, bajé la mirada sin saber qué decir, mi inexperiencia y timidez delataban el recíproco sentimiento que asimismo experimentaba también, entonces continuó:

—No tengas miedo de mí, sería incapaz de hacerte daño. Sólo quería que supieras lo que te he dicho. ¡Vaya! El ritmo volvió, pero, tanto baile me abrió el apetito, vamos a comer ¿te parece?

La banda tomó fuerzas y tocó un alocado jazz, no obstante, succulentos platillos y los amigos nos aguardaban en la mesa, de tal forma que hicimos lo propio. Fue una experiencia inolvidable, la comida, la

compañía y la conversación fueron excepcionales, pero el cuento de la Cenicienta se repetía en muchachas como yo y a determinada hora hube de poner fin al festejo, me apenaba ser la odiosa aguafiestas, pero ellos gentilmente me acompañaron hasta el edificio donde vivía, nos despedimos muy contentos e ingresé a mi “hogar”.

Al llegar a mi casa, me di cuenta que a Sirena le habían comprado dos hermosas muñecas con lindos vestidos de tul, una era rubia y otra pelirroja, las habían colocado sobre los sillones y se me ocurrió pensar que mi mamá seguramente sería justa y podría yo también pedir algo para mí:

—buenas tardes, mamá, me entretuve un poco, el jefe nos invitó a comer.

—Qué bueno que ya comiste, porque Sirena y yo teníamos mucha hambre y no dejamos nada para ti, hubieras tenido que prepararte un huevo.

—Claro, no te preocupes —le contesté temerosa de lo que enseguida le iba a pedir

—Oye me podrías completar unos zapatos nuevos, ya que mis tacones son tan pero tan viejos y usados que hasta hormigas habitan en ellos por los agujeros.

—Lo siento, Sirena ha sacado buenas calificaciones y le he comprado esas muñecas que ves ahí, es su premio, en cambio tú mírate, tienes un trabajo tan malo que ni para zapatos te ajusta.

—¡Por favor, mamá! Es justo que me apoyes, yo cooperé con el pago de la renta el mes pasado, te doy dinero para la despensa cada quince días, ayúdame a comprar unos zapatos, aunque sean baratitos, sabes que mi sueldo es corto y no me alcanza. ¡Las hormigas me han picado por los agujeros mamá! Anda no seas mala

—¡Bah! lo único que puedo comprarte es veneno para que las mates. Ya te dije que no puedo, tuve que premiar a tu hermana.

Me dolió su egoísta argumento, pero era inútil discutir con esa señora, decidí resignarme y esperar a completar un ahorro, de cualquier forma, me fui a dormir con el hermoso recuerdo del baile con Héctor. El Lunes salí como de costumbre a esperar el autobús, me encontraba parada junto a otras cuatro personas y de pronto sentí que pisaba el vacío, creí haber atinado un agujero en el pavimento con mi tacón, era una extraña sensación no sentía apoyo en mi talón derecho. Enseguida un amable anciano tocó mi hombro y me dijo:

Señorita su tacón se ha desprendido del zapato y lo he rescatado para que pueda pegarlo, aquí lo tiene.

Subí cojeando al autobús, con el tacón en la mano y así cojeando llegué a la oficina, me senté desconsolada a llorar mi suerte y con tristeza tomé una hoja, la introduje en el rodillo de la máquina de escribir y busqué consuelo en un poema:

“vaya suerte ingrata

Por querer ser gata

Resulté ser rata.

Mi madre me ha vuelto rana

Por la dicha de mi hermana.

Pido reencarnar en perro
y acabar con este yerro”.

Hundida en la tristeza y el enojo, me encontraba cuando entusiasta irrumpió mi jefe—amigo, trayendo consigo un regalo envuelto en papel violeta y moño blanco, entonces se dirigió a mí algo nervioso:

—Sirena, Sirenita, hola, vengo de ver a un cliente y por el camino te he comprado un regalito, espero no te moleste y lo aceptes. Toma ábrelo, pero hazlo con cuidado.

—¿Para mí? Pero, ¿Por qué? No es mi cumpleaños

—La gente da presentes sólo en los cumpleaños y eso me parece de muy mal gusto, si a las personas se les quiere todo el año. Bueno, ¿lo vas a abrir?

—¡Claro!, disculpa mi descortés pregunta.

—¡Hazlo con cuidado!

Fui rompiendo lentamente la envoltura y el lindo moño blanco, hasta llegar a la caja, tomé unas tijeras y corté la cinta que sujetaba la tapa; abrí con cuidado el paquete y exclamé sorprendida:

—¡Dioses Héctor! ¡Unos zapatos!, pe—pero ¿cómo supiste?

—¿Cómo supe qué?

—Que mi tacón se despegó

—No, eso yo no lo sabía, pero te vi tan cansada con tus tacones que decidí comprarte otros más cómodos, para que sigamos bailando otro día, sólo espero no haberte importunado.

De inmediato, me probé aquellos hermosos zapatos, que me habían quedado como un guante, me sentía muy emocionada, acto seguido, le expresé mi agradecimiento:

—Es el mejor regalo que he recibido en mi vida, mira qué bien me quedan, el charol es hermoso, parece un espejo negro, ¡Gracias Héctor!

Me tomó de la mano y me dijo en dulce y queda voz:

—No hay nada que agradecer. ¡Qué lindas muñecas tienes! ¡Son manos de escritora! —Soltó un profundo suspiro y segundos después, prosiguió sobresaltado— ¡Ah! mira ve la caja hay un regalo más, es algo muy importante para mí, ¡vamos hazlo con cuidado!

Entonces, encontré al fondo de la caja un morralito dorado, lo saqué y desaté con gran curiosidad, empecé a sacar unos cuadritos de madera, cada uno con una letra y un dibujo tallado. Saqué la “R” de rosario, la “T” de tortilla y la “E” de espina.

—¿Te gusta? —me dijo emocionado.

—¡Claro!, pero explícame qué es

—Es el alfabeto con el cual mi abuela me enseñó a leer y escribir, es muy antiguo, mira lo bien hecho que está, lo encontramos en un bazar, ella lo compró porque yo se lo pedí, ¡me encantó cuando lo vi!, además el vendedor nos dijo que tenía una leyenda.

—¿Cuál es? ¡Cuéntamela!

—¡Tonterías coloniales! Mira nos dijo que un esclavo se enamoró de una española y que a través del alfabeto que él mismo elaboró, le enseñó a leer para así

poderle enviar cartas ya que por motivos de diferencias sociales no se podían ver.

—¿Y por qué me lo regalas?, es algo importante para ti.

—Es complicado.

—Explícame, yo se entender.

—Sabes, las personas tenemos una mano derecha y una izquierda, igual un pie, un brazo, una oreja, un ojo, un hemisferio cerebral...

—Sí lo sé, tenemos lado derecho e izquierdo, pero eso ¿qué tiene que ver?

—el alma también tiene dos lados, pero casi siempre conocemos el derecho porque es el que nos rige la conducta, pero el lado izquierdo sólo lo conocemos cuando la persona de nuestra vida se aparece —pausó su explicación con un sentido suspiro y en entrecortada voz, prosiguió— tú eres el lado izquierdo de mi alma, por eso te regalo mi alfabeto, deseo que lo tengas y tal vez que enseñes a nuestros hijos a escribir con él.

Guardé silencio, él me impactó con su declaración. A duras penas contesté, en medio de un desconcierto mitad júbilo y mitad duda:

—¿Nuestros hijos?, ¿cuáles hijos?

—Sirena, ¿quieres casarte conmigo?, he pensado hablar esta tarde con tu padre, pedirle una disculpa porque el viernes llegaste tarde a tu casa, seguramente te habrán regañado y estarían muy preocupados por ti. Supongo que tienes una familia que te ama, ¿cómo no amarte a ti Sirena?

—Pero no me conoces bien. Piensas que tengo una familia, piensas que me llamo Sirena, piensas que soy ese lado izquierdo de tu alma.

—Claro que te conozco. Sirena González, tu padre es Enrique González y tu mamá es... no recuerdo su nombre.

—Héctor, yo no tengo padre, él murió hace cinco años, mi madre no me quiere, no estuvo nunca preocupada por mi ausencia el viernes, a ella le da igual.

—¿cómo? Entonces no habrá necesidad de pedir tu mano a nadie, eres dueña de tu propia vida, eres algo así como independiente. Bueno, yo pensé que estabas dentro de una familia tradicional, pero no importa, igualmente nos casaremos. Aunque repruebo tu falta de comunicación, debiste haberme hablado de tu situación, porque tus circunstancias son poco comunes en una muchacha seria.

—¿Por qué? No creo que ello afecte mi trabajo aquí. —me sentí atacada y mis complejos perennes de inferioridad se apoderaron de mí.

—Bueno, tal vez, podríamos ser novios primero. Sí, creo que eso sería lo correcto.

—No te preocupes Héctor, de cualquier forma, no pienso aceptar, creo que no soy ese lado izquierdo ni lo que esperabas. Te agradezco estos regalos que no merezco. pero ya debo irme.

—¿Cómo? ¿Te vas así sin contestar mi pregunta? ¿Cuál es tu prisa? Acabas de decir que nadie te espera. Te propongo que seamos novios, tal vez con el tiempo decidamos casarnos, no lo sé, en chicas como tú no hay la presión de un padre ni hermanos celosos ¿qué dices?

—Digo que me estás ofendiendo y que las chicas como yo también tienen que llegar temprano a su casa a pesar de que no las espere ni un padre ni un hermano celoso. Adiós Héctor, que encuentres ese lado izquierdo y decente de tu alma.

Eché mis zapatos viejos en la caja y salí corriendo, lo escuché gritar desesperado:

¡Sirena!, ¡Sirena!, ¡No te vayas!, ¡déjame explicar quién soy y de dónde vengo! Corrió detrás de mí, pero yo me sentía herida y lo dejé atrás, sentí que me había

ofendido, al asombrarse de mi situación familiar, no lo sé algo en su tono me enfureció y algo en mi historia a él no le agradó. Mis ojos llorosos, me avergonzaban en la calle y decidí tomar un taxi hasta mi casa, donde seguramente a nadie le importaría lo sucedido.

Cuando llegué, mi madre se percató de que traía zapatos nuevos y en tono burlesco me refirió:

—¡Ah qué bueno que compraste tus zapatos!, ¿Cuánto te costaron? Se ven muy finos Rosario, en fin, me quitaste un peso de encima ya que los viejos los iba a llevar al zapatero para que te los parcharan, bueno así no gasto.

—¿A parchar? ¡Mamá eres tan mala conmigo!, ¿por qué haces esas diferencias entre Sirena y yo? Me lastimas, me haces sentir muy sola y diferente.

—Lo siento, no es mi intención, es que eres muy altanera, te pareces tanto a tu abuela, esa horrible suegra que jamás me quiso, ¡me la recuerdas tanto! ¡Qué horror!

Me hizo llorar y decidí no seguir discutiendo, era inútil, de cualquier forma, yo saldría perdiendo, no había nada que arreglar pues, ¿cómo evitaba parecerme a esa odiada abuela? ¡Imposible!

Durante tres días no me presenté a trabajar, el caso era que me sentía apenada con Héctor, haber corrido fue un acto infantil y más cuando yo sentía lo mismo por él, nunca entenderé por qué lo hice, si desde que lo vi tuve un raro y bello presentimiento; nos habíamos divertido componiendo y enyesando poemas rotos que la gente inventaba, yo le había regalado una corbata negra de abogado y una pluma de arreglador de poemas, él me había regalado unos zapatos urgentes y un antiguo alfabeto símbolo de su amor y eterna amistad. Sí, Héctor era esa alma compañera que uno busca, como un botón de camisa descosida, sin embargo, sus palabras refiriendo que yo era una muchacha con menos valor, me indignaron.

Al cuarto día del hecho relatado, el cartero timbró muy temprano al departamento, desde mi recámara escuché: “carta para la señorita Sirena González”, así que no me levanté y dejé que mi hermana se encargara de sus propios asuntos, pude ver cómo mi hermana emocionada rompía el sobre y después de leer atentamente su carta le sobrevino un silencio total. Me acomodé de nueva cuenta en mi almohada hasta esperar el tono del despertador, cuando un grito horroroso de Sirena me inquietó:

—¡Mamá, mamá! Un perverso me ha escrito esto, mira dice que quiere mis juguetes

—¿cómo? déjame leer Sirena: *Sirena, amada mía, estoy hecho un mar de lágrimas, te pido perdón por mis absurdos comentarios. ¿Has visto alguna vez el vacío en persona?, pues eso soy yo sin tus lindas muñequitas... adoro, adoro tus muñecas, no me niegues el placer de verlas. La promesa de matrimonio sigue en pie para este u otro tiempo, pero sigue. Posdata: olvidaste el morralito con letras* —mi madre terminó de leer la carta y enfurecida exclamó— ¿Qué?, ¿A dónde fuiste Sirena que olvidaste el morral de la escuela?, ¿Dónde has andado muchacha de porra?, además has sacado a la calle las muñecas que con tanto esfuerzo te regalé, ¡ora verás que chanclazos te voy a dar!, ¡si tu padre viviera ay Dios mío!

Mi madre, totalmente decidida a golpear a Sirena, se quitó el zapato y comenzó a perseguirla por la sala, pues Sirena inmediatamente corrió y se refugió detrás de un sillón. Entonces totalmente atemorizada le suplicó:

—No mamá no me pegues yo no sé quién mandó esa carta, ¡de verdad!

Mi hermana lloraba fuertemente y como era justo la defendí, me levanté rápidamente de la cama y me interpuse en la discusión:

—¡Déjala, mamá!, la carta es mía, lo que pasa es que di su nombre en mi trabajo, allá no me llamo Rosario, sino Sirena y quien envió el mensaje fue mi jefe el licenciado Héctor Reyes Laveaga.

—¡Bárbara infeliz! —Me dijo mi mamá temblando del coraje, ella había pasado de ser humana a tigresa— Espera, ¿trabajas con un licenciado que está enamorado de ti?, ¿es rico Rosario?

—No lo sé mamá, ¿por qué?

—¿No te das cuenta que eso puede resolver todas nuestras deudas?, anda ve y dile que sí te casas con él y tu dote serán esas muñecas de Sirena que tanto le gustan, después de todo tu belleza puede cambiarnos la vida a Sirenita y a mí, píntate los ojos de café para que se vean más verdes, ponte tus zapatos nuevos para que piense que tú también eres rica como él, invítalo a cenar, yo por mientras prepararé unas enchiladas, ¡vamos muévete Rosario!

—Mamá qué cosas tan malas dices, yo no obligaría al licenciado a casarse conmigo para que resuelva tus deudas. Además, yo no sé si es rico.

—¡Claro! todos los licenciados lo son. Tu déjate guiar por mí, y verás que en menos de un mes estaremos instaladas en la gran casa que seguro tendrá.

—Mira mamá, sí iré a verlo, pero no para casarme ni para pagar tus deudas, sigue con los planes que tienes con Sirena, estás equivocada.

Me cambié de ropa a toda prisa y salí huyendo de esa casa, tomé el autobús y me dirigí a la oficina, se me hacía largo el tiempo para poder ver a Héctor y pedirle una disculpa por mi absurdo comportamiento, después de todo él era la única persona que le había dado aquel tierno sentido a mi vida, era mi alma compañera y no estaba dispuesta a perderlo; por fin llegué jadeando del cansancio pues caminé a toda prisa al bajarme del camión, pero mi sorpresa fue grande cuando al llegar a la oficina, me percaté de que estaba vacía, entonces entré y grité: ¡Héctor!, ¡Héctor!

¿Dónde estás?, ¿Qué pasa aquí?, ¡Héctor! Caminé desconcertada por todo el lugar que estaba convertido en ruinas y no había ni escritorios, ni sillas, ni libros, ni hormigas ni Héctor, tan sólo un albañil con un martillo y un cincel golpeando un escalón, me dirigí a él para preguntarle:

—Disculpe señor, ¿qué pasó con la oficina que estaba aquí?

—¿Oficina?, hace mucho tiempo que este local no se ha ocupado, bueno que yo sepa no, mire el ingeniero Chávez es el dueño y él nos contrató para arreglar el lugar y venderlo.

—Pero ¿Qué dice hombre?, usted está equivocado, este es el despacho del licenciado Héctor Reyes Laveaga, un brillante componedor de letras y abogado.

—Ay señorita, me da pena contradecirla, pero el licenciao ese deco— descomponedor de... ¿de qué dijo?

—¡De letras señor, de letras!

—Ah sí de eso, pos'n, pos'n, la mera verdá que no asiste aquí, mire se lo voy a comprobar, pase al patiecito y verá todo el ladrillo que tenemos almacenado ya de semanas atrás para construir, nombre si el inge Chávez es rete agarrado y...

—¿Patiecito? ¿Qué patiecito?, detrás de esa puerta hay una oficina.

—Abra la puerta para que se convenza usted misma.

Abrí la puerta del despacho y efectivamente, no existía tal oficina, era un patio soleado como con un

millar de ladrillos, entonces tremendamente desconcertada le dije al hombre:

—Déjeme sola por favor, enseguida me iré, tenga la seguridad de que no le causaré problemas, agradezco su amable y desafortunada información, ande vaya y siga cincelando su escalón, creo que me he equivocado.

El hombre se rascó la cabeza y me dijo preocupado:

—Bueno, pos'n Dios me la ayude a encontrar a su letrado licenciao, pa' que esté feliz señorita, nomás tenga cuidado con el polvo al caminar que sus zapatos son muy finos y se le pueden ensuciar, Dios la bendiga niña Rosario.

—¡Eeeh! ¿Cómo sabe que me llamo Rosario?, ¿Quién es usted?

—Me dicen Chito niña y usted, pues tiene cara de llamarse Rosario, es sólo eso no se asuste, presentí que usted se llamaba así, bueno estoy pa' servirle si se le ofrece algo más, con permiso.

Quedé desolada, recargada en una pared de la supuesta oficina, mi alma vacía e incompleta, no entendía aquel extraño suceso. ¿Acaso Héctor quería jugar conmigo y al ver mi rechazo decidió dejarme ir? o ¿Aquello habría sido producto de mi imaginación?, pero

no, ni lo uno ni lo otro, por un lado, sabía y sentía que sus palabras eran ciertas por el otro realmente yo no padecía trastornos mentales, además no recibía un sueldo imaginario, yo gastaba el dinero que Héctor me pagaba, ¡oh Dioses qué intriga y frustración!, me sentía como niña abandonada, tomé mi bolsa y caminé entre los escombros hacia la salida. Sequé mis lágrimas para aclarar la mirada, cuando de súbito vi el morralito dorado entre las piedras y la tierra; totalmente confundida me agaché a recogerlo, lo sacudí y lo abrí, ¡era el alfabeto y una carta de Héctor!, desdoblé el papel inmediatamente y leí: *Cada cuenta del rosario es un amado recuerdo tuyo, arregla las letras como te enseñé, desenrédalas, púlelas y vuélvelas a acomodar, en ellas encontrarás un refugio de paz. Por ahora debo irme, pero en algún momento estaremos juntos otra vez, descansa de este viaje, te he esperado desde el pasado, presente y lo haré en el futuro. Posdata: Emprende un juicio para cambiarte ese fatal nombre de Sirena, Rosario te quedaría mejor, con cariño Héctor C. Reyes Laveaga.* ¿Héctor “C” ?, ¿Qué significaría la “C”?

Salí del lugar, más confundida que antes; de pronto vi a mi madre y a Sirena cruzando la calle, les hice señas, pensé que venían en mi apoyo, ¡ah qué

reconfortante es tener una familia que cobijé tus emociones en momentos lamentables!

—¡Mamá acá! —alcé la mano para que me vieran, tenía ganas de contarles todo lo sucedido.

Presurosas se acercaron y mi madre me preguntó alterada:

—¿A dónde vas? ¿Ya saliste de tu trabajo?

—No, lo que pasa es que...

—Mira no tengo mucho tiempo, vengo a hablar con el licenciado, tomé la dirección del sobre de la carta, traigo las muñecas de Sirena para dejárselas de dote, tu no entres, yo arreglaré esta petición de mano. ¡Ay estoy muy emocionada, por fin resolveré todos mis problemas económicos!

—¡Mamá, esto no tiene sentido!, deja te explico, no te... vayas.

Las vi ingresar a la otrora oficina, decidí esperarlas en la banca de la placita de enfrente, sabía que no tardarían mucho en salir, tan o más desilusionadas que yo. Lo más extraño es que pasaron catorce minutos y ellas seguían ahí dentro. Me empecé a preocupar y fui a buscarlas. Pero al llegar a la acera, ellas iban saliendo del lugar y con gran felicidad cerraban la puerta vociferando: ¡Gracias licenciado, gracias!, pierda

cuidado que así se hará como usted dice. Dijo mi madre muy complacida.

Entonces, me volvió el alma al cuerpo, Héctor había vuelto y estaba ahí dentro, después de que ellas salieron, abrí la puerta desesperadamente y... no, no había nada, tan sólo el mismo albañil martillando su escalón, cerré la puerta y alcancé a mi familia en la parada del autobús:

—Mamá, ¿qué pasó ahí dentro?, te dije que no había nada.

—Lo que pasa es que tú eres una envidiosa, te querías quedar con todo ¿verdad?, te ibas a olvidar de tu hermana y de mí, vaya hija que tengo, lo dicho: ¡eres idéntica a tu abuela!

—Sirena tu cuéntamelo todo antes de que venga el camión, ¡por favor!

Mi hermana accedió e hizo caso omiso del enojo de mi madre, entonces me contó lo siguiente:

—Bueno, cuando entramos nos recibió una señorita muy gordita, la señorita Alejandra Manuela, después muy amable nos pasó con el licenciado Héctor Cajetillo Reyes Laveaga y nos ofreció un café. Él es muy guapo Rosario, te felicito; bueno después mi mamá le dijo que iba para arreglar lo de tu boda con él y que

llevábamos de dote las muñecas porque sabía que le habían gustado. Entonces nos dijo algo más o menos así: *Señora, claro, claro que me casaré con su hija, no sé cuándo pero lo haré yo siempre estaré con ella, en cuanto a las muñecas, señora no es necesario dejarlas puede llevárselas, por otro lado quiero entregar a usted como mi suegra que es, esta caja que contiene joyas valiosísimas de mi familia, eran de mi abuela y valen una fortuna, sé que tienen problemas económicos créame que los resolverá con ellas, pero tengo una condición: que respete a Rosario, que no le falta nada nunca más y la trate por igual que a su hija Sirena de lo contrario le pediré que me regrese las joyas, y si no hay más qué decir pido su permiso para retirarme debo irme.* Bueno pues más o menos así dijo y esa caja que trae mi mamá es de las joyas, ¡son hermosas!

—Gracias Sirena —acaricié su cabello y me despedí dando un beso a cada una.

Como era de esperarse, mi mamá me rechazó enojada al mismo tiempo que protegía celosa su caja de joyas.

Tuve la ocurrencia de preguntar a los vecinos de la oficina si habían visto antes a Héctor, estaba decidida

a encontrarlo y develar el misterio, pero las respuestas fueron peor que la duda:

No señorita, ese local lleva años abandonado —
dijo el anciano de los dulces.

¡Claro! el licenciado me compuso unos poemas para mi novia que gracias a eso ahora es mi esposa — dijo el muchacho del puesto de periódicos.

Creo que usted está confundida, ese local sólo ha almacenado hormigas durante años, esa es la única señal de vida que he visto ahí — dijo el tendero.

¿Cómo?, ¿el licenciado Héctor Reyes Laveaga se ha cambiado?, ¡ay qué lástima señorita!, sabe me hizo un poema para mi hija que cumplió quince años, fue una fiesta maravillosa, yo usé un vestido anaranjado con negro, aunque estoy un poquitito pasada de peso, el pastel estuvo delicioso y...— dijo la menudera.

No sé déjame pensar... ¡ah sí! El licenciado Héctor Reyes Laveaga... no, no lo conozco, ese local siempre ha estado así, vacío y bueno perdón llevo prisa — dijo un transeúnte.

Sí por supuesto señorita, conozco al licenciado Héctor erre ele, o sea Reyes Laveaga, bueno es que así le digo yo, “lic. Héctor erre ele” para que no se enoje, él llevó un caso mío, sabe mi tía Chofita no quería darme la parte

de la herencia que me correspondía y él lo logró. —dijo el modisto.

No, no y no. ¡Ay qué pregunta! Váyase a bromear a otro lado, buscar un licenciado en ese local, ¡pero qué ocurrencia!, déjeme trabajar que voy a trasquilar a la señora Bonilla por su culpa —dijo la estilista.

Claro hija, claro que lo conozco, mira él hizo unos versos preciosos y muy sentidos para semana santa y en alguna ocasión dijo que hubiera preferido ser padre *que abogado porque había convivido por años con un monje jesuita, en fin, salúdame mucho cuando lo encuentres y dile que venga a confesarse yo lo estaré esperando con gusto* —dijo el padrecito.

No respuestas concretas, no Héctor erre ele, no alma compañera, así regresé a mi casa desdichada y vacía con el morralito en la mano y mis zapatos llenos de tierra. Nunca más supe de él y mucho menos resolví el misterio. Conseguí otro trabajo como secretaria de una escuela en donde poco a poco, estudiando y con esfuerzo logré el cargo de directora, pero el corazón me quedó lastimado y descompuesto. Mi mamá resolvió todos sus apuros económicos, me trataba con cordialidad, pero yo sabía que no me amaba, lo hacía por miedo a perder las joyas, ella y Sirena cumplieron su

sueño de abrir un salón de belleza y casi no nos veíamos, de cualquier forma, no había nada qué platicar entre nosotras. Conocí a un ingeniero y me casé con él a los 27 años, era un buen partido, siempre los ingenieros lo son; tuvimos tres hijas que aprendieron a leer con el alfabeto móvil que Héctor me regalara en aquella fantasmagórica etapa de mi vida. Si tú, amable lector puedes resolver esta incógnita, házmelo saber o si ves por ahí al licenciado Héctor, dile, dile que no lo olvidé, que todo sigue igual y que el lado izquierdo de mi alma sigue aún desocupado.

Segundo fin.

Eránse tres veces

—¿No te vas a comer tu sándwich?

—No, sabe a cebolla, no me gusta

—¿Me lo das?

—Sí pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que juguemos a las canicas.

—¡Sale!

Ser niños en los setentas fue algo maravilloso, nos sorprendían las plataformas, los pantalones

acampanados, la recién estrenada y electrizante música disco con su esfera de espejitos, los excesos y chismes en torno a un tal “López Portillo” y los discos negros de acetato que siempre olían a plástico dulce, tan dulce que se antojaba morderlos. Yo no era una niña muy alegre, ni tan rica como Héctor mi compañero de escuela, pero era bonita y divertida si me lo proponía, además me gustaba la cebolla, así que es fácil adivinar quien se comió el sándwich.

Apenas estábamos aprendiendo a leer y repetíamos con dificultad las inolvidables carretillas silabares y una que otra plana del “oso susu come su sopa” y “Pepe Pecas pela papas”; nuestra maestra la señorita Rita era ya algo viejita, chaparrita y muy gordita, era muy paciente, pero también muy exigente, siempre citaba a San Agustín diciendo: *suave en la forma y firme en el fondo*, así educo yo a mis muchachos. Nunca pensamos que la señorita Rita llegaría a marcar nuestras vidas —me refiero a Héctor y a mí por supuesto— de la manera más extraña e inolvidable. Pues bien, todo empezó un día común de clases, cuando ella sentada desde su escritorio nos dio la siguiente instrucción: ¡Niños escuchen!, tengo un regalo para dos

de ustedes, es un regalo mágico que ha llegado a mí desde tiempos muy lejanos.

“Yo lo quiero”, “no yo lo merezco tu no”, “señorita yo se lo compro, dímelo” gritaban emocionados los niños.

—¡Silencio! —Prosiguió la maestra— hay reglas. Primero yo me vendaré los ojos, segundo, ustedes, ¡todos! se cambiarán de lugar a pupitres diferentes; tercero, me levantaré y con los ojos vendados, le entregaré el regalo a una pareja de niños que así sin ver yo elija.

—¡Ay no eso es trampa! Usted elegirá a sus preferidos señorita —dijo Carlitos que era un niño muy renegado.

—No Carlitos, no habrá trampas ya dije que el regalo es mágico y él me guiará a sus dueños, es decir a la pareja ganadora. Además, me vendaré los ojos.

—¿Pero por qué se lo da a dos niños y no a uno solo? —intervino Carlitos nuevamente.

—¡Ah claro Carlitos eso es molto molto importante!, pezzo grosso o sea muy muy importante —respondió la señorita, que le encantaba estudiar italiano y así nos hablaba a veces— miren, quienes vayan a ser los dueños de este regalo, estarán destinados a ser

amigos por siempre, sostendrán una amistad sincera y vitalicia que significa para siempre. Bueno, bueno haber me vendaré los ojos con mi pañoleta y cuando yo les indique cambiarán de lugar.

La señorita Rita vendó sus ojos con una pañoleta anaranjada con cuadritos azules y a la orden de “¡cambio!” todos los niños nos levantamos de nuestros lugares para buscar otro. Héctor y yo quedamos juntos en la tercera fila casi en el centro de la misma. Entonces la señorita se levantó y comenzó a caminar lentamente trayendo consigo una caja color verde metálico que tenía un hermoso moño amarillo en la tapadera, el regalo era más o menos como del tamaño de una caja de zapatos. La maestra se introdujo en nuestra fila y poco a poco se fue acercando a nosotros, hasta que tocó nuestras cabezas con la palma de su mano derecha. Se quitó la pañoleta y tiernamente nos dijo:

—¡Rosario, Héctor!, el regalo me condujo hasta aquí, ¡ustedes son los dueños! su unión será eterna y sinigual, deben cuidar de este regalo porque ha viajado buscándolos en el tiempo, tomen.

—Cla-claro señorita, gracias —dijo Héctor algo nervioso.

—¿Qué no lo quieren? ¡Rosario! pareces una estatua, no lo pueden rechazar, dime ¿no lo quieres?

—¡Por su claro! —dije igualmente nerviosa.

—¿Qué dijiste?

—Digo, digo ¡por supuesto! ¡Claro que lo quiero!

Maestra.

Las risas de los compañeros no se hicieron esperar debido a mi equivocación al hablar; entonces tomé el paquete verde y al unísono los niños gritaban: ¡qué lo abra, qué lo abra! Así que retiré el moño y fui rompiendo la envoltura, quité la tapa de la caja y encontré un morralito dorado, cerrado con un listón de igual color, Héctor lo sacó y desató para ver el contenido, luego expresó muy extrañado:

—¿Unas tablitas? ¿Para qué sirven señorita? Yo pensé que iban a salir chispas de magia.

—Míralas y dime qué encuentras en ellas.

—Letras y un dibujo en cada una, por ejemplo aquí está la “B” de burro y tiene la imagen de un barco, ahora la “F” de foco y tiene la imagen de una fuente, también la “V” de vaca y tiene... ¡la imagen de una vaca!, ¡es un alfabeto!

—Es muy bonito señorita, ¿Cómo se juega con él?
—le dije extrañada.

—Bueno no es propiamente un juego, pero con él aprenderán a leer y con ello se mantendrán comunicados durante toda su vida ya verán, ¡felicidades!

Mucho tiempo jugamos con las letras y además nos fueron de gran utilidad para el dominio de la lectoescritura, unos días Héctor se quedaba con el morralito y otros días yo; fue un gran regalo que en realidad cumplía su cometido: mantenernos unidos, pues cada vez que intercambiábamos el morralito con letras aprovechábamos para jugar y comer helado. Algunas navidades también las pasábamos juntos, cenábamos y esperábamos ansiosos la llegada del Niño Dios. En realidad, fuimos los mejores amigos en la infancia, nos divertimos a pesar de ser niño y niña.

Sin embargo, como bien reza el dicho popular: el tiempo no se detiene. Y sucedió lo inevitable, crecimos y pasamos a la siguiente etapa, pero juntos siempre juntos.

—¿Héctor, quieres que te cante la nueva canción de las tres chicas que vimos en el video de ayer en la cafetería?

—¡Por supuesto! y más si lo haces a cincuenta metros de aquí.

—Tu torta tiene mucha cebolla, ¿te la piensas comer?

—¡No qué asco! Tómala.

A mediados de la década de los ochenta, éramos ya todos unos adolescentes pretendiendo ser tan rebeldes como podíamos y nuestros miedos y valores nos lo permitieran. Ambos ingresamos a la secundaria de un colegio católico y seguíamos guardando nuestro alfabeto móvil en algún lugar de los juguetes olvidados; pero además intentamos hacer gala de nuestra inteligencia armando el famoso “Cubo Rubik”, cantábamos Timbiriche, oíamos a Michael Jackson en un walkman de cassette y grabábamos a Madonna desde el radio. Cabello alborotado, mallones y blusas flojas, rímel azul, labial rosa y ojos bien delineados; los hombres guapísimos con sus jeans entubados y cinturones de tela, ¡ni hablar de las campanas y las plataformas!, aquello se volvió simplemente ridículo. Las fiestas del colegio eran simplemente sensacionales, luces de colores, música a todo volumen y claro refrescos inofensivos de endulzados sabores; Héctor y yo llegábamos y nos íbamos juntos a las fiestas, su papá nos recogía y me llevaban a mi casa; salíamos con la cara roja de tanto intentar bailar —digo intentar porque no

teníamos gran talento para eso— al final de la fiesta siempre ponían canciones románticas, esas no las bailábamos nos daba algo de pena, creo que aunque quisiéramos no nos animábamos.

Los años pasaban y nosotros seguíamos siendo amigos del alma, nos dimos cuenta a partir de una tarea que nos dejaron en pareja, la cual consistía en llevar a la clase una antigüedad y exponer su origen y utilidad.

—Oye Rosario ¿Por qué no llevamos a la clase los pantalones acampanados de tu papá?, ¡son toda una antigüedad!

—O el disco de ABBA de tu mamá tal vez hasta el maestro te lo compre.

—¡Qué tonta eres!

—Y tú qué fresa, ¡espera! sí tenemos una antigüedad

—¿Ah sí? ¿Cuál? ¿Tu tío?

—No, ¡en serio! el alfabeto de madera que nos regaló la señorita Rita en primaria, con el que jugábamos al “Basta”

—Sí es buena idea, ¿tú lo tienes?

—No, está en tu casa, búscalo y mañana lo traes, yo investigo su historia.

Al día siguiente en clase, me sentía muy nerviosa porque no había encontrado información acerca del alfabeto móvil, a pesar de que fui a la biblioteca y pregunté a mi abuelita, no había conseguido datos del objeto en cuestión, ni rastros ni indicios de su existencia. Decidí no decirle a Héctor y plantarme al frente de la clase a contar una mentira para conseguir nuestra calificación. Así que tocó nuestro turno y empecé a hablar:

—Bueno, nosotros trajimos un alfabeto de madera que fue hecho en África hace noventa y tres años, servía para que un rey diera órdenes a sus súbditos aborígenes sin tener que hablarles porque eso era indigno de un mandatario. Miren por ejemplo la “L” —saqué la letra ele del morral y la mostré a los compañeros— quería decir “laven mis pies”, la “be”, quería decir “busquen un barco y sáquenme a pasear” —los compañeros comenzaron a reírse y eso me hizo sentir segura pues los estaba divirtiendo con mi falsa historia del alfabeto africano— la “erre”...

—¡Basta! —me interrumpió Héctor enojado— nada de eso es verdad, este alfabeto fue hecho a principios del siglo diecinueve en la Nueva España por

un muchacho esclavo que se enamoró de una bella joven criolla sobrina del duque de

Monteleone descendiente de Hernán Cortés, el esclavo que era culto, elaboró el alfabeto para que ella aprendiera a leer y escribir, se lo regaló como muestra de su amor, ella al final padeció un enorme sufrimiento al ser separada del muchacho a quien vendieron y no se supo más de él, la joven conservó el alfabeto y ahora por cuestiones del destino está aquí con nosotros.

—¡Déjame verlo! —Dijo muy intrigado el profesor— ¡es muy antiguo en verdad!, ¿de dónde lo sacaron?

—Nos lo regaló una maestra en primaria —le contesté.

—Bueno, pues yo se los quiero comprar si es que a ustedes ya no les sirve y sus padres les dan permiso. Díganme, ¿cuánto quieren por él? ¡Vamos pongan un precio!

—No maestro, no se vende. Rosario guárdalo tú ahora —respondió Héctor con seguridad.

Al salir del colegio, Héctor me acompañó a mi casa, pero me extrañó su seriedad, así que le pregunté:

—¿Estás enojado conmigo por mi tonta historia del rey africano? o ¿te comieron la lengua los

murciélagos?, en serio, tu historia de la criolla y el esclavo fue genial, ¿Cómo se te ocurrió?

—No se me ocurrió. La soñé.

—¡Vaya pues fue un gran sueño! Nos darán un diez por esa historia.

—No de verdad, anoche saqué el alfabeto de mi caja de juguetes que estaba olvidada en la cochera, limpié el polvo de las letras y las volví a guardar en el morralito, después me quedé dormido y tuve el sueño más real que jamás había experimentado, en ese sueño yo era el muchacho y tenía en la mano una especie de cuchillo o cincel ¡qué sé yo! era algo picudo e iba cortando de cuadrito en cuadrito de madera que sacaba de una tabla con agujeros en forma rectangular, después empecé a tallar las letras y me hacía muchas cortadas, las manos me sangraban; yo era tan pobre que andaba descalzo, pude sentir lo áspero y caliente de la tierra en mis pies, después me dirigí a una casa enorme tipo hacienda y ahí... ahí...

—¿Ahí qué?

—Me da pena contarte.

—¡Ay por favor! Dímelo

—Bueno, ahí en esa casa, te encontré, usabas un vestido blanco muy grande y elegantísimo, te entregué

las letras y me abrazaste llorando, entonces quise despertar pero me di cuenta de lo extraño de la situación en el mismo sueño y decidí aclararlo, entonces te pregunté: *Rosario, ¿En dónde estamos?, ¿Por qué estás vestida así?* y tú me contestaste: *Siglo diecinueve, Nueva España, el viaje terminará pronto en esta vida, bendito sea Dios que me ha permitido volver a verte, no me olvides*, en eso desperté me asustaste de tan antigua que te veías. Guarda tú el alfabeto, en verdad que está embrujado, me ha provocado un gran dolor de cabeza, nos vemos mañana ¡anda entra a tu casa que debo irme!

Lo vi alejarse encorvado y pensativo con su dolor de cabeza a cuestas, ¡vaya sueño raro! y sin embargo me conmovió.

Mi despertar no fue tan distinto del que había tenido Héctor, la cabeza me estallaría, tuve una pesadilla escalofriante y había amanecido llena de moretones en los brazos. Al llegar al colegio, busqué a Héctor quien se encontraba platicando con un odioso compañero, entonces me acerqué a ellos y Héctor inevitablemente me cuestionó acerca de los moretones:

—¡Dioses estás llena de moretones en los brazos!
¿Qué te pasó?

—Caí de las escaleras y mi piel es muy sensible, pero estoy bien —obviamente no le diría que desperté así por las múltiples pesadillas que había tenido.

—Pues parece que te hubieran golpeado —dijo Wolframio, quien era el “sabelotodo” del salón, bueno al menos eso creía él.

—No Wolframio, nadie me golpeó... mejor díganme, ¿están estudiando para el examen de historia?

—Yo no. No lo necesito, lo sé todo, estudiar es para tontos, pero tú y Héctor sí que deben hacerlo.

—Oye Wolfy, ¿no será que ningún maestro te ha sorprendido copiándole a la chica de los ojos de gato? Siempre te sientas junto a ella en los exámenes y todos hasta ella saben que le copias. ¡Eres bueno causando lástima!

—¡Cállate riquillo inútil!... ¡Adiós perdedores! ¡Hijo de papi y rarita golpeada!

—¡qué grosero es Wolframio! —exclamé molesta.

—No le hagas caso, es tan insignificante que sólo le queda hacerse el sabelotodo y andar atrás de los maestros para caerles bien, es un tipo reprimido. Oye hablando de copiar, te sientas delante de mí para pasarnos las respuestas.

—espera, debo decirte algo, ¿te suena el nombre de “Cajetillo”?

—¿Caje... qué?

—Cajetillo, tú eres Cajetillo y yo sigo siendo Rosario.

—¡Ah claro! ¡Por supuesto! Rosario creo que es hora de llamar a los servicios del neuropsiquiátrico. ¿Qué es eso de Calcetillo? ¿Calcetín? ¿Calcetinillo? O ¿qué dijiste? ¿Pepinillo? ¿Espinillo? ¡Cómo sea, es ridículo!

—¡No Héctor, te soñé tú eras Cajetillo!, Cajetillo es el muchacho esclavo que elaboró el alfabeto.

—Haber Rosita, siéntate que no se te queman las neuronitas, cuéntame.

—Bueno yo estaba de invitada en una fiesta grandiosa en una hacienda, había mucha comida y yo tenía un novio feo muy feo y borracho.

—Bueno, bueno tú eres tan pero tan fea que el pobre tenía que emborracharse para ser tu novio.

—¡Cállate tonto! Luego te oí gritar mi nombre afuera, no te vi pero sabía que eras tú; unos españoles dijeron: *es ese criado Cajetillo, ¡eliminémoslo de una vez!* Después salieron del salón y lloré mucho porque sabía que te estaban lastimando. Mira quiero llorar otra vez.

—¿Un criado yo? oye no me quieras tanto, ahora me pones de “sarrapastroso”... ay Rosarito mira te sugestionaste con lo que te conté ayer, olvídale sólo es un montón de tablitas inofensivas, mejor vamos al salón que va a empezar el examen de historia... oye no llores, ¡aquí estoy y no me llamo Espinillo!, soy Héctor tu criado o por este día.

Pensé que Héctor tenía razón, sólo me había impresionado con lo que me había contado el día anterior, de tal forma que intenté ubicarme en el aquí y ahora. Posteriormente entramos al salón y nos dispusimos a acomodarnos para el examen.

—Siéntate adelante de mí para copiarte —me dijo Héctor —procura sacar un poco tu examen para que yo alcance a ver las respuestas y no te acobardes.

—Sí pero sé discreto, si no me van a quitar mi examen.

—¡claro!, mira hazte para allá, deja pongo mi suéter en tu respaldo, que ahí traigo un acordeón buenísimo por si quieres ver tú también recuerda que soy tu criado el sarrapastroso, ¡ahí viene el calcetín, ahí viene!

—¿Cuál “Calcetín”?

—Así le dicen al maestro de historia.

—¿Por qué? —le pregunté intentando contener la risa con la mano.

—Por que duerme a la gente. Haber, ya voltéate, que no sospeche nada.

El maestro entró junto con la coordinadora y ésta dio el siguiente aviso:

Muchachos, en este salón hay tres personitas que no han pagado sus colegiaturas, lo sentimos tendrán que abandonar el aula porque no pueden hacer examen, así que llamen a sus papás desde la dirección para que vengan a pagar. Por favor salgan Ricardo Hernández, Mario Tapia y Rosario Valdespino, a los demás les deseo mucha suerte.

Sentí calentarse mi cara de la vergüenza, me levanté tímidamente y vi como los compañeros me observaban burlonamente, las piernas me temblaron e hice un esfuerzo por acercarme rápido a la puerta para librarme de esa vergüenza. Entonces Héctor alzó la voz sin permiso:

—¡Momento maestra!, yo saldré en lugar de Rosario, ella que haga el examen, transfiera mis colegiaturas a la cuenta de ella, deje que haga examen es más aplicada que yo.

—¡Qué absurdo joven Santamaría!, siéntese y deje de hacer desorden eso no es posible —le contestó la coordinadora.

—Entonces yo tampoco hago examen. Eso que ustedes hacen es injusto y pone en vergüenza a la gente, por lo menos hágalo en privado.

—¡Basta Héctor! Usted es sólo un alumno no tiene autoridad para juzgarnos, regrese a su lugar o le mandaré un reporte y suspensión por una semana.

—Discúlpeme maestra, pero me voy con Rosario, no presentaré examen.

Héctor salió junto conmigo y nos sentamos en una banca del patio del colegio, entonces muy apenada le dije:

—Héctor, creo que debes regresar a hacer el examen, esto no es justo te buscarás un problema con tus papás.

—¡Silencio Rosa! Estoy pensando y creo tener la solución. Tú espera y verás que haces tu examen, por mí no te preocupes, mis papás acaban de donar casi todo el nuevo material para el laboratorio de química, son tan interesados que no me harán nada.

Esperamos más de una hora y cuando el profesor salió del salón con los exámenes en la mano, Héctor lo abordó:

—¡Maestro!, ¿aún está interesado en comprarnos el alfabeto que trajimos a su clase?

—Sí Héctor, me interesa tu alfabeto.

—¡Pues se lo vendo! Pero no es barato y necesito el dinero ¡ya!

—¡No Héctor no quiero venderlo! Es nuestro — interrumpí.

—Tu no digas nada Rosario, mire maestro se lo vendo por dos colegiaturas de Rosario, bueno tres de una vez.

—Pero yo no traigo tanto dinero muchachos.

—Bueno, pues tendré que venderlo a la maestra de Geografía, ¿Sabe que me ruega que se lo venda?, todos los días nos busca porque quiere, quiere ese alfabeto, hasta me tengo que esconder de ella en el baño de hombres, pues ahí no puede entrar, yo le dije que usted tiene la preferencia, pero bueno maestro, ni modo, con su permiso voy a buscarla porque nos urge.

—No, no, espérense, miren ya sé lo que quieren, tampoco me quieran chantajear, yo le daré su examen a Rosario y mañana mismo pagaré sus colegiaturas.

—¡Perfecto!, pero también quiero mi examen si no, no hay trato.

—¡Ay muchacho! Tu llegarás muy lejos eres todo un negociante, está bien se hará como tú dices, ahora dame el alfabeto.

—No hasta que haya pagado.

—Bien, bien.

Nunca olvidaré aquel acto tan hermoso que Héctor hizo por mí, sin embargo, perdimos el alfabeto y con él la posibilidad de ser amigos vitalicios.

Logramos concluir satisfactoriamente la secundaria y la fiesta de graduación fue un gran evento, yo quería lucir más bonita que nunca, así que meses antes me había mandado hacer un hermoso vestido color verde y compré unos zapatos negros de charol, alboroté elegantemente mi largo cabello y rocié un fresco perfume a mis hombros, al llegar al salón de fiestas, noté el asombro de Héctor al verme con mi vestido largo, él, caballeroso y nervioso se levantó inmediatamente de su lugar y me tomó de la mano para que bailáramos o intentáramos bailar; el lugar era mágico, las luces de colores se reflejaban en las altas paredes, la mantelería era blanca en combinación con loza gris y arreglos de rosas rojas en las mesas, la pista

de baile era digna del Jet Set, pues estaba hecha de colores en el piso que destellaban al ritmo de la música, la década de los ochenta languidecía pero aun así el pop era supremo, entonces, en su honor cantamos a todo pulmón los más sonados éxitos.

—Ay, Rosita, ¡qué bonita eres, pero qué feo cantas!, mejor vamos a tomar un refresco.

—Estoy muy triste porque perdimos el alfabeto, me da miedo que dejemos de vernos.

—¿Qué dices? No se oye nada de nada.

—Que estoy muy triste porque perdimos el alfabeto y me da miedo que dejemos de vernos.

—¡Ven acá! —Me abrazó con ternura— eso, nunca, nunca va a suceder, esas tablillas zarrapastrosas no harán que deje de verte... ¡escucha la música! ¡Canta, canta es nuestra fiesta!, yo te quiero mucho Rosita.

—Pero tú te quedarás en el colegio y yo, pues me iré a una escuela de gobierno, sabes que mi familia no quiere ni puede pagar más.

—¡Ah qué mentiras!

—¡Es verdad! Ya viste como me sacaron del salón en los exámenes finales, de no ser por tu ocurrencia, yo no me estaría graduando.

—Insisto, ¡qué mentiras, qué argüendera niña eres!, yo no me voy a quedar en el colegio, en la mañana no llegué a tu casa porque me fui a inscribir a la misma prepa que tú.

—¿En serio?!

—Sí, es verdad. Yo ya no quiero estar en ese colegillo, me voy contigo a la prepa, no te librarás tan fácil de mí, además debo cuidarte, ya ves en los líos que te metes.

—Pero tus papás, ¿qué van a pensar?

—No tengo la menor idea, pero... tal vez les diga que estoy en el colegio, ellos me darán la colegiatura y tú y yo nos la gastaremos en el cine, las maquinitas, helados y pizzas, luego para cuando se den cuenta ya habremos terminado la prepa, ¿qué tal te parece esa idea?

Nos reímos como locos y seguimos bailando y cantando, hasta que recogieron el último plato de la fiesta, fuimos felices al extremo.

—¿Te vas a comer ese burrito?

—¡Por supuesto que no! Sabe horrible tiene aguacate.

—Bueno pues con tu permiso, yo me sacrificaré, odio la cebolla tanto como amo el aguacate.

Entrada la década de los noventa, cursamos la preparatoria, y con ello comenzábamos a preguntarnos ¿cuál carrera universitaria era la correcta?, a mí me encantaba escribir, pero tal cosa parecía tener un futuro económicamente inestable.

De cualquier forma, seguimos divirtiéndonos a su vez que experimentábamos cambios en nuestra personalidad debido a la transición de adolescentes a jóvenes adultos.

—Rosario, ven, a ver cierra el puño y enséñame, déjame ver cuántas rayitas se te hacen en el dedo meñique. ¡Ay no! No tienes ni una, parece que te vas a quedar para vestir santos, mira yo tengo una.

—¿Ese juego qué es Héctor?

—Significa el número de hijos que tendrás, mira nuestras manos no concuerdan. Haber Elena, ven tú y dobla tu puño. ¡Pero qué exactitud, nuestras manos sí son iguales!

—Parece que tú y yo tendremos un pequeño Hectorcito —dijo muy ufana nuestra compañera, más porque Héctor era todo un partido en la prepa, su posición social y carisma lo hacían un muchacho muy atractivo.

—¡Vamos a la cafetería a brindar por nuestro Hectorcito!, yo te invito Elena, ¡ah! Rosario, ¿vienes?

—No, vayan y brinden, yo tengo que...

—¡Adiós!

Se alejaron en medio de risas y abrazos, yo no tenía por qué sentirme ofendida y mucho menos celosa, después de todo él era libre y bueno yo también, imposible que fuéramos novios, imposible. No obstante, por la noche, recibí una llamada suya por teléfono:

—¡Ah! Héctor eres tú, ya me iba a dormir, dime tengo sueño.

—Rosario, ¿te enojaste conmigo?

—¿Por qué habría de hacerlo?, Elena es muy... chistosa, así es ella.

—Vaya Rosario, no logro provocar nada de celos en ti, realmente tú no me quieres ¿verdad?, bueno, ya no te desvelo más. Hasta mañana.

¿Celos?, ¡¿eso buscaba?! Bueno sí, si los sentía, pero no iba a decírselo, por mi bien me obligué a dormir, era lo mejor, pensar demasiado en una cosa no era saludable.

—¡Rosario!, ¡ven acá! Te he estado buscando.

—Bueno pues aquí estoy Héctor, espero que el brindis haya sido divertido.

—Ya deja eso del brindis, mira te compré unos zapatos y además ¿Qué crees?

—¡zapatos! Qué regalo más extraño Héctor, por qué no un oso o una pulsera o tal vez una mochila, pero mira son lindos, me encanta el charol. Y ¿Cuál es la otra noticia?

—¡Recuperé el alfabeto!, ya podrás estar tranquila.

—¿Cómo le hiciste?

—¡Huy! Eso fue muy fácil, nada más fui a buscar a Cajetillo y le pedí que hiciera otro para ti. ¿Te gustaron los zapatos?, tira esos que traes, ¡están horribles!

—Son preciosos, pero ¿por qué estás vestido de traje? ¿Vas a una boda?

—Tú también traes un vestido raro...pareces una Sirena

—¡Oye no te vayas! ¡Deja de jugar Héctor!

—Estaremos juntos donde el viaje termine querido lado izquierdo de mi alma.

¡Desperté!, algo asustada, vaya sueño extraño, Héctor debía saberlo, le llamé para vernos más temprano. Al llegar los dos hablamos al mismo tiempo y dijimos juntos: ¡Sirena!

—Soñé que te llamabas Sirena —me dijo confundido y algo burlesco— además estábamos en una enorme zapatería, te probaste como setenta y tres pares de zapatos, Rosario, ¿Tú sabías que el alma tiene dos lados?

—No te entiendo.

—Decías que yo era el lado izquierdo de tu alma —dirigió su mirada al horizonte muy pensativo, pero de pronto quiso aligerar las cosas—: bueno, bueno, si los sueños fueran coherentes no serían sueños, todos los sueños deben ser locos.

—Es que yo soñé algo parecido, por eso te cité más temprano.

—Rosario, no es la primera vez que esto nos pasa, ¿Tú crees en la reencarnación?

—Pues, pues no sé ni qué decir, creo que no, sólo son coincidencias porque pasamos mucho tiempo juntos.

—Haber, dame tus manos y cerremos los ojos.

Estuvimos así unos minutos sentados bajo un granado muy grande que había en el jardín de la prepa, eran las seis y media de la mañana, ni siquiera había amanecido por completo. No hicimos ruido, pero cuando abrimos los ojos nos dimos cuenta que ambos

llorábamos y nos abrazamos como si hace mucho no nos hubiéramos visto. Por fin, él rompió el silencio:

—¿Por qué lloras tonta?

—Será por lo mismo que tú

—Sentí mucha tristeza y alegría a la vez de estar aquí contigo, algo pasó no sabría explicarte qué fue.

—Me pasó lo mismo, creo que nos sentimos culpables de haber vendido el alfabeto y tenemos miedo de que nuestra amistad se acabe porque...

De pronto sentí que alguien tocó mi hombro y volteé para ver quién era:

—¡Ah! hola, Rodolfo, llegaste muy temprano, mira te presento a Héctor, Héctor te presento a mi novio, él es del grupo C.

—¿Tu novio?... mucho gusto.

—Igualmente, ¿vamos a la cafetería Rosario?, quiero tomar un café, me muero de sueño.

—Sí claro, Héctor nos vamos te veo después.

—Vayan, vayan... ¡ah Rosario!

—Dime.

—Tus zapatos son horribles, cómprale unos Rogelio, digo Ronaldo, digo, digo Adolfo.

Por la tarde nos vimos para hacer una tarea y Héctor no podía disimular su enojo:

—¿Por qué no me dijiste que tenías novio?

—Perdón no sabía que debía avisarte, has estado tan ocupado en casa de Elena que no tuve tiempo de platicarte, ¿tienes problemas con eso?

—No pero pensé que... ¡Ay olvídale!, cosas de mi imaginación, sólo espero no volver a soñar contigo, es muy molesto y absurdo.

—Bueno, no es nada serio, apenas empezamos antier.

—No te preocupes, quizá tenías razón, haber vendido el alfabeto nos va a separar, en fin. ¿Ya decidiste qué carrera vas a estudiar? o ¿te vas a ir de monja?

—¡Qué gracioso!, bueno pues estudiaré Sociología ¿y tú?

—Ya sabes que quiero ser ingeniero, ingeniero en aeronáutica; sabes Rosita, en Socionomía...

—¡Sociología! No te hagas el que no sabe.

—¡Ah perdón!, te decía en Socionomía, digo, Sociología no encontrarás trabajo,

¿Por qué no estudias lo mismo que yo?

—porque aeronáutica suena para genios como tú y Sociología para nerds como yo.

—¿Irás con tu novio Rogelio a la graduación?

—¡Se llama Rodolfo! y aún no sé, de seguro Elenita y tú si van juntos.

—Probablemente, digamos que hay cincuenta posibilidades de cien.

La preparatoria fue un período muy rápido en nuestras vidas y muy pronto nos vimos plantados en la fiesta de graduación. Una vez más intenté llegar despampanante, usé un vestido con top de terciopelo negro y falda medio circular en color plata, era muy muy hermoso, mi peinado era un elegante chongo con una pequeña y delicada coronita de brillantes piedritas. Al llegar al salón, busqué a Héctor por todo el lugar y no lo vi, en cambio Rodolfo estaba esperándome con tres lindas rosas blancas adornadas con un delicado listón en rosa pálido.

—Rosario, ¡qué bella estás! te traje este pequeño detalle —Me dijo mi novio— te traeré un refresco, espera aquí no tardo.

Comenzaba la hermosa canción “Time” del magnífico Alan Parsons, cuando vi llegar a Héctor con un ramo enorme de rosas rojas, ¡eran como cincuenta rosas sujetadas por un moño color plata!, le hice señas para que me viera y se acercó:

—Hola Rosario ¿Qué tal?

—¡Qué rosas más bonitas! ¿Son para Elena?

—Sí. Todas y cada una de estas rosas son para Elena —me contestó al tiempo que movía su cabeza buscando algo o a alguien. Seguramente a su amada Elena.

—¡Vaya cuánto la has llegado a querer!

—De hecho, son de parte de tu novio, de Rodolfo.

—¿Qué disparate dices?

—Así es, los rumores dicen que a Rodolfo le gusta Elena y eso yo lo aprovecharé en mi beneficio, mira ahí viene el pobrecillo, ve detrás del pilar y escucha, te convencerás.

—¡claro que no!, déjate de juegos Luego me miró fijamente y autoritario exclamó:

—haz lo que te pido por favor, confía en mí.

Me coloqué detrás de un pilar del salón para que mi novio no me viera mientras que hablaba con Héctor:

—¡Pssst! Rodo, ven, ven acá amigo.

—Hola Héctor, ¿robaste una florería? debiste haber gastado una fortuna en ese ramo, yo no le traje a Rosario más que tres rosas blancas que corté aquí afuera del jardín y ¡me he espinado terriblemente no sabes!, luego me encontré un lazo en el piso y ¡voalá! Hice el regalito, todo gratis.

—Haces bien, haces bien, a las mujeres ni todo el amor ni todo el dinero, además Rosario es muy interesada, ¿sabías que su último novio tuvo que regalarle un diamante para que siguiera con él? y una vez que se lo compró lo mandó a volar, además come mucho, le gusta ir por lo menos al café del centro, ella no come tacos ni tortas ni nada de eso que sale barato, claro ella era la más rica del colegio, hasta me llegó a prestar para las colegiaturas, luego me andaba cobrando, cobrando y cobrando, ¡cuidado!, no te fíes de su belleza.

—¡no me digas eso! Con razón la noté molesta el otro día, fíjate, primero me dijo que tenía mucha sed y yo amablemente tomé una manguera del jardincito que está afuera de la escuela y le ofrecí agua fresca de manguera claro, luego ¡lo rechazó! No se tomó el agua, prefirió quedarse con la sed ¡qué fresa!

—Ay Rosario... lo que pasa es que ella no sabe apreciar un detalle, el agua con que riegan los jardines es muy fresca, de la que se perdió. Ella es una niña rica, debes tener paciencia y dominarla. Bueno mira hablando de otra cosa, quiero hacerte un favor, mira, te traje estas flores a ti...

—¡Oye no qué te pasa! Prefiero a Rosario, aunque sea caprichosa.

—No, no pienses mal, mira es que ayer hablé con Elena y... ¿cómo te explicaré?

—¿Elena?, haber dime, dime, ella es muy bonita.

—Bueno ella no quiso andar conmigo, porque dice que el que le gusta eres tú.

—¡¿Y luego?!

—Bueno, entonces me dije: *Héctor no seas necio con Elenita, mejor apóyala en lugar de andar de rogón, esos dos son el uno para el otro y el otro para el uno y heme aquí que como regalo de graduación te he traído estas flores para que se las des como si tú se las hubieras comprado ¿qué tal?*

—Bueno Héctor amigo, no me desagrada la idea, pero qué hago con Rosario, ella es mi novia y no sería correcto cortarla precisamente el día de graduación, claro que Elena es más mi tipo, pero pobre Rosario no la quiero hacer sufrir, si la vieras tan contenta con su florecitas que le traje.

—¡Bah! yo me encargo de esa caprichosa, ella es como mi hermana, la conozco y creo que ella te iba a cortar también por Luis el dueño de la joyería, bueno creo, creo, además si te quedas con ella la pasarás mal por esas insignificantes flores que con tanto amor le cortaste del jardín, así aparenta que le gustaron, pero no

sabes, no sabes la que te espera Rodo. ¡Anda anímate! sé que a Elena le encanta el agua fresca de las mangueras con ella no tendrás problemas de dinero, es más Elena siempre quiere pagar cuando vamos a algún lado, con decirte que yo no le he disparado nada, nada.

—¿Ella siempre paga? ¡Haberlo dicho antes!, dame esas flores y en cuanto a Rosario dile por favor que no soporto a las mujeres interesadas.

—¡Olé mataor! ¡Ve por ella!, a ver, deja te peino de ladito, no te muevas... ¡listo!

¡Ya ves! Hasta el estilista te salió gratis también.

Rodolfo se fue muy feliz con el hermoso arreglo de flores, mientras Héctor se llevó la mano a la boca porque no aguantaba la risa. Luego me hizo la seña para salir del pilar:

—¡ven!, ¿escuchaste todo?, ¿no te mueres de risa?

—No sé si agradecerte o darte un golpe, me has dejado sin novio.

—Ahora sí, cada quien, con su cada manguera, digo con su cada cual, oye Rosario, qué mal agradecida eres, mira que despreciar el agua fresca de manguera, ¡ay no chica! eres de lo peor en serio! —Dejó salir una

gran carcajada y siguió burlesco— haber estoy esperando un beso de agradecimiento.

—¡Estás loco en serio! pobre Rodo, me dejaste sin novio en un dos por tres.

—¡Ay Rosarito para qué quieres ese tacaño! Mira me tienes a mí que soy rico, rico, rico, velo allá con Elena, ni se acuerda de ti.

—Tienes razón, ¡qué asco la manguera!, ven vamos a bailar, me haces reír tanto que a veces siento que te quiero.

—En cambio yo diario siento que te amo.

—¿Qué cosa loca dices?

—Es broma, quién te va a amar a ti, con esos ojos tan feos, vamos a bailar.

Fuimos muy felices esa noche, nos divertimos tanto que odiamos el constante avanzar del reloj, platicamos de nuestros recuerdos, bailamos, nos reímos de Rodolfo y su agua fresca y ya con más seriedad intentamos descifrar el misterio de nuestros sueños que nos seguían persiguiendo por las noches, ese tal “Cajetillo” se aparecía y a mí me daba miedo, mientras que a Héctor lo visitaba esa Rosario, mi doble de la antigüedad. Luego, Héctor se puso algo serio y me dijo:

—Oye, tengo algo que decirte.

—¡Ay no!, no quiero ser tu novia, no, no y no, ni me ruegues —Me reí muy divertida, pero él bajo su cabeza, pensé que bromeaba.

—En serio es algo importante Rosita, de verdad no estoy bromeando, no sé cómo decirte.

—¡Ya sé! que las mangueras se han quedado sin agua y moriremos de sed.

—Oye lado izquierdo de mi alma, ya vamos a la universidad y los dos hemos elegido caminos distintos, quizá ya no nos veamos tanto.

—Bueno eso se arregla usando el teléfono y quedándonos de ver.

—O mandándonos cartas.

—¿Por qué cartas? ¿A dónde vas?

—Porque voy a hacer la ingeniería en Estados Unidos y debo irme.

Sentí mi cuerpo muy débil, me asombró la noticia, yo no lo esperaba, pues imaginaba nuevas aventuras a su lado en el mismo lugar, como había sucedido desde que éramos unos niños.

—Rosarito, yo estoy más triste que tú, pero ya es hora de decir la verdad, no te quiero como a una hermana, ¡te quiero como Cajetillo quería a Rosario! así con esa misma intensidad y grandeza, así te quiero yo,

por eso te libré de Rodolfo, te quiero como eso que el esclavo le dijo a su española, como el lado izquierdo de mi alma, ¡de verdad!, yo no sé qué tan importante sea para ti tu Sociología porque yo quería decirte que...

—¡Sí muy importante!, más importante que todo.

—Le dije para lastimarlo— además yo, yo, te deseo suerte y pues ni modo. Como te digo, mi carrera es una meta que me he propuesto y ahora me siento muy contenta de haber sido aceptada en la universidad así como a ti te veo tan feliz de emigrar a los Estados Unidos a convertirte en todo un ingeniero.

Héctor miró fijamente al piso, hizo una larga pausa, y tomó aire para seguir hablando.

—Estás enojada pero yo estaré en contacto contigo siempre, entre nosotros no habrá ausencias y si esa carrera es tan importante para ti, pues adelante, cumple ese sueño. Pero déjame abrazarte para que no olvides que sólo una vez en esta vida encontramos a esa alma que nos complementa y nos entiende, espero de verdad que por estas dichosas carreras no estemos perdiendo lo más valioso.

En esa corta declaración, dejamos la mitad de nuestra vida, prometimos escribirnos cada semana y él dijo que viajaría para acá en vacaciones, lo cual resultó

cierto durante el primer año de universidad. Una triste mañana de agosto, acompañé a sus papás a despedirlo al aeropuerto, fue inevitable no llorar y abrazarnos como si fuera la última vez que lo hiciéramos. Lo vi alejarse por aquella puerta de cristal donde alcanzábamos a ver los aviones. A lo lejos él se giró hacia nosotros dando pasos hacia atrás y mandando muchos besos con su mano. Me sentía desolada, incompleta y herida. Al pasar el tiempo, yo corría al silbato del cartero con la esperanza de recibir noticias de mi amado amigo, asimismo contaba los días para llegar a navidad, primavera y verano, pasábamos horas hablando por teléfono, pero a mediados del segundo año, las cosas cambiaron, el teléfono sonó y corrí a contestar:

—¡Bueno!

—¡Hola Rosita! Soy Héctor, ¿Cómo estás?

—Pues contando los días, ya pronto habrá vacaciones.

—Sabes, no, no podré ir a verte.

—¿Por qué?

—Debo quedarme a cursar una nueva materia, es importante para mí, el trabajo de esta carrera es muy, muy difícil.

—Si lo supongo.

—¿lo supones?

—Sí —Contesté con desanimo— bueno no dejes de escribirme y suerte en todo.

Las cartas comenzaron a escasear, el cartero pasaba indiferente frente a mi casa, así que decidí llamarle después de casi dos meses.

—Good morning! I want to talk with Héctor Santamaría please.

—Hi! Are you Rosario?

—Yes, it's me, are you his classmate Tony?

—Yes, but I'm sorry, I don't speak Spanish so well.

—Don't worry Tony, so, is Héctor with you?

—No, he's very, very busy, but, I'll tell him about your calling.

—Well! Thanks a lot Tony, have a good day!

Su compañero de clase con el cual compartía cuarto, me dijo que estaba muy ocupado. No me regresó la llamada hasta dos semanas después y menos me escribía. No obstante, mi carrera era un refugio maravilloso, la sociología cambiaba mi forma de ver el mundo, me sentía satisfecha de haber elegido esa área a pesar de su mala fama, pues mis amigos opinaban que

“moriría de hambre” con esa carrera. A pocos días de graduarme recibí por fin una llamada de Héctor:

—¡Hola Rosario! llamo para felicitarte, estás a unos días de graduarte y yo a unos meses, ¡casi lo logramos!

—Así es, ¿vas a venir? ya tengo tu lugar en la fiesta.

—No, Rosario la verdad es que...

—¿Si?

—no iré más para allá en mucho tiempo, sólo quise hacerte saber que no me olvido de tu éxito y que estoy seguro de que serás una gran profesionalista, te mandé un perfume de regalo, te va a gustar, huele delicioso...

—¿Cómo que no vendrás más?, entiendo que no vengas a mi graduación, pero eso de que no vendrás más de qué se trata.

—¡Ay Rosario!

—¡Dilo! ¿Qué pasa?

—Me voy a casar. Tendré un bebé.

Una vez más como aquella noche de despedida y graduación, mi cuerpo parecía no responder, pero le contesté intentando no demostrar mi consternación:

—¡Ah pues felicidades!, serás un lindo esposo y mejor padre, ¡alégrate! No todos los días uno encuentra con quien casarse.

—No estoy feliz Rosa.

—Bueno Héctor pues me voy tengo cosas que arreglar de mi graduación, deseo lo mejor para ti y tu nueva familia, ¡felicidades!

No volvimos a hablar más y yo pues, conocía perfectamente la resignación así que decidí seguir adelante, al terminar mi carrera trabajé en varios lugares como maestra, mi profesión me daba grandes satisfacciones y me rescataba del triste contexto de aquella última llamada. Posteriormente escribí un libro acerca de la influencia de la música en la sociedad, pues yo pensaba que a través de ella se podía hundir o rescatar a la humanidad, esta obra me llevó a viajar por Rusia, Italia y Grecia en donde me quedé a vivir dos años y medio. Tuve muchos pretendientes pero el movimiento constante de mi carrera, me daba al traste con una relación estable, además en nadie sentía haber encontrado a mi alma compañera como me había pasado con Héctor. A veces me sentía muy sola y suponía que él sería feliz ejerciendo como ingeniero y cuidando de su familia, en verdad me atormentaba

inútilmente pues lo tenía todo para vivir bien. Claro que también disfrutaba mi vida, que era en verdad interesante; al regresar a México todos me recibieron como se dice comúnmente “con los brazos abiertos”, les parecía que yo era una persona importante y me trataban con sumo respeto.

Un día quise pasear por el centro de la ciudad y me sorprendió ver a unos niños tirando el agua de una manguera, me acerqué y les reclamé:

—¡Oigan niños no hagan eso!, el agua no debe tirarse, por el contrario deben cuidarla, además es para regar estos arbolitos.

—No señora estamos tomando agua porque tenemos mucha sed, mire mi papá nos ha dado permiso, ahí viene... ¡papi, papi! esta señora nos está regañando, dile algo.

Mi sorpresa fue mayúscula al ver a Rodolfo y Elena juntos, ellos se sorprendieron igualmente:

—¿Rosario? —dijo Elena incrédula.

—Sí soy yo, ¡qué gusto verlos!

—¡Venga un abrazo amiga! —Dijo Rodolfo muy sonriente— bendita la hora en la cual Héctor nos abrió los ojos a todos ¿no crees?, mira Elena y yo nos casamos y hemos sido felices de verdad no creas que es por

decirte algo ¿y tú?, ¿Dónde está Héctor? porque supongo que sí te casaste con él, bueno al menos eso esperaba él de ti aquella noche.

Mi expresión de sorpresa consternó al pobre de Rodolfo.

—Oye no... ay, creo que ya metí la pata contigo Rosario —dijo mi exnovio.

—¿Casarse conmigo? o ¿qué esperaba?, explícate —le pregunté muy extrañada.

—Mira Rosario —habló Elena— cuando Rodolfo me entregó las flores, iba también una cajita con un hermosísimo anillo de compromiso, pensé que era para mí, pero luego Héctor volvió por él y nos dijo que lo había escondido en las flores que me compró Rodolfo pues no quería que te dieras cuenta obviamente.

—Él te iba a pedir matrimonio Rosario, me lo dijo cuando regresó a buscar el anillo.

—¡Pero no me dijo nada! —exclamé totalmente sorprendida.

—Vaya, entonces siempre no se animó —dijo Rodolfo— ¡Ah qué caray!, él me dijo que tu tenías muchas ganas de estudiar Psicología o algo así y se sentía mal de negarte el derecho de hacerlo, pero que iba a “tantear el terreno” como luego se dice ya sabes.

Me dejaron devastada, ahora resultaba ser mi culpa después de tanto tiempo, bueno pues ya no había nada qué hacer, tan sólo seguir sobreviviendo y viviendo a mis cuarenta años.

La resignación es el buen consuelo de los adoloridos y yo así tomé mi soltería, con resignación, pero con alegría, pues estaba rodeada de gente y proyectos.

En el año dos mil doce, me di cuenta de que la tecnología había rebasado ya a los viejos métodos de comunicación, las cartas fueron reemplazadas por el eficaz correo electrónico y un “pandémico” medio llamado Facebook, sitio en donde abrí mi perfil con una foto mía en la Torre de Pisa; tenía muchos ciber amigos, gente que había conocido en Europa, compañeros de trabajo, alumnos y excompañeros de escuela, entre ellos Elena y Rodolfo. A veces cuando llegaba del trabajo, cenaba y abría el Facebook, ¡Qué imágenes graciosas me enviaban!, perdón que me etiquetaban; me hacía gracia que en Facebook todos eran bonitos, guapos, hermosos, inteligentes, lindos, etcétera aunque la gente saliera en sus peores poses los demás decían: “qué guapa”, eso me parecía un amor imaginario de todos por todos, por eso yo casi no subía fotos, me parecía un acto egocéntrico

que en realidad no iba conmigo, si acaso subía uno que otro video de canciones ochenteras para compartir con amigos de mi generación, recibía muchos “likes” hasta de gente desconocida, claro amigos de amigos — concepto gracioso de Facebook—. Una noche de tantas, entré a mi perfil y vi que tenía una solicitud de amistad, di clic para ver de quién se trataba. La foto de perfil era una letra erre mayúscula y el nombre del usuario era “Cajetillo Santamaría”, entré al perfil y confirmé lo sospechado: era Héctor, acepté su solicitud de inmediato y al día siguiente ya tenía un mensaje de él: *“Hola Rosita, Rosarito, Sirenita, me costó mucho trabajo encontrarte, vi que eras amiga de Rodolfo y Elena y no dudé en mandarte la solicitud. ¿Cómo has estado?, he sabido de tus éxitos y me siento muy contento por ti. No me arrepiento de haberte dejado volar. Bueno adiós, contéstame. T.Q.M.”*

Cerré el Facebook muy nerviosa, sabía perfectamente a qué se refería con “dejarte volar”, era no haberme pedido matrimonio. Luego recibí más mensajes:

“Oye Rosario, ¿qué haces?, ¡cuéntame!” 4:23

“Rosa, para qué me aceptas si no me vas a hacer caso” 6:25

“Por supuesto! estás enojada conmigo por lo malo que fui” 7:44

“¿Rosario, supiste que me divorcié?... esa relación no funcionó, yo estaba perdidamente enamorado de una tal sociómana... digo, digo, socióloga, jajajaja...pero tengo una hija muy bonita... ¿Rosario?, sé que estás ahí...ya contéstame, qué mala eres” 8:01

“te acuerdas cuando fuimos al concierto de esos locos que te encantaban?, fue fantástico, tiraste las palomitas en mi carro, mis papás me regañaron por tu culpa, nunca te dije pero no lo aspiré, subí a mi perro para que se las comiera y santo remedio... jajaja...bueno te crees mucho porque eres importante no?, perdona si sólo uso un signo, pero así se usa en Facebook... oye tengo fotos de cuando fuimos a ese concierto, te acuerdas que me las pediste en el colegio?, no te las di porque me las ibas a robar jajaja... si las quieres contéstame” 9:16

“mmmh, qué pesada te volviste” 9:37

“Nop, no respondes, tendré que hablar con Cajetillo para que te jale los pies de noche jajaja ¡Buuuuuu! Soy Cajetillo de ultratumba, ¿quién le habrá puesto Cajetillo? Rima con pobrecillo, ay no, ¿cómo circulaba yo con ese nombre? Si yo era Cajetillo, entonces tú eras “Cajetilla” jajajaja... sabes qué ya me voy a

dormir... pero sabes Rosita, he vuelto por ti y no soy el difunto Cajetillo... te he de encontrar” 10:14

“A quién vistes Rosario?” 11:32

Esa última pregunta me intrigó, además que me dio algo de pena no contestarle y decidí hacerlo:

—¿A quién “visto”? no te entiendo Héctor, pero hola.

—Sí porque sólo respondes: “visto, visto, visto...” jajajaja

—Qué bobo eres jajajaja

—Rosario, lo que me sorprende, es que sigues igual de bonita.

—¡Gracias!

—Tu novio ha de ser muy feliz con una mujer tan linda como tú.

—Mejor pregúntame directamente si tengo novio, no hagas esas cosas de chiquillos.

—O.K. Rosario, tienes novio, esposo o algo así?

—En eso ando, pero no nada serio, oye escribe bien, pon los dos signos, no seas naco eres todo un ingeniero.

—¡Uuuuuh! ¡Ya salió el regaño jajajaja te extrañe!, digo ¡Te extrañé!

Platicábamos de vez en cuando, pues, aunque él me mandaba muchos mensajes yo no quería involucrarme tanto y lo dejaba en “visto”, además me sentía tan cansada como si fuera una persona de setenta años, sólo quería llegar a dormir. Un día me hizo la pregunta evitada y no tuve más remedio que contestar:

—Rosario, quiero hacerte una pregunta muy seria, por favor no me dejes en “visto”

—Siempre me han asustado tus preguntas serias, haber dime, que no tengo mucho tiempo.

—¿Te hubieras casado conmigo? 😊

Me quedé suspendida, buscando una respuesta adecuada, lo bueno del Facebook era que te daba tiempo de pensar las contestaciones, la gente no podía ver la expresión, la espontaneidad se desconocía en el Facebook.

—Contesta Sirena, Sirenita, Rosa...

—No.

—¿Por qué? 😞

—Porque somos primos.

—Es verdad, a veces se me olvida, prima, prima—amiga.

—Eres mi primo preferido en todo el mundo, no más.

—Sabes, ahora más que nunca creo en la reencarnación y en los imposibles, fíjate Cajetillo no pudo amar a su española por la condición social, después estoy seguro que volvieron a nacer en los cuarentas, se encontraron gracias a la poesía pero él desapareció misteriosamente, una vez más volvieron a nacer en los setentas, pasaron una vida juntos, pero no pudo ser porque eran primos. ¿Te has dado cuenta de que ellos somos tú y yo?, lo lamento mucho y he llorado por esto, sé que en esta vida no habrá más que recuerdos y sueños reveladores para ti y para mí. Hemos viajado en el tiempo por tres épocas para encontrarnos, pero ha sido tres veces imposible.

—No sé, es una hipótesis eso que dices, parece algo fantasioso, no te atormentes y si eso fuera cierto, entonces ten la seguridad de que volveremos a reencarnar, jajaja, pero ahora tú serás ratón y yo ¡¡gata!!
Jajaja 😊

—Búrlate todo lo que quieras, pero esto es raro, hay muchas coincidencias... bueno espérame en estos días iré a verte, el destino nos ha jugado una muy mala partida. Rosario?

—Dime

—T.Q.D.

—Te equivocaste, es T.Q.M.

—No, es la “D” de “demasiado”.

Prefería no pensar en su loca hipótesis de la reencarnación porque me causaba mucha frustración, había logrado estabilidad en mi persona y no quería perderla. Me sentía muy cansada y me fui a dormir. Siete días después me fue casi imposible asistir a mi trabajo, me sentía algo enferma, así que me acomodé en mi cama y volví a dormir, comencé a soñar a Cajetillo y su criolla imposible, leían un libro, leían La República de Platón ¡qué locura!, creía tener calentura y por eso soñaba así. Entre dormida y despierta escuché que timbraron, Claudia la señora que me ayudaba en la casa, entró delicadamente a la recámara y me dijo:

—Señorita, abajo está un señor, se llama Héctor y quiere verla.

—¡Héctor!, no, por favor dile que estoy enferma que yo le hablo en un rato, no puedo verlo ahora, tal vez mañana —definitivamente entré en un sobresalto ante tan sorpresiva notificación, pero me avergonzaba mi estado físico, de tal manera que aunque moría de ganas

de verlo preferí darme un tiempo para estar presentable y bonita.

—Sí señorita.

Ella bajo y le dio mi recado, escuché a lo lejos lo que decían:

—Lo siento señor Héctor, ella está enferma, no puede recibirlo, hasta mañana, tal vez.

—¿Qué tiene?

—No sé ayer llegó y no se ha levantado.

—¿Llamaste al médico?

—No, la señorita es enemiga de los hospitales.

—Pues entonces lo siento, voy a pasar, ¡Rosario! deja de hacerte la enferma, voy para arriba.

—Señor espere, me va a regañar ella.

—Pues que te regañe “ella” o que te regañe quien sea, voy a subir, yo vengo desde Alemania sólo a verla.

Escuché su voz y lo vi entrar, se veía algo diferente, ya no era tan delgado, pero no, no era gordo, era perfecto. Estaba muy bien vestido y olía delicioso. Traía un hermoso arreglo de flores amarillas y un gatito de peluche como si yo fuera una quinceañera. Me dio pena que me viera así despeinada, desmaquillada y en bata de dormir, pero no tenía fuerzas para levantarme. Dejó los regalos en un sillón, abrió las cortinas para que

entrara la luz y claramente preocupado se acercó a mí. Tomó mi mano y dijo:

—Oye preciosa, tienes calentura, vamos a un doctor, yo no te veo bien, estás muy pálida.

—Será sólo un resfriado Héctor, qué felicidad volver a verte, pero qué pena que sea en estas condiciones. Por favor deja me repongo y mañana vamos a pasear, ahora vete por favor.

—Déjame abrazarte, quizá con eso te sientas mejor, ¡hasta enferma eres tan bonita!, mira cuánta luz Rosario, vamos con un doctor y luego vamos a comer.

—Ya tengo medicina, no te preocupes, mañana estaré bien.

—Pues entonces me quedo a cuidarte, la señora me va ayudar. No me voy a separar de ti, haber deja me enfermo contigo, contágame.

—No puedo ni reírme, deja de hacer bromas —le respondí con una débil sonrisa.

—Bueno mira, para que te animes he de decirte que además del gato de peluche y las flores te traigo dos regalos más significativos que esas baratijas de yerbas y juguetes.

—Para mí no son baratijas, me encantan los gatos y las flores alegran mi habitación, pero, sobre

todo, me has dado una gran sorpresa al venir a verme, sé que estás muy ocupado, realmente no pensé que te volvería a ver.

—Era urgente venir a buscarte, ha pasado tanto tiempo... me siento muy arrepentido de no haber luchado por compartir mi vida contigo —cruzó los brazos y agachó su cabeza.

—No te preocupes ya por eso, hay ocasiones que no podemos hacer otra cosa más que los que estamos pensando, no es posible que reaccionemos de otra forma y no somos culpables de eso —tome aire para seguir hablando, la emoción de verlo me sofocó un poco más de lo debido, pero me sentía muy contenta. —creo que finalmente el lazo que había entre nosotros nunca se perdió y eso era maravilloso.

—Perdóname Rosario, por favor perdóname, hubiera querido que las cosas fueran de otra forma —tomó mi mano y con una tierna sonrisa prosiguió —te decía que te traje otras cositas además de esas baratijas que dices que te gustan, pero ¿por qué no vamos a comer y te las doy?

—Discúlpame, ahora si me siento algo mal, tal vez iremos mañana, dime que me trajiste, tengo curiosidad.

Entonces sacó de una pequeña maleta una caja blanca mediana y me la entregó.

—Míralo tú misma, abre la caja.

Con torpeza abrí la caja y en un gran intento por expresar mi alegría, exclamé:

—¡El alfabeto! Nuestro alfabeto, ¿Cómo lo recuperaste?

—Contacté al profesor y se lo compré nuevamente. No sabes que difícil fue localizarlo, después me costó mucho trabajo convencerlo, no quería deshacerse de él, me dijo que le había dado muy buena suerte, tan buena suerte que le di una pequeña fortuna por él, pero valió la pena. Ahora te toca guardarlo a ti, yo no soy confiable.

—¡Qué linda sorpresa! —tomé aire nuevamente.

—No te veo bien Rosa, déjame llevarte al hospital, esto no me gusta, parece que el aire te llega con esfuerzos. Me estoy preocupando.

—Claro que no, precisamente vengo de ahí, el doctor me ha dicho que sólo requiero reposo, he estado expuesta a mucho trabajo —volví a tomar aire y le pregunté —veo que traes otro paquete, ¿es para mí?

—Sí es para ti, por supuesto. Pero dame un minuto, llamaré al mejor médico de esta ciudad, es

amigo mío. Le pediré que venga de inmediato a revisarte para estar más tranquilos.

Héctor hizo la llamada en un tono de angustia, nunca lo había visto tan nervioso. No obstante, mi malestar, sentía intriga del segundo regalo y le dije:

—Bueno, ¿me vas a dar ese regalo o no?

—El doctor viene para acá, él vive a diez minutos de aquí. En tanto para darte este regalo necesito de tu mano izquierda ¿me la prestas?

Abrió una hermosa cajita dorada, tomó el dedo anular de mi mano izquierda y me colocó un precioso anillo de compromiso, sea arrodilló y solemnemente continuó hablando:

—Lo compré hace muchos años Rosario, para ser exactos dos días antes de la fiesta de graduación de la prepa y la pregunta de ese ayer y de ahora es: ¿quieres casarte conmigo?

Con lágrimas de alegría, le contesté en tono de broma:

—¿Puedo pensarlo?

—No

—Entonces no tengo más remedio que aceptar....

—¡Eterno amor mío!, ¡gracias! —me abrazó delicadamente para no lastimarme.

Con tal alegría me sentí un poco recuperada. Entonces el doctor llamó a la puerta de la habitación.

—¡Hola, amigo, pasa por favor! —Le indicó Héctor— por favor revísala, la veo muy sofocada, ella es mi prometida, se llama Rosario.

—¿Qué tal Rosario? Mucho gusto, Soy el doctor Antonio Chávez, amigo de este calavera novio tuyo, permíteme revisarte y dame razón de tus síntomas, por favor.

Informé al doctor acerca de los antecedentes de mi padecimiento y él me revisó, desafortunadamente concluyó que era muy necesario internarme. Inmediatamente Héctor me llevó a un excelente hospital donde me atendieron prontamente. Héctor no se separaba de mí ni un momento, se le veía sumamente nervioso, me quité la máscara de oxígeno e intenté tranquilizarlo:

—Ve a descansar, yo estaré bien, no es la primera vez que me pasa esto, créemelo, mañana estaré como si nada.

—¿Cómo crees que me voy a ir? Ni siquiera podría dormir, no yo no me despegaré de aquí.

—Claro que debes irte, porque Rosario necesita reposo y no puede hacerlo contigo aquí adentro — interrumpió el doctor en tono casi imperativo.

—Pero, yo no me siento tranquilo si no la veo — dijo Héctor casi suplicante.

—Puedes quedarte, en la habitación contigua, es para familiares y hay un sofá, vamos amigo, de verdad ella requiere reposo.

—¡Ni hablar!... Rosario, prométeme que me llamarás por cualquier cosa que se te ofrezca.

—Claro —le contesté débilmente.

Me dio un tierno beso en la mejilla y al oído me dijo cuánto me amaba, lo vi retirarse con los ojos llorosos y una angustiada expresión.

No sé cuánto tiempo pasaría, sólo recuerdo que me sentí muy mejorada y me senté en el borde de la cama para mirar otra vez el hermoso signo de nuestro compromiso en mi mano izquierda. El oxígeno circulaba por mis pulmones fácilmente, sólo noté mi piel muy pálida, pero sabía que una vez que saliera al Sol tomaría color nuevamente, debía mejorar mi aspecto para ser una novia bonita el día de la boda. Me estiré, bostecé y escuché, los pasos de Héctor que se aproximaban presurosos a la cama, lo vi con la misma o peor cara

angustiante de hace unas horas, luego exclamé: ¡ya estoy bien, no llores, mejor sácame de aquí! No me hizo caso, se siguió de largo y salió de la habitación, dando un portazo terrible, creí que se había molestado porque me quitó el oxígeno y el suero, así era él de temperamental, ya lo conocía. De inmediato regresó con el doctor y algo molesta le reclamé: te dije que estoy bien, mira me puedo levantar por mi propio pie, doctor deme de alta por favor, no es la primera vez que esto me pasa. Luego me levanté con mucha energía para convencerlos de mi bienestar y lo que pude ver al girarme hacia la cama, fue horrible:

—Ha muerto, lo siento Héctor, su corazón estuvo desatendido por mucho tiempo, era un mal que desde muy joven padecía, aunque efectivamente lograba recuperarse a fuerza de medicamentos, esta vez fue imposible. Te dejo sólo con ella para que te despidas.

Mi cuerpo seguía en la cama tendido, inerte y conectado inútilmente al oxígeno. El doctor me quitó el suero y nos dejó solos. Héctor lloraba desconsoladamente mientras me abrazaba, decía dulces palabras como si supiera que lo escuchaba, entonces quise consolarlo, intenté tomar su hombro derecho y no sé si lo logré pero se secó las lágrimas, se enderezó y dijo

lo siguiente: Rosario, sé que estás aun aquí, a donde quiera que vayas ahora, llévate mi recuerdo para que llegado el momento me recibas y no nos separemos nunca más, te amo, sé que me has escuchado, perdona mi tonta ausencia, perdona a este amargado que no dejará de amarte estés donde estés. Me sentí dichosa con sus palabras y la esperanza de un nuevo encuentro en algún desconocido lugar. Observé mis manos, brazos y pies y noté que me había convertido en un ser monocromático, por eso me veía tan pálida, ya no tenía color, era una experiencia realmente extraña, pues a pesar de ver el sufrimiento de mi Héctor, no me sentía triste, estaba en serenidad absoluta.

Me trasladé a un lugar muy bello, donde no existe el dolor humano, al llegar me recibió una atenta mujer que me hizo unas preguntas. Ahora espero a Héctor con alegría, tengo la seguridad de que llegará. A veces lo visito en sueños, lo abrazo y le ofrezco mi mejor sonrisa, pero él se ve muy triste, no conoce la resignación; le pregunto ¿cuántos años tiene? Porque donde yo estoy no existe el tiempo.

Amable lector, si alguna vez sientes que alguien te es demasiado familiar, aunque no sepas quién es o cruzas una fortuita y dulce mirada con un desconocido,

quiero decirte que es muy probable que sea tu alma compañera, ese es el lenguaje almático, que nos indica su afortunada presencia, pero no siempre en el mundo terrenal tenemos la dicha de coincidir, por el contrario, si la tienes a tu lado, si la has conocido, cuídala, ámala y otórgale su justo valor.

Tercer fin.

Éranse infinitas veces

Un extraño lugar me aguardaba, escalofríos me recorrieron ante la aplastante soledad, caminé en línea recta con la esperanza de encontrar señales de vida, aquel silencio me preocupaba. No sentía calor, ni frío y mucho menos dolor, había recuperado las fuerzas que la enfermedad me arrebatará arbitrariamente. No obstante, podía sentir miedo a lo desconocido. El panorama era bromoso, por lo tanto, el misterioso lugar ocultaba sus reales características, me tranquilizaba por lo menos que el piso era firme y seguro. Al fin mi alma se sintió reconfortada al escuchar alegres voces a la distancia, caminé apresuradamente para encontrar el origen de los sonidos y poco a poco pude vislumbrar dos siluetas humanas, una de ellas cepillaba el largo cabello

de la otra, entonces pude reconocer su timbre de voz y amada figura, era ella, mi Rosario. Entonces exclamé entusiasmado: ¡Rosario he llegado por fin! Ella se volvió y jubilosa se apresuró a recibirme con juventud y salud absoluta.

—¡Héctor al fin! Ya lo sabía, por eso pedí a mi compañera que arreglara mi cabello. Ven déjame abrazarte. ¡Acércate hombre!

Nos perdimos felizmente en un ansiado abrazo, observé sus claros ojos, sus finas manos y amada voz nuevamente y ya repuesto de la increíble sorpresa le pregunté:

—¿Estás mejor? ¿Ya puedes respirar bien?

—¡Claro! Mira observa —entonces aspiró con facilidad una bocanada de aire o lo que parecía ser aire.

—Me siento dichoso de verte Rosita, lo único que lamento es que como en todos los sueños donde te veo, sé que timbrará la molesta alarma para tomar mis horribles medicinas y ya no te veré más.

—Te equivocas esta vez. Pues te quedarás aquí para siempre conmigo. Tú ya no estás en donde crees estar. Ahora estás donde no crees que estás.

Me reí de su hermoso trabalenguas, ella siempre era tan genial al hablar que hasta en sueños me lograba

sorprender. Entonces refuté su divertido juego de palabras

—Claro ahora déjame decirte cuánto te amo antes de que me despierte en mi cómoda y calentita cama.

—Estás despierto amado Héctor, pero tu cuerpo se ha quedado dormido para siempre. Esto no es un sueño.

—Basta Rosario, mis cálculos me indican que tú dices que estoy muerto, pero no te creo, sé que estoy profundamente dormido y te lo puedo demostrar.

—¡Oh eso parece interesante! ¿Cómo lo harás?

—Pellízcame y verás como todo esto se esfuma y tú tristemente desapareces.

—Bien, acepto el reto, procederé a pellizcarte, te dolerá mucho pero no despertarás, porque ya estás despierto, ¡prepárate!

Entonces tomó mi brazo izquierdo y retorció mi piel con todas sus fuerzas.

—¡Ay! Qué mano tan pesada tienes... ¡¿cómo, sigo aquí?! ¡Dioses!

Nos reímos y abrazamos al extremo emocionados, ¡estábamos juntos otra vez!, éramos jóvenes y saludables nuevamente.

—¿Viviremos aquí tu y yo para siempre? —le pregunté alegremente.

—Pues no lo sé Héctor Cajetillo Reyes Laveaga Santamaría, probablemente sí.

—me agrada la idea ¿sabes?, además por lo visto no pagaremos renta, seremos como dos hippies sucios y desubicados, pero si es contigo está bien.

—¿Quieres dar un paseo por el tiempo amado Héctor?

—¿Se puede pasear por el tiempo?, ¿“Tiempo” es el nombre de alguna extraña avenida en este lugar?

—No señor, el tiempo es la medida en que como humanos calculamos los sucesos que conforman las vidas. Por favor, tú eres ingeniero, sabes mejor que yo lo que es el tiempo.

—Bueno, está bien, llévame al dichoso paseo por el tiempo.

Tomé sonriente su mano y nos dirigimos hacia un camino de árboles secos y densa neblina, a decir verdad, era algo tenebroso, pero ella me infundió seguridad al apretar mi mano y ofrecer una pacífica sonrisa. Entonces llegamos a un lugar que parecía realmente rudimentario, para lo que yo estaba acostumbrado.

—Mira Héctor, estamos en el siglo diecinueve

—¡Dioses! Parece peligroso

—Descuida, no nos pueden ver. Observa, ese es el granado donde solías escribir con una vara. —me señaló extendiendo su brazo hacia un frondoso árbol que me parecía muy conocido.

—Sí lo recuerdo, escribía en la tierra, para practicar mis letras. ¡Mira allá está tu padre!, ¿ya viste cuántas maletas lleva? ¿A dónde irá?

—Los españoles fueron exiliados del país después de la lucha de Independencia, pero observa... ¡Manuela le está gritando! ¡Vaya descarado de esa criada!

—¡Bah! Es que dice que ella es ahora la dueña de la Hacienda. ¡Bien Manuela! El hombre se lo merecía.

—Lo siento por mi padre.

—La escena sigue Rosario, tu padre se ha subido a la carreta donde Chito y Chato me llevaron a vender, él va leyendo el libro de Platón que te regalé. ¡Esto es muy divertido! Oye, ¿crees que podamos ir a 1938 para ver qué está pasando?, hasta donde recuerdo desaparecí o me tragó la Tierra, ni yo supe qué pasó conmigo en aquella época.

—¡Claro! ¡Vamos! —ella se rio en mutua complicidad y tomó mi mano para correr nuevamente por el lúgubre camino.

—Aquí es, mira tu oficina. ¡Oh dioses cuántos recuerdos! Puedo evocar las tres vidas perfectamente, sé quién era yo y quien fuiste tú, ¡es maravilloso!

—¡Me pasa lo mismo!, es como una novela.

Pude verme claramente como el licenciado Héctor C. Reyes Laveaga, que abría una puerta secreta dentro de su oficina, parecía triste.

—Es el día que salí corriendo, te ves algo desanimado Héctor, lamento haberme ido así locamente.

—No yo lamento haberte juzgado, en efecto, me sentí muy triste de haberte perdido.

—¡Dioses Héctor! Esa puerta en tu oficina nunca la vi, la ocultaste muy bien.

¿Por qué todo se ve en blanco y negro?, además está contigo una mujer... ¡yo la conozco!

—Si mira abrió la puerta oculta y se va a través de ella, digo ya me voy, ¡es más ya no sé ni lo que estoy diciendo!... a ella no la recuerdo, ¡ah celosa eh!

—No Héctor, ella fue la mujer que me recibió cuando llegué aquí, ¡qué raro es todo esto!

—Es como un túnel ¿verdad?, ¿qué hay ahí?

—No lo sé, eso sí que no lo recuerdo Rosarito, pero se ve otra persona esperándolo, parece una persona mayor, tal vez sea su abuelito, bueno mi abuelito, ay dioses, qué tipo tan raro era, no entiendo ¿cómo te fijaste en mí? creo que no estaba bien de mi azotea.

—¿Tu azotea?

—¡Mi cabeza Rosa! ¡Mi cabeza!

—Además no eras muy guapo.

—No, ¡qué pena! Ese físico no era favorecedor. ¿Por qué te fijaste en mí? Tú sí eras muy bonita. Aclaro, eras.

Rosarito soltó en mi brazo otro doloroso pellizco a manera de castigo por mi broma, sin embargo, ella sabía que era sólo eso, una broma; luego me respondió con franqueza.

—Creo que estaba muy sola y sin dirección, fuiste la única cara amable en medio de la hostilidad familiar que vivía. Pero independientemente de eso, realmente me apegué a ti con verdadero cariño. No me hubiera importado si hubieras parecido un simio, yo te amaba.

—Claro lo entiendo. No me gustó ser ese licenciado, Cajetillo era mejor, no desapareció, él daba la

vida por ti. Tal vez el licenciado te amaba, pero su acto de desaparición fue extraño e incorrecto, él sabía que sufrirías y aun así se fue. Este es un sueño muy divertido Rosa, por un lado lamento que la alarma sonará en unos minutos pero por otro lado sé que mi cocinera preparará para mí unos exquisitos chilaquiles y un café de olla.

—¡Ya te dije que esto no es un sueño!, tú ya no tienes cuerpo, no sentirás hambre nunca más.

—¿Entonces mis esfuerzos en el gimnasio fueron en vano? ¿Mi admirable físico está inutilizado en una caja lombricienta o tal vez convertido en cenizas dentro de un jarrón de abuelita?

—Pues no lo sé niño, no lo sé. Podemos seguir averiguando si quieres.

—¡Espera! Si ya no estamos en esa dimensión de mil obstáculos, entonces ¡ya podemos ser novios!

—Supongo que sí, ahora ya no hay nada que nos lo impida, ya no soy española y tu mulato, ni eres un abogado desaparecido.

—¡Ya no somos primos Rosario!, podríamos hasta casarnos.

—¿Aquí?, no creo, no hay nada, sólo árboles con hojas secas cayendo y panoramas en el tiempo. Dudo

mucho que haya una iglesia ni un juzgado. Mejor sigamos paseando.

Nuevamente avanzamos entre la neblina y el sonido de hojas secas que nuestras pisadas quebraban, tomados de la mano llegamos a un tiempo muy querido para mí.

—¡Rosario mira!, ella es mi hija, se llama Rita como nuestra maestra de primaria.

—¡Que linda es!, además eres abuelo Héctor, tienes dos hermosos nietos,
¡felicidades!, dime, ¿fuiste un buen padre?

—No lo sé, eso intentaba a cada momento. Rita nació en España, porque tú sabes que soy admirador del arte flamenco, ella lo baila muy bien.

—La veo muy lastimada por tu ausencia.

—Sí, en verdad lo lamento, quisiera tener la forma de hacerle saber que estoy bien y que estoy contigo, siempre le platicaba de ti.

—Te lo agradezco Héctor, me hubiera gustado conocerla, créemelo. Oye, ¿quieres seguir paseando en el tiempo?

—¡Claro! No tengo nada mejor que hacer, yo te sigo.

De nueva cuenta tomó mi mano y nos dirigimos a la habitación que ocupaba en la universidad; ahí pude ver a Tony mi compañero de cuarto, me molestó como éste observaba obsesivamente el retrato de Rosario que yo tenía en el buró. Luego definitivamente lo robó, pues lo escondió en su mochila.

—Mira Rosario, él se llama Tony, era mi compañero de habitación en la universidad, pero ahora comprendo, porque ya nunca más encontré tu retrato que “misteriosamente” había desaparecido. ¡Qué coraje!, nunca me imaginé que ese mosca muerta me hiciera eso, al parecer estaba enamorado de ti y yo ni cuenta me di.

—Yo sí.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—El me escribía unas cartas muy lindas en inglés. De hecho, me lo encontré en Atenas.

—Rosario, que falta de lealtad, ¿por qué no me lo dijiste para haberlo puesto en su lugar?

—Pero cómo decírtelo si estabas ocupado y desconectado del mundo, no me contestabas las llamadas y mucho menos me escribías.

—Claro, la ruta aérea de Tony era para el Aeropuerto Internacional de Atenas, pero qué

coincidencia más conveniente, ¡qué casualidad Rosario!,
¿fue tu novio?

—No, desafortunadamente no lo fue, ¡era tan guapo! Tuve que regresar a México y fue muy difícil volvernos a ver. Bueno, creo que hemos viajado lo suficiente, te dejaré un momento solo, debo hablar con unas compañeras acerca de tu llegada, puedes caminar por el lugar para que lo conozcas o esperarme aquí.

Rosario se alejó, pero yo decidí no caminar más, preferí quedarme a meditar todo lo que estaba sucediendo ya que me sentía algo confundido, realmente no sabía quién era mejor persona, si Cajetillo con su altiva dignidad, sí el licenciado con esa misteriosa y elitista actitud o mi actual yo siendo adinerado, simple y bonachón. Entendí que los tres fuimos siempre la misma persona en diferentes contextos, pero me preguntaba qué fuerza creadora nos había reciclado a Rosario y a mí como tuerca y tornillo y qué caprichosa orden decidía además que esa tuerca y tornillo jamás sus mecanismos unieran. ¿Cómo es que entonces en el camino nos encontramos con tantas piezas sueltas que no embonaban en nuestra persona y aun así permanecíamos con ellas? ¿Por qué me casé con la persona equivocada si Rosario ya estaba en mi camino?

Mis padres fueron una de esas tantas piezas que se unieron sin razón, ellos peleaban y se incomodaban mutuamente con sus respectivas presencias, sin embargo, sus costumbres familiares, les obligaba a estar juntos hasta el final. En cambio, Rosita y yo que éramos complementos perfectos no pudimos permanecer unidos a pesar de haber tenido tres oportunidades para hacerlo, era totalmente absurdo. Quería saber la respuesta acerca de cuál de estas tres personas que fui, hubiera sido la mejor para compartir la vida con Rosario. Amable lector, en este punto me atrevo a dirigirme a ti, ya que nos hemos conocido a lo largo de casi cuatro relatos, entonces te pregunto: ¿alguna vez te ha sucedido lo que a mí? Es decir, encuentras a ese “alguien” perfecto y resulta a su vez que es el más lejano e imposible e irónicamente aquellas personas que no te interesan son las que están a tu alcance y no te queda más remedio que intentar adaptarte. ¿Soy el único al que le ha pasado esto o a muchos de nosotros les sucede?

En estos confusos pensamientos me encontraba, cuando sentí que una mano tocaba mi hombro izquierdo, luego me volví para ver de quién se trataba y aprecié frente a mí la figura de un viejo monje,

experimenté un severo escalofrío ante tan adusta y sombría figura, me recordó a esos ochenteros disfraces que usé con mis amigos en día de muertos. No podía distinguir con claridad su rostro por la capucha que lo cubría, era muy alto y esquelético, parecía levitar, no vi que sus pies tocaron el piso. Sin demostrar miedo — aunque sí lo sentía— me coloqué de frente a él, entonces me hizo una extraña pregunta:

—¿Aprendiste bien la lección? —Articuló estas palabras en un marcado acento español y ronca voz— ¿Lograste tu ansiada libertad o permaneciste en el profundo vacío de la esclavitud?

—No, no, entiendo señor monje, ¿acaso nos conocemos? —le respondí tembloroso.

—Mi Dios me marcó el camino como tu padre adoptivo, llegaste a mi siendo un pequeño y relegado niño, mitad encumbrado y mitad desdichado, tu padre un dignísimo señor propietario de la más grande mina de México y tu madre, la más bella y sumisa de las sirvientas en su impresionante hacienda de la Nueva Galicia; te llevaron a mi casa como la más fina de las mercancías prohibidas.

Como en psicodélica retrospectiva, empecé a recordar lo que aquel ente me decía en taciturna y

lúgubre voz. Luego levantó la cara para que pudiera verlo.

—¿ya no recuerdas ingrato como fuiste mi pupilo de oraciones, lectura y escritura?

Entonces emocionado, recordé quien era aquella religiosa figura y atrevido le quité la capucha de su hábito para comprobar mis sospechas.

—¡Padre! perdone mi torpeza, usted en efecto ha sido el alma más caritativa asignada a mi perdida persona, no es coincidencia que nos encontremos aquí, en el fin de este reciclaje de almas.

—Hijo, me siento dichoso de verte libre y sin lastimaduras en tu maltratada alma, has sabido sacudirte el lodo del pantano. Te esperaba.

—Yo le estoy agradecido padre, usted calmó mi hambre y mi sed. Me dio cobijo y educación. No fue mi padre biológico, pero yo lo considero más que eso.

—La biología no define a un padre amado hijo. Me define, volvernos a encontrar en el viaje más importante de un alma, haber tomado tu mano para enseñarte la curvatura de una letra, haber tenido la satisfacción de indicarte como debías alabar a nuestro supremo Dios, hincarnos ante él y dirigir tus palabras en oración, me define como tu padre verte hecho todo un

hombre y finalmente que tú me reconozcas como tal. ¿Ves cómo la biología nada tiene qué ver en esto?, ahora dime, ¿Quién eres ahora hijo?

—Soy un ingeniero padre. Puedo pilotar un avión y conozco el manejo de la más alta tecnología del mundo.

—Entonces mi dulce niño ahora es esclavo de otros amos. Sé que esa afamada tecnología del siglo XXI hace personas dependientes.

—No padre, la tecnología es liberadora, podemos comunicarnos en cuestión de segundos, localizar a la gente, ver los planetas y en mi caso volar como un ave en un aeroplano.

—Entiendo que ahora son esclavos de lo mismo que los libera, eso entiendo hijo. Por lo visto seguirás regresando a la vida terrena hasta que la lección sea aprendida.

—¿Por qué padre?, entonces ¿cuándo me quedaré aquí para siempre?, el lugar no me desagrada y lo más importante, estoy con mi amada Rosario, usted mejor que nadie ha de saber desde que antiguo tiempo he intentado permanecer a su lado.

—Eso sucederá hasta que tu alma alcance la sabiduría del padre tiempo y la dulce templanza de la

vejez. Cuando así pase, estaré igualmente aquí aguardando por ti con alegría.

—Pero, ¿Rosario vendrá conmigo verdad?

—¡Cómo saberlo! Yo no soy el supremo, tan sólo un humilde siervo renegado de los malos manejos a su santa creación.

Me sentí muy frustrado con la respuesta del padre, agradecía sus sabias palabras, pero me vi desesperado por la incertidumbre que una vez más se avecinaba y le cuestioné:

—¿Por qué en cada viaje a la vida nos ha sido negada la felicidad de estar juntos y sin embargo nos encontramos en el camino? ¿Qué clase de ironía es esa? ¡Es un absurdo!

—No es ninguna ironía —me contestó paciente— es tan sólo el mecanismo de existencia que actúa de manera equilibrada, cada uno toma distintos caminos para cumplir con su misión. Probablemente si se unieran en la vida terrenal, experimentarían un amor egoísta que apagara su necesario brillo.

—¡Pero hemos sufrido tanto separados! No debimos conocernos entonces.

—Ese sufrimiento les otorgará madurez y por lo tanto generarán su permanente estancia dentro de este paraíso de la eternidad.

—Pues esto requiere de mucha fortaleza, siento miedo de regresar. No sé lo que me espera y en qué condiciones encontraré a Rosario, si es que la encuentro. Me atormenta ese nuevo obstáculo al cual seguramente habré de enfrentarme para llegar hasta ella.

Mi antiguo tutor y siempre padre, hizo una caravana en señal de despedida. Haberlo visto y hablado con él, me proporcionó renovados bríos para retomar el viaje que seguramente de un momento a otro debía emprender de nueva cuenta.

Rosario regresó con un nuevo atuendo se veía muy linda y llena de vida, entonces le dije:

—te ves tan bonita Rosa ¿iremos a un lugar elegante o algo así? ¿Dónde adquiriste esa ropa? Llévame porque deseo comprar unos jeans, este trajecito de muerto me causa incomodidad, necesito también una buena loción, ya sabes que me gusta oler bien, en verdad me siento muy mal vestido.

—¡Tú siempre haciéndome reír tanto! ¿Cómo crees que hay tiendas aquí? Esas son fantasías, el

comercio es cosa del mundo terrenal, tú y yo somos almas.

—Bueno, el hecho de que ahora sea un “alma” no quiere decir que me vea fachoso o pobretón y menos a los ojos de mi novia. Quiero ser un alma elegante, con clase y distinción. No deseo ser de esas almas que causan lástima, que andan por ahí entre los humanos con harapos de cuando los enterraron, pues al morir los familiares nos visten como ellos quieren, para muestra este traje corriente que me pusieron, estoy seguro que en la funeraria se robaron mi elegante casimir inglés y me colocaron esta cosa de terlenka brillante, lo sé porque las mangas me queda cortas y los pantalones de “brinca charcos”, eso no es justo, yo era un ingeniero con mucho dinero y buena reputación, las mejores líneas aéreas me contrataban para reparar las computadoras de los aviones, además cuando era joven pilotee los mejores aeroplanos y ahora mírame en un ridículo traje encogido y oliendo a incienso de copal.

—¡Ay, Héctor, eres muy vanidoso!, tal vez tengas razón el traje se te ve corto pero siento decirte que no hay tiendas de ropa, yo me he cambiado porque me lo han ordenado y las compañeras me han proporcionado

el atuendo, además, no es tan bonito, sólo es una túnica blanca.

—¿Quién te dijo que te cambiaras de ropa y para qué?

—La maestra Rita.

—¿Nuestra maestra de primaria?, qué alegría

—Así es, ha alcanzado su madurez como alma, ella no volverá a nacer. Ha tomado la edad que quiere tener para siempre, ella me mostró como viajar en el tiempo, a entrar en los sueños de los seres queridos, me prohibió tomar la condición de fantasma para ir a verte, me dijo que eso es indignante y de muy mal gusto porque asustamos a las personas que no han muerto.

—¿Entonces cuando te soñaba, realmente eras tú?

—Bueno no puedo afirmar que en todos los casos era yo, pero sí frecuentemente me colaba en tus sueños.

—¡Qué interesante!

De pronto, una voz femenina y muy familiar para mí, llamaba a Rosario, por supuesto era la maestra Rita, quien lucía igual a cuando íbamos en primer año de primaria, se alegró mucho al verme y exclamó:

—¡Muchacho ven acá deja te abrazo! Qué gusto volver a verte, estás hecho todo un hombre.

—¡Maestra ha pasado tanto tiempo! —la abracé con cariño.

—No he olvidado que me debes varias planas del OSO SUSU COME SU SOPA.

—No maestra, recuerde que le llevé todas y cada una de ellas, hasta le incluí una caja de chocolates en la tarea, recuérdelo.

—Lo que recuerdo es que descubrí a tu chofer haciendo tus planas, mientras tu comprabas esos chocolates en la cafetería.

—¡Ay, maestra qué pena! ¿Cómo se dio cuenta?

—Fue fácil, me entregaste planas del OZO ZUZU y no del OSO SUSU, recuerdo que dijiste que estabas enseñando a escribir a tu chofer. Buen intento Héctor, buen intento, pero no funcionó, las planas llegaron hasta tu papá. ¿Recuerdas que no sabías por qué te dejaron sin televisión un mes? Pero, ¿sabes? Tengo el alfabeto que una vez les regalé y cuando sea tu turno de volver a ser humano, prometo regresártelo si te portas bien con tus nuevos maestros.

—¡Vaya maestra qué astuta! La admiro y le pido una disculpa. Prometo ser un buen estudiante.

Los tres nos reímos de tal anécdota, de verdad que nunca entendí el motivo por el cual mi papá me

prohibió ver la tele un mes, lo cual resolví rápidamente pues iba a la casa de Rosario a ver las caricaturas. Me sentía dichoso entre gente tan querida, todo en ese lugar era una agradable sorpresa. Entonces la maestra después de un suspiro se dirigió a Rosario:

—Hija, creo que ya estás lista.

—¿Lista para qué maestra? —respondió Rosario extrañada.

—¡Pues para regresar muchacha! Tú ya debes irte.

—¿A dónde debo ir?, ¿Héctor viene conmigo verdad?, bueno a donde quiera que sea, ya somos libres.

—No hija no. Héctor no puede seguirte. Él se quedará un tiempo más por acá; tú te vas de regreso, serás una hermosa niña, he arreglado las cosas de tal modo que sigas conservando tu apariencia y la mejor noticia es que te hemos asignado una hermosa familia, pues te la has llegado a merecer. Te pido disculpas por los anteriores padres, pero eran los únicos disponibles y además debías aprender muchas cosas de ellos, ¿sabes que de los malos padres se aprende mucho? Esa es la única ventaja de esos desobligados, pero en esta ocasión serás una niña muy amada y protegida.

Entonces interrumpí muy nervioso por lo que alcanzaba a entender:

—¿E—eso quiere decir que ella volverá a nacer y se va de aquí? ¿A dónde va?

—Sí muchacho, Rosario se va, así que despídete de ella y deséale los mejor en su nueva vida.

—Pero si ella se va primero, quiere decir que será mayor que yo y una vez más tendremos un obstáculo para estar juntos —le dije atribulado a la maestra.

—Si hijo, toda lógica matemática indica que si ella nace primero, entonces será mayor que tú. Es correcto, no por nada eres ingeniero, piensas en todo —me respondió como si yo fuera un chiquillo al cual había que consolar.

—¿Cuántos años serán?, si es uno, dos o hasta seis no importa, pero...

—No, eso no puedo saberlo muchacho. No sufran, de todos modos no se acordarán el uno del otro cuando estén de regreso, tal vez ni siquiera lleguen a coincidir. Pero en cambio tendrán la oportunidad de conocer nuevas y maravillosas personas.

Rosario refutó en triste tono:

—Maestra Rita, nosotros hemos coincidido en tres vidas. Por eso estamos tan unidos y no nos parece justo que nos separen. Yo me niego y no iré a ningún lado a menos que Héctor vaya conmigo.

—No pequeña, no es posible, debes irte, de cualquier forma, las cosas sucederán aunque tú te niegues a hacerlo —le respondió tiernamente la maestra.

Rosario se dio la media vuelta y corrió al tiempo que gritaba “no iré, me esconderé, no iré”. Yo me sentí muy enojado por aquella mala noticia, una vez más las cosas no podían ser, esto me parecía un juego cruel y quise unirme a la rebeldía de Rosario, pero la maestra me detuvo:

—Espera Héctor, déjame explicarte, escúchame.

—¿Por qué nos hacen esto?, ¿Qué no hay más almas a quienes atormentar? ¡En verdad no es justo maestra! ¡Ayúdenos por favor!

—Escúchame. Debes ir por ella y convencerla de que debe renacer. Si se queda entonces será anulada, se extinguirá y eso quiere decir que no existirá más ni aquí ni en el mundo terrenal, ¿entiendes? Tal cosa sería muy grave. Ahora ve por ella.

El argumento de la señorita Rita era terrible y convincente, no había salida, ella tenía que renacer y eso sería la única esperanza de volver a encontrarla, porque tarde o temprano también llegaría mi turno. Así que tomé valor y la alcancé corriendo igualmente.

—¡Rosita espérame! ¡Hablemos!

Entonces se detuvo y me dijo:

—Héctor vamos a escondernos, este lugar es muy grande, ella no nos va a encontrar, yo sé dónde estaremos seguros. ¡Sígueme!

—Rosario, escúchame vida mía, deja de correr, confía en mí.

—No pierdas el tiempo, ¡corre, sígueme!

—¡Rosario basta! ¡Detente! ¡Debes irte!

—¿Qué? ¿Tú también quieres que me vaya?, eso no lo esperaba.

—Si no lo haces, dejarás de existir ya no estarás ni aquí ni en ningún lado, serás anulada. Por lo menos si renaces tendremos la oportunidad de volver a encontrarnos —la abracé para tranquilizarla, parecía una fiercecilla furiosa.

—¿Quieres decir que, aunque nos escondamos no estaremos juntos? ¿Qué en verdad moriré si no vuelvo a nacer?

—Así es pequeña, así es.

—Pero, esto es... esto es tan cruel.

—¿Por qué no planeamos algo para reconocernos cuando estemos de vuelta? No muy convencida, bajó su mirada evadiéndome y desanimada me contestó:

—¿Qué propones? Es muy difícil, además ya escuchaste, seré mayor que tú.

—¡El alfabeto!, la maestra dijo que yo lo iba a tener nuevamente.

—Está bien, regresaré, pero si no funciona tu plan, quiero que sepas que he sido muy feliz contigo y que seré un ser humano desdichado si no te encuentro.

—¡Funcionará! Ha funcionado tres veces, confía en mí. Ahora vamos con la maestra.

Al llegar hasta donde estaba la señorita Rita, nos dimos cuenta de que muchas almas se habían reunido con hermosas gardenias en las manos para despedir a Rosario, se escuchaban jubilosos cantos, llovía polvo de estrella y luces cálidas resplandecían en el inusitado ambiente.

—Vamos hija, ven las cosas se están complicando, tu nueva mamá está teniendo complicaciones en el parto por tu culpa, dejarás de

existir si no te vas —la maestra tomó dulcemente a Rosario por el brazo.

Mi amada Rosita me dijo un triste “hasta pronto” al oído, acto seguido una puerta antes inexistente se abrió y ella transitó despacio a través del portal, para cerrarse de inmediato una vez que hubo entrado. Me sentí muy mal. Muy solo.

—Bueno muchacho, desobedeceré un poco mi reglamento, lo único que puedo hacer por ti, es que mires en dónde quedó Rosario, para que luego puedas buscarla, vamos demos un paseo por el paisaje del tiempo.

—¿Pero cómo lo recordaré maestra?

—*Déjà vu*. Yo me encargaré de eso. Te lo prometo.

Caminamos por el mismo sitio donde Rosario y yo habíamos visto nuestro pasado y llegamos hasta la recámara de una agradable casa, donde había una joven pareja que observaba a su hija recién nacida en una cuna con delicados velos blancos. Sorprendido pregunté a mi maestra:

—¿Ella es la bebé verdad?

—Así es.

—¡mire cuánto la quieren sus padres! Y parece que no volverá a tener carencias, la pasó muy mal las dos últimas veces. ¡Al fin una familia que la amará y se preocupará por ella! Se lo agradezco señorita Rita.

—¿Te sientes más tranquilo ahora?

—Pues... creo que sí, pero me siento solo. ¿Hay medicina para los corazones rotos en este lugar?

—Puedes dormir un poco hijo, vamos cierra tus ojos y descansa a la sombra de este árbol, has llorado mucho. Cierra tus ojos.

Caí en un sueño profundo...

—¡Héctor deja esas canicas, ven a ayudar, soy tu madre no tu cocinera! Tú tía Bety ha llegado y te trajo un regalo, ¡entra ya!

—Espera mamá, en la casa de en frente hay una princesa, voy a saludarla.

—¿A dónde vas niño? No es una princesa, son los nuevos vecinos con su hija, no los molestes.

—Sólo voy a cruzar la calle y regreso mamá, no te preocupes... ¡hey tú muchacha!, me llamo Héctor ¿y tú?

—¿Me hablas a mí pequeño? Ven, te daré un dulce. ¡Ven acércate!

—¿Eres una princesa? ¿Cuántos años tienes?
¿Cómo te llamas?

—No soy una princesa y tengo trece años. Deja
me inclino para que me veas bien. Me llamo Rosario.

—Yo me llamo Héctor, vivo en la casa de
enfrente, tengo nueve años. ¿Quieres ser mi novia?

—Claro pequeño, seremos novios. ¿Qué traes en
ese morralito dorado?

—¡Ah! No sé qué sea, mi maestro me lo regaló
porque le ayudé a revisar los exámenes. Creo que son
una tablitas, ¿lo quieres? ¡Te lo regalo Rosita!

Fin de fines.

Tercer tiempo

Punto y coma; la vida sigue

Esta es una historia rápida, soporífera y misteriosa, la dejaré por escrito para que mis futuros hijos y nietos me ayuden a bien morir cuando el momento llegue, además pediré que dentro de mi féretro coloquen un cordel que toque una campanita externa por si se diera el caso de que sólo estoy dormida y no muerta. Dicho temor, lo manifiesto por los hechos que extrañamente sucedieron con la gente que biológicamente podría llamar familia, cuando corría el mes de abril de mil novecientos ochenta y cinco. Era mi persona una joven de 14 años, cursando el tercer año de secundaria. Vivía con estas personas de biológico círculo familiar —lo aclaro porque no los considero mi familia de alma, tan sólo de la natural y no siempre acertada unión de dos humanos— que se conformaba por mi madre “doña Orgullosa”, mi hermano “Popeye”, su esposa “Cortita”, sus siete hijos, mi padre “Chistorete” que vivía en el extranjero trabajando por verdes billetes, yo “Lunática” y el más importante personaje en esta bizarra historia: el tío “Pulcrovich”, sí así con ese caucásico nombre, ya que su padre había nacido en Rusia y fue subordinado de Lenin en plena Revolución.

La linda casa donde vivíamos era propiedad del tío, él gozaba de una excelente posición económica pues durante treinta años había sido gerente general de la importante compañía cervecera “El Six de Oros”, pero durante el año de mil novecientos ochenta y cuatro le habían otorgado su retiro con una muy jugosa pensión que a decir verdad no sabíamos ni en qué gastar.

Mi tío era un hombre de gustos exquisitos en el vestir, el comer y la decoración, por lo que frecuentemente remodelaba su guardarropa y los muebles de la casa. le gustaba aventurarse en viajes alrededor del mundo y cada vez que visitaba un nuevo lugar traía a casa un recuerdo significativo, de tal forma que nuestro hogar era una exposición de objetos universales; en la biblioteca estaba colgada la mandíbula dentada de un tiburón que pescó en New Jersey, guardaba celosamente libros de China que se debían leer de atrás para adelante y de abajo hacia arriba, en los pasillos podíamos admirar carteles de las corridas de toros a las que había asistido en “Las Ventas” de Madrid —él era un aficionado de la fiesta brava— así como imágenes de elegantes manolas con hermosos vestidos flamencos, no obstante su adoración era un capote que personalmente le regalara Siverio Pérez en

su famosa corrida de despedida un primero de marzo de 1953. En la cocina, no se diga, mi tío era amante de la buena comida y el refrigerador rebosaba de succulentas viandas, finos postres congelados, frutas, verduras y exóticas especias que había aprendido a usar en su viaje a la India. Disfrutábamos de una generosa cava con los mejores vinos y licores para el deleite de la familia en ocasiones especiales. En la sala, colocó cuidadosamente imágenes diversas del “Concorde” el supersónico avión que icónicamente representaba a la gran sociedad pudiente de aquella época y claro, en el cual mi tío Pulcrovich había hecho un viaje espectacular. La impresión del tío por el “Concorde” había sido tan grata, que poco después de su vuelo, adquirió un potente equipo de sonido para escuchar el disco del novedoso tema musical compuesto por Frank Pourcel a dicho vehículo hipergamabetasónico.

Este señor hermano de mi padre, era todo un personaje, sus modales eran propios de un caballero inglés, había evitado el matrimonio por cuidar de su absorbente madre y posteriormente de nosotros. Puedo asegurar, que es el único de aquel biológico clan a quien considero un verdadero familiar y recuerdo con absoluto cariño. Él y mi madre Orgullosa, eran enemigos

no declarados, se trataban con amabilidad, pero todos podíamos sentir la tensión en el ambiente cuando por necesidad debían dirigirse la palabra.

Por su parte, mi madre es una afamada profesionalista contable y aunque no gozaba de la opulencia y el pedigree del tío, era capaz de mantenerse a sí misma holgadamente. Mi hermano Popeye y su esposa, eran emprendedores y siempre proponían ingeniosos negocios a nuestro tío para duplicar su capital, aunque estos negocios no siempre tenían el éxito esperado y se perdían cuantiosas cantidades, pero de ninguna manera se hubiera pensado que se aprovechaban de él, como ya mencioné, tenían siete hijos y sólo buscaban el bienestar de su prole como los magníficos padres que eran.

Así las cosas, con el mencionado círculo biológico de aquel ayer, de mí sólo puedo decir que éramos muy diferentes. Yo además de estudiar la secundaria en un elegante colegio, vendía cosméticos por catálogo timbrando de vez en cuando a las casas para que me compraran los productos. Me gustaban las cosas que a Popeye le parecían ridículas y a mí él me parecía un poco reprimido por su parental situación tan demandante, pero prefería no discutir con él, un día

simplemente, su perenne coraje hacia mí, lo hizo lanzarme una botella de suavizante de telas tirando a matar o por lo menos a descalabrar y yo rebelde por vez primera, le lancé un picahielos con tan mala puntería, que felizmente mi hermano lo pudo evadir fácilmente. Aprovecho para disculparme con Popeye y me siento afortunada de que hasta la fecha vivo y sin lastimaduras, se encuentre demostrándome su desprecio cada vez que tiene la oportunidad. A pesar de las diferencias, el tío nos amaba por igual, pero se sentía orgulloso del gran parecido que yo tenía con su rusa familia, siempre me lo dijo y ello es un honor para mí.

El triste día que da pie a este relato sorprendente, llegó un diecisiete de abril del ya mencionado año, cuando mi tío realizaba su caminata acostumbrada por el centro de la ciudad, donde ya todo el mundo lo conocía por su amabilidad y buenos modales, además de impresionar a la gente con sus lindos ojos tapatíos, ojos que enamoraban a cualquiera. Así pues, sucedió que mi tío platicaba amablemente con su amigos, cuando de pronto sintió un fuerte mareo que sin más lo tumbó al piso abruptamente. La desdichada noticia nos llegó en voz de un paramédico que por teléfono anunció a mi madre la fatalidad ocurrida:

—¿Disculpe hablo a la casa del señor Pulcrovich Moscovium?

—Sí, ¿Quién habla?

—Señora hablo del hospital San Petersburgo, ¿qué es usted del señor Pulcrovich?

—Soy la contadora Orgullosa, su cuñada, ¿qué pasa?

—Le informo doña contadora Orgullosa, que su cuñado tuvo que ser hospitalizado, será mejor que venga, acá le explicaremos y detallaremos la información acerca de lo sucedido.

Mi mamá nos dio aviso a todos y partimos de inmediato al nosocomio, donde por reglamento del mismo, sólo tuvieron acceso Popeye y mi madre. Cortita, los niños y yo, esperamos durante tres largas horas en la movilizada sala de espera en donde veíamos salir y entrar gente accidentada, catarriente, borrachos intoxicados, niños llorones, embarazadas y doctores tomando café con sus clásicos estetoscopios al cuello como un caro accesorio de moda, pues los había en color rosa, azul y hasta morados. Por fin vimos salir a Popeye quien llevaba la ropa y zapatos del tío en una bolsa de plástico, cabizbajo se acercó a nosotros para informarnos:

—El tío cayó en estado de coma, sus niveles de azúcar en la sangre son muy altos. Por lo visto el exceso de pastelillos que ha estado consumiendo le afectaron al límite.

—Pero, ¿se repondrá verdad?

—No sabemos Cortita, los doctores no pueden predecir si despertará o no.

Todos, incluso los niños, rompimos en llanto. Nos abrazamos buscando consuelo, pero las cosas estaban hechas, el tío estaba inconsciente y grave, muy grave.

—¿Qué vamos a hacer Popeye? —preguntó Cortita.

—Mi mamá y yo pasaremos aquí la noche, ustedes váyanse a la casa, atiende a los niños, mañana temprano les avisaremos qué procede.

Regresamos pues a la casa, el ambiente se percibía tan triste sin el fino escándalo nocturno de mi tío, tomando su cena frugal que le ayudaba a mantener a raya su quijotesca figura, lavado perfecto de dientes haciendo gárgaras, abrir y cerrar de cajones para sacar su almidonada pijama y por supuesto el murmullo de la oraciones que cada noche elevaba de rodillas ante su cristo por su amada madre a quien extrañaba como un niño abandonado. “Dulces sueños familia” expresaba

con alegría desde la puerta de su recámara, para dar paso casi de inmediato a una graciosa sinfonía de ronquidos que hacían reír a todos. Aquella noche fue muy larga, realmente no pudimos dormir, la situación era muy preocupante.

A la mañana siguiente, Popeye organizó hábilmente los turnos para no dejar solo a mi tío, de tal manera que con autoridad nos comunicó:

—El tío permanecerá en el hospital hasta que reaccione. De tal manera que nos turnaremos para cuidar de él. A usted madre, le tocará los viernes por la noche, todo el sábado y domingo que no trabaja. Cortita irás únicamente los lunes porque tienes que cuidar a los niños y hacer de comer, Lunática estarás allá los martes, miércoles y jueves por la mañana, luego te vas a la escuela y yo te supliré por la tarde y me quedaré toda la noche.

—Pues esperemos que Pulcrovich se recupere rápidamente, yo no me comprometo a cuidarlo, sábado y domingo son mis días de descanso, hablemle a su padre para que se regrese de inmediato y los apoye —replicó mi madre muy segura y determinante.

Popeye hizo lo propio y contactó a mi padre quien resolvió estar de regreso en un mes, fecha para la

cual esperábamos que mi tío reaccionara y todo hubiera vuelto a la normalidad. El día de mi primera guardia, Popeye me hizo el favor de darme un “aventón” en su carro, sin embargo, haciendo honor a su carácter práctico, me indicó que investigara cuál ruta de autobús me dejaba en el hospital, pues no podría estarme llevando cada día ya que era la hora sagrada de su desayuno y además tenía negocios que atender. Hecha la aclaración ingresé al hospital, me registré en la recepción y caminé temerosa por los laberínticos pasillos buscando la habitación setenta y tres donde se encontraba mi tío. Intentaba prepararme para la impresión de verlo semi muerto, postrado y entubado en una cama. Al llegar torpemente toqué la puerta, pero más torpemente pregunté: ¿tío estás ahí?, obviamente no recibí respuesta, pero efectivamente el impacto fue mayúsculo al verlo con los ojos cerrados a las ocho de la mañana, cuando justamente acostumbraba a hacer su calistenia, tomar su baño y tararear alegres pasos dobles en la regadera. Su cuarto era individual y le llegaba la luz del Sol por una ventana rectangular, había un silloncito viejo para visitas, una mesita que sostenía una jarra con agua y dos vasos verdes de plástico ya muy mordidos. Un aparato marcaba con certeros “bips” el

flamenco ritmo cardiaco de mi tío. Le di un beso en la frente, me acomodé en el añejo sillón de punzocortantes resortes salidos y extendí mis cuadernos en la mesita para hacer la tarea de matemáticas. Así pasaron horas, las enfermeras entraban esporádicamente a revisarlo, pero mi tío seguía profundamente dormido. A las tres y media de la tarde, guardé el material de estudio en la mochila y me despedí persignando a mi tío. Tuve que irme pues debía tomar la ruta rumbo al colegio. Al llegar, platiqué tristemente con un primo que también era mi mejor amigo, él me escuchó pacientemente.

—En verdad lo siento. ¿Entonces no asistirás a la fiesta del sábado?

—No lo creo, además no tengo ánimos —le contesté apesadumbrada.

—Pues yo creo lo contrario. No resuelves nada quedándote en tu casa, deberías de ir a distraerte, tan sólo nos sentaremos a escuchar música y tomar un refresco, mi papá y yo te regresaremos temprano, ¡anímate un poco!

—Le pediré permiso a mi mamá. Pero no te prometo nada.

En realidad, me sentía culpable de ir a una fiesta, cuando yo debía estar apoyando en la casa, no obstante,

mi inconsciente impulso adolescente como una diabólica voz, me indicaba que sólo sería un momento y con ello no hacía daño a nadie. De tal modo que, por la noche al llegar del colegio, me dirigí tímidamente a mi mamá con quien llevaba una fría y distante relación.

—¿Mamá puedo hablar con usted?

—Dime, ¿qué quieres?

—Bueno, ¿cómo le diré?

—¡Rápido, tengo cosas que hacer!

—Le quiero pedir permiso para ir a una fiesta este sábado, ya sabe que me traen, usted no tiene que ir por mí.

—Como quieras... oye prepárate para que te vayas al hospital, te toca esta noche y mañana también, hemos cambiado el horario de tus guardias.

—Claro. Pero dígame si tengo permiso o no. Sólo iré dos horas tal vez...

—¡Sí, sí! Haz lo que quieras. Pero en este momento ya vete con tu tío, Popeye está tocando el claxon, te está esperando afuera para llevarte.

Así entre guardias al hospital, tareas y quehaceres de la casa, llegó el tan ansiado sábado de fiesta. Mi amigo llegó puntual a las ocho de la noche para recogerme, entonces tocó a la puerta, Popeye lo recibió

amablemente y posterior a eso subió para avisarme también amablemente:

—Oye Lunática, ¿acaso estás torpe? ¿No recuerdas que el tío está enfermo?

—Pero mi mamá me dio permiso, sólo iré unas pocas horas no tardaré —le repliqué a mi hermano.

—¡Sea por dios Lunática! ¡Eres una tonta! ¡Lárgate!

Ante la molestia de mi hermano, me dirigí muy angustiada hacia la sala para cancelar mi cita, pero Cortita me interceptó en la escalera para decirme:

—No le hagas caso a Popeye, no hay nada que hacer aquí, desafortunadamente no creo que tu tío despierte esta noche. Ve y diviértete un rato, ya los niños se van a dormir y tu mamá está en el hospital, todo está bajo control, ¡ándale!, yo te abro la puerta cuando regreses.

—¡Gracias Cortita! —abracé agradecida a mi cuñada, que siempre ha sido un excelente ser humano conmigo.

La ochentera fiesta, estaba por demás animada, contrastantes luces de colores resplandecían en medio de la oscuridad, verde, rojo, amarillo, azul y violeta se reflejaban en nuestras caras sonrientes, la pista de baile

al límite de gente disfrutando de pegajosos ritmos punk y pop, modas de holgados atuendos y cabezas de cabello alborotadamente petrificado por la laca. Refrescos de naranja circulaban en nuestras manos y eran derramados también en un pegajoso piso de duela. No obstante, a pesar del buen ambiente, no logré sentirme completamente feliz, pues el nubarrón de la enfermedad de mi tío empañaba toda diversión.

Las semanas transcurrieron sin novedad, las guardias turnadas se iban convirtiendo en rutina, ya todos sabíamos lo que teníamos que hacer, todo estaba en movimiento, excepto la humanidad del tío que vivía en la inmovilidad absoluta. Fue entonces que la ausencia del tío, se sintió más que sus ronquidos nocturnos, pues los recursos económicos comenzaron a escasear. Aquel refrigerador rebosante de comida, ahora sólo guardaba un litro de leche, tortillas duras, frijoles, un tieso pedazo de queso y uno que otro jitomate envejeciendo. Las alacenas sufrían del mismo mal, las cajas de cereal iban aligerando su peso, las latas habían sido abiertas en su mayoría, sólo las fieles bolsas de lentejas, habas y garbanzos esperaban su turno como olvidadas solteronas indeseables. Cortita tuvo que conocer dolorosamente la técnica del pañal de tela, que debía ser

lavado en vez de cómodamente desechado a la basura como lo hacía burguesamente más de seis veces al día. De igual forma, hubo de dominar la técnica de cocinar papillas naturales de manzana y zanahoria, poco a poco íbamos dejando de escuchar el característico “clic” de las papillas enfrascadas al vacío. Por su parte, Popeye era quien más resentía esta obligada carestía, pues tuvo que renunciar a su merecido descanso de fin de semana, en donde hacía uso de su exclusiva membresía en “Gastta Video” rentando películas para cubrir cómodamente el sábado y domingo, en cambio el pobre tuvo que conformarse con la pésima programación local. Los cobradores se aglutinaban en la puerta buscándolo por sus pagos atrasados. Le pidió a Cortita que lavara su ropa con doble ración de suavizante de telas y una gotas de limpiador de pisos, para oler a algo agradable ya que sus exclusivas lociones tristemente se habían agotado. Asimismo, decidió que lo mejor era que yo me trasladara en autobús cuando me tocara la guardia, pues era necesario ahorrar gasolina y evitar el desgaste del carro.

Estábamos a expensas del salario de mi mamá y el cheque mensual de mi padre, ¡ah por supuesto! Me faltó mencionar las ganancias que se generaran de los

negocios de Popeye. Definitivamente la jugosa pensión del tío era incobrable, pues ese dinero sólo lo podía retirar él cada mes en ventanilla del banco “Banvejete” donde mi tío era muy conocido por sus distinguidos modales europeos, pero también porque él prefería que lo atendiera la señorita de la caja diez, pues al igual que él, era originaria de la cosmopolita ciudad de México. Después de retirar su dinero, se dirigía en su hermoso Volkswagen amarillo a comprar miles de pesos en despensa y caprichos; pero esos lujos se habían extinguido, ahora la familia se percataba de cuán valioso era el amor del tío y de cómo la vida giraba en torno a su educada persona. El colmo sucedió un jueves por la noche, cuando me encontraba haciendo la tarea de matemáticas con mi mejor amigo, estábamos en plena resolución de ecuaciones, cuando la luz se apagó, la casa entera quedó en penumbras. De inmediato nos dirigimos a la calle para saber qué pasaba y vimos a Cortita discutiendo con el empleado de la compañía de luz:

—Usted está equivocado ¡reconecte mi luz inmediatamente! —reclamó enérgica mi cuñada.

—¿Esta es la casa del señor Pulcrovich Moscovium? —preguntó el empleado de la luz.

—Así es y nosotros no tenemos adeudos.

—Pues su recibo dice lo contrario, debieron haber cubierto el pago desde hace diez días, antes diga que se me había olvidado venir, tenía que haberla cortado hace ocho días señora, tuvo luz gratis.

De inmediato compramos velas y las colocamos en partes estratégicas de la enorme casa. Mis sobrinos aprovecharon para divertirse jugando a las escondidas, yo por mi parte terminé las ecuaciones bajo la romántica flama y aproveché la batería que le quedaba al walkman para no estar en silencio. Horas después Popeye que era muy hábil e inteligente, colocó un diablito en la toma de luz y ¡listo! Tuvimos electricidad nuevamente.

En tal crisis, Cortita había encontrado una ventaja, estaba logrando la figura esbelta que tanto había deseado, pues como excelentes padres que eran, preferían cederles la comida a sus hijos y conformarse con las sobras.

Un mes después del percance de mi tío, llegó mi padre Chistorete, en un aire de hablados “mochos”, mitad español y mitad inglés, vistiendo despreocupado atuendo vaquero y trayendo consigo, dos cajas repletas

de regalitos. *Ipsa facto* Popeye lo incluyó en las rutinas de guardias al hospital:

—Mira papá, tú cubrirás todas las noches, porque nadie hemos dormido bien, ya en el día podrás reponerte.

—¡Popeye pareces un general! Apenas voy llegando y ya me pones a hacer algo, estás como el chiste del soldado, ¿te lo sabes? —le repuso mi papá burlesco.

—No, y no me interesa oír chistes, tú vienes a hacer lo que te toca.

Luego mi padre insistente prosiguió con la broma

—¡Vamos Popeye, escúchalo, es buenísimo! ¿Lunática, tú te lo sabes?

—No papá —contesté temerosa por la molestia de Popeye ante el buen humor de mi padre.

—¡Basta de chistoretes absurdos papá! Prepara tus cosas para llevarte al hospital y te quedas cuidando al tío. Tú Lunática, ve y ayuda a Cortita en la comida.

Mi papá tenía una habilidad natural para narrar historias y desplegar gracia y simpatía, él era siempre la sal y pimienta de las fiestas mientras mi mamá era el rezo perfecto de los funerales.

Un martes de tantos, mi cuñada me acompañó al hospital para llevar a cabo algunas gestiones administrativas de la hospitalización del tío, luego le dimos un baño de esponja y le colocamos sus sábanas limpias. Caímos rendidas de cansancio y nos acomodamos en el sillón para descansar de tal ajetreo, cerramos los ojos y conciliamos el sueño por algún momento. Pero poco nos duró el gusto de la breve siesta, pues ruidos desesperados se oyeron en la habitación, con pereza abrí los ojos, cuando sorprendida vi a mi tío de pie tendiendo su cama y ya perfectamente vestido, peinado y con sus lentes puestos. Entonces confundida, moví a Cortita para que despertara, pero sólo logré que se reacomodara en el sillón; me acerqué a mi tío para corroborar lo que mis ojos veían:

—¿Tío has despertado? —le dije atónita.

—Claro niña, ¿qué esperabas? Sólo fue un desmayo, anda despierta a Cortita, nos vamos a la casa.

Con suma alegría hice lo que me dijo y mi cuñada muy emocionada, lo ayudó a guardar sus cosas en una caja de detergente y regresamos jubilosos a la casa donde el resto de la familia lloró de emoción al ver a mi tío sano y salvo. Al día siguiente mi tío salió como de costumbre a hacer las compras de la casa, las alacenas

volvieron a retomar su espléndida llenura, el frutero rebosaba de uvas, manzanas y plátanos. El sonido de las lavadoras se escuchaba alegremente con el recién pagado recibo de luz, pues el “diablito” de Popeye era muy débil y no aguantaba tanta carga de energía. El inglés de las películas de Popeye, había vuelto a la televisión y el olor a exquisito café gourmet del tío, se esparcía por toda la planta baja. Nos sentíamos muy felices y para celebrar, mi tío nos invitó a un folclórico, pero costoso restaurante de antojitos mexicanos. Mi papá, amenizó la reunión con sus mejores chistes, Popeye y mi mamá intentaban no reírse, pero era casi imposible. Cortita comentaba el nuevo negocio de venta de calcetines que tenían en puerta, así como la inversión que requerían que el tío Pulcrovich aportara. La familia había vuelto a la normalidad, muy tarde regresamos a nuestra cómoda vivienda, donde por fin disfrutamos otra vez de la presencia y protección del tío. Satisfechos por la buena comida y el buen beber, caímos prontamente en brazos de Morfeo.

Horas más tarde, llantos estremecedores me despertaron, me dirigí a la cocina desde donde provenían tales lamentos y vi a Cortita y a mi papá

platicando, entonces me acerqué a indagar e interrumpí:

—¿Qué pasa? ¿Se ha enfermado mi tío nuevamente?

—No hija, es que nos han robado. Cortita se levantó a preparar el desayuno y se dio cuenta de que toda la despensa que había comprado Pulcrovich ya no está, sólo nos dejaron las lentejas, habas y garbanzos, también los rateros descompusieron la toma de luz y otra vez estamos sin electricidad —me contestó preocupado mi padre.

—Así es Lunática, no he querido despertar a tu tío porque no queremos alterarlo. No he podido hacer el desayuno y Popeye está poniendo el diablito otra vez.

Después, Popeye entró con actitud de enojo primate y se dirigió a mi padre:

—De cualquier forma mi tío se va a dar cuenta, ve y despiértalo papá, ahorita yo hablo con él, sólo dile que baje, pero tú no le digas nada, ¿entendiste?

—¡Sí mi general! Claro que entendí Popeye, no estoy tonto —respondió sonriente y dando una palmadita en la espalda a mi hermano, quien refunfuñando lo esquivó.

Luego se dirigió a nosotros con su gran molestia:

—mi papá todo lo toma a broma, ojalá pronto se regrese a los Estados Unidos, ya no lo necesitamos aquí. Lunática ponte a recoger este tiradero para que cuando baje mi tío vea la casa limpia. Tú Cortita, ve a la tienda por tortillas, huevos y un sobre de café instantáneo.

De pronto, vimos a mi papá bajando con rapidez la escalera, al tiempo que nos daba una extraña noticia:

—¡Pulcrovich no está en su recámara! Parece que salió temprano, dejó su cama tendida tal vez se dio cuenta del atraco y fue a denunciar.

—No puede ser eso don Chistorete, yo me levanté a las cinco de la mañana a preparar el biberón del niño y no vi salir a nadie, desde entonces he permanecido aquí en la cocina, se me fue el sueño.

—Busquen a mi tío en toda la casa, debe estar en algún baño o regando sus árboles —ordenó Popeye.

Después de intensa búsqueda por la casa y los alrededores de la colonia, regresamos a la cocina un tanto desesperados por la desaparición. Entonces decidimos esperar pensando que quizá había ido a visitar a alguno de sus amigos, intentamos tranquilizarnos y seguir las rutinas diarias. Al caer la noche nos inquietamos nuevamente, pues no había señales de mi tío por ningún lado. Luego el teléfono

timbró en medio del pesado silencio que reinaba entre la familia. Mi madre contestó y frunciendo el ceño replicó extrañada:

—¿Cómo? ¡Eso no es posible!... ¿qué? ¡Vamos para allá!

—¿Quién era Orgullosa?

—¿Era don Pulcrovich suegra?

—¡Mamá reaccione!

—¡Cállense todos! —Gritó mi madre palidecida al extremo— era una enfermera del hospital, llamó para preguntar por qué no hemos ido hoy a cuidar a Pulcrovich. Dijo que ya no vio a qué hora salieron Cortita y Lunática del hospital ayer, pero que pasó la noche solo y todo el día de hoy también. ¿Qué broma es esta de tu hermano Chistorete?

—Esto es muy extraño... todos somos testigos del despertar del tío, sí, seguramente nos quiere dar una sorpresa o tal vez es alguna broma, mejor será que vayamos al hospital, muévete papá, tú y yo iremos a ver qué pasa —comentó Popeye enardecido por la inusual noticia.

—¡Oye espérate general! Me estoy tomando un café y mi concha de chocolate... así es Pulcrovich, le gusta llamar la atención, seguramente se fue a quejar del

mal servicio del hospital, tranquilízate, Popeye, lo bueno es que ya apareció.

Popeye enfurecido por la calma de mi padre, tomó la taza de café y echó su contenido al lavaplatos, luego tiró la concha al bote de basura y reprendió a mi papá quien miraba como niño hambriento su concha en los desperdicios.

—¡He dicho que nos vamos! ¡Deja de comer!

—¡Chistorete no tienes remedio! ¡Eres un niño a pesar de tu vejez!

Fue así como los vimos salir rumbo al hospital con la esperanza de que todo aquello fuera una broma de mi tío.

Decidí hacer la tarea pues debía investigar el origen de una reliquia que llevaríamos al colegio y no había encontrado información alguna, pensé que si estuviera mi tío, él me hubiera ayudado. Cortita se dedicó a atender a mis sobrinos que demandantes pedían galletas de chocolate. Mi mamá leía despreocupada un libro bajo la tenue luz de su lámpara de noche y los grillos cantaban fieles a su salida nocturna.

A las once de la noche con quince minutos, se escuchó por fin el rechinar de la puerta que despaciosamente

se abría para dar paso a un apesadumbrado Popeye, quien cabizbajo nos informó:

—Mi tío sigue en coma. Nunca se levantó. No despertó en ningún momento, estoy muy confundido, mi papá se quedó para cuidarlo esta noche como siempre.

—¡Qué tontería dices Popeye! ¡Estás demente! —le reclamó Cortita muy alterada.

—Tal vez sea una especie de coma intermitente, quizá a veces despierte y luego vuelva a caer —agregué con timidez.

—¡Cállate cara de tonta! ¡Tú qué sabes!... váyanse todos a dormir que mañana debemos pensar en un negocio para mantenernos —me corrigió dulcemente Popeye.

Una vez más mi despertar se dio entre gritos desesperados que provenían de la planta baja, tomé mi bata y descendí de inmediato a indagar lo que sucedía esta vez. Grande fue el impacto al ver al tío sano y salvo otra vez de su somnífica condición.

—¡Lunática he regresado! Mira ya surtimos nuevamente la despensa, trajimos el cereal que tanto te gusta.

—¡Qué alegría tío!, gracias por el cereal. ¿Cómo te sientes?

—¡Perfecto! ¿Qué les parece si vamos a desayunar y después a renovar nuestro guardarropa?, se me antoja también cambiar esta sala y ese viejo comedor, vamos al Palacio Oxidado, ahí encontraremos todo.

Fue un día maravilloso, íbamos de tienda en tienda eligiendo ropa de moda y perfumes finísimos, incluso acudimos a las oficinas del colegio a pagar las mensualidades atrasadas. No obstante, tanta emoción y compras nos agotaron y una vez más nos retiramos exhaustos a nuestras habitaciones para conciliar el merecido sueño.

¡Gritos otra vez al despertar! Cortita lloraba a mares tendida en la mesa de la cocina, entonces le cuestioné:

—¿Qué pasa ahora?

—Otra vez no hay nada en la alacena, el refrigerador está vacío y no encuentro la ropa y los perfumes que nos compró tu tío ayer, pero lo que es peor, él no está en su recámara y la cama está tendida, como si no hubiera dormida aquí.

—Además me acaban de hablar otra vez del hospital, dicen que está solo desde ayer, que Chistorete fue un rato por la noche y luego desapareció.

—¿Cómo dijo mamá? ¿Ayer? Pero si antier fue cuando Popeye y mi papá salieron para el hospital. ¿Dónde está Popeye Cortita?

—¿Pues dónde más? poniendo el diablito de la luz, ya sabes, es el pan de cada día.

—Oigan, ¿por qué la enfermera dijo que mi papá fue ayer si eso fue antier? Cortita y usted mamá, traen la misma ropa que antier... ¡y yo también!

—Esto es muy extraño, Lunática tiene razón, tú sigues aquí llorando Cortita y Popeye instalando la luz, justo como sucedió antier y se supone que ayer fuimos de compras con Pulcrovich. Por la tarde traeré a doña Lechuza, ella es vidente y nos puede decir qué está sucediendo en esta casa.

De tal manera que dando veinte para las siete de la noche, mi madre llegó en compañía de la médium, quien era una hechicera y vidente muy afamada en la ciudad. Era una mujer mayor, alta, morena tez, delgada figura, usaba anillos de calaveras rockeras en sus manos, acompañaba su vestido negro por una capa dorada en la cual se distinguían las estrellas, el Sol y la

Luna bordados en color negro, remataba su atuendo con una corona hecha de hojas de tamal y plumas de cuervo. Con grave y sobria voz nos dijo: llévenme hasta la habitación de don Pulcrovich, ahí sus energías me hablarán y resolveremos el misterio.

Al entrar a la recámara, doña Lechuza encendió tres velas azules que colocó a los pies de la cama, luego sacó de su morral un monito con lentes muy parecido a mi tío para ponerlo igualmente junto a la cama. Después con un pequeño sahumero, propagó incienso de copal por toda la habitación, roció agua bendita por las cuatro esquinas del lugar, apagó la luz y se recostó en posición vampiresca sobre la cama, pronunció tres veces el mismo rezo en dialecto náhuatl y tendida con los ojos cerrados nos indicó:

—¡Salgan y cierren la puerta! Intentaré comunicarme con Pulcrovich. ¡Get out don Chistorete! Sé lo que está pensando, ¡no soy una ladrona!

Decidimos tomar un café en la cocina mientras esperábamos el veredicto de doña Lechuza. Pero extrañas voces en la recámara del tío nos intranquilizaban, parecía que la hechicera hablaba con alguien más, pero no parecía ser el amable timbre de mi tío. La mujer, bajó tres cuartos de hora después de su

chamanesco ritual y nos dio las siguientes tridimensionales explicaciones:

—He resuelto el misterio —habló secando el sudor de su frente con un pañuelo de rojo satín— Popeye, sírveme un whiskey, necesito tomar valor para lo que estoy a punto de decirles.

—Ya oíste Cortita, la señora Lechuza quiere un whiskey, ¡vamos no te quedas ahí mirándonos!

—Te dije a ti Popeye y tú Cortita deja de servirle a tu marido como gato despreciado, no temas perderlo, pues nadie tendría la capacidad de aguantarlo como tú. ¡Vamos Popeye, no te quedas ahí mirándonos! ¡Sirve mi copa!

—Doña Lechuza, le ofreceríamos una botana pero sólo tenemos lentejas y huevos, ¡qué pena!

—Perfecto Orgullosa! Hazme un huevo estrellado, con eso, el whiskey y mis honorarios me conformo. Bien pues he conversado con Pulcrovich. Primeramente debo decirles que efectivamente él nunca despertó, más bien fue al revés.

—¿Al revés? ¡No entiendo!

—¡Cállate Lunática! Deja que la señora Lechuza nos explique, es más vete a tu cuarto, no estorbes cara de tonta.

—Vaya Popeye, eres muy agresivo con tu hermana, la subestimas y nada de que se vaya; Lunática, tú también debes saber lo que pasa. ¿Orgullosa y Chistorete por qué no defienden a su hija?... en fin, me refiero al revés porque quienes se durmieron fueron ustedes. Al conciliar el sueño, toda la familia viajó a la dimensión donde se encuentra Pulcrovich, una dimensión donde no hay enfermedad ni carencias, claro que es una condición almática, lo cual quiere decir que sólo viajan sus almas, sus cuerpos permanecen aquí dormidos y cuando despiertan vuelven a su realidad.

—¿Pero cómo es posible eso?

—Buena pregunta Cortita. Don Pulcrovich me reveló el secreto. En su último viaje a Nuevo Orleans, un brujo vudú le dio la fórmula de la inmortalidad y la abundancia. Lunática trae acá el cuadro del Concorde por favor.

Intrigada obedecí a la hechicera, descolgué el cuadro y se lo entregué, luego ella prosiguió a la vez que sorbía su whiskey:

—Miren, aquí atrás del cuadro, están las fotos de cada uno de ustedes junto con un embrujo elaborado a base de colmillos de lobo, plumas de halcón, el billete de un millonario y chocolates con chispas de nuez,

asimismo, la imagen del Concorde, representa el vuelo que cada noche sus almas emprenderán hasta la dimensión de Pulcrovich, el embrujo ha empezado a hacer efecto ya, por ese motivo ustedes experimentan esos extraños viajes.

—¡Eso es sorprendente! Pero, ¿por qué mi tío haría algo así? Parece macabro.

—Él quiso protegerlos Popeye, me dijo que desea que no les falte nada y que la mejor manera es llevándolos a ustedes hasta donde esté. Ese hechizo se activaría en caso de que le pasara algo grave, tal como le ha sucedido.

—No podemos vivir de sueños, mi cuñado ha hecho muy mal. ¿Hay alguna forma de desactivar ese conjuro?

—Sí Orgullosa, tan sólo basta con que quemem el cuadro y esos viajes astrales dejarán de suceder. Sin embargo, ustedes tienen la decisión. Así que los dejo para que discutan el punto.

—¡Momento señora! ¿Qué acaso mi hermano no despertará de ese letargo?

—No lo creo don Chistorete. Difícilmente sería posible eso. ¡Ah por cierto! Si deciden irse con él, deberán tomar la fórmula del sueño que Pulcrovich dejó

atrás de las latas de tomate, son dos gotas y media por persona, eso los hará dormir por una semana, cuando despierten las vuelven a tomar y así sucesivamente. Bueno, les agradezco su hospitalidad, ya sólo resta el pago de mis honorarios.

—¡Ay doña Lechuza! Le pagaremos en cuanto me llegue el cheque de los Estados Unidos, mire que apenas tenemos para huevitos y tortillas ¡estamos en la ruina!

—Pierda cuidado Chistorete, su hermano me indicó donde dejó algo de dinero también para que paguen la luz y surtan la despensa. Cortita busca los calcetines preferidos de don Pulcrovich, ya sabes los clásicos de rombos, ahí encontrarán dinero suficiente para vivir un mes y mis honorarios.

—¿Sólo un mes?

—Sí Popeye, tiempo justo para que decidan si se van o se quedan.

Doña Lechuza nos dejó consternados con las extrañas indicaciones, no obstante, todo cuadraba, porque todos habíamos vivido esa experiencia soporífera con mi tío, lo vimos, lo abrazamos, paseamos y comimos con él, ahora sólo habría que tomar una decisión, lo cual por supuesto era quemar el cuadro y deshacer tan monstruoso hechizo. Después de la visita

de la señora Lechuza y sus maravillosas videncias, no nos quedó más remedio que ir a dormir a sabiendas de que experimentaríamos el mencionado desdoblamiento astral.

Una vez que dormía, me vi nuevamente en el mundo arcoíris de mi tío a quien encontré en el patio practicando su obligada calistenia matutina, todavía con su gorrito de dormir puesto, pijama de duvetina a cuadros café con beige y cómodas pantuflas de peluche. Entonces me saludó con mañanera alegría:

—¡Hola Lunática! ¡Hace un día maravilloso!

—Buenos días, tío, es verdad, el clima aquí es fantástico. ¿Dónde están todos?

—Salieron muy temprano a comprar una nueva televisión, ya sabes que a Popeye le gustan las pantallas enormes para ver sus películas, Cortita se inscribirá en el mejor gimnasio de la ciudad, pues dice que tienen unos aparatos maravillosos para bajar de peso, después irán a la juguetería a renovar los juguetes de los niños y tus papás fueron a la agencia de viajes para organizar un tour a Europa.

—¿Y tú por qué te has quedado?

—Porque yo no necesito nada más que verlos felices querida sobrina. Así que dime, ¿tú que necesitas para ser feliz?

Seis palabras bastaron para hacerme titubear, yo no sabía lo que necesitaba para ser feliz, después de todo, ¿quién lo sabe?, cuando conseguimos lo que creemos nos mantendrá dichosos, ya estamos pensando en otro objetivo, podría decir que unos audífonos nuevos, pero entonces renunciaría a los jeans y una vez que tuviera también los jeans, estaría pensando en el amor del chico que me gustaba; tal vez lo que nos haría felices a los seres humanos se llama SATISFACCION y eso no se vende ni en los mostradores de la bizarra dimensión de mi tío. Pero siguiendo con el relato —el cual estamos a un paso de terminar— recuerdo que apenas me disponía a decir “no lo sé tío” cuando escuché el armonioso sonido de un piano, del cual se desprendía magistralmente el Nocturno 20 en C menor de Chopin, entonces exclamé sinceramente:

—¡Tu disco se escucha muy real tío! En esta dimensión la acústica es magnífica, ¡adoro la música!

—¡Ah vaya lo olvidaba! —esbozó una amplia sonrisa echando su cabeza hacia atrás y manos a la

cintura— ve a la sala, encontrarás una agradable sorpresa.

¡Anda ve!

Obedecí al tío y en medio de la vívida música caminé algo temerosa por el pasillo, sentí un escalofrío al llegar, me detuve y observé con espanto y asombro la anciana figura tocando hábilmente un finísimo piano vertical en lustroso color café.

—¿Abuela? —pregunté insegura.

La música cesó y la pianista giró hacia mí en su banco. Entonces comprobé la hipótesis de mi visión.

—¡Lunática! ¡Ven déjame verte!

—Pero, pero... tú estás muerta, esto es imposible —una perversa mezcla de lágrimas de terror y nostalgia recorrieron mi rostro— quiero despertar.

Mi abuela era una mujer muy distinguida y culta, siempre me causó impacto su artística y temperamental personalidad, todos decían que era extraña, pero yo la admiraba y me intrigaban sus ojos que no reflejaban amor, tan sólo miradas inquisidoras y silencios imponentes. Yo le compuse unos versos que decían cosas de niñas: *quién pudiera volar, para llegar a las estrellas y tomar de ellas la más bella para traerla hasta los brazos de mi abuela*: versos que ella conservó hasta

el fin de sus días en una cajita de polvo de arroz. Entonces, se aproximó hacia mí para tranquilizarme:

—No me tengas miedo nieta. ¿Quieres que te enseñe a tocar el piano? Te he extrañado mucho dulce niña.

—¿Por qué te ves en blanco y negro? Pareces un personaje de película antigua.

—Es el aspecto de las almas.

—Pero tío Pulcrovich sí está a colores.

—Pulcrovich no ha muerto... ¡vaya qué orgullosa estoy de tu gran parecido conmigo! ¡Eres tan bonita como yo lo era a tu edad! Ven, te enseñaré a tocar el piano, dominarás las hermosas notas de Chopin tal como yo lo hago.

Al dirigirse hacia su piano, noté que mi abuela no pisaba el suelo, es más no tenía pies, se trasladaba flotando, su piano también era casi inexistente, no estaba fijo al piso, también flotaba. Luego presencié la asombrosa llegada de más almas monocromáticas que vestidas con atuendos de los años veinte, se acomodaban en torno al embrujo musical de mi abuela. Sentí mucho temor y comencé a alejarme lentamente para evitar que aquellos antiguos seres notaran mi

presencia. Abruptamente el Nocturno número 20 de Chopin calló y la voz potente de mi abuela exclamó:

—¡Detente! No debes irte. ¡Vayan por ella!

Los fantasmas se aproximaron a mi persona tan rápido como saltos cuánticos. Me tomaron por los brazos y los pies, despedían un fuerte olor a azufre y tenían mucha fuerza a pesar de su etérea composición. Mi abuela se acercó y enojada inquirió:

—No debes irte, te necesito Lunática.

—¿Para qué abuela? Ti—tienes a tus amigos, díles que me liberen por favor.

Soltó una fuerte carcajada mostrando sus perfectos dientes al tiempo que se acomodaba su elegante abrigo.

—Ellos no son mis amigos, son mis esclavos. Tengo el don de la música y puedo hipnotizarlos, pero como verás, todos son rezagados, no han podido trascender, son antiguos.

—¿Y qué quieres de mí abuela? —le reclamé muy, muy nerviosa.

—Te necesito para atraer almas jóvenes, esclavos más eficaces y duraderos, estos pronto desaparecerán. Viviremos a la altura de nuestro apellido, rodeadas de sirvientes eternos, verás que

contentas estaremos, haré de ti una pianista sinigual. Te enseñaré el arte de escribir y podremos conocer a los grandes literatos que me apasionaron en la existencia.

—¡No abuela! Esto es un sueño, sólo un sueño. Deseo irme de aquí, no quiero ser muerta ni alma, ni tener esclavos fantasmas.

Forcejee enérgicamente con los súbditos de mi abuela que me tiraron al suelo para someterme, pero era casi imposible evadirlos, eran muchos y muy fuertes.

—¡Alto! —entró mi tío furioso—. Mamá deja en paz a tu nieta. ¡Despierta Lunática! ¡Despierta! ¡Despiertaaaaaa!

En un afortunado sobresalto abrí los ojos y desperté gracias a la precisa intervención de mi tío, él me salvó de aquella horrorosa pesadilla. Sin embargo, me sentía muy adolorida y noté moretones en los brazos y piernas, no cabía la menor duda de que el mundo paralelo del tío era real.

Decidí dejar atrás tan mala experiencia y por la tarde preparé todo para ir al colegio, si me preguntaban por los moretones, les diría que tropecé en las escaleras. Así que con actuada actitud despreocupada me acerqué a los compañeros, pero la pregunta fue inevitable, mi mejor amigo cuestionó preocupado:

—¡Dioses estás llena de moretones en los brazos!
¿Qué te pasó?

—Caí de las escaleras y mi piel es muy sensible,
pero estoy bien.

—Pues parece que te hubieran golpeado —dijo
Wolframio, quien era el “sabelotodo” del salón, bueno al
menos eso creía él.

—No Wolframio, nadie me golpeó... mejor
díganme, ¿están estudiando para el examen de historia?

—Yo no. No lo necesito, lo sé todo, estudiar es
para tontos, pero tú y tu mejor amigo sí que deben
hacerlo.

—Oye Wolfy, ¿no será que ningún maestro te ha
sorprendido copiándole a la chica de los ojos de gato?
Siempre te sientas junto a ella en los exámenes y todos
hasta ella saben que le copias. ¡Eres bueno causando
lástima!

—¡Cállate riquillo inútil! Mejor me voy, tengo que
ir con la coordinadora, me pidió que le recordara un
aviso muy importante que tiene que dar antes del
examen. ¡Adiós perdedores! ¡Hijo de papi y rarita
golpeada!

—¡qué grosero es Wolframio! —exclamé
molesta.

—No le hagas caso, es tan insignificante que sólo le queda hacerse el sabelotodo y andar atrás de los maestros para caerles bien, es un tipo reprimido. Oye hablando de copiar, ¿te sientas delante de mí para pasarnos las respuestas?

Por la noche regresé muy triste a mi casa, pues había pasado una vergüenza terrible en el colegio y hablé con mi mamá:

—Mamá, por poco no me dejan hacer el examen de historia, se deben dos colegiaturas, pero hicimos un trato con el maestro. ¿Me podría prestar para pagar?

—No te preocupes Lunática, esos problemas ya se acabarán, esta noche tomaremos el elixir del sueño y nos iremos con tu tío a su mundo donde no sufriremos de esta lamentable carencia.

—¿Qué? ¿No piensan quemar el cuadro como nos lo indicó doña Lechuza?

—¡Claro que no tonta! Allá en la dimensión de Pulcrovich, tu escuela estará pagada y podrás ser rica, no desaprovecharemos esa oportunidad. Hemos ya traído a tu tío del hospital, lo instalamos con sus aparatos en su recámara, cerraremos bien la casa esta noche para dormir toda la semana. Así que prepárate

con cobijas y ponte cómoda en tu cama, en un momento subiré a darte las gotas.

Horrorizada por la macabra decisión de mi madre, me dirigí a la habitación y comencé a hacer una maleta, prefería irme a vivir con abuelita quien vivía a unas cuadras de mi casa, yo no estaba dispuesta a dormirme y vivir en una dimensión de fantasmas. Escondí la maleta bajo la cama cuando escuché a mamá subir las escaleras, entró y en tono de enojo gritó:

—¡Toma las gotas y acuéstate a dormir! ¡Nos vamos con tu tío!

—No quiero ir.

—No tienes alternativa Lunática, todos nos vamos, permaneceré aquí hasta que te duermas, así me aseguro que no hagas trampa.

Fingí que tomaba las gotas, me acosté y cerré los ojos. Definitivamente de manera natural, concilié el sueño y desperté —si se le puede llamar despertar— en la dimensión del tío Pulcrovich, quien nos recibía con una gran fiesta en la casa, había pasteles de vainilla, chocolate y fresa, tamales de todos los guisos, pozole verde y rojo, tacos de cochinita pibil y bebidas de todo tipo. La casa estaba decorada con letreros de bienvenida, globos metálicos color dorado y elaborados

arreglos florales en las mesas, contrató una banda de jazz que tocaba alegres melodías y que tenía por pianista a mi talentosa abuela. Mi familia, gozaba exponencialmente de aquel fastuoso recibimiento, brindaban con alegría y se servían sendos platos de comida que devoraban como lobos hambrientos; los niños se perseguían unos a otros jugando a los policías con pistolas de juguete que tenían luces y efectos de sonido. Cortita y mi mamá se veían despampanantes, pues lucían hermosos vestidos de fiesta con los que tuvieron el cuidado de dormirse. En medio de aquel alboroto, mi tío me invitó a bailar:

—Lunática, te veo alejada de todos, ven vamos a bailar, como verás he recuperado el movimiento ¡y me siento como de quince años!

—¡Claro tío bailemos!

—Yo te quiero mucho sobrina y no debes sentirte triste por este cambio, verás que aquí también harás tu vida, irás a un colegio, harás nuevos amigos y no les faltará nada, tu papá no regresará a los Estados Unidos y tu mamá podrá pasar más tiempo contigo.

—Tío quiero proponer un brindis ¿me permites?

—¡Por supuesto! ¡Familia silencio, Lunática quiere decir unas palabras!

La banda de jazz hizo una pausa, mi monocromática abuela aplaudía emocionada al tiempo que gritaba mi nombre, Popeye dibujó en su rostro una molesta expresión mientras movía la cabeza de un lado a otro. Tenía la completa atención de la familia, luego Cortita me acercó una copa de espumoso champagne para completar el rito del brindis, entonces comencé el discurso:

—Gracias familia por su amable atención.

—¡Oye date prisa, a nadie nos interesan tus palabras! Queremos cenar y bailar no escuchar tus aburridos poemas, ¡cara de tonta!

—No te preocupes Popeye, seré concisa. Precisamente empezaré por ti de quien me llevo tan malos recuerdos, no me quieres y no te culpo, fuimos hechos en la misma fábrica, eso nos convierte en hermanos, pero con diferentes materiales eso nos convierte en extraños, cuida de tus hijos y de Cortita a quien agradezco su amabilidad y cariño, pues de ella sólo recibí buen trato, no abusen de su agradable carácter, consiéntanla. Papá, no te conocí a fondo, te ausentaste demasiado tiempo, me hiciste falta, pero, ¿sabes?, siempre recordaré tus buenos chistes y excelente selección de música, si no pudiste ser un

padre para Popeye y para mí, se entonces un abuelo para los niños, ya no te vayas, es tu oportunidad de reponer el tiempo perdido. Mamá, sé que nuestra relación es tan cálida como un cubo de hielo, pero le agradezco el interés remoto que demostró por mí al haberme inscrito en ese colegio que con esfuerzos pagó, ahí conocí a las mejores personas del mundo. Sé que a su manera usted sentía algo de cariño por mí, tan sólo algo y con eso me conformo, porque ese “algo” es mejor que no tener una madre, la quiero mamá. Abuela, prometo poner tu nombre en alto, haré honor a tu apellido, me siento orgullosa de tu buena herencia, ¡eres maravillosa! Finalmente, tío, sé que no soy la mejor sobrina, sé que sobre todas las cosas prefieres a Popeye, pero quiero esta noche dedicarte este brindis, por hacer de nosotros más que simples sobrinos unos hijos para ti, por haber sido protector y Niño Dios en nuestra infancia, por otorgarnos el privilegio de haber sido merecedores de tu cariño. Niños, sean felices y amen a sus padres, los extrañaré.

—Pero hija, tu discurso parece una despedida...

—Lo es papá, no pienso quedarme con ustedes, fingí tomar las gotas, programé mi alarma a la una de la mañana y en unos momentos más timbrará el reloj, de

tal forma que despertaré y no nos volveremos a ver. Me despido de ustedes, para siempre.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó mi madre extrañada, pero sin tristeza por mi partida.

—Iré a vivir con la abuelita, trabajaré y seguiré estudiando. Si en alguno de sus despertares quieren verme, ahí estaré.

—Nadie queremos verte más, eres un estorbo, aquí no te queremos, es más ya vete porque deseamos seguir con nuestra fiesta —dijo Popeye muy sonriente.

La abuela, flotando, se apresuró a abrazarme, persignarme y darme un tierno beso de despedida, lo mismo hizo mi padre, los niños y tío Pulcrovich, quien pedía inútilmente que me quedara. Mi madre, sólo habló para decirme: pues, ni modo, así lo quieres tú, si tenemos oportunidad te visitaremos con mi mamá, pero recuerda que también puedes venir para acá, que te vaya bien Lunática.

—Adiós mamá, papá, abuela, Cortita, tío y niños. Popeye, sigue con tu fiesta, faltan tres segundos para la u...

El reloj sonó puntual y de inmediato me desperté, suspiré atribulada por la despedida e incomprensiblemente la magistral interpretación del

Nocturno 20 de Chopin por la abuela, se escuchaba con efecto de lejanía, salí de la habitación, quise encender las luces, pero no había electricidad, antes de irse Popeye había desconectado el diablito, caminé entre las penumbras de la casa y pude ver en sus respectivas recámaras a los miembros de la familia entregados a un más que profundo, mortal sueño. El tío, respiraba hondamente a pesar de la desconexión de sus aparatos. La luz de la plateada Luna llena, se asomaba intentando consolar mi destrozado y solitario corazón. Tomé retratos de mis padres, del tío y la abuela, los guardé en la maleta que saqué de su escondite. Me puse un viejo abrigo azul marino, bajé las escaleras con miedo indescriptible por la macabra escena, sentí miradas invisibles e inventadas por la mente, la salida se hizo eterna, recuerdos fantasmales me acompañaron hasta la puerta, con nervios busqué en la negrura de la madrugada la llave entre otras tantas, al cuarto intentó logré abrir, un viento olor a vino tinto recorría mi temblorosa mano que torpemente cerraba la puerta para asegurar a aquellos dormidos seres sangre mía. Caminé unas cuabras hasta la casa de abuelita, quien con asombro y cariño me recibió. Saboreando un vaso

de leche caliente y concha de chocolate, le relaté aquella fantástica historia.

Los años pasaron, sueños se realizaron y sueños no. Pero el recuerdo de aquella soporífera familia, aún me asalta en bizarras pesadillas, la gran casa del tío Pulcrovich nunca más fue abierta, las cerraduras se oxidaron, los árboles y la maleza alcanzaron su máxima altura, su siniestra historia la protege, nadie ni ratero alguno está interesado en saquear los tesoros que en ella se encuentran. Abuelita cuidó de mí hasta convertirme en toda una mujer. Mis familiares nunca despertaron para visitarme, sin embargo, sus retratos siguen fijos, fieles y lustrosos en la vitrina de mi comedor. Alguna vez vi sombras jorobadas a través de las enormes ventanas de la casa y pienso que seguramente son Popeye y Cortita que avejentados, administran a la familia, una dosis más de las felices gotas que los llevarán hasta el tío. Hasta aquí mi relato amable lector, gracias por tu valiosa atención, no olvides rezar tus oraciones, dulces sueños.

Alfombra roja entrevistas

Se realizaron entrevistas a algunos de los personajes presentados en esta obra, la finalidad fue intentar esclarecer los misterios que a su paso fueron dejando en sus aventuras por el extraño caminar del tiempo. Algunas partes de las entrevistas, pueden parecer mal redactadas debido a que se respetaron las respuestas de los personajes, palabra por palabra, nada fue modificado.

Quiero agradecer a los guías presentes en el portal del tiempo, por hacer posible mi traslado en busca de un lugar a otro, ya que los personajes vivían en distintas dimensiones y yo debía simplemente aprovechar el momento en que un portal estaba abierto para viajar en busca de las personas requeridas, sin embargo, no me era posible saber a dónde iba a llegar, por eso es que no existe un orden en la cronología de las entrevistas; después que el trabajo estaba hecho, un guía iba por mí y me regresaba al portal.

Me hubiera encantado entrevistar a Ojos Felinos, pero siempre estaba trabajando, era una persona difícil de localizar, además don Epifanio me dijo, que a ella no le gustaba hablar de Sabelotodo, pues se sentía muy

herida por tal personaje y había decidido no tocar más el tema, sin embargo cuando era una mujer convertida en abuela, decidió perdonarlo aunque él no se lo pidiera, entonces, decidí trasladarme hasta sus últimos años de vida, desafortunadamente cuando llegué a su casa, estaba en su respiro final. No obstante, me dejó una nota para que fuera publicada, en ese papel, expresó sus últimos pensamientos a Sabelotodo quien esperamos haya leído estos cuentos locos de almas recicladas. ¡Hey, Sabelotodo! Sí estás ahí quédate hasta el final, ahí encontrarás la nota mencionada, no hagas trampa por favor.

Sin más preámbulos, te presento las entrevistas que dan un poco de sentido a todo lo ocurrido y como escribiríamos en las despedidas cordiales de las cartas en la década de los noventas: te agradezco el favor de tu valioso tiempo y atención. Hasta siempre queridos amigos que me hicieron el favor de comprar estas letras incipientes.

Don Epifanio

Época en la cual se realizó la entrevista: quince años después de que don Epifanio viera a Sabelotodo por última vez.

Lugar de la entrevista: Casa de don Epifanio.

Hora de inicio: 18:30 horas.

—¿Qué ha sido de su vida?

—He acompañado a mis nietos en sus viajes, son hombres de éxito. Conocimos China, Noruega, Alemania, Moscú, Costa Rica y casi todo Estados Unidos. Ha sido muy satisfactorio haber tenido la oportunidad de criar a esos muchachos.

—¿Se arrepiente de algo?

—¡Claro! De haber abandonado a mi Ojos Felinos cuando era una niña, fui un inconsciente que se lanzó a la aventura del sueño americano, un tonto egoísta que perdió los cumpleaños, navidades y muchas cosas más. Pero lo que mayormente lamento, es no haber estado con ella para evitar que se involucrara con ese nefasto de Wolframio alias “Sabelotodo”. —don Epifanio, no pudo seguir contestando esta pregunta, sacó un pañuelo de la bolsa de su pantalón, secó sus lágrimas y tragó saliva amargamente.

—¿Qué piensa de Sabelotodo?

—¡Dioses!, no pienso lo afirmo, Sabelotodo está enfermo de la azotea y lo compadezco por ello, no me alegra la vejez en soledad que le espera, pero nadie podemos hacer nada... ¡qué dios lo bendiga!, tal como él dice. —Don Epifanio suelta una gran carcajada ante la ironía referida— Pero... ¿sabes Wolframio? Si estás leyendo esto, te agradezco por los magníficos nietos que me diste, ¡son la alegría de mi vida!

—¿Le hubiera gustado otro final para su historia?

—No. Todo fue tal cual debía suceder. Estoy conforme, no podía ser de otra manera.

—¿Qué parte de su historia disfrutó más?

—Conocer a Odín, ¡me impresionó tanto!, es un personaje tan elevado mental y espiritualmente, ni siquiera es posible sostener su media mirada porque sabes que él sabrá lo que estás pensando, es absolutamente imponente, posee una voz pausada y autoritaria, alcanza una estatura impresionante y nadie cuestiona sus órdenes. Mire escritora, en el viaje por Noruega, mis nietos me regalaron este brazalete vikingo, obsérvelo, es hermoso.

—¿Cuál momento de su historia cambiaría y por qué?

Don Epifanio suspira a profundidad, une las palmas de sus manos y las lleva a la boca para responder sentidamente.

—A veces pienso, ¿qué habría pasado si le hubiera dado una segunda oportunidad a Sabelotodo? Aquel día en que regresó, lo eché de mi casa enfurecido e indignado. Me he quedado con esa duda, ¿usted cree que hubiera sido un buen padre?, ¿o cree que habría vuelto a abandonar a los niños? En fin, disculpe que la importune con mis necias preguntas, ¿cómo saberlo?, lo hecho, hecho está.

Preguntas rápidas:

Color favorito: negro

Comida favorita: Sirloin término medio acompañado de una papa asada con mantequilla y ensalada de pimientos.

Animal preferido: los gatos

Mayor miedo: no estar cerca de mi familia y perder el sentido del oído porque amo la música.

Profesión preferida: bailarín y cantante de jazz.

—¿Sería tan amable de dar un mensaje a los lectores?

—Amen y protejan a sus familias. Vigilen las amistades de sus hijas, aunque ellas se molesten, existen muchos “Sabelotodos” en busca de dulces y hermosas víctimas. ¡Ah! y recen a Odín, él les concederá los más difíciles pero justos favores. Por cierto, escritora, le he traído un brazalete vikingo de regalo en agradecimiento por difundir mi historia, espero le guste. ¡Gracias amables lectores y hasta siempre!

Sabelotodo

Época en la cual se realizó la entrevista: Dos años después de que sus hijos lo golpearan.

Lugar de la entrevista: cantina “Teporochos del Montón” Hora de inicio: 19:43 horas.

—¿Qué ha sido de su vida?

—¡Oh he sido muy feliz! Comprendí que no debía humillarme más con esa mal agradecida de Ojos Felinos y sus majaderos muchachos. Tomé terapia psicológica y recuperé mi paz, abriré un restaurante de comida italiana, estoy en busca del verdadero amor, planeo tener hijos bien educados y que me amen; en fin, sólo pienso en el éxito, dejé el pasado en un bote de basura, ¡se acabó!

—¿Se arrepiente de algo?

Sabelotodo, dio tres sorbos a su cerveza antes de contestar, tomó su teléfono celular, revisó sus mensajes y finalmente respondió muy seguro de sí mismo.

—¿arrepentirme yo? ¡Claro! De haber invitado esa cerveza a don Epifanio en mí sueño. Yo confié en él y me traicionó, me llevó por los más crueles tormentos injustamente. Pero en general, no tengo arrepentimientos, ¿sabe? Yo soy una persona pacífica,

evito los problemas en la medida de lo posible. En resumidas cuentas mi consciencia está impecable. ¿Qué más quiere saber?

—¿Qué piensa de Ojos Felinos, don Epifanio y Eduardo?

—A ver, vamos por partes. De Eduardo, creo que es un oportunista, él quiere ser el héroe de la historia, pero utilizó a mis hijos para acercarse a Ojos Felinos y así poder fingir que es bueno, sin embargo, le agradezco que haya cuidado un poco de esos malcriados mientras yo luchaba por encontrarme a mí mismo. De don Epifanio, pienso que cambió mucho, él era un hombre de mente abierta, chistoso, risueño, amigable y de repente nacen los niños y se molesta porque sigo mis sueños, quiso que me dedicara a ser un mediocre padre de familia cuando él mismo tampoco lo fue, ¡qué dios lo bendiga! De Ojos Felinos me molesta su ingratitud, yo regresé con las mejores intenciones de recuperar a mis hijos y a ella sólo se le ocurrió recriminar mi derecho a buscar mis ideales, maleducó a nuestros hijos, debió haberles inculcado respeto hacia mí, pero lo único que hizo fue dejarse llevar por las promesas de Eduardo, quien seguramente realizó un hechizo ante Odín para lograr su amor. Afortunadamente he puesto una orden

de restricción en su contra, por sí está leyendo esta entrevista, le aviso que cualquier cosa que me pase, aunque sea un leve estornudo, ella será culpada, igualmente ¡qué dios la bendiga!, porque estoy cierto de que terminará sus días en soledad, mientras yo formaré una hermosa familia con alguien que me valore.

—¿Le hubiera gustado otro final para su historia?

—¡Claro! Me hubiera gustado haber encontrado unos hijos agradecidos y bien educados, que después de diez años de no vernos, me valoraran y cuidaran, no que me golpearan. Que ellos fueran parte de mi próximo y exitoso negocio, pero no, ya ve, ellos prefieren escuchar rock, tener un perro con Eduardo y defender a su indefendible madre, ni modo, ¡qué dios los bendiga! Espero no tener que andarlos sacando de problemas, pues probablemente se convertirán en vagos y vendrán aquí a molestar por ayuda.

—¿Qué parte de su historia disfrutó más?

El entrevistado dejó ver sus amarillentos dientes a través de una amplia sonrisa de satisfacción, luego emocionado contestó.

—Cuando los teotihuacanos comprendieron mi humillante situación y decidieron tomar en sacrificio a

don Epifanio, era lo justo y usted lo sabe, yo soy un hombre de bien.

—¿Cuál momento de su historia cambiaría y por qué?

—¡Por San Petersburgo! Usted realmente quiere enterarse de todo. Mire, es muy sencillo, quien debió pasar por esos tormentos era Ojos Felinos, ella se merecía sufrir por ser una persona ingrata. También cambiaría el día en que compré todos esos regalos, esa gente no se merecía nada, simplemente debí llegar así con mi presencia, encima de todo les llevé cosas lindas... ¡qué excelente ser humano soy! ¿No lo considera así? ¡Póngame a prueba!

Preguntas simples:

Color favorito: verde

Comida favorita: leche y pizza

Animal preferido: ninguno

Mayor miedo: quedarme solo en la vida, pero eso no sucederá.

Profesión que le más le agrada: yo ya soy un gran jurista. Pero me pienso especializar en psicología y gastronomía.

—¿Sería tan amable de dar un mensaje a los lectores?

Sabelotodo chasqueó los dedos volteando para todos lados, un mesero lo atendió prontamente y pidió su séptima cerveza, luego con entusiasmo exclamó:

—¡Estimados lectores!...

Interrumpió la respuesta para tomarse una selfie con su finísimo teléfono celular, después la retocó un poco y la subió a sus redes sociales. Terminado el proceso de publicación, continuó.

—sigan sus pequeños sueños, no los dejen escapar por nadie ni por nada. Y muy, muy importante es que apliquen mi frase favorita, la que me impulsa a ser un triunfador en la vida: ¡PRIMERO YO, LUEGO YO Y AL ULTIMO YO!

Cajetillo

Época en la cual se realizó la entrevista: cinco años después de su partida de la Hacienda.

Lugar de la entrevista: portal del tiempo en una cueva. Hora de inicio: 10:32 horas.

—¿Qué ha sido de tu vida después de lo sucedido?

—Es una larga historia, espero que tenga tiempo de oírla. Fui vendido a una señora mayor que era coleccionista de esclavos, era una mujer que sentía fascinación por los muñecos, así que un día se propuso hacer una colección de muñecos reales y asistió a las subastas de esclavos para comprar personas que reunieran las características de los muñecos que ya tenía en su casa, después mandó construir elegantes vitrinas de finísima madera, con hermosos cristales decorados y agujeros en la parte posterior con el fin de que tuviéramos aire para respirar; ahí nos guardaba la mayor parte del tiempo, sólo nos sacaba para asearnos, comer y hacer nuestras elementales necesidades. Organizaba fiestas para que sus amigos admiraran su colección de muñecos vivientes, pero los invitados nos observaban con horror, aunque hipócritas felicitaban a

la señora que era muy rica. Yo escapé de tan macabro lugar cuando los criados nos llevaron a bañar, golpeé al sirviente y corrí durante casi siete horas hasta que encontré este refugio donde vivimos el recuerdo mí amada Rosario y yo. Me alimento de raíces y aves. Es un lugar hermoso durante el día, pero por las noches he visto asquerosos seres sin cabeza, que tienen la cara en el pecho, ellos hacen extrañas fiestas donde se emborrachan y bailan ridículamente. Alguna vez los vi celebrando un nefasto rito en donde ataron a un hombre al madero que tienen en la plaza de su pueblo, luego cada espantoso ser, pasaba a colocarle una piedra a su alrededor hasta que lo llenaron de pequeñas rocas que le llegaron hasta el cuello, el hombre gritaba y el jefe sin cabeza lo amenazaba con una antorcha; después un anciano lo liberó y corrieron hasta aquí, pero lo curioso fue que me ignoraron, por más que les hablaba ellos se hacían los que no me oían, como si no me vieran y siguieron caminando por toda la cueva hasta que los perdí de vista, a veces los escucho hablar, trato de buscarlos, pero no los encuentro. Finalmente, he de decirle que sólo vivo esperando el momento en que mi buen Jesús me recoja para reunirme con Rosario.

—¿Te arrepientes de algo?

—Me arrepiento de haber enviado esas letras a Rosario, provoqué problemas y me alejaron de ella, luego golpearon cruelmente a Manuela, cada noche pido perdón a Dios por haber sido soberbio.

—¿Qué piensas de Rosario?

—La niña Rosario fue un valioso regalo que mi padre dios me envió para compensar la miserable condición de vida que me tocó, ella es aire y agua, es lo indispensable, lo inevitable, suspiro y la respiro, le lloro como un infante y luego me arrepiento de haber echado todo a perder. Disculpe si no hablo con claridad, las lágrimas se acumulan en mis ojos y el sentimiento me impide proseguir. Deme un momento.

—¿Te hubiera gustado otro final para tu historia?

—¡Claro que sí! ¿Acaso este llanto no le indica mi respuesta?

—¿Qué parte de tu historia disfrutaste más?

—Amo los momentos que pasé con Rosario bajo el granado, yo le enseñé a escribir, pero lo que pocos saben es que ella me enseñó música, fueron tiempos maravillosos, ella podía leer notas musicales y cuando su padre no estaba en la hacienda, se las ingeniaba para invitarme a escucharla tocar el piano. Sin embargo también he de aceptar que Chito y Chato me hicieron

pasar alegres momentos, pues algunas noches cuando todos dormían, me llevaban a un lugar donde servían buen vino y exquisitos quesos, ahí yo los adiestraba sobre la filosofía griega y ellos me contaban chistes pícaros y chismes sobre la familia de Rosario, los cuales no revelaré por respeto a mi amada, después sigilosos me regresaban a mi caja donde dormía.

—¿Cuál momento de tu historia cambiarías y por qué?

—Bueno, como ya le dije, no elaboraría las letras del alfabeto, de tal forma habría evitado los problemas que causé. Creo que debí ser más valiente y atreverme a robar a Rosario, ¿sabe de lo que hablo?, robar es huir con ella hasta un lugar donde ni don Antonio ni sus criados nos encontrarán; fui tibio al no tomar acciones definitivas.

Preguntas simples:

Color favorito: azul

Comida favorita: tortillas con chile

Animal preferido: caballos

Mayor miedo: que los seres descabezados se den cuenta de mi presencia en este lugar.

Profesión que más le agrada: ¿qué es una profesión?... si se refiere a un oficio, pues no lo sé muy bien, pero tal vez un músico.

—¿Serías tan amable de dar un mensaje a los lectores?

—Cuando amen algo, vayan por él, tomen acciones determinantes, no se queden de brazos cruzados ni hagan planes tibios y tontos, sean definitivos. Oren por su salvación, el buen Jesús te tomará en cuenta sólo si estás formado en las filas de sus oraciones, no desesperen, en algún momento será su turno.

Rosario

(De la Nueva España)

Época en la cual se realizó la entrevista: 25 años después de su trágica separación de Cajetillo.

Lugar de la entrevista: un departamento cerca de Mahabodhi. Hora de inicio: 15:33 horas.

—¿Qué ha sido de tu vida después de lo sucedido?

—¡Buenas tardes!, como verá, mi vida dio un giro sorprendente. Meses después de que mi padre echara a Cajetillo de la hacienda, me obligó a contraer matrimonio con don Everardo Ladrón de Guevara, un borracho dueño de una mina de plata, tuve dos hijos y una niña, diez años después del desafortunado casamiento, el hombre murió víctima de su propio vómito en una de sus tantas francachelas de excesos alcohólicos. Nos dejó una gran fortuna y cuando mis hijos se convirtieron en todos unos hombres y mi hija se casó, decidí emprender un viaje a Grecia en busca de la República de Platón, no encontré nada de eso, pero conocí la mítica cuna de la democracia, recordé a Héctor—Cajetillo a cada paso que daba y pensaba cuánto le hubiera gustado estar ahí conmigo. Después

proseguí mi aventura hacia la India donde mi forzado mundo católico se desmoronó al conocer el budismo... ¡vaya escritora no ponga esa cara!, no se asuste, usted debe tener una visión amplia de los asuntos de la vida, mire, tome esta taza de té negro, lo he traído de Londres especialmente para usted, ¡ande beba y relájese! Pues bien, le decía, conocí el Budismo y sus cuatro verdades, de inmediato supe que nuestra iglesia nos engañaba y manipulaba con fines lucrativos, de tal forma que decidí convertirme a esta forma de vida en donde encontré la paz que necesitaba después de que fui separada cruelmente de mi dulce Cajetillo. Ahora que he conocido las reglas del Samsara, entiendo que volveré a verlo en próximas vidas y ello aquieta mi alma quebrantada.

—¿Se arrepiente de algo?

—Me arrepiento de no haber propuesto a Cajetillo que huyéramos de aquella hacienda, total, en donde fuera me hubiera podido enseñar a leer y escribir, pero yo era una muchachita doblegada y miedosa. Cajetillo es el alma asignada a mi destino, repito: sé que lo volveré a encontrar.

—¿Qué piensa que fue de Cajetillo?

—Han pasado ya más de veinticinco años de aquel doloroso suceso, nunca más tuve noticias de él.

Pero en mis meditaciones diarias, se me ha revelado el término de su vida terrenal, es un alma que espera por mí en algún lugar que desconozco. ¿Cree usted en fantasmas escritora?, porque a veces encuentro el alfabeto que me regaló sobre mi cama cuando yo lo guardo bajo llave en aquella gaveta blanca. Sé que es él, me acompaña y pide que no lo olvide, sólo espero que el padre tiempo nos una nuevamente.

Rosario, aclara su garganta que se cierra, por la tristeza que surge a través del recuerdo. Toma un pañuelo desechable y retoma su postura de gran señora. Entonces me atrevo a proseguir con la entrevista.

—¿Qué parte de su historia disfrutó más?

—Bueno... vaya disculpe si no puedo evitar reír, es algo que siempre recordaré con cariño y buen humor. Aquel día que Cajetillo salió de su caja—madre, mis hermanas saltaron por encima del sillón y una de ellas cayó al piso y se rompió un brazo, mi madre gritaba un ave maría a todo pulmón y Manuela sostenía un machete amenazando al recién llegado, quien sonreía divertido ante la patética escena. No sé cómo explicarlo, desde que vi a Héctor tuve un único e irrepetible sentimiento de familiaridad, júbilo, no sé, no sé. ¿A usted

le ha pasado esto con alguien? En fin, no me haga tanto caso, tome su té.

—¿Qué momento de su historia cambiaría y por qué?

—En lugar de haber dicho a Cajetillo “enséñame a leer” le debí haber dicho: ¡huyamos!

Rosario, rio divertida de su propia ocurrencia, era una mujer que hablaba con franqueza y desinhibición, parecía haber logrado superar el trago amargo de la pérdida de Cajetillo.

Preguntas simples:

Color favorito: dorado

Comida favorita: sopa de pollo

Animal preferido: caballos

Mayor miedo: no temo a nada, ya lo peor ha pasado.

Profesión que más le agrada: ¿se refiere a una ocupación?, pues definitivamente estudiaría la historia del mundo.

—¿Sería tan amable de dar un mensaje a los lectores?

—Si alguna vez pierden a alguien muy valioso, mantengan la esperanza de que lo volverán a ver, porque esa persona especial estuvo en sus vidas para

unirse a ustedes almática o físicamente y no se irá jamás. Mediten, viajen hacia su interior, ahí la encontrarán, visualizarán de inmediato la sonrisa o gesto más característico de esa persona amada, después prosigan con sus vidas en orden para que llegado el momento del encuentro, sean libres de ataduras y deudas en este penoso mundo.

Terminada la entrevista, Rosario me entregó una bolsa de papel que contenía sobrecitos del succulento y aromático té negro que compró para mí en Londres, me dijo que sanara mis heridas para poder sanar asimismo las de mis seres queridos. Después busqué el portal hacia otra puerta desconocida.

LIC. Hector C. Reyes Laveaga

Época en la cual se realizó la entrevista:
Momento en el cual el licenciado Héctor Reyes abriera una extraña puerta para desaparecer.

Lugar de la entrevista: despacho del licenciado Héctor. Hora de inicio: 19:19 horas.

El licenciado me recibió amablemente y me ofreció una bebida llamada “Rob Roy” que se prepara con whisky. Entonces comencé la entrevista intentando ser lo más concisa posible, pues se le veía apresurado y nervioso.

—¿Qué ha sido de su vida después de lo sucedido?

—Pues mire, como verá, me encuentro aquí esperando mi turno, en cualquier momento seré llamado a retornar, no comprendo cómo pudo localizarme, sin embargo, me alegro, esto servirá para aclarar las cosas con Rosario después de mi partida.

—¿A dónde debe irse? ¿Qué pasó?

—¿es posible que usted tampoco se haya dado cuenta? Este mundo no es de los vivos, somos almas recicladas. Sólo estamos esperando a que nos llamen para renacer, me han dicho que es mi turno y no tuve el

valor de decírselo a Rosario— Sirena, ella no lo sabe, piensa que somos de carne y hueso, pero no es así, somos una mezcla etérea, pensante y emotiva, estamos compuestos de nitrógeno, helio y oxígeno entre otros elementos que no recuerdo. Como Rosario no lo sabe, hasta los colores puede ver, pero usted que ya se ha enterado, observe a su alrededor y verá que todo aquí es monocromático. Intente tocar mi mano, se dará cuenta que sólo estoy constituido de grisáceo vapor.

—Entonces, esta ciudad, las personas y el movimiento urbano, ¿son irreales?

—No como usted lo vive. Cada persona que usted ve aquí, es un alma sin masa, la ciudad es producto de nuestra memoria, de nuestros deseos, todos los que estamos aquí decidimos esperar en esta época, en los fantásticos treintas, pero algunos seres como Rosario, no se han dado cuenta, no están enterados de que son no vivos.

—¿Por qué no se lo dice licenciado?

—porque tal explicación no me compete, sería una afrenta al sistema del reciclaje de almas, no estoy autorizado tan sólo tengo la esperanza de volver a encontrarla en una vida próxima.

—¿Se arrepiente de algo?

—Me arrepiento de estar a un paso de lastimar a Rosario. Una vez que se abra el portal debo irme y ella pensará que la he abandonado. Me duele mucho. Si la ve en la vida real, por favor hágaselo saber, porque este es un hecho que no recordaré. —El licenciado Héctor giró sobre su silla rodante, con los brazos cruzados y la voz entrecortada prosiguió— Me arrepiento de haberla contratado.

¿Sabe? Ese anuncio lo coloqué para atraerla, en realidad el “arreglador de letras” fue un puesto que inventé para llamar su atención y estar cerca de ella, yo la había estado buscando desde vidas atrás y supe por unos amigos que aquí la encontraría.

—¿Le hubiera gustado otro final para su historia?

—¡Claro!, poderme quedar, casarme con Rosario y que este lugar fuera una realidad y no un limbo cosmopolita.

—¿Cuál parte de su historia disfrutó más?

—El festejo en el restaurante. No importó si éramos almas, fantasmas o vivos, simplemente fuimos seres existentes divirtiéndonos, alcanzamos el anhelado estado de la felicidad.

—¿Cuál momento de su historia cambiaría y por qué?

—Eso usted lo sabe también. Con todo respeto, se lo he venido diciendo desde el principio de la entrevista. ¡Míreme! Encontré a mi alma compañera y ya me tengo que ir, para colmo ni una explicación le puedo dar. ¿Cómo cree que me siento? Cambiaría esta fantasmagórica ciudad de México por la real. Por cierto, dese prisa si me va a preguntar algo más, en un momento debo irme y otras almas vendrán a ocupar esta oficina.

Preguntas simples:

Color preferido: cualquier color, que no sea este triste blanco y negro.

Comida preferida: pozole

Animal que más le gusta: águila

Mayor miedo: los fantasmas, son unos hipócritas, cuídese de ellos, parecen gente de verdad, pero no lo son, roban las cosas de los vivos y los asustan, a nosotros las almas nos molestan.

Profesión que le agrada más: la mía, soy escritor y abogado, ¿Qué más puedo pedir?... aunque una ingeniería sería magnífica, pero las matemáticas son muy difíciles, tal vez algún día tenga un hijo que lo sea.

—Por favor, sea tan amable de dar un mensaje a los lectores.

—No desaprovechen sus vidas en tonterías, el tiempo humano es oro molido, duerman menos, actúen más, permanezcan con las personas que aman, respiren profundo ante las dificultades y sigan avanzando a pesar de lo desandado. Formen a sus hijos como hombres de bien, sean buenos padres y divertidos abuelos, rían y lloren con sus amigos, escuchen sólo aquella música que los inspire a ser mejores, nunca la que alimente las bajas pasiones. Si alguien conoce a Rosario, por favor le suplico que le dé el mensaje que he revelado en esta entrevista, díganle que nunca fue mi intención abandonarla y hierla, simplemente que no tuve alternativa, que a través de esta entrevista le pido perdón entre lágrimas y arrepentimientos, que la buscaré en cada nuevo retorno, que volvería a vivir lo que fuera necesario para encontrarla.

Bueno mi portal se ha abierto, siga mis consejos y cuando usted sea un alma, toque a mi puerta, será bien recibida para seguir conversando. Ha sido un placer ser su extraño personaje. Hasta pronto.

Rosario

(Del siglo XX—XXI)

Época en la cual se realizó la entrevista:
Momento en el cual Rosario entra al albergue de almas sin cuerpo, unos minutos después de morir.

Lugar de la entrevista: AASC (Albergue de Almas sin Cuerpo).

Hora de inicio: desconocida, en este lugar, el concepto “tiempo” no significa nada.

Esperaba a Rosario en una banquita blanca desvencijada, seres etéreos sin ojos y sin pies, me dijeron que de un momento a otro llegaría. El ambiente me causó miedo, chispeaba y hacía frío. Me encontraba pensando que no había sido una buena idea haber ido a ese lugar, cuando Rosario entró y con clara confusión en su rostro me preguntó:

—¿Disculpe en dónde estoy? ¿Qué lugar es este?

Entonces, le respondí y comenzamos la siguiente conversación fuera del formato ortodoxo de mi entrevista:

—Bueno, este es el albergue de almas, yo la estaba esperando, ¿sí es usted Rosario?

—¡Qué alivio!, pensé que nadie me conocería. Sí soy Rosario, bueno espero ser la Rosario que usted busca.

—¡Claro que lo es!

—Estoy muy confundida, ¿qué ha pasado? ¿He muerto verdad?

—Lamento ser la portadora de tan malas noticias, pero sí, usted ha muerto. —No crea que son tan malas noticias, ya me sentía muy, muy mal, ese cuerpo ya no era útil. Lo único que me entristece es no haber tenido la oportunidad de celebrar mi boda con Héctor, mi novio, mire, este es mi anillo de compromiso.

—Lo siento en verdad, debe ser frustrante.

—Me arrepiento de haber sido tan caprichosa y celosa con él, cuando éramos jóvenes, me iba a proponer matrimonio, pero yo hice una rabieta estúpida y ni siquiera lo dejé hablar. Me arrepiento de ser impulsiva. Cambiaría mi éxito profesional por haber tenido una vida hogareña a su lado, quizá mi historia hubiera sido diferente, pues estoy segura que mi enfermedad se debió a la soledad en la que siempre viví después de que mi abuela murió y él partió a los Estados Unidos.

—No se recrimine así Rosario, después de todo uno hace lo que en ese momento piensa que es correcto,

no puede ser de otra manera, eso es imposible. Además, usted tuvo una buena vida, conoció el mundo, se divirtió, se formó como profesional exitosa.

—¡Aaah! Es que a veces las personas nos escondemos en las profesiones para que todos piensen que somos felices, pero no, no es así, pues podemos tener nuestro hogar al lado de la persona que amamos y al mismo tiempo ser profesionales en algo, de lo contrario somos seres humanos a medias, con éxito, pero sin amor o con amor, pero sin éxito personal de nuestras habilidades. Yo fui una de esas personas a medias y por ello me siento incompleta hoy que estoy aquí en este frío lugar. Viví entristecida por la ausencia de Héctor, mi familia me dejó para ir a un lugar mejor cuando yo era una chiquilla de secundaria, por eso mi apego con él.

—¿Su familia la abandonó? ¿Por qué?

—Es muy complejo y penoso de explicar, sólo puedo decirle que ellos decidieron viajar a un lugar mejor, más cómodo, sin preocupaciones.

—¿Usted por qué no fue con ellos?

—Bueno... pues... ¡ay no sé qué decirle! No fui porque preferí quedarme con mi abuelita, en realidad a mí no me gustaba el lugar al que se fue mi familia.

—¿Ya no volvió a ver a su familia?

—Digamos que frente a frente no. Los vi de lejos, pero muy de lejos. Yo creo que usted debe de saber dónde están, precisamente estaba a punto de preguntarle por ellos.

—¿Yo? ¿Por qué he de saber dónde está su familia?

—Pues porque usted trabaja aquí, trabaja o vive, no sé. Supongo que es usted una especie de ángel o guía y ellos se encuentran en una dimensión como esta, pero, más alegre, completa, humana. Mire mi mamá se llama...

—No Rosario, yo no trabajo aquí, sólo he venido a hacerle unas preguntas, pero ya no es necesario pues con lo que me ha dicho me las ha respondido.

—¡Dioses, ahora sí me he quedado sola completamente!, ¡tengo mucho miedo! Pensé que usted me guiaría en este lugar, sin embargo, veo que nadie ha venido a recibirme, tiemblo de pánico.

De pronto una voz familiar exclamó alegremente mi nombre, me volví para ver quién era y mi sorpresa fue mayúscula al ver a Lucy mi mejor amiga que había fallecido hacía un año.

—¡Lucy! —exclamé con alegría.

—¡Mi Paty! ¿Qué hace aquí? ¡Qué gusto!

—He venido a entrevistar a Rosario ¿Cómo te encuentras aquí Lucy?

—¡Feliz! ¡Mírame! No me duele nada, he conocido almas muy simpáticas y educadas,

—Mira Rosario, Lucy sí es un ángel, me guio en momentos de obscuridad, su amistad fue determinante en mi vida, fue una hermana, una amiga, ¡un ángel!

—En efecto he venido por ti Rosario — le indicó Lucy a mi entrevistada— no tengas miedo este es un gran lugar y además no vengo sola, ¿ves ese tierno y distinguido caballero que viene caminando hacia acá? ¿Lo reconoces Rosario?

—¡Es mi tío! ¡Tío! —gritó eufórica Rosario.

—¡Sobrina por fin llegas!

—¿Dónde están los demás tío? Mi hermano, los niños....

—Ellos decidieron quedarse allá, donde tú ya sabes, yo de mi parte me sentí cansado y quise seguir el curso natural de todo cuerpo y heme aquí.

—Bueno es momento de irnos — señaló Lucy— debemos dar un recorrido a Rosario y llevarla a su bienvenida, ¡cuídate mucho! Y procura divertirte más. Te quiero, tú Lucy, Rosario y su tío, se alejaron de mí, iban felices y plenos, me sentí tan contenta que ganas no

me faltaron de quedarme con ellos, sin embargo, no era mi momento todavía y debí desaparecer del lugar por la puerta que el guía del tiempo me indicaba.

Ojos felinos

Post mortem

Ahora he de cumplir la voluntad de Ojos Felinos, enseguida daré a conocer el recado que ella de su puño y letra escribió para Sabelotodo, esperemos por todos los dioses que él se encuentre leyendo estas letras lastimosas de su ex amada. Y ahora como solíamos decir en los años noventa: “sin más preámbulo”, les dejo el mensaje mencionado. (Favor de ir por un pañuelo antes de leer, no queremos arruinar la tinta con lágrimas. Gracias)

Una carta liberadora

Te perdono a la mitad de nuestras vidas, es lo justo. A esta parte la llamaremos: la mitad del comienzo final y la mitad que termina, claro, será “el final de la mitad del comienzo”.

Te perdono a la mitad de nuestras vidas. Suelta el apretado corsé del arrepentimiento, respira hondo los lamentos ahogados, regresa las lágrimas a los ojos secos,

*las necesitarás para el final de la “mitad del comienzo
final”, cuando
me digas adiós desde un presentimiento
nocturno.*

*Te perdono a la mitad de nuestras vidas, cuando
nuestras cabezas, cuerdas aún, no necesitan recurrir a
los primeros auxilios de los recuerdos felices.*

*Te perdono ahora, ahora que todavía hay tiempo
de empezar la mitad del comienzo final; ahora que tu
corazón sigue siendo de piedra pateada, ahora que mi
corazón se siente generoso; ahora que puedes ser
orgullosa y que la dignidad
cubre cálida el frío remordimiento de tu espalda.*

*Toma sin miedo la dulce caja, en ella guardé para
ti el perdón que te libera y el comienzo de la mitad final
de nuestras separadas vidas.*

*Con alocado cariño, aquella que compartió la
mitad del comienzo*

Final definitivo

Agradezco a todos y cada uno de los personajes aquí expuestos, pues sin ellos la imaginación no hubiera rodado como bola de nieve, ellos sabrán reconocerse, de eso estoy segura, asimismo les pido disculpas si en algún momento fueron los villanos del cuento, pero siéntanse felices porque son las personalidades que el lector ama y admira. Agradezco a la maravillosa música del gran Alan Parsons, Pink Floyd, Metálica y el buen jazz de don Epifanio que hicieron trabajar a estas letras con fluidez e inspiración pues escribir sin música es como subirte a un carro sin llantas, lo enciendes, pero no caminas, no avanzas.

Dedico esta obra a Lucy Medina Ibarra, mi mejor amiga, mi hermana de alma, mi LUZ en los momentos oscuros de juventud. Gracias por saberme guiar. Prometo seguir su buen ejemplo cuando así se requiera.

Siendo la una cincuenta y ocho de la madrugada, del día veintitrés de mayo del año dos mil diecinueve doy por terminada esta loca aventura basada en hechos irreales que suceden todos los días y todas las noches.

Afectuosamente:

Patricia Santacruz

PATRICIA SANTACRUZ



 Mi nombre es Patricia Santacruz Morales, soy licenciada en Sociología por la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), nací en la ciudad de Aguascalientes México, he sido maestra por más de 25 años, pero, desde que era niña, disfruto máximamente del arte de escribir. Espero amable lector, te gusten estas letras plasmadas en “Abre la puerta y deja que el tiempo pase” basada en hechos irreales que suceden todos los días y todas las noches.

Índice

¿De qué trata esta configuración de letras?	2
Palabras al tiempo	5
Primer tiempo	7
Un dulce psicópata.....	8
La verdadera pesadilla: el remordimiento.	114
Segundo tiempo	127
Éranse tres veces.....	128
Érase una vez.....	128
Éranse dos veces	160
Eránse tres veces	200
Éranse infinitas veces.....	257
Tercer tiempo	285
Punto y coma; la vida sigue	286
Alfombra roja entrevistas	332
Don Epifanio	334
Sabelotodo	338
Cajetillo	343

Rosario	348
LIC. Hector C. Reyes Laveaga.....	353
Rosario	358
Ojos felinos	364
Final definitivo	366
Patricia Santacruz	367



Título: Abre la puerta y deja que el tiempo pase.

Autor: Patricia Santacruz.

Edición digital Hoja en Blanco: mayo, 2022.

Imagen de portada: Nacimiento de una divinidad - Salvador Dalí - 1960.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY-NC-ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

